



DAVE EGGERS

Héroes de la frontera

LITERATURA RANDOM HOUSE

Héroes de la frontera

DAVE EGGERS

Traducción de
Cruz Rodríguez Juiz



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Existe la felicidad orgullosa, felicidad nacida de realizar un buen trabajo a la luz del día, años de una labor que merece la pena, y después estar cansada, y contenta, y rodeada de familiares y amigos, bañada en satisfacción y lista para un merecido descanso: sueño o muerte, tanto da.

También existe la felicidad del suburbio personal de cada uno. La felicidad de estar sola y achispada de vino tinto, en el asiento del acompañante de una vieja autocaravana aparcada en algún lugar del sur profundo de Alaska, contemplando un garabato de árboles negros, temerosa de dormirte por miedo a que en cualquier momento alguien haga saltar el cerrojo de juguete de la puerta del vehículo y os mate, a ti y a los dos niños que duermen arriba.

Josie miraba con los ojos entornados la luz baja de un largo atardecer estival en un área de descanso del sur de Alaska. Esa noche se sentía contenta, con su pinot, en su caravana a oscuras, rodeada de bosques ignotos, y un poco menos miedosa a cada nuevo sorbo de la taza de plástico amarillo. Estaba contenta, aunque sabía que era un sentimiento pasajero y artificial, sabía que todo estaba mal: no debería estar en Alaska, así no. Había sido dentista y ya no lo era. El padre de sus hijos, un invertebrado de tripas flojas llamado Carl, un hombre que le había asegurado que los documentos matrimoniales eran un timo, papeles superfluos y reduccionistas, había encontrado, a los dieciocho meses de marcharse, a otra mujer con quien casarse. Había conocido a otra y ahora, de forma improbable, imposible, se casaría con otra persona, una persona de Florida. Iba a ocurrir en septiembre

y estaba plenamente justificado que Josie se marchara, que desapareciera hasta que todo pasara. Carl no tenía ni idea de que había sacado a los niños de Ohio. Casi de Norteamérica. Y no podía enterarse. ¿Y qué mejor para garantizar la invisibilidad que esto, una casa rodante, sin domicilio fijo, una caravana blanca en un estado con un millón de otros viajeros errantes, todos ellos en caravanas blancas? Nadie la encontraría. Se había planteado salir del país, pero Ana no tenía pasaporte y necesitaban a Carl para sacárselo, así que esa opción quedaba descartada. Alaska era a la vez el mismo país y otro distinto, era casi Rusia, casi el olvido, y si Josie renunciaba al teléfono y pagaba solo en metálico –llevaba tres mil dólares en una de esas bolsas de terciopelo para monedas de oro o habichuelas mágicas– no podrían localizarla, rastrearla. Y había sido girl scout. Sabía hacer nudos, destripar un pez, encender una hoguera. Alaska no le daba miedo.

Los niños y Josie habían aterrizado en Anchorage ese día, un día gris sin ninguna promesa ni belleza, pero se había sentido inspirada nada más bajar del avión. «¡Muy bien, niños!», les había dicho a sus hijos, agotados y hambrientos. Jamás habían manifestado el menor interés por Alaska y ahora estaban allí. «¡Ya hemos llegado!», había exclamado, y se había arrancado con un pequeño desfile de celebración. Ninguno de los niños sonrió.

Los había subido a la caravana de alquiler y habían partido sin ningún plan. En su momento, los fabricantes habían bautizado al vehículo el Chateau, pero habían pasado treinta años y ahora estaba destrozado y constituía un peligro para sus pasajeros y todo el que compartiera la carretera con él. Sin embargo, tras un día en circulación, los niños seguían bien. Eran raros. Por un lado estaba Paul, de ocho años, con los ojos fríos y bondadosos de un cura de hielo, un niño amable, de movimientos lentos, que era mucho

más razonable, atento y sabio que su madre. Y por otro estaba Ana, de solo cinco años, una amenaza constante al contrato social. Ana era un animal de ojos verdes con una explosión de pelo irracionalmente rojo y un don para detectar el objeto más frágil de cualquier habitación y romperlo con pasmosa celeridad.

Josie, al oír el rugido de un camión circulando por la carretera, se sirvió una segunda taza de vino. Está permitido, se dijo, y cerró los ojos.

Pero ¿dónde estaba la Alaska de la magia y la claridad? El lugar se estaba ahogando bajo el humo de una docena de incendios forestales, que se extendían por el estado como los fugados de una prisión, y no resultaba nada majestuoso, no, aún no. De momento lo que habían visto parecía abarrotado y arduo. Habían visto hidroaviones. Habían visto cientos de casas en venta. Habían visto un anuncio junto a la carretera de una granja forestal en busca de comprador. Habían visto otra autocaravana, no muy distinta de la suya, aparcada junto a la carretera. Habían visto cabañas de troncos lacados. Habían visto en un colmado, también de troncos lacados, una camiseta con la leyenda: «No me culpes. He votado al americano».

Así que ¿dónde estaban los héroes? En el lugar que había dejado atrás solo había conocido cobardes. No, había un valiente, y ella había ayudado a que lo mataran. Un hombre osado que había muerto. Se habían quedado con todo y ahora Jeremy estaba muerto. Buscadme a alguien intrépido, les pidió a los árboles oscuros que tenía delante. Buscadme a alguien con sustancia, pidió a las montañas de más allá.

Había pensado en Alaska pocas semanas antes de decidir irse de Ohio. Tenía una hermanastra, Sam, en Homer, una hermanastra que no era exactamente hermanastra y a la que no veía desde hacía años pero que irradiaba una gran

aura porque vivía en Alaska y era dueña de su propio negocio y pilotaba una barca o un barco y había criado a dos hijas casi sola, su marido era pescador y se ausentaba durante meses. A decir de Sam, el hombre no era precisamente un regalo y sus ausencias no suponían una gran pérdida.

Josie nunca había visitado Alaska y, aparte de Homer, no tenía ni idea de adónde ir ni qué hacer allí. Pero escribió a Sam anunciándole el viaje y Sam respondió dándole el visto bueno. Josie consideró una buena señal que su hermanastra, a quien no veía desde hacía cinco años, le dijera «vale» y no añadiera ni súplicas ni ánimos. Ahora Sam era alaskaña, lo que significaba, Josie estaba convencida de ello, que hablaba con franqueza y llevaba una existencia sin altibajos centrada en el trabajo, los árboles y el cielo, y esa clase de actitud era la que anhelaba en sí misma y en los demás. Estaba harta del drama inútil de la vida. Si se requería un poco de teatro, de acuerdo. Si un ser humano estuviera escalando una montaña y durante el ascenso se sucedieran tormentas, avalanchas y descargas de relámpagos de los cielos furibundos, entonces Josie podría aceptar el dramatismo, participar de él. Pero el drama suburbano era cansino, tan descaradamente absurdo que ya no soportaba tener cerca a nadie que considerase que merecía la pena, que era real.

De modo que tomó el avión, recogió las maletas y localizó a Stan. Stan era el propietario de la autocaravana que había alquilado –el Chateau– y esperaba junto a la salida de equipajes sosteniendo un cartel con el nombre de Josie. Era tal como lo había imaginado: un jubilado de setenta y pico años, afable y con tendencia a agitar las manos como si fueran una carga pesada, un racimo de plátanos que tuviera que entregar. Cargaron el equipaje en el vehículo y arrancaron. Josie se volvió para mirar a los niños. Parecían cansados y sucios. «Mola, ¿eh?», preguntó refiriéndose al Chateau, un patchwork de cuadros escoceses y contrachapados. Stan tenía el pelo blanco y llevaba vaqueros

planchados y deportivas celestes y limpias. Josie iba en el asiento delantero, los niños detrás, en un banco, mientras recorrían los dieciséis kilómetros del aeropuerto a casa de Stan, donde completarían el papeleo para el Chateau. Ana se durmió enseguida, apoyada contra las persianas horizontales. Paul sonrió débilmente y cerró sus ojos de cura gélido. Stan ajustó el espejo retrovisor para observarlos, y al verlos con sus ojos Josie supo que no parecían sus hijos. No casaban con ella ni entre ellos. Josie tenía el pelo negro, Paul color caqui, Ana rojo. Los ojos de Josie eran castaños y pequeños, los de Paul enormes y azules, los de Ana verdes y con forma de estampado de cachemir.

Cuando llegaron al camino de entrada de la casa de Stan, aparcó el Chateau e invitó a los niños a jugar en el jardín. Ana se dirigió inmediatamente a un árbol grande con un agujero en el tronco donde metió la cabeza.

–¡Mirad, tengo un bebé! –bramó acunando a un bebé invisible.

–Perdona –se disculpó Josie.

Stan asintió con gravedad, como si Josie hubiera dicho «Mi hija está loca de remate, no tiene remedio». Sacó el manual del vehículo y repasó las funciones de la caravana con la seriedad de quien explica cómo desactivar una bomba. La autocaravana tenía horno, velocímetro, odómetro, baño, desagüe, toma eléctrica, diversas palancas y cojines y compartimentos secretos.

–Ya habrás conducido una autocaravana –dijo Stan, como si no cupiera otra posibilidad.

–Por supuesto. Muchas veces –replicó Josie–. Y antes conducía un autobús.

Nunca había hecho ni una cosa ni la otra, pero intuyó que Stan se tomaba en serio el Chateau y a ella no tanto. Tenía que inspirarle cierta confianza en que no despeñaría el Chateau. Stan la guio alrededor del vehículo anotando los daños preexistentes en una tablilla, y mientras él escribía Josie vio a un

niño de unos seis años en la ventana en saledizo de la casa, observándolos. La habitación donde estaba parecía del todo blanca: paredes blancas, moqueta blanca de pared a pared, una lámpara blanca en una mesa blanca. Enseguida una mujer con aspecto de abuela, probablemente la esposa de Stan, apareció detrás del niño, apoyó las manos en sus hombros, lo giró y lo condujo de vuelta a las profundidades de la casa.

Josie esperaba que tras la inspección los invitaran a entrar en la casa, pero no fue así.

–Hasta dentro de tres semanas –dijo Stan, puesto que tal era la duración que habían pactado.

Josie pensaba que el viaje podía alargarse, hasta un mes o indefinidamente, y decidió que ya telefonaría cuando lo tuviera claro.

–De acuerdo –dijo Josie, y subió al asiento del conductor.

Tiró de la palanca de cambios, que se extendía desde el volante como un asta, y metió marcha atrás, incapaz de quitarse de encima la sensación de que el plan original consistía en invitarla a la casa con los niños pero algo había convencido a Stan de mantenerlos alejados de su vivienda blanca e impoluta y de su nieto.

–Conduce con cuidado –dijo Stan saludando con sus manos de plátano.

Tenían que matar tres días antes de que Sam regresara de uno de sus viajes. Estaba acompañando a un grupo de ejecutivos franceses por el bosque para avistar pájaros y osos, y no volvería hasta el domingo. Josie planeó pasar uno o dos días en Anchorage, pero cuando cruzó la ciudad, con el Chateau chirriando y temblequeando, vio un mercadillo callejero y miles de personas con sandalias y camisetas chillonas y le entraron ganas de huir. Dejaron la metrópoli rumbo al sur y pronto encontraron carteles que anunciaban un

parque con animales. El reclamo rezaba: «La atracción más popular de Alaska». Justo cuando Josie estaba segura de que pasarían de largo sin que Ana descubriera la atracción, Paul habló.

–Un parque de animales –le dijo a Ana.

La habilidad lectora de Paul le había complicado enormemente la vida a la familia.

Los niños se morían por visitar el parque, y Josie por acelerar y dejarlo atrás, pero los carteles mencionaban osos, bisontes y alces, y la idea de poder tachar todos esos mamíferos de la lista en las primeras horas tenía cierto atractivo.

Pararon.

–Ponte la chaqueta –le dijo Paul a Ana, que ya estaba en la puerta del Chateau. Paul se la tendió como haría un mayordomo–. Sujeta las mangas para que no se suban –le recomendó.

Ana sujetó las mangas de la camisa y metió los brazos en la chaqueta. Josie lo observó todo, sintiéndose superflua.

En las oficinas de la cabaña de troncos, Josie pagó la desorbitada cifra de sesenta y seis dólares por tres entradas. Normalmente había guías y coches eléctricos para conducir a los visitantes por el complejo, pero todo el mundo estaba fuera o de vacaciones, de modo que Josie y los niños se quedaron solos en lo que parecía un zoológico después de un apocalipsis. Se acordó del zoo iraquí tras los bombardeos de la coalición, de los leones y los guepardos campando a sus anchas pero famélicos, buscando en vano perros o gatos que comerse.

No estaba tan mal. Pero era triste como lo es cualquier zoológico, un lugar donde en realidad nadie quiere estar. Los humanos se sienten culpables, atormentados por pensamientos sobre captura y cautividad, comida mala, drogas y vallas. Y los animales apenas se mueven. Vieron una pareja de alces

y su nuevo retoño, ninguno de los cuales se movía. Vieron un único bisonte, dormido, con las pieles andrajosas, los ojos entornados y furiosos. Vieron un antílope, flaco y atontado; dio algunos pasos antes de detenerse a mirar con añoranza hacia las montañas grises en la lejanía. Su mirada decía: «Llévame, Señor. Estoy destrozado».

Regresaron a la cabaña de troncos a por algún refrigerio.

–Mirad –dijo un guía a los niños de Josie mientras se bebían una limonada. Señaló a una cordillera cercana, donde, explicó el guía, había una cosa excepcional: un pequeño grupo de borregos cimarrones cortando en horizontal la cordillera, de este a oeste–. Usad los prismáticos.

Y Paul y Ana corrieron a un puesto de observación anclado en la terraza.

–Los veo –dijo Paul.

Mientras Paul cedía los prismáticos a Ana, Josie atisbó a lo lejos, localizó el grupo, una vaga noción de puntos blancos contra la ladera de la montaña. Resultaba desconcertante ver a doce o quince animales cómodamente plantados en lo que parecía una pared por completo vertical. Josie aprovechó su turno en los prismáticos, encontró las ovejas y en el cielo vio una sombra oscura cruzándose en su camino. Supuso que sería un halcón o algo por el estilo, de modo que movió los prismáticos, pero no encontró nada. Regresó a las ovejas, a una en particular, que parecía devolverle la mirada. El animal parecía muy satisfecho con la vida, sin la menor preocupación, ni siquiera plantado en medio centímetro de saledizo, a seiscientos metros de altura. Josie enfocó mejor; ahora veía a la oveja con mayor claridad, y mientras contemplaba la nitidísima vista del animal dos cosas se sucedieron rápidamente.

En primer lugar, dio la impresión de que las nubes de encima del animal se partían, se separaban como para que un estrecho rayo de luz celestial iluminase su cabeza agachada. Josie vio sus ojos grises y brillantes, la lana

ligera y blanca como el algodón, y mientras Josie miraba fijamente a la oveja y la oveja a Josie, como mostrándole la auténtica dicha, revelándole los secretos de su vida desprovista de complicaciones... mientras ocurría todo esto, una sombra oscura irrumpió en el campo de visión de Josie. Un ala oscura. Un ave depredadora, enorme, con las alas amplias y opacas como un paraguas negro. Y entonces el ave cayó en picado y sus garras atraparon a la oveja por los hombros, la izaron unos centímetros, la alejaron del precipicio y la soltaron. La oveja se perdió de vista. Josie se irguió y la vio precipitarse, ajena, sin resistirse, como un muñeco de trapo en descenso ininterrumpido hacia un lugar de reposo invisible.

–Un águila –aclaró el guía, y silbó, admirado–. Una maravilla, qué maravilla.

Explicó que se trataba de un método común entre las águilas, aunque difícil de presenciar, para matar a las presas grandes: el águila izaba y soltaba al animal desde grandes alturas, de modo que la presa se precipitaba desde cientos de metros para morir en las rocas del fondo, donde se rompía los huesos. Luego el águila descendía, agarraba al animal muerto entero o a pedazos y se llevaba la carne para alimentar a sus crías.

–¿Por qué nos lo ha enseñado? –le preguntó Josie, consciente de que no se quitaría la imagen de la cabeza, de que asustaría a los niños, pero el guía se había marchado.

–¿Qué ha pasado, mamá? –inquirió Ana.

Paul había escuchado y entendido el relato del guía, y Josie lamentó que el niño conociera la traición en todos los niveles del mundo animal, pero se alegró de que, de momento, Ana se librara de saberlo.

–Nada –respondió Josie–. Vamos.

Era mejor, les dijo a los niños, salir de la zona de Anchorage, irse y emprender la marcha siguiendo su propio camino. De modo que pararon en el colmado para aprovisionarse. La tienda ocupaba ocho hectáreas, no se acababa nunca; vendían equipos de música, muebles de jardín, pelucas, pistolas, gasolina. Estaba llena de camioneros, algunas familias numerosas, gente que parecía de ascendencia nativa, algunos caucásicos curtidos, todos ellos con aspecto agotado. Josie compró provisiones para una semana, las almacenó lo mejor que supo en los armarios de conglomerado del Chateau y arrancaron.

El límite de velocidad en la mayoría de las carreteras de Alaska parecía situarse en los cien kilómetros por hora, pero el Chateau no pasaba de los setenta y siete. Tardaba más de lo normal en ponerse a sesenta y cinco, y diez minutos de convulsiones asmáticas en pasar de sesenta y cinco a setenta y seis, tras lo cual todo el vehículo amenazaba con desintegrarse como una estrella al explotar. De manera que durante las primeras horas Josie condujo a sesenta y siete, mientras el tráfico a su alrededor circulaba treinta kilómetros por hora más rápido. En las vías de solo dos carriles solía acumular cuatro o seis vehículos detrás, tocando el claxon y maldiciendo hasta que encontraba un arcén lo bastante ancho para detenerse, cederles el paso y reincorporarse luego, consciente de que a los cinco minutos tendría otra cola de enfurecidos seguidores. Stan no había dicho nada de eso.

Josie les había preparado bocadillos a los niños y se los había servido en platos de verdad, y ahora que habían terminado querían saber dónde dejarlos. Les dijo que los dejaran en la encimera, y en el siguiente semáforo se cayeron al suelo y los añicos salieron disparados hasta el último rincón y recoveco del Chateau. Había empezado el viaje.

Josie no sabía nada de Seward, pero estaba cerca de Homer, así que decidió que sería el destino de la jornada. Condujeron durante una hora más o

menos y descubrieron una bahía de belleza impresionante, con el agua como un espejo duro y las montañas blancas alzándose detrás cual muro de presidentes difuntos. Josie aparcó, solo para sacar un par de fotos, pero el interior del vehículo daba asco: había barro en el suelo y ropa y papeles tirados por todos lados, así como la mayor parte de las patatas de Ana. Se apoderó de ella un agotamiento repentino. Corrió las cortinas, les puso a los niños *Tom y Jerry* –en español, era el único DVD que habían cogido al salir con prisas– y vieron los dibujos en la pequeña pantalla mientras los camiones pasaban de largo estruendosamente, meciendo con suavidad el Chateau, uno tras otro. A los veinte minutos los niños se habían dormido y ella seguía despierta.

Se cambió al asiento del acompañante, abrió un pinot con tapón de rosca, se sirvió un vaso y se acomodó con un ejemplar de la revista *Old West*. Stan había dejado unos cuantos números en el Chateau: una revista de hacía cuarenta años con RELATOS AUTÉNTICOS DEL VIEJO OESTE. Incluía una columna titulada «Rastros olvidados», donde los lectores pedían información sobre parientes con los que habían perdido el contacto.

«En el censo de 1840 de la República de Texas –decía una de las peticiones– se menciona a un tal Thomas Clifton del condado de Austin, con una propiedad de más de ciento cuarenta hectáreas de tierra. Me gustaría recibir noticias de sus descendientes.» La firmaba Reginald Hayes. Josie pensó en el señor Hayes y se apiadó de él imaginando las fascinantes batallas legales que le aguardaban si intentaba reclamar aquellas ciento cuarenta hectáreas del condado de Austin.

«Tal vez alguien podría ayudarnos a localizar a las hermanas de mi madre –decía la siguiente entrada–, hijas de Walter Loomis y Mary Snell. Mi madre, Bess, era la mayor. Vio a sus hermanas por última vez en Arkansas, en 1926. Se llamaban Rose, Mavis y Lorna. Mi madre, una trotamundos, no les

escribió ni ha sabido de ellas desde entonces. Nos gustaría mucho contactar con cualquiera que las haya conocido. Calculo que andarán por los cincuenta y pico.»

El resto de la página lo llenaban historias a medio contar de abandonos y penurias, y alguna que otra indirecta sobre un robo o un homicidio.

«David Arnold falleció en Colorado en 1912 y recibió sepultura en McPherson, Kansas –contaba la última historia de la página–. Dejó mujer y cuatro hijos. Creo que dos de las hijas aún viven. Quisiera una copia de la necrológica para el archivo familiar y saber dónde murió y si se probó el asesinato. También, si llegó a demostrarse que las muertes de sus dos hijos en 1913 estaban relacionadas con su asesinato. Era mi tío abuelo.»

Josie rellenó el vaso. Dejó la revista y miró por la ventanilla. Sus labios dibujaron una sonrisa. Estar tan lejos de Carl y sus faltas la hacía sonreír. Carl y ella se habían distanciado a los pocos años de iniciarse la fase de micción abundante de Carl. De micción con una frecuencia extraordinaria, sin precedentes. ¡Carl antes estaba sano! Tal vez no fuera capaz de cruzar el umbral con ella en brazos –él era flaco, ella no tanto–, pero era un hombre activo, no un tísico, con un par de brazos y piernas y la barriga plana. Así que ¿por qué meaba noche y día? La imagen de Carl que ahora, transcurridos dieciocho meses desde la separación, le venía a la cabeza era la del hombre de pie en el lavabo, con las piernas separadas, la puerta abierta, esperando a mear. O meando. O sacudiéndosela después de mear. Manipulando la cremallera antes o después de mear. Cambiándose los pantalones de cuadros de estar por casa porque olían a orina. Meando dos veces por la mañana, temprano. Meando seis o siete veces después de comer. Meando todo el día. Levantándose de la cama tres o cuatro veces cada noche para mear.

–Es la próstata –le dijo Josie.

–Eres dentista –replicó él.

No era la próstata, dictaminó el proctólogo. Pero el proctólogo tampoco tenía ni idea de lo que era. Nadie tenía ni idea de qué era. Carl, además, cagaba todo el tiempo. Podías contar las veces que cagaba al día, pero ¿para qué?

Al menos seis. Empezaba con la primera taza de café. Josie volvió a imaginar su espalda, lo vio de pie junto a la encimera de la cocina, ante la cafetera. Con los pantalones de cuadros de estar por casa. Los pantalones de cuadros de estar por casa, de lana, eran demasiado cortos, demasiado gruesos y tenían manchas de pintura blanca (Carl había pintado el baño de los niños y había quedado fatal). Y llevaba aquellos pantalones manchados de pintura... ¿por qué? Para recordarse a sí mismo y recordarle al mundo que era un hombre de acción. Un hombre capaz de pintar (malamente) un cuarto de baño infantil. De modo que se plantaba a esperar que la cafetera llenara su tacita azul. Al final la tacita azul se llenaba, Carl la cogía, se apoyaba en la encimera, miraba al patio y entonces, con el primer sorbo, como si aquella primera gota le licuara las entrañas, las desatascara, salía corriendo al lavabo, al de al lado del garaje, e inauguraba las cagadas diarias. Ocho, diez cagadas al día. ¿Por qué Josie se acordaba ahora?

Después Carl salía fanfarroneando con los niños de que «había hecho un gran trabajo» o de que se había «portado como un hombre». Carl sabía que cagaba mucho e intentaba reírse del tema. Josie cometió el craso error, al inicio de la relación, de dejarle creer que era divertido riéndose cuando Carl se reía de sus propias gracias... luego Josie tuvo que seguir riéndose. Años de risas forzadas. Pero ¿cómo podía alguien seguir riendo en semejantes circunstancias? Los niños apenas lo veían fuera del lavabo. Carl hablaba con ellos desde dentro. Una vez arregló el walkie-talkie de Paul mientras estaba sentado en la taza: mientras quitaba las pilas, se oía rechinar la maquinaria de sus tripas. ¡Y luego probaron los walkies! Mientras Carl seguía cagando o

intentando cagar. Carl sentado en el retrete y Paul en otra habitación. «Aquí I-9 –dijo Carl–. Corto y cambio.»

Era una abominación. Josie se acostumbró a salir de casa antes de que comenzara. Era como el gato de Schrödinger. Josie sabía que Carl cagaría, pero si se iba, si se marchaba de casa antes del primer sorbo de café, ¿en realidad la defecación tendría lugar? Sí y no. Josie trató de ponerle fin, pero Carl contraatacó. «¿Qué? –replicó Carl–. ¿Preferirías a un estreñido?» Lo decía en serio. Josie bebió un buen trago de pinot. La refrescó, la relajó.

Al principio de todo decidieron no contar que se habían conocido porque Carl era su paciente. Explicarlo lo convertía todo en demasiado vulgar: Carl necesitaba una limpieza dental y buscó en internet un dentista por la zona. La consulta de Josie era la única con un hueco de última hora. ¿Podría considerarse romántico desde cualquier punto de vista humano? Josie apenas le prestó atención durante la visita. Luego, a las pocas semanas, estaba en Foot Locker buscando calcetines cuando un hombre, un cliente sentado con una mano en un zapato, levantó la vista y la saludó. Josie no tenía ni idea de quién era. Pero era guapo, con piel de alabastro, ojos verdes y largas pestañas.

–Soy Carl –dijo él, retirando la mano del zapato para tendérsela–. De la consulta.

Se rio un buen rato, como si la idea de trabajar en Foot Locker fuera el mejor de los chistes.

–No, no, no trabajó aquí –aclaró Carl.

Tenía cuatro años menos que Josie y la energía de un cachorro doméstico. Durante un año fue divertido. Josie tenía consulta propia desde hacía un año y Carl le echaba una mano, le hacía recados, colgaba los cuadros de la sala de espera, conseguía que todo ocurriera con rapidez y energía. Le gustaban las motos. Los helados. Jugar a la pelota. Comía barritas energéticas de chocolate

con ruidosos envoltorios dorados. Su libido era imparable; su control, inexistente. Josie salía con un niño de doce años.

Pero Carl tenía veintisiete. Por entonces carecía de trabajo remunerado y nunca, ni antes ni después, conservó un empleo. Su padre poseía una franja inconmensurable de Costa Rica, que había limpiado para criar vacas que se comerían los carnívoros japoneses y estadounidenses, y, por tanto, cualquier ocupación de menor escala no terminaba de encajar con Carl.

«Hemos criado a un diletante», decía Luisa, su madre. Era chilena de nacimiento, había crecido en Santiago, hija de un médico y un diplomático, también depresivo. Había conocido al padre de Carl, pelirrojo y estadounidense, en Ciudad de México cuando estudiaba la carrera. Había tenido a Carl y sus dos hermanos mientras Lou, de familia petrolera, compraba tierras en Costa Rica, deforestaba bosques, criaba vacas, levantaba un imperio. Hacía diez años que Lou había pedido el divorcio para casarse con la exmujer de un famoso narco de Chiapas ya fallecido. Luisa y Lou mantenían una buena relación. «Gana mucho en la distancia», decía Luisa.

Ahora era una mujer de sesenta años bella y marchita que vivía a su aire en Key West, con un grupo de amistades bronceadas que bebían durante el día. Cuando se conocieron, a Josie le gustó todo de ella: su candor, su ingenio lúgubre, su conocimiento de Carl. «Carl ha heredado la falta de atención de su padre, pero no su visión.»

Carl había coleccionado un puñado de títulos y habilidades. Durante unos años fue agente inmobiliario, aunque no vendió nada. Probó con el diseño de muebles, la moda, la pesca deportiva. Tenía un armario repleto de equipo fotográfico. Aunque Josie y Luisa estaban obligadas a quererlo, la tragedia radicaba en que se gustaban más ellas de lo que les gustaba él.

«El año pasado me pidió que lo grabara en vídeo –le contó Luisa con su voz rasposa–. Todavía está descubriendo su relación con el mundo, su propio

cuerpo. Un día me pidió que lo filmara caminando de frente, por detrás y de lado. Quería estar seguro de que caminaba como creía que caminaba. Así que grabé a mi hijo, un hombre adulto, caminando por la calle. Quedó satisfecho con el resultado.»

«Es más guapo que tú. —Fue lo que dijo Sam cuando conoció a Carl—. Eso no puede ser bueno.» Carl podía ser divertido. Los cobardes a menudo resultan encantadores. Pero ¿puede ser grandioso algo que empieza en un Foot Locker? Josie no se casó con Carl, y eso ya era en sí toda una historia, una serie de anécdotas, episodios, decisiones y reveses inconexos, de los que tanto Carl como ella eran culpables. Al final, con la contundente aprobación de Josie, Carl se había marchado. En su momento Josie se alegró. Cobarde. Cobarde, cobarde, pensó Josie: era la piedra angular básica del ADN de Carl, la cobardía y la mutación que hacía que se le aflojasen las tripas. Carl era cobarde a muchos niveles, pero Josie no había previsto que después de marcharse desaparecería. ¿Qué había querido Josie? Había querido una implicación general, tal vez una visita mensual, un padre que se llevara a los niños algún fin de semana. No se le daban mal los críos: con Ana era inocuo; con Paul, benévolo. En realidad, parecía que le gustaban los niños, creía que sabía hacerlos reír y su visión juvenil de la vida encajaba a la perfección con la de ellos.

Carl, años después de haberse conocido, seguía siendo un niño, seguía descubriendo su relación con el mundo, descubriendo su propio cuerpo. Un día también le pidió a Josie que lo grabara caminando. Ella se sorprendió, pero no le dijo que sabía que Luisa ya lo había hecho. «Creo que sé cómo camino, pero nunca me he visto objetivamente —explicó Carl—. Quiero asegurarme de que camino como creo que camino.» Así pues, Josie filmó a su pareja, un hombre adulto, caminando por la calle. Pero luego, a los seis meses, Carl se marchó. El año que se fue vio dos veces a los niños, y una al

siguiente.

Josie encendió la radio, oyó a Sam Cooke cantando una canción sencilla y pensó que solo los compositores y los intérpretes de canciones pop sabían vivir. Escribes una canción: ¿cuánto puedes tardar? ¿Minutos? Tal vez una hora, puede que un día. Luego se la cantas a gente, que te querrá por ello. Que adorará la música. Llevará la felicidad a millones de personas. O solo a miles. O solo a cientos. ¿Importa? La música no muere. Sam Cooke, fallecido hacía tiempo, ya solo polvo, seguía con nosotros y ahora vibraba en Josie y establecía nuevas conexiones neuronales en las mentes de sus hijos con su voz cristalina, un magnífico pajarillo que salía de la radio y se posaba en el hombro de Josie, incluso allí, a las nueve, en su maltrecha autocaravana, en algún lugar entre Anchorage y Homer. Pese a su muerte prematura, Sam Cooke sabía vivir. ¿Supo él que sabía vivir?

Josie, reacomodándose en el Chateau, se sirvió otra taza de vino. Ya iban tres. Bajó la ventanilla y absorbió el aire acre. Le habían dicho que los incendios ardían a cientos de kilómetros, pero por todas partes el aire parecía quemado y predador. La garganta se rebelaba, los pulmones suplicaban alivio. Subió la ventanilla y a través del cristal le pareció ver un ciervo, pero comprendió que solo era un caballete viejo. Movié el vino dentro de la boca, hizo unas gárgaras breves, tragó. De vez en cuando una ráfaga ladeaba el Chateau y los platos de los armarios traqueteaban levemente.

Hojeó su ejemplar de *Old West*, luego lo arrojó al salpicadero. Hasta las lastimeras búsquedas de «Rastros olvidados» le provocaban tristeza, envidia. Había nacido vacía. Sus padres estaban vacíos. Todos sus parientes estaban vacíos, muchos de ellos eran adictos y tenía un primo que se consideraba anarquista, pero por lo demás en la familia de Josie estaban vacíos. No eran

de ninguna parte. Ser americano significa ser un vacío, y un americano auténtico está vacío de verdad. Así pues, en definitiva, Josie era una auténtica americana.

Con todo, había oído alguna referencia vaga a Dinamarca. Una o dos veces había oído a sus padres mencionar alguna conexión con Finlandia. Sus padres no sabían nada de esas culturas, de tales nacionalidades. No cocinaban platos nacionales, no le enseñaron ninguna costumbre y no tenían parientes que cocinaran platos nacionales ni tuvieran costumbres. No tenían indumentaria, bandera, estandarte, dichos, tierras, pueblos o leyendas ancestrales. A los treinta y dos años, cuando Josie quiso visitar un pueblo, el que fuera, de donde provinieran los suyos, ningún familiar supo decirle adónde ir. Un tío creyó poder ser de utilidad: «En la familia todos hablamos inglés –dijo–. ¿Y si vas a Inglaterra?».

La canción de Sam Cooke terminó, empezaron las noticias radiofónicas, se pronunció la palabra «litigio» y Josie sintió un destello blanco de dolor, vio el rostro de Evelyn Sandalwood, la mirada punzante del yerno litigante de la anciana, y se convenció de que a nadie le importaba lo más mínimo que la hubieran privado de su negocio, estaba segura de que en el mundo solo había cobardes, de que el trabajo ya no significaba nada para nadie, el servicio no significaba nada, de que la mezquindad, la astucia, la traición y la codicia ganaban siempre: nada podía derrotar a las comadreas ladronas del mundo. A la larga agotarían a los valientes, a los auténticos, a cualquiera que pretendiera vivir con integridad. Las comadreas ganaban siempre porque el amor y la bondad eran un cucurucho de helado, y la traición un tanque.

Cuando, hacía dieciocho meses, le había dicho a Carl que debían finiquitar su supuesto romance y seguir simplemente como padres de Paul y Ana, él se había ido de casa, la casa que Carl había querido y luego, una vez comprada y renovada, había odiado: el movimiento Occupy le había metido en la cabeza

la idea de que tener una casa en propiedad no era solo burgués, sino un crimen tangible contra el 99 por ciento de la población... Luego Carl se dio una vuelta por el vecindario. A los veinte minutos había hecho las paces con la idea y tenía planes para las visitas y todo lo demás. Josie había entrado en la discusión sintiéndose aterrada e inspirada, pero después se había quedado exhausta. La conformidad inmediata de Carl la había privado de cualquier sensación de triunfo que hubiera esperado alcanzar y él había pasado directamente a la logística.

Ahora, con cuarenta años, Josie estaba cansada. Estaba cansada del viaje de un día, del sinfín de estados de ánimo que abarcaba un número cualquiera de horas. Estaba el horror matinal, después de dormir poco, sintiéndose al borde de algo que parecía una mononucleosis, con el día alejándose al galope y ella persiguiéndolo a pie con las botas en la mano. Luego el breve respiro después de la segunda taza de café, cuando todo se antojaba posible, cuando quería llamar a su padre, a su madre, reconciliarse, visitarlos con los niños, cuando, llevándolos en coche al colegio –la cárcel para quienes abandonaban el derecho manifiesto a los autocares escolares– los animaba a cantar todos juntos el tema de los Teleñecos «La vida es una bella canción». Luego, después de dejarlos, once minutos en caída libre, después más café y más euforia hasta el momento, llegando a la consulta, en que se pasaba el efecto del café y, durante más o menos una hora, se quedaba como aturdida, trabajando en un estado de distanciamiento subacuático. De vez en cuando recibía a algún paciente feliz o interesante, pacientes que eran viejos amigos, y charlaban sobre los niños mientras hurgaba en la boca encharcada, succionaban, escupían. Ahora atendía a demasiados pacientes, eran un tren descontrolado. Tenía la cabeza continuamente ocupada por las tareas, las limpiezas y las perforaciones, el trabajo exigía precisión, pero con los años se le había hecho mucho más fácil realizarlo sin prestar plena atención. Sus

dedos conocían el oficio y trabajaban compenetrados con los ojos, permitiendo así que la mente divagara. ¿Por qué había procreado con aquel hombre? ¿Por qué estaba trabajando en un día tan bonito? ¿Y si se iba para no volver? Ya se las apañarían. Sobrevivirían. No la necesitaban.

A veces disfrutaba con la gente. Con algunos niños, algunos adolescentes. Los adolescentes prometedores, con una pureza de rostro, voz y esperanza capaz de borrar cualquier duda acerca de los sospechosos motivos y fracasos de la humanidad. Jeremy había sido el mejor. Pero Jeremy había muerto. Jeremy, un adolescente, estaba muerto. A Jeremy le gustaba decir: «Relájate». El adolescente muerto había dicho «Relájate».

El mediodía era el momento más bajo. El sol de mediodía exigía respuestas, las preguntas eran obvias y aburridas e imposibles de responder. ¿Estaba llevando la mejor vida posible? La sensación de que debería dejar el trabajo, de que la consulta estaba maldita, de que carecía de inspiración, de que estaría mejor en cualquier otra parte. ¿No sería maravilloso mandarlo todo a paseo? ¿Quemar todo?

Después, el almuerzo. Tal vez al aire libre, en algún patio frondoso, el aroma de la hiedra acanalada, con una vieja amiga que acababa de tirarse al carpintero. Risas a gritos. Miradas de amonestación de los que comían cerca. Unos sorbos al chardonnay de la amiga, luego un puñado de caramelos mentolados y planes para salir juntas el fin de semana, con los niños, no, sin los niños, promesas de mandar fotos del carpintero, de compartir cualquier mensaje sugerente que le enviara.

El empuje de después de comer, el subidón de ánimo de la una a las tres de la tarde, *El rey y yo* retumbando por los minúsculos altavoces, la sensación de que su trabajo, la odontología, era importante, de que la consulta formaba parte integral de la comunidad –tenía mil cien pacientes, que no eran pocos, era significativo, esas familias dependían de ella para una parte crucial de su

bienestar– y un poco de diversión cuando todas se percataban de que Tania, la última incorporación de Josie, había echado un polvo durante el almuerzo y resplandecía y olía a sudor animal. Luego, las tres y media y el derrumbe absoluto. La sensación de desolación y desesperanza, todo se había perdido, ¿qué era tanta mierda? ¿Quiénes eran esas personas de mierda que la rodeaban? ¿Qué era todo eso? No importaba, y todavía debía mucho dinero de aparatos, era esclava de todo ello, quiénes eran esas empleadas de mierda que no tenían ni idea de que la deuda le atornillaba el cráneo.

Luego el alivio de cerrar a las cinco... o incluso de marcharse a menos veinte. ¡Terminar a las cinco menos veinte! La liberación mientras conducía hacia casa, pensando en su luminosa casita, el sofá mugriento, la escoba del rincón cubriendo lo que había barrido la noche anterior pero no había conseguido recoger y tirar. Espera. Quizá hubieran salido flores nuevas en el jardín trasero. A veces aparecían entre las nueve y las cinco. Podían crecer en un día, ¡brotar y florecer! Le encantaba. A veces sucedía. Aparcar en la entrada. Ni flores ni colores nuevos. Luego abrir la puerta, decirle hola y adiós a Estaphania, quizá extenderle un talón, con ganas de recordarle la suerte que tenía de cobrar así, sin impuestos, en frío dinero. ¿Ya ahorras lo suficiente, Estaphania? Deberías, teniendo en cuenta lo que te pago en negro.

Después abrazar a los niños, oler su sudor, el pelo enmarañado, mientras Ana enseñaba un arma nueva que había hecho o encontrado. El repunte bebiéndose un cabernet mientras cocinaba. La música puesta. Tal vez bailar con los niños. Tal vez dejarlos bailar en la encimera. Adorar sus caritas. Adorar lo mucho que adoran tu generosidad, tu abandono, tu diversión. ¡Eres divertida! Eres una de las divertidas. Contigo cada día es diferente, ¿a que sí? Estás repleta de posibilidades. Eres salvaje, eres maravillosa, estás bailando, mirando al techo, desmelenándote, viendo la sonrisa de placer y horror e inseguridad de Paul; estás desatada, cantando, ahora con la cabeza gacha, los

ojos cerrados, y entonces oyes que algo se rompe. Ana ha roto algo. Un plato, cientos de fragmentos en el suelo, y no pide perdón. Ana baja de la encimera, sale corriendo, no ayuda.

Otra vez el derrumbe. La sensación de que tu hija ya se ha descarriado y en adelante solo empeorará. En un destello, la ves como una adolescente asilvestrada, una adolescente radiactiva, una explosión de furia invisible y expansiva. ¿Dónde se ha metido? Ha huido, no a su cuarto, a otro sitio, un armario, siempre se esconde en lugares inquietantes, propios de un cuento de hadas alemán. Crees de corazón que la casa es demasiado pequeña para todos vosotros, que deberíais vivir al aire libre, en una yurta rodeada de cien hectáreas de terreno: ¿no sería mejor si los niños estuvieran fuera, donde no pudieran romper nada, donde pudieran entretenerse cazando alimañas y recogiendo leña? La única opción lógica sería mudarse a una granja. A una pradera de mil kilómetros. ¿Tanta energía y tantas voces chillonas entre cuatro pequeñas paredes? No era sensato.

Luego el dolor de cabeza, el deslumbre, lo inenarrable. La estaca partiendo de la nuca y asomando por encima de la cavidad ocular derecha. Pedirle a Paul un Tylenol. El niño regresa, en casa no hay Tylenol. Y es demasiado tarde para salir a comprarlo, es la hora de cenar. Túmbate mientras se cuece el arroz. Ana no tardará en volver. Ríñele por lo del plato. Haz algún comentario general sobre que no cuida las cosas bonitas, que es imprudente y nunca escucha ni ayuda ni limpia. Mírala salir de la habitación. Pregúntate si está llorando. Con sumo esfuerzo, con la cabeza convertida en un sumidero que se traga una casa feliz, levántate y ve a su cuarto. Está allí. Mírala, arrodillada, escúchala hablar sola, con las manos en la colcha de la Guerra de las Galaxias, impertérrita, jugando tiernamente, poniendo voz de Iron Man y Linterna Verde, ambos suenan muy amables, muy pacientes en su compasión ceceante. Cobra conciencia de que es indestructible, mucho más fuerte que tú.

Ve con ella y descubre que ya se le ha olvidado o ha perdonado, es un acorazado sin memoria, así que bésala en la cabeza y en la oreja y en los ojos, y luego basta de besos, dirá Ana, y apartará a su madre, pero su madre desafiará el empujón y levantará la camisa de Ana y le besará la tripa y oirá la risa gutural de Ana y la querrá tanto que no podrá soportarlo. Lleva a Ana a la cocina y súbela otra vez a la encimera y déjala probar el arroz mientras Paul sigue por los alrededores. Abraza también a Paul, apura la copa de vino y sírvete otra y plantéate si después de copa y media de vino tinto no eres mejor madre en todos los sentidos. Una madre achispada es una madre cariñosa, una madre sin reservas en la alegría, el afecto, la gratitud. Una madre achispada es todo amor y ninguna restricción.

Una ristra de luces atravesó el bosque delante de ella. Josie salió del Chateau, olió el aire ligeramente tóxico por los incendios invisibles y corrió a la carretera, donde vio un convoy de camiones de bomberos, rojos y amarillos, desfilar a toda velocidad. Los bomberos del interior eran solo siluetas borrosas hasta el último camión, el séptimo y el menor, donde una cara, en la segunda ventanilla, parecía estar mirando una lucecilla, tal vez un cuadro de mandos, tal vez el teléfono, pero sonreía y parecía muy contento, un joven bombero de camino a alguna parte, con el casco calado. Josie lo saludó como una europea de algún pueblo liberado en la Segunda Guerra Mundial, pero el bombero no levantó la vista.

De todos modos, estaba harta. De la ciudad. Del oficio, de los empastes cerámicos, de las bocas imposibles. Estaba harta, se acabó. Se había acomodado y la comodidad es la muerte del alma, que por naturaleza es introspectiva, insistente, insatisfecha. Esta insatisfacción empujaba al alma a marcharse, a desaparecer, a perderse, a luchar y adaptarse. Y la adaptación es crecimiento y el crecimiento es vida. Un humano tiene que escoger entre ver cosas nuevas, montañas, cascadas, tormentas y mares y volcanes mortíferos o

ver infinitamente reconfiguradas las mismas cosas hechas por el hombre. Metal con esta forma, con la otra, cemento así y así. ¡También la gente! Las mismas emociones recicladas, reconfiguradas, a la mierda, se había liberado. ¡Libre de los enredos humanos! Hacía un año, al comienzo de la espiral judicial, había estado un mes con la cara paralizada. No sabía por qué y en urgencias tampoco le dieron respuesta. Pero había ocurrido. Durante un mes su cara permaneció entumecida y Josie no conseguía levantarse de la cama. ¿Cuándo fue? El año anterior, no fue un buen año. Había mil razones para salir de debajo del meridiano 48, dejar al país perdiendo el tiempo, un país que esporádicamente acometía alguna incursión en el progreso y la iluminación pero, por lo demás, carente de inspiración, por lo demás tendente al canibalismo, a devorar a los jóvenes y los débiles, a señalar y quejarse y distraerse, y propenso a la eclosión volcánica de odios ancestrales. Y marcharse se había vuelto inevitable a causa de la mujer que la había demandado por provocarle un cáncer. O bien por no contener el envite de la marea de carcinoma que acabaría matándola (aunque todavía no). Y Elias y Evelyn y Carl y sus planes goebbelsianos. Pero, sobre todo, el joven, paciente desde niño, que ahora estaba muerto, porque le había contado que se alistaba para construir hospitales y escuelas en Afganistán y Josie le había dicho que era honesto y valiente, y a los seis meses el chico había muerto y ella no conseguía evitar sentirse cómplice. Ahora no quería pensar en Jeremy, y aquí nada se lo recordaba. No. Pero ¿de verdad podía renacer en una tierra de montañas y luz? Era una posibilidad remota.

Un golpeteo despertó a Josie, un golpeteo hueco e incesante debajo de ella. Josie abrió los ojos y descubrió que en algún momento había regresado al Chateau y se había encaramado a la cama. Fuera era de noche y Paul y Ana estaban fríos, aunque Ana había conseguido girar de tal manera que tenía los pies junto a la cabeza de su hermano.

El golpeteo cesó, y luego se repitió, más fuerte. Era Carl. La había encontrado. Josie había cometido una ilegalidad. ¿Cruzar fronteras estatales con sus hijos? ¿Era ilegal? No se había molestado en comprobarlo. En realidad, no lo había comprobado porque sabía que podía ser ilegal y no quería confirmarlo.

Entonces, una voz. Un hombre. Una voz distinta, no la de Carl. Pensó dónde podía esconder a los niños. Pensó en el saquito de terciopelo con el dinero que había ocultado bajo el fregadero del Chateau.

—Despierten. Policía estatal.

Josie bajó y se encontró con un hombre uniformado paseándose por delante del Chateau, inspeccionándolo con rápidos movimientos de la linterna.

No tenía ninguna razón para no creerse que el hombre fuera quien decía ser, un policía estatal, pero la noche era gris y la negra mitología de sus sueños la acompañaba, de modo que Josie no abrió la puerta. En lugar de abrir, se sentó en el asiento del conductor y saludó.

—Hola —dijo a través de la ventanilla cerrada.

El policía no le pidió que abriera la ventanilla. No le pidió un carnet de identidad ni un permiso de conducir ni ninguna explicación.

—Aquí no se puede pernoctar —informó desde el otro lado de la ventanilla, y señaló un cartel enfrente de Josie que lo corroboraba—. ¿De acuerdo? —preguntó, más amable.

La recorrió una oleada de gratitud. Su vida reciente estaba repleta de momentos de gratitud repentina hacia desconocidos, cada vez que no le gritaban, insultaban o estaban a punto de matarla o hacerle daño de cualquier modo. Cada vez que salía indemne de un encuentro imprevisto y, más aún, cuando alguien la trataba con amabilidad, entonces prácticamente se desmayaba de agradecimiento.

—Bien. De acuerdo —respondió Josie, y levantó el pulgar—. Muchísimas gracias, agente.

Cuando el policía se marchó, Josie arrancó y el reloj del salpicadero marcó las 2.14. Estaba loca. Ahora los niños nunca recuperarían el horario de sueño. ¿Y dónde iban a dormir si no podían estacionar el trasto ese, la autocaravana, en un aparcamiento enorme con vistas a una bahía de postal? Stan había comentado algo acerca de aparcamientos para autocaravanas repartidos por todo el estado, pero Josie no lo había planeado así. Lo que ella quería era la libertad de parar en cualquier lado y comer o dormir o instalarse indefinidamente.

Se planteó despertar a Paul y Ana y ponerles el cinturón antes de arrancar, pero albergaba la esperanza irracional de que si no los molestaba dormirían toda la noche. Era improbable —una broma, en realidad—, pero su estilo de crianza predicaba confiar en cosas sobre las que poseía escaso o nulo control.

Encendió la radio y no encontró nada. Giró el dial a izquierda y derecha, y luego, creyendo haber sintonizado una débil señal, subió el volumen. Se perdió, y no sonó nada más durante kilómetros.

Entonces: «¡Tengo las pelotas enormes!». Una voz masculina. Un tema cantado por un hombre con uniforme de colegial. Josie bajó el volumen, confiando en no haber despertado a los niños. Había sido así desde que habían salido del camino de casa de Stan: la radio, que Stan había calificado de temperamental, no sintonizaba nada durante horas y luego resucitaba con una súbita explosión de canciones.

Josie puso rumbo al sur, atenta a las señales, pero en vez de señales veía la cara de Evelyn, la moribunda que ahora era propietaria de su consulta, y veía el rostro malévolos del yerno de Evelyn, y luego vio la cara del soldado muerto. ¿Qué clase de loca se va sola a Alaska en semejante vehículo? Se había asegurado a sí misma que tendría infinitos tramos de conducción así, con los niños ocupados o dormidos, mientras lo único que ella podría hacer sería meditar sobre sus numerosos errores y el fallo fundamental de conocer a otras personas, todas las cuales terminarían por morir o intentar matarla.

Al final vio las palabras *PARKING DE CARAVANAS* en un cartel pintado a mano y entró en el solar de grava. Condujo despacio junto a un *wigwam* alto, cerca de un tótem, muy inclinado a la derecha. La oficina estaba en un tráiler de aluminio rosa, y en su interior lucía una tenue luz ámbar. Josie llamó a la puerta, arrancó un sonidito minúsculo.

—Un segundo —pidió una voz femenina desde las profundidades interiores.

—Gracias —dijo Josie para sí y luego otra vez a la mujer cuando le abrió la puerta.

La mujer sería de su misma edad, con pelo moreno recogido en la coronilla. Al verlo, un moño de casi treinta centímetros de alto, Josie viajó brevemente a un alegre lugar de los años cincuenta donde el futuro sobresalía brillante y apuntaba alto.

—¿Es suya? —preguntó la mujer, señalando de manera fugaz con la

barbilla hacia el Chateau—. ¿Una noche?

Josie confirmó la noche y, en un inusual pronto locuaz, le preguntó a la mujer en un tono campechano que no supo explicarse:

—¿Cómo va la noche?

—A ver si llueve —respondió la mujer—. Hace falta que llueva.

Josie asintió, sin comprender de inmediato el motivo: pensó en granjas, cultivos, sequías, sin tener conciencia de que Alaska fuera un estado mayoritariamente agrícola, pero luego se acordó de los incendios. Ese día había oído en la radio que se contaban al menos ciento cincuenta focos activos.

—Sí, a ver si llueve —convino, también con su nuevo tono impostado.

La mujer le cobró cuarenta dólares y le indicó que podía estacionar donde estaba o en cualquier otro lugar del aparcamiento que le gustara. El parking estaba vacío.

—El desayuno se sirve a las siete —añadió la mujer, y cerró la puerta.

Cuando Josie regresó al Chateau, los niños se habían despertado.

—¿Nos hemos movido? —preguntó Paul.

Josie explicó que se habían movido, pero omitió la parte sobre el policía estatal. No sabía predecir cómo afectaría a sus hijos la presencia de cualquier agente del orden. A veces la policía los hacía sentirse a salvo; otras veces, la policía implicaba la cercanía del caos y el delito. Por encima de cualquier otra amenaza terrenal, les inquietaba la idea de los «ladrones». En casa, en Ohio, cada tres noches Josie tenía que explicarles que en su ciudad no había ladrones (los había), que disponían de un complejo sistema de alarma (no lo tenían), que no existía la más remota posibilidad de que un ladrón se acercara a menos de dos kilómetros de su casa (en la casa de al lado habían entrado una tarde, hacía tres meses, un par de adictos a las anfetaminas que habían dejado inconsciente al propietario golpeándolo con su propia raqueta de tenis).

«Vamos a dormir un poco más», propuso, consciente de que no iba a ser así. Los niños tenían hambre. Ana quería ver el *wigwam*. Josie apuntó que eran casi las tres de la madrugada, pero la noticia no les interesó. Así que, después de alimentarlos con quesadillas y hortalizas crudas de una bolsa de plástico, los dejó ver *Tom y Jerry* en español encima de la cabina.

Se sirvió una pizca más del segundo pinot que había comprado en Anchorage y se quedó mirando el bosque de delante. Cogió su revista *Old West*, pasó a la página de «Rastros olvidados» y encontró uno especial:

«Mi padre, Addison Elmer Hoyt, perdió su libro genealógico de la familia Hoyt en Polson o alrededores, en Montana, hacia 1916 —como mínimo, antes de la Primera Guerra Mundial— y estaba demasiado enfermo para buscarlo. La Biblia de la familia demuestra que tenemos antepasados Hoyt en Worcester, New Braintree, Massachusetts, desde 1723 o antes. El primer Hoyt del que se tiene constancia, Benjamin, nació en 1723 y falleció en la batalla de Ticonderoga. Benjamin tuvo un hijo, Robert, nacido el 6 de mayo de 1753 y casado con Nancy Hally, hija de Zakius Hall y Mary Jennison Hall. ¿Es posible que después de tantos años todavía exista el libro de los Hoyt? Probablemente contenía bosquejos de caballos, pajarillos y una bonita caligrafía, puesto que mi padre era aficionado al dibujo. Nació en Greene County, Illinois, hijo de Albinus Perry y Surrinda Robinette New Hoyt. Me gustaría recibir noticias de los descendientes de nuestro linaje que deseen intercambiar información».

Josie, planteándose reencaminar su vida para ayudar a los Hoyt, pensando en cambiarse el nombre a Surrinda, trepó a la cama de encima de la cabina. Era lo bastante ancha para los tres, aunque el hueco de la cabeza era estrecho como el de un ataúd. El colchón era fino y las sábanas y almohadas olían a moho y a perro, pero sabía que se dormiría en cuestión de minutos. Apareció la cabeza de Ana, con una mirada desafortadamente incrédula, como si

aquello fuera una enorme litera ambulante, y después Paul. Josie los agarró, les hizo cosquillas, se los acercó y los abrazó a los dos juntos, atrapando a Ana entre sus dos guardianes. ¿Cómo sería, se preguntaba Josie, saber que siempre estabas rodeada de personas comprometidas con tu bienestar y tu seguridad? Que ella supiera, hacía veinticinco años que no contaba con alguien así en su vida. Cerró los ojos.

—No estoy cansada —dijo Ana.

—Pues tal vez Paul quiera leerte un rato —dijo Josie, y enseguida se adormeció, consciente al mismo tiempo de que si sus hijos giraban en el sentido equivocado caerían desde metro y medio de altura.

Los recolocó para quedar ella por fuera y dejarlos embutidos en la parte delantera del compartimento como si fueran equipaje.

Oyó a Paul y Ana mantener una de sus conversaciones, entabladas a menudo al alcance de su oído, en las que Ana planteaba preguntas existenciales sobre sí misma y su familia y Paul las respondía como buenamente podía, sin la menor tentación de solicitar la ayuda materna.

—¿Vamos a ir a la escuela? —susurró Ana.

—¿Dónde? —murmuró Paul.

—En Aska.

—¿Alaska? No, estamos de vacaciones. Ya te lo he explicado.

—¿Y aquí pueden entrar ladrones?

—No, no hay ladrones de caravanas. Y esta está llena de cerrojos grandes y alarmas. Y la policía nos vigila y nos protege desde arriba.

—¿Con helicópteros?

—Sí. Montones de helicópteros.

—¿Qué hay por arriba de los helicópteros?

—El cielo.

—¿Y por encima del cielo? —preguntó Ana y, tras una larga pausa, Paul

respondió:

—Espacio. Estrellas.

—¿Son buenos?

Ana lo había copiado de Paul. Cada día, Paul quería saber si algo, una película o un coche o un parque o una persona, era bueno. ¿Este es bueno? ¿Aquello era bueno? No se fiaba de su gusto, o todavía no lo había desarrollado, así que, siempre con total seriedad y rotundidad, quería saber: ¿es bueno? La única cuestión que parecían no plantearse era: ¿yo soy bueno? Por lo visto, sabía que lo era.

—¿Te refieres a si son agradables? —preguntó Paul.

—Sí.

—Las estrellas son la mar de agradables. Y se me ha olvidado decirte que entre el cielo y las estrellas hay una capa entera de pájaros. Y los pájaros cuidan de todos los de abajo.

—¿Son grandes?

—¿Los pájaros? No tanto. Pero hay millones. Y lo ven todo.

—¿De qué color son?

La paciencia del niño era asombrosa.

—Azules. Azul claro —dijo y, tras una pausa durante la cual debió de darse cuenta de algo que lo impresionó incluso a él, añadió—: Por eso no se ven. Se camuflan con el cielo.

Josie adoraba a sus niños, pero ya había oído antes esa clase de comentarios de Paul, de modo que se tapó la cabeza con la almohada y amortiguó las voces, y al poco notó que Paul trepaba por encima de ella y bajaba a la cocina y luego regresaba. Se arrastró por encima de Josie y esta le oyó pasar las páginas de un libro, susurrándole a Ana, y Josie imaginó sus caras, las cabezas juntas, y enseguida dedujo del silencio que Ana se había dormido, y por fin también ella se durmió.

Pero todavía no estaban en una tierra de montañas y luz. Lo que había visto por el momento era solo un lugar. Había montañas, algunas, pero el aire era nocivo y la luz plana. La pequeña ventana oval de delante le mostraba la Alaska de verdad: un aparcamiento, un *wigwam*, un cartel que anunciaba wifi gratis. Eran las siete de la mañana. Miró abajo y vio a los niños despiertos, explorando los armarios.

—Vamos a desayunar —dijo, y se vistieron y cruzaron el aparcamiento de grava hasta la cafetería.

Dentro había un par de bomberos, un hombre y una mujer, ambos con edad y actitud de mando. Las camisas informaban de que eran de Oregón.

—Gracias por su ayuda —les dijo la camarera, sirviéndoles más café.

Periódicamente, Josie descubría a otros comensales saludando a la mesa de los bomberos y cerrando los ojos agradecidos.

Paul y Ana comieron huevos con beicon, la niña sentada sobre los pies, inquieta. Josie le había dicho que no tenían nada planeado para ese día, lo cual, para Ana, parecía desatar la posibilidad del caos.

—¿Cómo está la comida? —le preguntó Josie a Paul.

—Bien —respondió él, y parpadeó con sus largas pestañas.

Paul tenía unas pestañas espectaculares y, daba igual lo que pudiera pasarle en la vida, siempre las tendría, y esas pestañas indicarían a todos que era bueno y amable, y sus ojos azul gélido dirían que era inteligente y sabio y tal vez capaz de prever el futuro. Paul era una persona de aspecto extraordinario,

con un largo rostro ovalado de piedra pulida y unos ojos que te deslumbraban desde tres metros de distancia.

Sin embargo, costaba ver a Ana, porque existía como un borrón. No paraba de moverse, ni siquiera mientras comía. Había nacido prematura, cuatro meses antes de tiempo, había llegado al mundo pesando poco más de un kilo trescientos gramos, aquejada por toda una serie de afecciones góticas: apnea del sueño (el esporádico retraso de veinte segundos entre respiraciones), enterocolitis necrosante (problema intestinal que provocaba diarrea e hinchazón de la barriga), un acceso de sepsis, luego una infección sanguínea y otra media docena de ataques en una criatura del tamaño de un zapato. Pero fue fortaleciéndose día tras día y ahora era una bestia, todavía por debajo de su peso, todavía con algo en la mirada que decía «¿Qué leches ha pasado? ¡Eh! ¡Sigo aquí! ¡No has podido conmigo!», pero de algún modo le había crecido una cabeza grande y pesada y todos los días parecía poseída por la necesidad de demostrar que este era su lugar y exprimiría sus días al máximo, sin pensar. Se despertaba exultante y se acostaba a regañadientes. Entre una cosa y otra daba cinco pasos por cada uno de los demás, cantaba a pleno pulmón canciones inventadas y sin sentido y también aprovechaba la menor oportunidad para hacerse daño. De lejos recordaba a un adulto perpetuamente borracho: chocaba con las cosas, gritaba sinsentidos, inventaba palabras. No podías fiarte de ella en los aparcamientos, cerca de enchufes, cerca de estufas, cristales, metales o escaleras, precipicios, masas de agua, vehículos de cualquier tipo ni mascotas. En ese instante estaba balanceándose hacia delante y hacia atrás como una boya, bailando sentada al ritmo de una música que solo ella oía. En la mano izquierda sostenía un trozo de tostada, y alrededor de la boca, como una galaxia nueva, tenía jarabe, huevos, granos de azúcar y una película de leche. De pronto, dejó de moverse y escudriñó el entorno en un raro momento de lo que podría interpretarse como

contemplación.

—¿Aquí hablan inglés? —preguntó Ana.

—Sí —le respondió Paul, y añadió con delicadeza—: Seguimos en América.

Y le dio unas palmaditas en el brazo. El niño le tenía una devoción exagerada. Cuando Ana tenía un año, dos, tres, Paul insistía en acostarla y cada noche creaba una canción nueva para acunarla. «Ana tiene sueño, Ana tiene sueño, todas las Anas del mundo tienen sueño, se cogen de la mano y duermen...» La verdad, con cuatro, cinco, seis años, era un letrista notable, y Ana lo miraba acostada, sin parpadear, chupando del biberón, atenta a cada palabra. ¡Y los dibujos de Paul! Demostraban un nivel de devoción diferente: los firmaba «Paul y Ana».

Desayunaron, Josie sentada enfrente de los niños, contemplando el desalmado paisaje de cielo azul y montañas blancas y recordando una ocasión en que Carl había dicho, en broma pero en serio, que sus hijos habían nacido con el sexo cambiado. Paul era de una sensibilidad exquisita, atento, maternal. No se vestía de niña, pero jugaba con muñecas. A Ana le gustaban las motos y Darth Vader y se había golpeado aquel cabezón suyo con tantas cosas, cayéndose, embistiendo, que tenía el cráneo deformado y mucha suerte porque aún conservaba la maraña de rizos pelirrojos. Paul escuchaba, le importaban más las personas que los objetos y le dolía en lo más hondo la idea de que cualquier ser vivo sufriera. Por su parte, a Ana le traía sin cuidado.

Después estaba el tema del honor. Aunque su padre era un invertebrado, Paul ya era un gran hombre, un pequeño Lincoln. Hacía unos meses, como premio de después de cenar, había elegido un paquetito de M&M's de cacahuete de los restos de las chucherías de Halloween (Josie las guardaba en el armario de encima de la nevera). Dentro había seis M&M's y Josie le dio

permiso para comerse cuatro. Después fue a acostar a Ana mientras Paul se comía el premio en la cocina para que su hermana no lo viera y pidiera uno. A la mañana siguiente, Josie encontró en la encimera el paquete con los dos cacahuets sobrantes. Paul era tan honrado que jamás robaría los dos últimos para comérselos, cosa que Ana, o Carl, o incluso Josie, probablemente harían sin pensárselo dos veces.

Después de comerse casi todo el plato, Ana abandonó el reservado y corrió hacia la máquina de chicles, de la que tiró con suficiente fuerza para derribarla (de hecho, habría caído si no hubiese estado atornillada al suelo). Josie no recordaba que su hija hubiera visto alguna vez una máquina de chicles, así que ¿cómo podía saber exactamente cómo destrozarla? ¿Y cuál había imaginado que sería el resultado de tanto esfuerzo: una máquina rota en un suelo cubierto de cristales y chicles y el inevitable castigo? ¿Qué atractivo le veía? La única explicación posible era que recibiera órdenes de unos gobernantes supremos extraplanetarios. Eso, y la tendencia de Ana a, una vez a la semana, mirar a Josie con ojos sobrenaturales, viejos, sabios... resultaba inquietante. Paul era siempre Paul, reservado, prosaico, pero Ana, en ocasiones, dejaba de ser niña y miraba a Josie, su madre, como diciendo: Dejemos de fingir un segundo.

—¿Puedes ir a por ella? —le pidió Josie a Paul.

Paul salió del reservado y fue tras su hermana. Al verlo acercarse, Ana sonrió y corrió hacia los servicios. A los pocos segundos se oyó romperse algo, una pausa extraña y luego los llantos de Ana inundaron la cafetería.

Josie fue corriendo al lavabo y se encontró a Ana de rodillas, agarrándose la barbilla y chillando.

—Se ha subido al váter y se ha caído —informó Paul.

Paul siempre estaba al tanto. Paul lo sabía todo: cualquier actividad, cualquier hecho relativo a su hermana. Era su entrenador personal, su

historiador, su ayudante, cuidador, ayo, tutor y mejor amigo.

—Voy por el botiquín —dijo Paul.

Josie sabía que su hijo, de solo ocho años, podía hacerlo. Podía buscar a una camarera, pedirle el botiquín y llevárselo. Podía contestar al teléfono, acercarse al colmado a comprar leche, al final de la calle a recoger el correo. Era tan calmado, razonable y sosegado que Josie, la mayor parte del tiempo, lo consideraba un colega de crianza y también, posiblemente, una reencarnación reducida de su propia madre antes de la ruptura.

Josie aupó a Ana al lavamanos del servicio, le miró debajo de la barbilla y encontró una pequeña raya roja.

—Es solo un arañazo. No tienes sangre. No creo que haga falta el botiquín.

La abrazó, notó el corazón de conejo tamborileando y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Entonces Paul, que había entrado con el botiquín, le metió prisa con la mirada y apretó los dientes, con lo que intentaba comunicar que sabía que la niña no sangraba pero no pararía de llorar hasta que le aplicaran alguna cura en la barbilla.

—Seguro que hay alguna tirita de las buenas —dijo Paul y, al instante, Ana abrió los ojos y siguió los movimientos de las manos de dedos largos y veloces de su hermano abriendo compartimentos. Al final Paul dio con el correcto—. Las he encontrado —anunció, y levantó un puñado de tiritas demasiado grandes. Mientras Ana lo observaba, ya sin llorar (cautivada, de hecho, aguantándose la respiración), revisó las tiritas como haría un niño normal con los cromos de béisbol o las cartas de Magic—. Esta —dijo, y extrajo una tirita pequeña del envoltorio—. Tal vez tendrías que darte un poco de crema primero. ¿Qué opinas?

Josie iba a responder, pero se dio cuenta de que Paul hablaba con Ana, no con ella. La niña asintió con gesto serio e insistió en que fuera él, no Josie,

quien le aplicara la crema. En cuestión de segundos Paul sacó una loción y la frotó entre las manos.

—Primero hay que calentarla —explicó.

Una vez consideró que había alcanzado la temperatura adecuada, la aplicó en la barbilla de su hermana con suma delicadeza, y la mirada de Ana expresó una felicidad tan grande que la niña tuvo que cerrar los ojos. Después de expandir bien la crema, Paul sopló.

—Para que se seque más rápido —le explicó a Ana, obviando por completo a su madre, y luego le pegó con cuidado la tirita, presionando suavemente los extremos adhesivos.

Después reuló un paso y evaluó el trabajo. Paul quedó satisfecho, y Ana, lo bastante tranquila para hablar.

Pidió un aseo.

—¿Quieres un aseo? —preguntó Josie—. Si ya estás en los servicios.

—¡No! —rugió—. ¡Quiero un aseo!

—¿Un aseo? —Josie no la entendía.

—¡No, un aseo!

Paul ladeó la cabeza, como a punto de entenderla.

—Pero ¿te quieres asear o no? —preguntó Josie.

—¡No! —Ana aulló, al borde otra vez de las lágrimas.

Paul miró a Ana, sondeándola.

—¿Sabes decirlo de otro modo?

—¡Quiero verlo! —bramó Ana, y Paul la entendió al instante.

—Quiere un espejo, no un aseo —le explicó a su madre, con chiribitas de placer en sus ojos de cura gélido.

Ana asintió vigorosamente y una sonrisa dominó la cara de Paul. Aquello para él era un tesoro, la felicidad. Lo único que quería era conocer mejor que nadie a su hermana.

Josie la aupó para que se mirara en el espejo de encima del lavamanos. Le mostró la herida, temiendo que rompiera a llorar otra vez, impresionada por la tirita que le cubría la barbilla. Pero Ana esbozó una mueca, tocó la herida con suavidad y se le iluminó la mirada.

Volvieron a la carretera, rumbo sur en dirección a la península de Kenai, con un ojo puesto en Seward, de la que Josie no sabía nada. Los niños se sentaron en el banco de detrás, aunque Josie no estaba convencida de que fuera seguro, dado lo finas que eran las paredes del Chateau y que el banco tenía unos cinturones más viejos que ella. Pero a los niños les encantaba. Ana casi no se creía lo de no tener que sentarse en un asiento normal de coche. Tenía la sensación de haber dado un golpe fabuloso.

La niña gritó algo desde atrás. Sonó a pregunta, pero Josie no la oyó bien.

—¿Qué dices? —chilló Josie.

—Pregunta si has vivido aquí antes —voceó Paul.

—¿En Alaska? No —gritó Josie por encima del hombro.

Ana creía que su madre había vivido en todas partes. Era culpa de Josie; había cometido el error de mencionar los viajes de antes de nacer ellos, sus diversos domicilios. Sus hijos eran demasiado pequeños para algo así, los dos, pero a menudo no podía evitarlo. Cuando oían mencionar Panamá en algún documental sobre el canal, ella les contaba que había vivido allí dos años, les hablaba del Cuerpo de Paz estadounidense, del pueblo en una colina donde ella y otro par de personas sin ninguna formación específica en irrigación de montañas intentaban ayudar a los lugareños a irrigar la montaña. Ana olvidaba la mayor parte de las cosas, pero Paul no olvidaba nada y, como para frustrar los esfuerzos de Josie por escribir el pasado en tinta deletable, escribía su copia particular cual pequeño monje desquiciado. Sabían

que después del Cuerpo de Paz y antes de la facultad de odontología había estudiado brevemente para adiestrar perros lazarillos (había aguantado un mes, pero la idea seguía fascinándola). Estaban al corriente de Walla Walla y Iron Mountain, dos de los cuatro lugares donde había vivido de niña. A Josie le parecía prematuro contarles que se había emancipado a los diecisiete años, hablarles de Sunny, la mujer que había respaldado la insurgencia y la había acogido en su hogar. Alguna que otra vez preguntaban por los padres de Josie, dónde estaban, por qué ellos no tenían abuelos biológicos, por qué solo tenían a Luisa, la madre de Carl, que vivía en Cayo Hueso. Sabían algo de Londres, de los cuatro meses en España (aquel período de movimientos bruscos, guiados por el capricho y la calamidad). ¿Por qué le importaba que sus hijos supieran que había estado en alguna parte, que había hecho más cosas además de ser dentista? ¿Era maravilloso haber cambiado tantas veces? Sospechaba que no.

Paul estaba hablando, pero hacía menos ruido que Ana y Josie apenas alcanzaba a oír un murmullo de consonantes y vocales.

—¡No te oigo! —gritó.

—¿Qué? —le replicó a gritos Paul.

El Chateau traqueteaba y resoplaba y ahogaba el resto de las voces. Por definición, una autocaravana incorporaba toda suerte de menaje —en este caso, trastos de segunda mano de Stan y su mujer de blancas moquetas— y cada plato repiqueteaba, cada vaso chocaba con el de al lado. Había bandejas, juegos de té, tazas de café y cubertería. Había una cafetera. Había una cocina. Había ollas y cazuelas. Había un wok. Una licuadora. Una batidora por si alguien quería preparar un pastel. Todo lo cual atestaba los armarios, armarios baratos y livianos como los que tenían en casa, pero en casa los armarios no iban dando tumbos a setenta y siete kilómetros por hora encima de unos neumáticos y amortiguadores antiguos. Y como el vehículo era una

máquina moribunda, hasta los armarios estaban mal montados y sujetos de cualquier modo a la caravana. El ruido, pues, recordaba al que se oiría en un terremoto. La cubertería se sacudía como las cadenas de un fantasma nervioso. Y la cacofonía subía aún más de volumen cuando aminoraban o aceleraban, o conducían por una pendiente descendiente o ascendente, hoyo o bache.

SI TÚ NO, ¿QUIÉN?, preguntaba un cartel luminoso del arcén, y Josie sintió que la habían descubierto y acusado hasta que el mensaje cambió a NO APARQUES EN HIERBA SECA y comprendió que los carteles intentaban prevenir incendios forestales.

Al cabo de una hora, aparcó. Pasar de setenta y siete kilómetros por hora a cero suponía un esfuerzo equiparable a detener una avalancha. Todo el peso cargaba detrás, de modo que la parte delantera del vehículo temblaba y resollaba mientras las ruedas se agitaban. Estacionaron en una amplia parcela junto al agua, pero Josie tenía los nervios destrozados.

Salió de la cabina a sentarse en el sofá de enfrente del banco. Les dijo a Paul y a Ana que tenían la oportunidad, única, de colaborar en un proyecto extraordinario. Los intrigó.

—Vamos a trasladar la cocina a la ducha —informó Josie.

La entendieron por intuición.

Ana abrió el armario de debajo del fregadero y sacó una olla.

—¿Así? —preguntó encaminándose a la ducha.

—Espera —dijo Josie—, primero tenemos que poner toallas.

De modo que cubrieron el suelo de la ducha con toallas. Después envolvieron platos y vasos y los depositaron en el suelo de la ducha. Cuando se acabaron las toallas, abrieron sus bolsas de viaje y envolvieron la vajilla y la cubertería con ropa prescindible y colocaron los paquetes en el suelo de la ducha. Vaciaron la cocina de platos, cacerolas, tazas y vasos, los trasladaron

con cuidado a la ducha y cerraron la puerta. Cuando Josie volvió a arrancar el Chateau y se reincorporó a la carretera, el ruido sonaba maravillosamente apagado y a ojos de sus hijos había quedado como una mente privilegiada.

—¿Y si tenemos que cocinar? —preguntó Paul.

—No quiero cocinar —dijo Josie.

Tampoco quería conducir, la carretera no le transmitía paz, solo caras. Vio el rostro terso y bello del joven soldado de cuya muerte era cómplice. No, pensó, dame otra cara. Vio los ojos amarillos de la mujer devorada por el cáncer que le había robado el negocio. No. Otra. Carl, con una mueca en el váter. No. La cara del abogado de la mujer, su yerno, cruel e interesado. Josie por fin llegó a la cara con piel de cebolla de Sunny, una cara que intentaba conjurar en busca de sosiego. Su mente descansó allí un momento, en los brillantes ojos negros de Sunny, imaginó a Sunny pasándole los dedos huesudos por el pelo —Josie, a pesar de ser una adolescente enfadada con el mundo, se lo permitía— y a ratos, momentáneamente, sintió algo parecido a la calma.

Por la tarde se dirigieron a Seward, y Seward les pareció un lugar de verdad. Poderoso y limpio. Se asentaba al final de un gran fiordo, el agua helada fluía desde el golfo de Alaska. La avenida principal de la ciudad era un caos de tiendas de recuerdos con estanterías de cristal tintineantes repletas de camisetas de dibujos animados abominables, pero en las afueras Seward era descarnada, un auténtico centro de negocios. Los barcos pesqueros iban y venían, igual que los petroleros y los portacontenedores pequeños, y todos pasaban por un estrecho brazo de mar llamado bahía Resurrección, un nombre para santos y exploradores llorados.

Llegaron a un parque de caravanas de los alrededores y estacionaron de

cara a una amplia playa cubierta de algas. Al otro lado del agua, a unos ochocientos metros, se alzaba la cordillera de Kenai, un muro de montañas immaculadas: serradas, plateadas y blancas, monumentales y desafiantes. A lo largo de la costa esporádicamente asomaban de la arena algunos tocones, blancos, petrificados.

—Quedaos aquí —les dijo a los niños, y se encaminó a las oficinas del parque.

El tipo del mostrador le pidió el nombre y la dirección, y Josie los anotó, garabateó su nombre de forma ilegible, dio el apartado de correos de una compañía crediticia que sabía de memoria y pagó en metálico. Tenía la vaga impresión de que cuando Carl comprendiera lo que había hecho su exmujer, tal vez saliera en su busca y la de sus hijos o mandara a alguien a encontrarlos, pero por otro lado Carl no había conseguido conservar un trabajo de verdad en la vida (el nuevo, en Florida, no contaba), así que ¿sería capaz de organizar y llevar a cabo una misión de reconocimiento? Había corrido la mitad del triatlón para el que se había entrenado. Quizá aguantara media búsqueda.

Cuando Josie regresó al Chateau, se encontró a un hombre furibundo.

—¡No estás en tu plaza! —rugió el tipo.

Detrás del Chateau había otra autocaravana, nueva y mucho mayor y con una bandera noruega ondeando en la antena. El noruego tenía la cara roja y las manos a la espalda, como para impedirles infligirle a Josie algún daño específicamente noruego. Saltaba a la vista que el hombre había ensayado aquello. Había ido calentándose durante los quince minutos que Josie se había ausentado. Ahora, Josie lo vio claro, mencionaría a los niños.

—¡Y dejas conducir a los niños!

Josie levantó la vista y vio a Paul en el asiento del conductor del Chateau y a Ana en su regazo. Las cuatro manos agarraban el volante.

A Josie le pasaron varias ideas por la cabeza. Pensó en lo mucho que quería a sus hijos, en que parecían pequeños delincuentes, por mucho que Paul fuera angelical y Ana solo se hiciera daño a sí misma. Se preguntó por qué aquel noruego habría recorrido más de seis mil kilómetros para ver los fiordos de Alaska. Eso no era normal. Noruega era mejor, estaba más limpia. Y te regalaban cosas, ¿no? ¿La sanidad y así? Vete a tu casa.

Sin mediar palabra, subió al Chateau, mandó a los niños atrás y cedió el sitio al airado noruego. Todas las plazas de la playa estaban ocupadas, así que dieron vueltas por el aparcamiento hasta que encontraron hueco en el bosque. Estaba bien, a un centenar de metros del agua, pero así como la playa era luminosa y con vistas a las resplandecientes montañas, el bosque era oscuro, húmedo, hacía pensar en Tolkien y en trols.

Josie había pasado una semana en Noruega con Paul, cuando el niño tenía dos años. Para una conferencia sobre blanqueamiento dental. ¡Qué raros fueron los noruegos con Paul! (Carl se quedó en casa, creía que estaba enfermando y no quiso arriesgarse. Todo un ejemplo de hombre.) En Oslo, y sobre todo en la excursión en ferry por un prístino fiordo, los noruegos se comportaron como si hubiera subido a bordo a un carcajuyú. Paul había sido un bebé educado, un ciudadano en pequeño, casi afectado, casi demasiado maduro, pero en aquel barco era un paria. Abría la boca y parecía que hubiera fastidiado el viaje, el mero sonido de su voz era una especie de bomba nuclear americana.

Josie había escuchado todos los musicales existentes y pensaba que debían añadir al canon otro titulado *¡Noruega!* Incluiría un coro de mujeres vestidas todas igual, de blanco riguroso: según su experiencia, en Noruega todos vestían de blanco riguroso y lucían la misma tez sospechosamente bronceada, las mismas gafas negras y estrechas. Todos esos noruegos fingían ser felices, gente civilizada, cantaban canciones afables sobre fiordos y cultura

subvencionada por el Estado financiado por el petróleo, pero al mismo tiempo intentaban eliminar a los niños para no tener que compartir con ellos las limitadas provisiones de tela blanca. Mientras blanqueaba dientes, Josie solía cavilar sobre el musical, imaginaba el final, con todos los noruegos de blanco cantando un tema con acompañamiento electrónico. ¿Por qué lo hacía? Pasaba los ratos ociosos ideando musicales que nunca existirían. Eran el único medio capaz de expresar adecuadamente nuestra locura e hipocresía, nuestra habilidad colectiva para sentarnos en un teatro a ver a unos lunáticos cantar sinsentidos mientras fuera el mundo ardía.

Por lo demás, la conferencia sobre blanqueamiento dental había sido una bendición: los tratamientos eran igual que imprimir dinero. Un paciente pasaba en la consulta alrededor de una hora, requería la presencia del dentista diez minutos —del resto se encargaba el higienista—, pero Josie cobraba setecientos dólares y todos pagaban contentos. ¡Gracias, Noruega!

Salieron, y Josie extrajo la conexión eléctrica del compartimento lateral: básicamente un alargo grueso oculto tras una endeble portezuela de contrachapado situada cerca de una de las ruedas traseras. Conectó el vehículo a la toma externa y consiguieron electricidad. Llevó a Paul y Ana a la playa, esquivando a los noruegos, que ahora se esforzaban en parecer simpáticos y los saludaban de pie junto a una triste fogata gris.

La bahía estaba llena de nutrias. Ana y Paul ya las habían descubierto, cincuenta metros antes de llegar a la playa. ¿A qué niño no le gustan las nutrias? Josie se sentó en uno de los ancestrales tocones blancos y dejó que los niños se aproximaran a la orilla para verlas de cerca. Las nutrias estaban locas, pero eran monísimas, nadaban de espaldas, transportaban sobre la barriga piedras que empleaban para abrir almejas. Era imposible que un creador que se respetara a sí mismo concibiera semejante animal. Solo un Dios a nuestra imagen y semejanza podía optar por ese nivel de kitsch

animal.

Ana se cayó. Paul estaba examinándole la mano. Era el método de crianza favorito de Josie: elegir un lugar como aquel, inmenso y con tanto que descubrir, y contemplar cómo los hijos vagan y se hacen hereditas sin importancia. Sentarse y no hacer nada. Cuando volvían a enseñarte algo, una piedra o una fregona de algas, lo inspeccionabas y preguntabas. Sócrates inventó el método ideal para el padre al que le gusta sentarse y no hacer gran cosa. Mediante preguntas juiciosas, sus hijos aprenderían a leer y escribir allí mismo, en una playa de Seward. Pues claro que sí. Leed el nombre de ese barco. Rápido, leedme la advertencia del lateral del taxi acuático. Leed lo que dice del voltaje en la puerta de la toma de luz.

El aire estaba limpio. Estaban junto al agua, donde el riesgo de incendios era bajo, o al menos más bajo, y los vientos que transportaban el aire quemado soplaban en otra dirección. Josie respiró hondo y alzó la vista al sol. Oyó las quejas de algún ave marina. Movimiento de grava en algún lugar del aparcamiento. El largo susurro de la brisa circulando por el bosque, a su espalda. La suave entrada de un patín en la bahía. Ahora, el chillido de un niño. Abrió los ojos, suponiendo que sería Ana, que de nuevo se había hecho daño, esta vez más grave. Pero Ana y Paul seguían donde los había visto por última vez y se entretenían amontonando piedras. Josie se volvió hacia el otro lado de la playa y vio a otra familia, dos progenitores, dos niños, todos ataviados de licra brillante y cortavientos impermeables. Los niños, del mismo tamaño más o menos que los suyos, tenían miedo de un trío de perros abandonados que giraban alrededor de la familia como una pandilla de motoristas de los años cincuenta. La familia no sabía qué hacer.

Los adultos del grupo miraron a Josie indignados y suplicantes, convencidos de que los perros eran suyos. De que aquellos animales salvajes y sin collar, por lo que fuera, eran de Josie. ¿También ella parecía una

salvaje? Porque sus niños parecían sucios, sarnosos, salvajes... la clase de gente que llevaría perros a la playa para atosigar a gente guapa vestida con bañadores de licra a juego. Aquella era la clase de gente de la que Josie trataba de huir yéndose a Alaska.

Era el tipo de personas que se había adueñado de su ciudad, que había colonizado el colegio de los niños. Por lo visto nadie trabajaba; todos tenían prendas de licra a juego y tiempo para asistir a cada una de las trescientas o cuatrocientas actividades anuales de la escuela. ¿Cómo podía alguien como Josie trabajar y ser madre y no obstante no terminar convertida en un fracaso, en una paria, en esa escuela normal de aquella ciudad del montón? La habían inducido a creer que en Estados Unidos tener empleo significaba trabajar cuarenta horas semanales. Discutible, si se quiere —deberíamos trabajar menos, no trabajamos bastante, en el trabajo se pierde mucho tiempo en los descansos y viendo pornografía en internet—, pero cuarenta horas semanales eran lo esperado, la norma, la clave de la prosperidad nacional. Sin embargo, los colegios, los niños y sus actividades y, sobre todo, las miradas enjuiciadoras, impedían cumplir las cuarenta horas semanales y estaban desbaratando dicha prosperidad, y la respuesta al declive estadounidense muy bien podía radicar en esos padres, esas miradas enjuiciadoras, esos colegios, esas actividades. ¿No había sido solo una generación antes cuando se esperaba de los padres que participaran en cuatro actividades escolares de una hora al año? Estaban la reunión de maestros y profesores de otoño y la de primavera, el montaje musical de otoño —del primer trimestre— y el montaje musical de primavera. Nada más. Tal vez algún festival invernal, pero nunca dos en el mismo semestre. Puede que una obra teatral. Un recital. Pero, en cualquier caso, había cuatro asistencias consideradas obligatorias y la mayoría eran por la noche, después del trabajo. De lo contrario, el sostén o los sostenes familiares estarían trabajando sus cuarenta horas semanales; el

progenitor era un héroe por acudir a cualquiera de las cuatro convocatorias y un campeón o campeona si conseguía ver los partidos del fin de semana, un santo si entrenaba a un equipo, pero en cualquier caso se le tenía por un ejemplo solo con que cumpliera con tres de las cuatro actividades obligatorias y punto.

Ahora es distinto. Ahora existen, trepando como hierba bienintencionada, pero en última instancia sofocante y mortal, toda una serie de semirresponsabilidades nuevas y vagas que asfixian cuanto crece en el jardín o, lo que viene a ser lo mismo, la productividad humana y el PIB. Estos elementos optativos, estas mediocosas, se cuelan a hurtadillas y matan como la roya fulmina la flora. Como el comunismo. No, como el comunismo no. Los comunistas sabían mantener cierto equilibrio y trabajaban de lo lindo. ¿Trabajaban tanto? No está claro. Pero esos otros padres y sus miradas enjuiciadoras, ¿cuándo trabajan? Sus trabajos consisten en acudir a las actividades. Lo que tácitamente dan a entender es que su trabajo es ese, y también dan a entender que tú y tu trabajo de verdad estáis bien, pero también sois una pena, un ejemplo de negligencia. Aunque no lo dicen. Dicen: «No te preocupes si no puedes venir al canto del solsticio de mediados de otoño, a la feria de villancicos y comida casera de finales de invierno». No pasa nada si te pierdes el partido de bádminton de dobles padre e hijo a la luz de las farolas una tarde de mediados de primavera. No hay ningún problema si no asistes a la fiesta de pijamas madre-hija de cada tres miércoles de cine con *Sonrisas y lágrimas* llevando la guitarra o la lira. No tienes que llevar chucherías el día del cumpleaños de tu niño. No tienes que ir un día a explicarles tu profesión. No tienes que pasarte por la inauguración del nuevo taller de arte, que dispone de un auténtico torno alfarero. ¿No te interesa el arte? No pasa nada. No hace falta, no hace falta, no hace falta, está bien, no hay problema, aunque en realidad eres una egoísta y tus hijos están

condenados. Cuando sean los primeros en probar el crack —lo probarán y les encantará y se lo venderán a nuestros hijos amantes de la cultura—, sabremos la razón.

Así pues, Josie calculó, para entretenerse y para preparar una probable declaración futura, las horas que exigiría asistir a todas esas actividades semiobligatorias un noviembre dado, y le salieron algo más de treinta y dos. Contando el tiempo pasado en el colegio, en las instalaciones, vigilando y retozando, agradeciendo y felicitando. Pero espera. Había que tener en cuenta el tiempo de ir y venir del trabajo, sorteando el tráfico, enfrentándote al tráfico, a todo, a la tragedia de conducir; entonces sumaban cuarenta y seis horas. Cuarenta y seis horas al mes para participar en actividades diurnas y nocturnas, todas ellas opcionales, en las que no se te espera, no hay problema, no te apures, todo es optativo, a tus niños les va de maravilla, no te preocupes, queremos que trabajes, Josie.

Josie tenía que trabajar, porque tenía hijos, y Carl no sabía cómo generar ingresos, no contribuía con ninguna financiación personal: aunque la angustiara, lo mantenía su madre, Luisa, que de vez en cuando también pagaba algunos gastos de Ana y Paul. No ayudaba que Josie no hubiera incorporado otro dentista a su consulta, había sido tonta, y tampoco ayudaba que ofreciera sus servicios a una escala proporcional. Ni una cosa ni la otra ayudaban. Todo habían sido malos consejos y la demostración de que no debería haber montado un negocio, tampoco debería vivir con sus hijos en aquella ciudad, con aquella gente glamurosa que combinaba sin esfuerzo placer y obligación. Cada vez que participaba en alguna actividad, una tarde de repostería, una ceremonia repostera para la presentación de la agrupación coral, los veía. A todos. Iban los padres, iban las madres. Iban todos y, cuando los veía, antes de nada, inevitablemente, querían hablar de la última actividad, la de la semana o el día anterior. Aquella a la que Josie no había

asistido. «Ah, pues estuvo muy bien —decían—. La clase lo bordó. ¡Lo bordó!» Los padres lo decían maravillados, maravillados por todo, por las cosas que hacían los niños, de las que eran capaces unas criaturas tan pequeñas, y mientras lo explicaban tal vez fueran conscientes o tal vez no del puñal que estaban clavándole a Josie entre las costillas. Puede que lo supieran o puede que no. Pero entonces retorcían el cuchillo: «Y tu hijo —decían— fue la estrella». Otro giro: «Creo que lo grabé, al menos un segundo. Ya te lo mandaré». ¿Era algo típico de Ohio? ¿Pasaba en todas partes? ¿Servía de algo que Paul cantara «The Long and Winding Road» y «In My Life» en un festival diurno del que no avisaron a Josie? No. Una madre le dijo después: «Mejor que no vinieras. Qué pena daba Paul cantando esos temas». Eso dijo. Se refería a que aquel niño de ocho años entendía la letra de las canciones, la relacionaba con la ruptura de Josie y Carl. Eso ocurrió.

El maravilloso colmo de todo lo cual fue el correo electrónico que recibió de una mujer, otra madre, a la semana siguiente. «Querida Josie: Para ayudar a los padres trabajadores de la escuela hemos puesto en marcha un programa innovador llamado Todos a Una, en virtud del cual el estudiante cuyos padres no pueden participar en las actividades escolares es “adoptado” por otro progenitor disponible. Este pasará tiempo con tu hijo, lo fotografiará durante las actividades y te enviará las fotografías y, en general, ofrecerá al niño el mismo apoyo que reciben los estudiantes que...» El correo se alargaba una página más. Josie saltó al final para ver a quién le habían asignado sus hijos y descubrió que era una tal Bridget, de quien recordaba que era precisamente la clase de madre con la que jamás dejaría a sus retoños: mirada de chiflada y aficionada a las bufandas.

Josie había elegido ese tipo de entorno. Había abandonado su tribu previa, las inquietas filas de los exvoluntarios del Cuerpo de Paz, para estudiar odontología, mudarse a Ohio, instalarse en una urbanización de las afueras

entre personas estables —tan estables que estaban dispuestas a «adoptar» a sus hijos durante la jornada escolar—, pero se acordaba de su otra gente, de otras amistades de otra vida, que seguían vagando por el mundo como muertos vivientes. Ninguna de sus amistades del Cuerpo de Paz había tenido hijos. Una amiga había vuelto a Panamá, otro amigo aprendió árabe, consiguió un misterioso puesto de consultor en Abbottabad y aseguraba haber presenciado el ataque contra Bin Laden desde la azotea. Otro se había suicidado. Una pareja se había casado y montado una granja de llamas en Idaho y le habían pedido que fuera, que se instalara con ellos y se integrara en la comuna («¡No es una comuna!», insistían) y Josie estuvo a punto de hacerlo, o al menos de plantárselo, pero sí, el resto de la harapienta raza del Cuerpo de Paz seguía vagando, sin ganas de pararse, sin ganas de vivir de ningún modo convencional ni lineal.

Solo Deena, madre de un niño de la clase de Paul y dueña de una tienda de mascotas, la comprendía, parecía tener algo de pasado. Josie había mencionado su emancipación a otra pareja y no habían sabido disimular su espanto. Jamás habían oído nada semejante.

—No sabía que fuera posible —dijo el hombre.

—Yo una vez me escapé —replicó la mujer. Llevaba pantalones piratas—. Dormí en casa de una amiga y regresé a la mañana siguiente.

En otra ocasión, en la Noche de las Mamás —no se le ocurría una combinación de palabras más trágica—, Josie había mencionado el Cuerpo de Paz y Panamá, y añadió que había conocido a una mujer, Rory, que se las había apañado para engancharse allí a la heroína. Josie pensó que contaba la historia de manera divertida, una estadounidense introduciendo drogas de contrabando en Centroamérica, pero una vez más se produjo el silencio abismal que insinuaba que Josie estaba trayendo un atisbo del apocalipsis a su bella ciudad.

Pero Deena lo comprendía. Deena también estaba sola, aunque su marido no había desertado, sino fallecido. Estaba trabajando como contratista en el delta nigeriano cuando lo secuestraron; se pagó el rescate, lo liberaron y, de vuelta en Estados Unidos, a los dos meses murió de un aneurisma. La otra hija de Deena, que también se llamaba Ana, solo que escrito Anna, era adoptada y, entre eso y el padre difunto, a ella también la habían amenazado con que la mujer de las bufandas de Todos a Una adoptara a la niña.

Josie y Deena charlaban de que eran las únicas de la escuela a las que les había pasado algo en la vida. Josie se sentía a gusto contándole cualquier cosa, pero no había ahondado en su infancia, el mundo derruido de sus padres. Eran años intocables. Exigían dar un paso demasiado incómodo, de modo que con Deena se ceñían a las absurdidades propias de la familia monoparental: ganar dinero para pagar a niños para que cuiden de tus niños y que así ganen dinero para pagar a otros para que cuiden de los suyos. Confiarte a los hijos, quejarte con ellos, pasar demasiado rato tumbada con ellos a la hora de dormir, contarles demasiado.

—Deberíamos mudarnos a Alaska —dijo una noche Deena.

Estaban en Chuy's, un bar de burritos donde los niños podían corretear y entretenerse y Josie y Deena tomarse unos mojitos y descalzarse. Deena estaba mirando cómo su hija vaciaba una cesta de patatas fritas en el suelo y se las comía. No movió un solo músculo para ayudarla, no pronunció una sola palabra reprobatoria.

—¿Y por qué iba a ser mejor en Alaska? —preguntó Josie, pero la idea caló, en parte porque Sam vivía allí.

En la playa, y para enorme alivio de Josie, la familia con cortavientos nuevos y coloridos desapareció detrás de una roca de la orilla.

Ana se acercó, transportaba cuidadosamente alguna cosa con ambas manos. Paul avanzaba detrás, luego a su lado, con las manos flotando encima de las de la hermana para garantizar que lo que fuera que habían encontrado no se cayera. Josie se levantó con la esperanza de que no se lo depositaran en el regazo.

—Mira —dijo Ana con suma solemnidad.

—Es una cabeza —dijo Paul.

Y los perros salvajes se sumaron al grupo, olisquearon la cabeza. Los niños de Josie apenas se fijaron en los perros y los animales no parecían interesados en comerse ni dañar el cráneo.

—De una nutria —dijo Ana, y señaló hacia la bahía.

Sostenía el cráneo en las manitas rosadas y Josie descubrió, horrorizada, que no estaba completamente limpio. Todavía le quedaba cartílago, pelos y piel y también algo viscoso. Josie invocó a Sócrates y pensó una pregunta: ¿Por qué narices lo habéis recogido? Los perros, solidarizándose, levantaron la cabeza en dirección a Ana y Paul, y luego echaron a correr.

Por la noche fueron a un restaurante de verdad de la ciudad. Josie cogió la bolsa de terciopelo de debajo del fregadero y sacó seis billetes de veinte, con la impresión de que no sería lógico, pero sí inevitable, gastárselos todos esa noche.

Cuando llegaron a la calle principal, vieron que había atracado un crucero y Seward estaba inundado de parejas de setentones idénticas, vestidos todos con sutiles variaciones del mismo cortavientos y las mismas deportivas blancas. Habían tomado la ciudad, los restaurantes se habían rendido y Ana volvía a correr por la calle. Josie y Paul la atraparon y trataron de calmarla cargándola a caballito. No. Su cuerpo menudo, puro músculo, se movía como

una barracuda: se doblaba, se retorció, lo que fuera para liberarse, así que Josie la dejó correr por la acera. Las negativas no la motivaban. Josie la amenazaba con quitarle el libro de pegatinas de Batman. No causaba el menor efecto; Ana sabía que tenía otros. Josie le aseguraba que jamás volvería a ver un DVD; Ana no tenía noción de futuro y, por tanto, no se inmutaba. Pero si Josie le prometía algo, un postre, un objeto, la niña acataba la disciplina. Ana pertenecía a la clase más pura de materialistas: quería cosas, pero no le importaban.

Fueron al restaurante más barato que encontraron, pero los precios de Alaska eran de ciencia ficción. Josie consultó la carta mientras esperaban mesa. Tapitas a veinte dólares. Justo lo que intentaba evitar. En casa se había hartado, agotado, de gastar dinero. La deprimía. Todos los días terminaba en la droguería o el ultramarinos y la cuenta siempre subía a sesenta y tres dólares. Entraba en Walgreen's a por leche y los pañales nocturnos de Ana y sin saber cómo terminaba gastándose sesenta y tres dólares. Siempre sesenta y tres. Sesenta y tres dólares, tres o cuatro veces al día. ¿Cómo iba a ser sostenible?

Pero la carta, en el antro de brillante iluminación que habían elegido, pedía aún más por cenar. Josie calculó por encima y dedujo que se gastaría ochenta dólares para cenar con los dos niños, a ninguno de los cuales les importaba si comían allí o cenaban barro y larvas del suelo. Ana, dispuesta siempre a pinchar la fachada de cualquier situación, aprovechó la ocasión. Después de que el ayudante de camarero les limpiara la mesa, la niña volvió a limpiarla con la servilleta, diciendo «¡Oh, sí! ¡Oh, sí!» con una lascivia embarazosa. Josie se rio, de modo que Ana lo repitió tres veces más.

Paul, sin embargo, tenía la noche reflexiva. Miró a Josie con sus ojos de cura gélido.

—¿Qué? —preguntó ella.

Paul respondió que no quería hablar del tema.

—¿Qué? —volvió a preguntar Josie.

Al final el niño le indicó que se acercara, prometiéndole revelar un secreto. Josie se inclinó por encima de la mesa y un plato se ladeó y chocó con la madera.

—¿Adónde van los perros callejeros de noche? —susurró Paul lanzándole el aliento caliente a la oreja.

Como Josie no sabía adónde quería ir a parar, le contestó:

—No lo sé.

De inmediato supo que era la respuesta equivocada. Paul mudó la expresión y sus ojos, pálidos y fríos, le anunciaron que el niño no podría dormir durante semanas.

Josie se había olvidado del problema de Paul con los animales perdidos. En Ohio había oído hablar de los gatos callejeros —había una chalada muy conocida en la ciudad que había descubierto su vocación atendiendo al sufrimiento de los gatos sin hogar y que empapelaba los autobuses y la prensa local con anuncios donde ofrecía cobijo y ¡ASISTENCIA MÉDICA DE LA MEJOR CALIDAD! para animales— y obligaba a su madre a sacar un plato de leche todas las noches para los felinos errantes que pasaran por delante de casa. Además, Josie se había inventado la historia de que los gatos solían pasar por allí de camino a su casa: existía un Ferrocarril Subterráneo para animales descarriados, le contó, y ellos participaban en la red. La ficción se prolongó durante semanas y fue por culpa de Josie. Se había inventado el Ferrocarril Subterráneo, por lo que tuvo que fingir que consumían la leche y vaciar el plato por la noche, ver cómo Paul lo comprobaba por la mañana y comentarlo con él durante el desayuno, de modo que ¿cómo podía habersele olvidado cuánto le preocupaban los animales callejeros a su hijo?

Luego, después de pagar la cena —ochenta y cuatro dólares, podían irse

todos al carajo— y mientras Ana se comía un helado en un banco del paseo marítimo, Josie le aclaró algunas cosas a Paul al tiempo que, también ella, se distraía un poco. Los perros callejeros, le contó, vivían todos juntos en una casa club. Los guardas forestales alaskenses habían construido la casa porque los perros salvajes, al ser animales de manada, preferían vivir juntos. Allí los guardas les daban tres comidas diarias, continuó: tortillas para desayunar, salchichas para almorzar y bistec para cenar.

Paul sonrió tímidamente. Alguien que no lo conociera supondría que el niño sabía que todo era una invención, que aquella sonrisa reconocía lo absurdo de todo —lo tonto que era preocuparse por los animales callejeros y la chaladura de la explicación de su madre—, pero la sonrisa de Paul no significaba eso. No. Paul sonrió porque se había reparado algo que estaba mal en el mundo. La sonrisa de Paul confirmaba el verdadero norte del mundo moral: ¿cómo podía haber dudado de la preeminencia del orden y la justicia? Su sonrisa confirmaba la justicia. Su sonrisa se reía de su pasajera falta de fe en la justicia.

Ana se había acabado el helado, y le entregó el envoltorio a Josie mientras iba a inspeccionar, unos metros más adelante, en el embarcadero, lo que parecía una cabeza de pescado sanguinolenta. Estaban cerca de la planta procesadora, donde los pescadores pesaban y destripaban la captura del día. La sangre aguada teñía de rosa el paseo, donde un último pescador remataba la jornada. Ana se plantó a su lado y lo miró, luego bajó la vista hacia la cabeza de pescado, a la piel plateada manchada de plasma brillante. La recogió. Recogió la cabeza.

—¿Es tuya? —preguntó al pescador.

Sin darle tiempo a responder, soltó la cabeza y, en una increíble demostración de destreza y habilidades motoras, la pateó al vuelo, hacia las aguas negras del fondo. Ana se rio, el pescador se rio y Josie se preguntó

cómo podía ser suya aquella niña. «¿Y tú qué miras?», preguntó Ana al agua espumeante donde había desaparecido la cabeza. Esa expresión no se la había enseñado Josie y, desde luego, Paul no la conocía. Pero Ana la había empleado antes, y también había dicho: «¿Esto? ¿Esto es lo que quieres?» y «¿Qué esperabas?». Expresiones de confrontación que insistía en gritarles a las rocas, los árboles, los pájaros. A menudo le faltaba al respeto a los objetos inanimados y solía pasearse a su alrededor practicando gestos y muecas como un payaso calentando entre bambalinas.

La existencia de Ana, y su voluntad de vivir y correr y romper cosas y conquistar, eran consecuencia de su nacimiento. Después de vivir un mes en una caja de plástico y pasar los dos primeros años con aspecto de vieja marchita, Ana mudó su primera piel cual Lady Lázaros y se transformó en cataclismo. Hacía ya tiempo que Carl había abdicado de cualquier responsabilidad. Cuando trajeron a Ana del hospital, a Carl le pareció un buen momento para empezar a entrenar para el triatlón —de pronto, le corría prisa—, y Josie enseguida dedujo que no jugaría un papel decisivo en el cuidado de la niña. Así que delegó en Paul. Su hermana era muy pequeña y débil, le explicó Josie. Cuando venga a casa tendrás que ayudarla. Le hablaba de la llegada de Ana todas las noches, y noche tras noche Paul fue tomándose más en serio sus inminentes responsabilidades. Una noche Josie se lo encontró en el suelo con una aspiradora de mano, limpiando el cuarto que sería de Ana. Paul tenía tres años. Otra vez el niño encontró una postal de felicitación, ilustrada con una explosión de globos, y la dejó en la cuna vacía. Josie intentaba asegurarse de que Paul, un niño sensato, pero niño al fin y al cabo, tuviera cuidado de no ahogar sin querer a la pequeña Ana, de que no le rompiera sus huesos de pajarillo, pero en cambio había criado a un niño que se tomaba su función como la del cuidador de la orquídea más delicada del mundo. Paul dormía en el cuarto de Ana, en un colchón primero al lado de la

cuna y luego debajo. Para cuando la niña cumplió tres meses, su hermano sabía darle el biberón y cambiarle los pañales. Cuando se ocupaban Josie o Carl, Paul se sentaba cerca e iba apuntando consejos y rectificaciones.

Ana fue fortaleciéndose y a los dos años ya corría sin miedo ni límites, aunque todavía era un palillo como Pinocho y una sombra azul le rodeaba los ojos (prueba pasajera, confiaba Josie, del traumático camino recorrido hasta ese momento). Conforme fue ganando confianza y conciencia de su capacidad ambulatoria y su determinación, a medida que fue cobrando más conciencia del mundo y de sí misma, Ana fue perdiendo a Paul de vista. Él se dio cuenta y se sintió traicionado. Durante una época, cuando Ana tenía dos años y Paul cinco, el niño acudía a Josie, angustiado. «No me deja que la tome en brazos», gemía. Al borde del llanto, mientras Ana apenas era consciente de que su hermano vivía en la misma casa que ella. En plenas facultades, en realidad, no le interesaba nadie, y menos aún Paul. Ana quería ver cosas, vagar, trepar y lanzarse en picado. Le atraían las cosas brillantes, móviles, titilantes, ruidosas y peludas. Paul no tenía ninguna de dichas cualidades, y por tanto no le interesaba.

Pero algo ocurrió cuando Ana cumplió tres años, y a partir de entonces reconoció la existencia de Paul. Ahora cuando Ana hacía algo, normalmente algo peligroso, quería que Paul —Paulie— lo viera. Paulie, Paul-ii. ¡Paul! ¡iii! Mira. Mira. Mira-mira-mira. Paul se fingía ofendido, pero la vocación de su vida era satisfacer las demandas de su hermana. La quería. La peinaba. Le cortaba las uñas. Ana todavía llevaba pañales por la noche y prefería que se los pusiera él. Cuando Josie la envolvía con la toalla después de bañarla, Paul volvía a enrollar la toalla más apretada, con delicadeza, dándole unas palmaditas, y Ana se había acostumbrado a que lo hiciera.

Ahora, de pie en el muelle manchado de sangre rosada de pez, un viejo se había acercado demasiado y hablaba con los niños.

—¿Os gusta la magia, niños? —preguntó el hombre.

Parecía lascivo. Esos viejos solitarios, pensó Josie, con sus labios húmedos y sus ojillos, con cuellos que apenas les aguantan la cabeza, llena de un sinfín de errores y entierros de amigos. Todo lo que decían esos hombres sonaba espantoso y ni siquiera lo sabían.

Josie le dio un codazo a Paul.

—Contesta a este señor tan amable.

—Supongo —contestó Paul a las montañas de detrás del hombre.

El viejo se entusiasmó. La cara se le iluminó, borró veinte años de golpe, se olvidó de todos los entierros.

—Bien, pues esta noche en nuestro barco hay un espectáculo de magia.

¿El viejo tenía un barco? Josie lo preguntó por aclarar la situación.

—Soy solo pasajero. Me llamo Charlie —dijo el hombre, y le tendió la mano, una maraña de huesos y venas rosadas y moradas—. ¿No habéis visto el *Princess* en el puerto? Cuesta no fijarse.

Josie cayó en la cuenta de que aquel desconocido estaba invitándolos, a los niños y a ella, a tres personas que no conocía, a subir al crucero atracado en Seward, donde esa noche se ofrecía un sofisticado espectáculo de música con media docena de números, entre ellos, explicó el viejo con emoción, el de un mago de Luxemburgo.

—Luxemburgo —dijo—. Increíble, ¿eh?

—¡Yo quiero ir! —gritó Ana.

Josie no creía que importara demasiado que Ana quisiera ir, no tenía la menor intención de seguir a aquel individuo al barco de la magia, pero cuando la niña pronunció las palabras «¡Yo quiero ir!», un destello tan intenso iluminó el rostro de Charlie que Josie pensó que ardería. No quería decepcionar a aquel hombre y a su hija, que no paraba de hablar del espectáculo, de los trucos que sabría un mago venido de tan lejos, pero ¿de

verdad iban a seguir al viejo hasta un crucero atracado en Seward, Alaska, para ver un número de magia luxemburguesa? Sabía que no podía privarles de algo así. Solo tenían una abuela, Luisa, que era increíble pero vivía demasiado lejos, y de ahí que Josie a menudo sucumbiera a esos abuelos frustrados, que les compraban globos a sus niños y les regalaban caramelos cuando no tocaba.

—Creo que nos permiten subir invitados —dijo el hombre cruzando la pasarela.

Los niños estaban pasmados, andaban despacio, con cautela, agarrados a las sogas de ambos lados. Pero su anfitrión, ese hombre de setenta u ochenta y pico años, de pronto no sabía si podía invitar a sus amigos. De modo que Josie se paró y los niños atisbaron el agua negra entre el muelle y el barco blanco reluciente. Josie observó a Charlie dirigirse a un individuo de uniforme. Varias docenas de pasajeros ancianos con cortavientos y bolsitas de recuerdos de Seward colgando del brazo los esquivaron.

—Dejad que hable un momento con ese señor —dijo Charlie, y los mandó esperar a unos metros de la puerta.

Charlie y el hombre se volvieron varias veces para inspeccionar a Josie y sus hijos y saludarlos, y al final Charlie dio media vuelta y los invitó a subir a bordo.

El barco era chabacano y ruidoso, y recargado, todo cristales y pantallas: la decoración era una mezcla de casino con La Langosta Roja y la corte de Luis XVI. A los niños les encantó. Ana corría de un lado a otro tocando objetos delicados, chocando con gente, provocando que los ancianos ahogaran gritos y se apoyaran en la pared.

—Creo que faltan veinte minutos —informó Charlie, y de nuevo pareció desconcertado—. Voy a ver si necesitamos entradas.

Se alejó, y Josie tuvo claro que estaba chalada. La crianza consistía

básicamente en alejar a los hijos de riesgos innecesarios, traumas y desengaños evitables, y ella los había arrastrado a Alaska, los había conducido por zonas del estado al azar y luego los había llevado a Seward, que nadie les había recomendado visitar, y ahora los tenía siguiendo a un viejo solitario a bordo de un barco que, por lo visto, había diseñado un loco. Todo, para ver magia. Magia luxemburguesa. Josie repasó sus años de vida tratando de recordar alguna decisión que hubiera tomado de la que se sintiera orgullosa, y no encontró ninguna.

Por fin volvió Charlie, con un ramillete de entradas en la mano.

—¿Listos?

Había una escalera mecánica, una escalera mecánica dentro de un barco. Charlie iba en cabeza y subió echando la vista atrás, sonriente pero nervioso, como si temiera que se escaparan.

El auditorio tenía capacidad para al menos quinientas personas y era todo de color borgoña, igual que meterse en el hígado de alguien. Se sentaron en un reservado de media luna cerca del fondo, Paul junto a Charlie. Una camarera vestida de rojo chillón pasó por su lado y Charlie no hizo ademán de pedir nada. Josie pidió una limonada para los niños y una copa de pinot tinto para ella. Les sirvieron las bebidas y bajaron las luces. La copa de vino era del tamaño de una bola de cristal y estaba casi llena: Josie se sintió bendecida por la generosidad, irracional y anónima, de la humanidad. Se relajó, imaginando unas horas de no tener que hacer nada salvo permanecer sentada y mirar en silencio mientras iba pillando una borrachera inofensiva.

Charlie tenía otros planes. Empezó el espectáculo, y Josie comprendió que el hombre no callaría mientras durase. Y las palabras que quería decir, sobre todo, eran: «¿Lo habéis visto?». Para Ana la respuesta era siempre «¿El qué?», de modo que formaban buena pareja. Charlie señalaba algo que habían visto todos los espectadores y luego preguntaba a Josie y sus hijos si ellos

también lo habían visto. Ana respondía «¿El qué?» y Charlie a continuación explicaba lo que había visto, y no se callaba durante los siguientes cinco minutos de espectáculo. Maravilloso.

El primer mago, un hombre guapo con una ceñida camisa de seda, al parecer había recibido el consejo de darle un toque personal al espectáculo, de modo que su monólogo retomaba una y otra vez el tema de cómo siempre había acogido a la magia en su vida. Le había abierto las puertas a la magia. La había saludado. O cómo había aprendido a valorar la magia en la vida. ¿Dijo que estaba casado con la magia? Tal vez. Nada tenía sentido y el público parecía perdido. «Si la buscas, la vida está llena de magia», apuntó el mago, sin aliento, porque se movía por todo el escenario a pasitos menudos mientras una mujer con un traje de baño centelleante se pavoneaba detrás a grandes zancadas.

El guapo mago sacó una flor de detrás de una cortina, y Josie se esforzó por considerarlo un acto mágico. Charlie y ella aplaudieron, pero apenas se les sumaron espectadores. Sus hijos no aplaudieron; nunca aplaudían, a menos que se lo mandara. ¿Es que en el colegio no les enseñaban a aplaudir? El mago no estaba impresionando a la concurrencia y, sin embargo, ¿qué público podía ser más impresionable que quinientos ancianos con cortavientos? No, esperaban algo mejor que claveles brotando de detrás de una cortina.

Josie empezó a sentir lástima del mago. Ya había sido mago en primaria, seguro. Por entonces debía de ser muy guapo, con las pestañas tan largas que Josie las veía incluso ahora, cincuenta filas más atrás, y de adolescente, aislado de sus compañeros pero sin que le preocupara, su madre y él recorrían los sesenta kilómetros que distaba la ciudad más cercana para equiparse para los espectáculos, para comprar las cajas —¡con ruedas!—, las bolsas de terciopelo, los bastones plegables. Por entonces seguro que quería a su madre

y sabía cómo decírselo, tal vez con una floritura, y su amor sin reservas había conseguido que el aislamiento no les importara, y ahora su madre estaba orgullosa de que lo hubiera conseguido, de que fuera un mago profesional que viajaba por el mundo haciendo magia, acogiendo a la magia en su vida. Todo eso, pensó Josie, y estos viejos cabrones no aplauden.

Josie vació media copa de pinot y jaleó al mago guapo. Si nadie más sabía valorarlo, ella sí. Cada vez que el hombre pedía aplausos, cosa frecuente, Josie chillaba y jaleaba y aplaudía. Sus niños la miraron, sin saber si resultaba graciosa; Charlie se volvió hacia ella y sonrió, nervioso.

Ahora la mujer de las piernas largas estaba ayudando al mago guapo a meterse en una caja grande y roja. Empezó a darle vueltas. ¡La caja tenía ruedas! En el número todo necesitaba ruedas para que pudieran darle vueltas. Era normativo en la magia de escenario dar vueltas y más vueltas a todo para demostrar que no había cables ni nadie escondido detrás. Pero en ausencia de giros, ¿se preguntaba el público por ellos? Alguna vez preguntaba: Hum, ¿por qué no ha girado la caja? ¡Gira la caja! ¡Por Dios, gírala!

Entonces la ayudante centelleante abrió la caja. ¡El mago guapo no estaba dentro! Josie volvió a desgañitarse, aplaudió con las manos por encima de la cabeza. ¿Dónde se había metido el mago? El suspense era fantástico.

¡Y de pronto lo tenían al lado! De repente enfocaron su mesa, o casi, porque el mago guapo estaba cerca de Josie. «La hostia», dijo Josie, lo bastante alto para que el guapo, que extendía las manos pidiendo, de nuevo, un aplauso, la oyera. Sonrió. Josie aplaudió todavía más fuerte, pero una vez más el resto de los espectadores se mantuvo indiferente. «Pero si estaba ahí arriba —quería gritarles Josie—. ¡Y ahora está aquí!»

Cabrones.

De cerca vio que el mago llevaba una cantidad tremenda de maquillaje. Lápiz de ojos, colorete, puede que hasta pintalabios, todo, se diría que

aplicado por un crío. Luego el foco se apagó y el mago se quedó un momento de pie junto a su mesa, con las manos en alto, mientras un segundo mago aparecía en el escenario. Josie quería decirle algo al guapo, una silueta sedosa y jadeante a escasos metros de ella, pero para cuando decidió el comentario —«Nos has encantado»— el mago había desaparecido.

Josie se volvió hacia el escenario. El mago nuevo no era tan guapo.

—Este es el de Luxemburgo —susurró Charlie.

—¡Hola a todos! —bramó el mago nuevo, y explicó que era de Michigan.

—¡Oh! —suspiró Charlie.

El mago de Michigan, un pelirrojo con camisa blanca y pantalones elásticos negros, enseguida se enfundó una camisa de fuerza y se colgó bocabajo desde seis metros de altura. Explicó, con dificultades para respirar y los brazos cruzados como una crisálida, que si no escapaba de la camisa de fuerza en un tiempo determinado, le ocurriría alguna desgracia. Josie, ocupada tratando de llamar la atención de la camarera, no había entendido cuál sería la consecuencia. Pidió una segunda copa de pinot, y de pronto el artilugio que sujetaba al mago se incendió. ¿Estaba previsto? Parecía intencionado. El hombre forcejeó sin elegancia, estirando la camisa de lona con los hombros, y de repente, tachán, se zafó y se plantó de pie en el suelo. Arriba se produjo una explosión, pero él estaba a salvo, no ardió.

A Josie el truco le pareció bastante bueno y aplaudió con ganas, pero este tampoco impresionó al público. ¿A qué estaban esperando?, se preguntó Josie. ¡Cabrones! Entonces se dio cuenta: esperaban al mago de Luxemburgo. No querían magia nacional, querían magia del extranjero.

El hombre de Michigan se acercó al borde del escenario a saludar, una y otra vez, y en lugar de incrementarse, los aplausos fueron apagándose hasta que el mago terminó haciendo reverencias al silencio. Josie pensó en la pobre madre del mago y deseó que no estuviera a bordo. Pero sabía que había

muchas posibilidades de que la madre del mago de Michigan viajara en el crucero. ¿Cómo no iba a ir en el crucero?

Apareció un nuevo mago. Tenía una frente amplia cubierta de pelo rubio reluciente y llevaba unos pantalones todavía más ajustados que los de sus predecesores. Josie habría jurado que era imposible.

—Espero que sea el de Luxemburgo —dijo Charlie, demasiado fuerte.

—*Hallo* —saludó el mago, y Josie se convenció de que era de otro país.

¿Luxemburgo, quizá? El mago explicó que hablaba seis idiomas y había estado en todas partes. Preguntó si alguien del público había visitado Luxemburgo y le sorprendieron algunos aplausos. Josie decidió aplaudir también, y lo hizo ruidosamente.

—¡Sí! —chilló—. ¡Yo he ido! —Sus niños estaban horrorizados—. ¡Sí! —chilló de nuevo—. ¡Es genial!

—Sí que ha ido gente, qué bien —dijo el mago, aunque no parecía creer a los que habían aplaudido, en particular a Josie.

Pero para entonces, con el ánimo danzando bajo la gloriosa luz de la segunda copa rebotante de pinot, la propia Josie creía haber visitado Luxemburgo. De joven había viajado tres meses por Europa con la mochila a cuestas y ¿acaso Luxemburgo no estaba en medio del continente? Seguro que había estado en Luxemburgo. ¿El tren aquel, el principal, iba a Luxemburgo? Pues claro que sí. Se imaginó una cervecería con terraza. En un castillo. En una colina. Junto al mar. ¿Qué mar? Un mar. Puff, el Dragón Mágico.

El mago de Luxemburgo hizo sus trucos, que parecían más sofisticados que los de sus predecesores. ¿Quizá porque salían rosas? Antes solo habían aparecido claveles. Las rosas suponían un nivel más. Mujeres con rosas salieron de varias cajas, cajas con ruedas, y el hombre de Luxemburgo giró las cajas una y otra vez. Luego las abrió y las mujeres ya no estaban; estaban en otra parte. ¡Tras las cortinas! ¡Entre el público!

Josie aplaudió y vitoreó. El mago era maravilloso. El vino era maravilloso. Qué mundo tan fantástico, con una magia así, en un barco así. Los humanos éramos una especie impresionante, capaz de construir semejante barco, capaz de hacer semejante magia, capaz de aplaudir sin energía incluso a un mago de Luxemburgo. Putos cabrones, pensó Josie, tratando de compensar ella sola la asquerosa falta de entusiasmo general. ¿Para qué asistir a un espectáculo de magia si no quieres entretenerte? ¡Aplaudid, malditos! Odiaba a aquella gente. Ni siquiera Charlie aplaudía suficiente. Josie se inclinó hacia él. «¿No es lo bastante bueno para ti?», le preguntó, pero él no la oyó.

Luxemburgo terminó y otro hombre salió a escena. Iba arrugado, con el pelo apuntando en siete direcciones distintas y fácilmente les sacaría unos veinte años a los magos precedentes. Otro hombre. ¿Y las mujeres? ¿Las mujeres no sabían hacer magia? Josie intentó recordar en vano a alguna maga que hubiera visto o de la que hubiera oído hablar. ¡Dios mío!, pensó. ¿Cómo es posible? ¡Qué escándalo! ¡Qué injusticia! ¿Qué pasa con Lady Magia? ¡Sí, Lady Magia! Por qué aguantamos a todos estos hombres, a todos estos tipos jadeantes vestidos de seda, y encima ahora este, arrugadísimo: ni siquiera se esforzaba por salir presentable como los demás. No llevaba una ayudante atractiva y pronto se evidenció que no tenía intención de hacer magia. Maldito seas, pensó Josie, adivinando que la magia se había acabado. ¿Le quedaba dinero para otra copa? Tenía unos veinte dólares, calculó. Quizá las bebidas fueran más baratas a bordo que en suelo alasqueño. Confiaría en que así fuera. Buscó a la camarera. ¿Dónde se había metido la camarera?

Solo veía al hombre arrugado de pie al borde del escenario. El hombre estaba explicando que había trabajado una temporada en una oficina de correos y había memorizado los códigos postales.

Mierda, pensó Josie. Iban a matarlo. ¿Qué clase de mundo es este, pensó, en el que un tipo de la oficina de correos sale después de un mago

luxemburgués y por qué, para empezar, estaban sus hijos y ella en ese barco? Con una claridad pasmosa vio entonces que la respuesta a su vida consistía en que, a cada ocasión, elegía exactamente la opción equivocaba. Era dentista, pero no quería ser dentista. ¿Qué iba a hacer ahora? En ese instante supo, con absoluta certeza, que estaba destinada a convertirse en capitana de un remolcador. Dios mío, pensó, Dios mío. ¡A los cuarenta, por fin lo sabía! Pondría barcos a salvo. ¡Por eso había ido a Seward! Seguro que en la ciudad tenían una escuela de remolcadores. Todo cobraba sentido. Podía dedicarse a remolcar y sus días serían variados, pero siempre heroicos. Miró a sus hijos y vio que Paul estaba dormido, apoyado en Charlie. Su hijo dormía contra un viejo que no conocían y estaban en Seward, Alaska. Por primera vez cayó en la cuenta de que Seward sonaba como «cloaca» en inglés y le pareció una coincidencia desafortunada, dado que Seward era un lugar espectacular e impoluto y a ella le parecía precioso, tal vez el lugar más bello que había visto. Se quedaría y aprendería a pilotar un remolcador en la escuela que encontraría al día siguiente. Todo cuadraba, todo estaba bien. Y entonces, mirando a su hijo dormido encima de aquel hombre, un viejo que se inclinaba hacia delante para escuchar al cartero hablar de la oficina de correos, notó que se le humedecían los ojos. Bebió un último sorbo del segundo pinot y se preguntó si alguna vez había sido más feliz. No, nunca. Imposible. El viejo los había encontrado, no podía tratarse de una coincidencia. Ahora esa ciudad era su hogar, sede de esa reunión sagrada, ordenada, y todas las personas que los rodeaban eran los fieles, todos ellos glorificados y, en adelante, parte de su vida, de su nueva vida, la vida a la que estaba predestinada. Capitana de remolcador. Ah, sí, todo había valido la pena. Se recostó, sabedora de que había alcanzado su destino.

En escena, el cartero le prometía al público que, si le daban el código postal, adivinaría su procedencia.

Josie lo entendió como un interludio cómico, el hombre bromeaba acerca del empleo en correos, pero rápidamente se levantó un espectador y bramó:

—¡83303!

—Twin Falls, Idaho —dijo el cartero—. En el extrarradio.

La muchedumbre explotó. Los vítores eran ensordecedores. Ninguno de los magos había concitado tanto entusiasmo, ni de lejos. Había diez personas de pie gritando códigos postales.

Josie, desesperada porque la camarera no había vuelto a pasar, se bebió medio vaso de agua y dicho acto, la dilución del vino sagrado de su interior, la alejó de la luz dorada de la gracia que la había mecido hasta entonces y se sintió sobria o algo así. ¿Capitana de remolcador?, le decía una voz. ¿Qué clase de imbécil estás hecha? Esa voz nueva no le gustó. Era la voz que le había aconsejado hacerse dentista, que le había dicho que tuviera hijos con aquel hombre, el tripafloja, la voz que cada mes le recordaba que pagara el recibo del agua. Estaban apartándola de la luz como si devolvieran a un casi ángel a la mundanidad de la existencia terrenal. La luz se redujo a un agujerito y el mundo alrededor de Josie fue oscureciéndose hasta volverse borgoña por todas partes. Josie había regresado a la sala color hígado y un tipo hablaba de códigos postales.

—Vale, ahora usted —dijo el cartero, y señaló a una mujer de pelo canoso con chaleco de borreguillo.

—62914 —cantó.

—Cairo, Illinois —dijo el cartero, explicando que, aunque se escribía como la ciudad egipcia, se pronunciaba «Quei-ro», al estilo de Illinois—. Bonita ciudad.

El público chilló, silbó. Menuda farsa. Paul estaba despierto, atontado y preguntándose qué sería aquel bullicio. Josie no podía más. El bullicio no tenía nada que ver con magia ni remolcadores: eran códigos postales.

—¡33950! —gritó alguien.

—Punta Gorda, Florida.

La muchedumbre rugió otra vez. Ana miró alrededor, incapaz de entender lo que ocurría. ¿Qué pasaba? El público perdía la cabeza por los códigos postales. Todos querían que el hombre arrugado del micrófono nombrara su ciudad. Aullaban sus cinco dígitos y el cartero adivinaba Shoshone, Idaho, New Platz, Nueva York y Santa Ana, California. Era un descontrol. Josie tuvo miedo de que el público ocupara el escenario por la fuerza para arrancarle la ropa al cartero. Vuelve a dormirte, Paul, quería decirle a su hijo. Quería huir, todo estaba mal. Pero no pudo marcharse porque Charlie se levantó.

—¡63005! —aulló Charlie.

El foco lo localizó y Charlie repitió el número.

—¡63005!

—Chesterfield, Missouri —replicó el cartero.

Charlie se quedó boquiabierto. Siguieron enfocándolo unos segundos, todavía con la boca abierta, una cueva negra rodeada de luz blanca. Al final el foco giró y Charlie regresó a la oscuridad: se sentó, como si lo hubiera izado un espíritu y de pronto lo hubiera soltado.

—¿Has oído? —le preguntó a Paul. Se volvió hacia Josie y Ana, con los ojos llorosos y las manos temblorosas—. ¿Habéis oído? Ese hombre sabe dónde vivo.

Después, en la pasarela, Charlie se ofreció a acompañarlos al Chateau. Josie rechazó el ofrecimiento y le dio un beso en la mejilla.

—Dadle las gracias y un abrazo a Charlie —ordenó a los niños.

Ana se apresuró a abrazar las piernas de Charlie. Él apoyó una mano en la

espalda de la niña, con los dedos abiertos como raíces viejas de un árbol minúsculo. Paul se acercó, pero se detuvo; confiaba, por lo visto, en que Charlie cubriera la distancia entre ellos. Charlie se arrodilló sobre una pierna y extendió las manos. Paul se arrastró hacia él y el anciano lo atrajo y Paul dejó caer la cabeza en su hombro, aliviado.

—Tenemos que escribirnos —dijo Charlie al pelo de Paul.

Paul asintió y se separó, como para comprobar si Charlie hablaba en serio. Josie sabía que su hijo se obsesionaría con las cartas y le aterraba la posibilidad de tener que darle la dirección a aquel hombre.

—¿Cómo? —preguntó Paul—. ¿Pueden mandarse cartas a un barco?

Charlie no lo sabía. Rebuscó en el bolsillo y sacó un folleto con el itinerario.

—Toma —le dijo a Josie, y Josie comprobó que constaban todos los puertos donde el crucero hacía escala.

A la luz blanca de la mañana Josie estaba de un humor apocalíptico, no había dormido bien. El problema no había sido conciliar el sueño. Después del espectáculo de magia, habían caminado un kilómetro y medio por la costa, la noche era fresca y la luna brillante. Pasaron junto a los barcos pesqueros hacia el final del muelle y luego tomaron el camino de tierra y cruzaron el bosque hasta el Chateau. Ana y Paul habían empezado muy animados, rememorando el espectáculo y preguntando por Charlie, de dónde era y cuándo se moriría (esto lo preguntó Ana, al tiempo que arrojaba una piedra a las gélidas aguas), pero luego, al llegar al Chateau, se callaron, entristecidos, y no se molestaron en quitarse los vaqueros y los calcetines antes de acostarse.

Tras una copita de pinot para dormir —la última de la segunda botella, se la merecía, dado lo que había hecho y cuánto había aguantado—, Josie trepó con los niños y se durmió enseguida. Pero se despertó al alba, como le ocurría a menudo, alterada por el convencimiento de que, efectivamente, había matado a aquel joven. Una joven fiscal con la cara de Josie: era ella, pero más joven y con el pelo recogido en un moño tenso y ataviada con un traje magnífico. Esta versión letrada de Josie se paseaba por la sala del tribunal, panelada de madera y repleta de ciudadanos sensatos, insistiendo en ello. ¡Condenen a esta mujer! ¡Es culpable!

Josie abrió la puerta al bosque silencioso y caminó hasta la orilla. El sol comenzaba a colorear pálidamente las montañas del otro lado de la bahía.

Atisbó con los ojos entornados el destello cegador del agua y, más allá, el resplandor sobrenatural del sol bajo sobre la nieve de las montañas. Echó a andar por la playa y a punto estuvo de tropezar con el cráneo de nutria que sus hijos le habían enseñado el día anterior. Volvió a sentarse en su tocón blanco petrificado y rastrilló la arena con las manos, cogió un puñado y lo dejó resbalar entre los dedos.

Jeremy. Había sido su paciente desde los doce años. Uno de esos chicos que decían «señora». «Sí, señora.» «Gracias, señora.» Tenía una dentadura bonita. Cada vez que lo atendía, Josie esperaba encontrar alguna caries, tanto le gustaba verlo, pero solo acudía un par de veces al año a la consulta, para una higiene, una revisión y un poco de conversación, y alguna vez se cruzaban por la calle. Era la clase de chico que, cuando te lo encontrabas en el parque, dejaba a su grupo, un grupo de adolescentes ociosos, una manada de leones perezosos matando el rato en un banco junto al arroyo, y se acercaba corriendo y se agachaba a hablar con Paul y Ana, a regalarles un chicle o un caramelo, lo que llevara en el bolsillo. Sus padres no eran ricos, pero tenían estabilidad: los dos trabajaban para el Ayuntamiento y disponían de buenos seguros médicos. El padre era de Venezuela, la madre de Cuba, y habían empezado a acudir a revisiones por recomendación del hijo: Jeremy respondía por ella, era el niño bonito de la casa y, aunque sus padres no daban la misma conversación ni irradiaban el resplandor sobrenatural del hijo, a todos les gustaba hablar de él. ¿Cómo podríamos hacer más Jeremys? Tenía cuatro hermanos pequeños y lo sabía todo de ellos. Josie podía preguntarle cualquier detalle: ¿Cómo le va a la pequeña Ashley? Y Jeremy tenía una historia que contar. ¿El bebé está bien?

Entonces Jeremy cumplió diecisiete, dieciocho años, y se convirtió en un joven alto y apuesto con mandíbula de bumerang. Tania, la higienista, se fijó en cómo llenaba la sala con sus espaldas anchas y su metro ochenta y siete y

se aseguraba de rozarle con los pechos cuando le limpiaba los dientes. Ojos verdes y brillantes, tez inmaculada, mentón suavísimo. Decía que no necesitaba afeitarse: «No, señora. Con una o dos veces al año me basta». Sonreía y se pasaba las manos por su noble rostro. Jugaba al fútbol, al lacrosse y luego, a instancias de Josie —que insistió al inscribir a su hijo—, había sido el orientador de Paul en el campamento diurno del polideportivo.

Paul no era muy atlético, pero había recibido un trato especial. Jeremy le había puesto el apodo de El Toro porque un día el niño se había presentado con una camiseta con la silueta de un toro, y Paul sonreía tímidamente cuando Jeremy lo llamaba así en la calle, desde la ventanilla del coche o cuandoquiera que se lo encontrara por la ciudad. «¡El Toro! ¡Embiste!» Josie se topaba el mote en todos los papeles que Paul traía a casa del campamento. Debajo de «Nombre del campista», Jeremy siempre había escrito, en mayúsculas y negritas, ¡EL TORO!, signos de exclamación incluidos.

Después del campamento de verano Josie había sido otra de las numerosas madres que habían pedido a Jeremy que cuidara de sus hijos. Era poco frecuente encontrar a un canguro masculino, decía Josie, igual que todas las demás. Había conseguido beneficiarse de sus servicios tres veces y, por lo que dedujo, Jeremy se pasó las tres noches recibiendo cariñosos ataques de sus hijos. ¿Tan necesitados de contacto físico estaban? Cuando Josie llegó a casa se los encontró dormidos, con el pelo enmarañado sobre la almohada, y Jeremy, exhausto en el sofá, con un dulce olor a sudor, le contó cómo había ido la noche. Se habían comido la pizza, le dijo, y al levantarse de la mesa Ana se le había echado encima como un carcajú.

—Creo que no me ha soltado en tres horas —dijo Jeremy.

Paul al principio se había mostrado reticente, pero enseguida se habían enfrentado los tres en una justa, con los palos de lacrosse de Jeremy y los cojines del sofá por escudos.

—Pero sobre todo hemos luchado. Yo, tirado en el suelo, y ellos saltándome encima como animalillos. Les gusta el contacto físico. Mucho más que cuando Paul iba al campamento.

Convencida de que estaban exteriorizando alguna agresividad latente hacia el padre ausente, y de que seguro que eso era sano, Josie le pidió a Jeremy que repitiera, y repitió un par de veces más, y en ambas las batallas se volvieron aún más épicas; la última tuvo lugar en el jardín trasero.

—Si no hubiésemos salido, habrían roto algo de la casa —explicó Jeremy—. En un momento dado Ana me ha llamado «papá». Cuando estaba cepillándole los dientes. Ha sido curioso. Paul se ha sentido incómodo.

Josie se murió de vergüenza. ¿Jeremy sabía que Carl se había ido de casa? ¿Era lo bastante mayor para saber que sus hijos anhelaban una presencia masculina en el hogar y que su hija, de cuatro años, prácticamente no tenía recuerdos del padre y se contentaría con que Jeremy lo sustituyera, que podía eclipsar y borrar a Carl en cuestión de semanas?

—¿Así que estuviste en Panamá? —preguntó Jeremy señalando una foto de Josie con una docena de voluntarios del Cuerpo de Paz.

Josie había pasado dos años en Boca del Lobo y la experiencia había tenido de todo, algunos éxitos, un puñado de amistades y el asunto con su amiga Rory, encarcelada. Podía hacerse un buen trabajo, dijo Josie.

Jeremy no sabía qué hacer después del instituto. Estaban en otoño del último curso. Josie había supuesto que para entonces ya tendría un plan cerrado, infinitas opciones para ir a la universidad.

—No me apetece meterme inmediatamente en otra aula —dijo Jeremy, y se volvió al oír pasos.

Era Ana, despierta, con su pijama de Buzz Lightyear. Josie extendió los brazos y Ana corrió hacia ella, pero entonces se detuvo, como si quisiera dejarse caer entre los brazos maternos pero temiera distanciar a Jeremy,

perjudicar las probabilidades de que el joven regresara. Así que bailó un twist en la alfombra y gritó:

—¡Que llueva champán!

Últimamente lo decía a menudo.

—Ven aquí —dijo Jeremy, agachado en el suelo, tendiéndole las manos abiertas.

Ana no titubeó. Apoyó los pies descalzos en las palmas de Jeremy y se apoyó en la cabeza negra y reluciente. La mirada de la niña delataba que no sabía lo que ocurriría, pero estaba convencida de que sería algo increíble y de que merecía la pena arriesgarse.

—Vale. Ahora suéltate —dijo Jeremy.

Ana obedeció.

Entonces Jeremy la levantó poco a poco hasta ponerse en pie, manteniéndola en equilibrio sobre las manos con tal aplomo que la niña sintió la confianza necesaria para abrir los brazos en cruz como si recibiera el obsequio del sol.

—Me lo hacía mi padre —explicó Jeremy sin apenas esforzarse, con una niña de dieciocho kilos subida a las manos. La aupó más alto—. ¿Tocas el techo?

Ana alargó la mano, gruñendo, hasta que rozó el techo con un dedo.

—Abajo, por favor —pidió, y Jeremy la bajó despacio, luego la dejó ovillada en el sofá y fingió sentarse encima, y se reacomodó mientras ella chillaba de contenta.

—Eres una gran madre —le dijo Jeremy a Josie, todavía sentado encima de Ana—. En general, pero sobre todo porque me dejas hacer cosas así. No todos los padres lo permiten. Pero los críos son animales. Necesitan sudar, gritar y pelear.

Jeremy recogió a Ana en brazos y zambulló la boca en su barriga soltando

una enorme pedorreta. La mirada de Ana era electrizante, sus manos parecían garras, adelantadas a la espera del siguiente ataque. Pero en cambio Jeremy le alisó la camiseta, le dio unas palmaditas en la tripa y la dejó de pie sobre la alfombra, como quien restituye una estatua derribada.

—Gracias —dijo Josie, abrumada.

Lo único que habría querido Josie a cambio de toda la amabilidad y la fuerza de Jeremy era transmitirle lo convencida que estaba de que él era la esperanza del mundo. ¿Se quedó ahí? No. Josie dijo algo más, y por eso no debería hablar, nunca más, y por eso valoraba todos los días que no hablaba con nadie salvo sus dos niños. Sabía que el color del cielo le afectaba al ánimo, el sol alteraba su aspecto y su discurso, y si salía a dar un paseo rápido a mediodía y veía algo bello, era probable que dijera algo eufórico o que sucumbiera a la felicidad durante una hora más o menos, y era entonces cuando cometía errores. Presa de la euforia revelaba demasiado de sí misma. Se excedía en los elogios, alentaba a la gente a acometer tareas que no podrían acabar.

Ocurrió a los quince días de aquella noche. Josie había vuelto de almorzar y sentía la alegría que le había transmitido el aire otoñal, por lo que apenas conseguía concentrarse. Esa tarde tenía tres pacientes, y sometió a los tres a su dicha absurda. Primero iba Joanna Pasquesi, una estudiante rubensiana de segundo que le confió que estaba planteándose presentarse al musical del instituto. Ese año montaban *A Chorus Line* y, con fervor excesivo, Josie la animó a que lo intentara, a conseguir que no tuvieran más opción que seleccionarla, y se explayó un poco acerca de la necesidad de una mayor diversidad física en los escenarios, aunque en realidad, en el fondo, Josie estaba tratando de apuntarse una victoria tardía contra los guardianes que la habían dejado fuera del musical de su instituto, *Cabaret*, para el que no la habían elegido. Así pues, Joanna Pasquesi, que había consultado el reloj un

par de veces mientras Josie parloteaba, se marchó llena de inspiración, al menos, eso dijo, aunque tal vez Josie la había aturrido hasta someterla.

Y luego entró Jeremy, y charlaron un rato sobre sus hijos, «Una maravilla de niños», dijo Jeremy, y se rieron de su hiperactividad, su locura, la necesidad de pelear con él, de tocar techos con él, y después la conversación derivó hacia ella y el Cuerpo de Paz y, aunque rara vez se emocionaba con el tema, esta vez le dijo a Jeremy que había sido la mejor experiencia de su vida, que su contribución había importado, que había sido justo después de que el país recuperara la soberanía del canal y, con tantos cambios, reinaba el optimismo, y que formar parte de aquella transición, representar a Estados Unidos en Panamá, un socio crucial en un momento crucial... Josie siguió con un discurso de lo más convincente. Hasta Tania la escuchó.

Y entonces, con su rostro joven y terso y su sinceridad, Jeremy le dijo que quería alistarse. Quería ser marine. Quería colaborar en Afganistán, ayudar a abrir escuelas para las niñas afganas, trabajar en proyectos de potabilización del agua, estabilizar un país a las puertas de grandes cosas. A Josie se le humedecieron los ojos y le estrujó un hombro. Josie no hizo lo que habría hecho una buena persona, que habría sido no decir nada. Alistarse en plena guerra era un asunto tan serio que solo un idiota habría elogiado la decisión. Josie debería haber tenido la sensatez suficiente para saber que no podía, no debía, influir en modo alguno en semejante decisión; para admitir que solo incumbía a Jeremy y a sus padres. Para saber que ella no pintaba nada en aquello.

Pero era una tonta que no tenía límites e ignoraba el estado del conflicto: tenía la vaga idea de que la guerra estaba acabándose y no representaría un peligro grave para Jeremy. Así que le dijo que le parecía maravilloso. Que él, en tanto que esperanza del mundo, alma caritativa, figura formidable, podía marcar la diferencia. Que los marines, que la región, ¡que Afganistán!,

necesitaban a alguien como él. De algún modo Josie había confundido el entusiasmo por las ambiciones musicales de Joana Pasquesi con las esperanzas de construir un país de Jeremy, y después había combinado su estancia en Panamá, la expresión del amor estadounidense mediante cisternas de agua y clases de inglés impartidas por hombres y mujeres con sandalias y pantalones caquis (puesto que el impulso nacía del amor, del amor del mundo) con la expresión de Jeremy del mismo amor, aunque uniformado y armado con una AK-47. No era lo mismo, y ahora Jeremy estaba muerto y sus padres no le dirigían la palabra a Josie.

No tiene nada que ver contigo, le dijeron sus amigos, perplejos porque Josie se sentía responsable. Pero entonces ¿por qué los padres de Jeremy no habían vuelto a la consulta? Josie se había enterado, después, de que se habían opuesto desde el principio a que su hijo se alistara. Y lo que no sabían y ella jamás les contaría, ni le había contado nunca a nadie, era que, semanas después de aquella visita en la que ella le había estrujado el hombro y le había dicho «Maravilloso», el chico se le había acercado una tarde a las cinco en el aparcamiento de la consulta —Jeremy sabía cuándo encontrarla—, y le había dicho que su apoyo había sido de suma importancia. Que sus padres no estaban convencidos, se preocupaban, pero que la respetaban, respetaban a Josie, su dentista, que su apoyo había significado mucho para sus padres y para él. Jeremy se había alistado y a los seis meses lo habían matado.

Por eso Josie ya no daba consejos, por eso había renunciado contenta a su oficio. Aliviada. Emocionada. Lejos y libre. Por eso, salvo por sus deberes como madre, no había salido del dormitorio en casi todo el mes de enero, incapaz de levantar las piernas ni mover la cara. Nadie la había avisado. Ni los padres, ni los amigos. El funeral se había celebrado. Habían disparado a Jeremy en alguna remota ladera afgana y el chico se había desangrado durante seis horas antes de morir. Había tenido tiempo de escribir a sus

padres una nota que habían localizado junto al cadáver y cuyo contenido Josie jamás conocería. Un chico de dieciocho años muriendo solo, desangrándose solo, escribiendo a sus padres: ¿cómo había sucedido? ¿Cómo se permitía que sucediese algo así? Josie no quería más. La idea esa de conocer a gente. Conocer a gente significaba decirles lo que debían hacer y lo que no, darles consejos, ánimos, guía, sabiduría, y todo ello provocaba tristezas y muertes solitarias.

—¿Mamá?

Era Paul.

Josie se volvió. Su hijo llevaba la ropa del día anterior y había conseguido salir del Chateau, cruzar el bosque, atravesar el aparcamiento y localizarla en la playa.

—Tenemos hambre —dijo el niño.

Comieron en la cafetería del camping, los huevos y las salchichas estaban deliciosos y costaban solo cincuenta y cinco dólares sin contar la propina. Los noruegos comieron al lado y volvieron a saludar.

Un televisor colgado del techo emitía en bucle los servicios del parque — rutas por los icebergs, rutas por los glaciares, avistamientos de ballenas, cada excursión costaba alrededor de mil dólares por persona— y de vez en cuando algún anuncio oficial protagonizado por el oso Smokey. Josie se había olvidado de que existía, no lo veía desde sus días de girl scout, y desde entonces Smokey había cambiado: había hecho gimnasia. El abrazable y barrigón viejo Smokey se había transformado en un oso fornido con el vientre plano y brazos de acero. En el mensaje animado, sus amigos intentaban organizarle una fiesta de cumpleaños y le llevaban una tarta repleta de velas encendidas. A Smokey no le gustaba. Respondía con pose

crítica, con los enormes brazos en jarras, y Josie notó que le removía algo por dentro. ¿Se había enamorado del nuevo Smokey?

La mesa se movió. Alguien había tropezado. Un anciano se volvió para disculparse, pero se le adelantó su mujer.

—Ágil como un gato —dijo la mujer en un ronroneo patricio.

Josie la miró, se rio y observó su cara: era guapa, con la nariz respingona y la barbilla delicada. Tendría setenta años.

Al oír la risa de Josie, la mujer se volvió hacia ella.

—Perdón. Últimamente está torpe. Era un hombre caballeroso... al menos hasta el mes pasado.

La mujer sonrió y se dio la vuelta, avergonzada. Había hablado de más.

—¿Quiénes son? —preguntó Ana.

Josie se encogió de hombros. La cara de su hija estaba cubierta de chorretones y mocos resecos. Josie había visto duchas anunciadas en el parque, en una cabaña de troncos grandes del bosque, así que después de desayunar se calzaron las chanclas, compraron las fichas y cogieron el champú, el jabón y las toallas.

Se desnudaron, dejaron la ropa en un cubículo y se dirigieron por el suelo de contrachapado a la zona de las duchas femeninas, donde había dos chicas que sin pudor se frotaban vigorosamente el pelo mirando hacia fuera. Eran unas criaturas deslumbrantes, firmes y bronceadas, con senos pequeños, vivos y alerta, y dientes blancos, culos altos y brillantes y el vello púbico acicalado. Josie se quedó mirándolas como si fueran un par de unicornios. ¿Qué hacéis aquí?, quiso preguntarles, aunque no se le ocurría dónde deberían estar. ¿Cuál es el lugar de la belleza juvenil? Tal vez dentro de una fuente romana gritando «Marcello! Marcello!». O en un avión. Pilotando un avión. Josie se las imaginó pilotando un avión entre nubes algodonosas, vestidas las dos de blanco, con las piernas desnudas y tersas.

Una de las chicas estaba mirando a Josie, a la que había pillado observándola, y le decía a su amiga que las miraban, así que salieron corriendo de la ducha y se cubrieron con las toallas. Josie pensó en sus padres, enfermeros en un hospital de veteranos, en cómo le habían enseñado a secarse después de ducharse. Su madre y su padre le mostraron mediante mímica cómo sacudirse el exceso de agua de brazos y piernas, el brazo izquierdo, el brazo derecho, la pierna izquierda, la pierna derecha, y reservar la toalla para el resto. Josie se acordaba de su demostración —que había presenciado en el salón de casa cuando tenía ocho años— cada vez que se duchaba; muchos días era el único momento en que pensaba en ellos. ¿Qué decía eso de ella? ¿De las limitaciones de su memoria, de su umbral de tolerancia al dolor?

Al ver que tenían las duchas para ellos solos, Ana corrió desnuda hacia el agua. ¿Se arrancarían a cantar? Josie fue para allí y Paul la siguió, colgaron las baratas y rugosas toallas en unos ganchos toscos y formaron un círculo de tres, todos de cara, con el agua cálida cayendo en el centro. Ana miró entre las piernas de Paul y dijo: «Hola, pene». No era la primera vez que saludaba a la herramienta de Paul. El niño se había acostumbrado y se enorgullecía de ser el único miembro de la familia equipado así. Josie les enjabonó el cuerpo y les aplicó champú en el pelo mientras Ana gorgoteaba bajo el agua y pisoteaba el suelo. Gravitamos hacia la comodidad, pensó Josie, pero hay que racionarla. Un tercio de comodidad y dos tercios de caos: el equilibrio.

Con el pelo húmedo y el cuerpo limpio, abandonaron la cabaña de baños y salieron al sol moteado, y Josie sintió que estaban en el lugar correcto. Los últimos días, llenos de pruebas, habían sido de ajuste. Ahora Josie sabía lo que hacía. Le había pillado el tranquilo y todo era posible. Descansaron un

rato en el Chateau, momento durante el cual Paul le entregó una tarjeta, dictada por Ana y escrita por él, que rezaba: «Te quiero, mamá. Soy un robot».

Dicho lo cual, caminaron de vuelta a la ciudad.

—¿Mamá? —dijo Paul—. ¿El espectáculo era bueno?

—¿El número de magia? Sí. ¿No te lo pareció?

Paul asintió, indeciso.

Donde la ciudad lindaba con las arremetidas de la bahía negra y encrespada se alzaba un monumento a Seward, con una larga explicación de por qué habían bautizado la ciudad en honor al famoso consejero de confianza de Lincoln. Josie intentó trasladársela a sus hijos, pero necesitaba contextualizarla.

—Vale, ¿quién liberó a los esclavos? —preguntó al final Josie.

Paul sabía la respuesta, de modo que Josie levantó un dedo para darle a Ana unos segundos para intentarlo.

Ana se lo pensó un momento y luego se le iluminó la mirada.

—¿Papá?

Josie se rio, resoplando, y Paul puso los ojos en blanco.

Ana comprendió que había dicho algo divertido y, por tanto, insistió.

—¡Papá liberó a los esclavos! ¡Papá liberó a los esclavos!

Cerca del monumento se abría una playa rocosa decorada con maderos y desechos arrojados por el mar. Caminaron entre vigas enormes y toscas, grandes como el eje de un camión, pero que la marea había arrastrado como simples lápices. Paul recogió un timón y Ana encontró los restos de una boya, rota con forma de torso infantil. Josie se sentó en una roca roma y notó el envite del viento salado. La felicidad crecía en su interior con idéntica fuerza y Josie quiso quedarse allí todo el día, toda la noche, quiso vivir aquel momento todo el tiempo posible. Tenía razón al pensar, a cada hora, que los

niños, o al menos los suyos, necesitaban estar a la intemperie, entre cosas toscas, y ella solo necesitaba, aparte de alimentarlos, sentarse en rocas romas a verlos recoger cosas y devolver alguna que otra al mar. La arena estaba húmeda, era de un marrón oscuro enturbiado por nubes más claras de arena seca. Al poco, Paul y Ana se sentaron flanqueando a Josie.

—¿A qué huele? —dijo Paul, aunque Josie no olía nada—. Huele muy mal —insistió el niño, y entonces Josie vio algo.

Delante de ellos había una piedra grande, del tamaño de un zapato, y parecía que hacía poco que la habían cambiado de sitio. Josie la levantó y el olor subió y lo inundó todo. Josie volvió a colocar la piedra, pero había entrevisto algo terrible. Eran heces, y puede que también una especie de pañal. Lo pensó, repasó de memoria lo que había visto. No, no era un pañal. Se le ocurrió la respuesta: era una maxicompressa cubierta de heces color caramelo.

—Vámonos —dijo Josie, y empujó a Paul y Ana por la playa, pasaron junto al monumento al gran hombre, y cruzaron la ciudad.

No cabía duda de que los humanos eran las criaturas más repugnantes del planeta. Ningún otro animal habría hecho algo tan horrible. Alguien, al aire libre, había ido a aquella playa sabiendo que era preciosa y salvaje. Luego se había cagado en ella, pese a que había un lavabo a menos de doscientos metros. Se había cagado de tal manera que las heces se habían pegado a la compresa: los conocimientos de física de Josie no alcanzaban para que conjeturara el cómo. Y luego, en lugar de tirar la compresa cagada a la papelera, a escasos cincuenta metros, la había escondido debajo de una piedra. Lo que probaba una curiosa mezcla de vergüenza y estética. Sabían que nadie querría ver una compresa cagada, de modo que la escondían debajo de una piedra, donde, seguro que lo sabían, jamás se descompondría.

De modo que se dirigieron al centro de Seward, y Josie, sintiéndose

magnánima para compensar la depravación del resto de la humanidad, permitió a los niños que explorasen las tiendas de recuerdos y le compró a cada uno una camiseta horripilante de un alce parlante y una bola de nieve. Pasearon por la orilla del mar, y a unos ochocientos metros encontraron un inmenso parque verde con una compleja estructura de juegos llena de niños rubios y morenos.

—¿Podemos ir? —pidió Paul, pero Ana ya se le había adelantado y corría por el aparcamiento, donde estuvo a punto de ser atropellada por un camión que hacía marcha atrás.

Durante la corta vida de la niña, Josie no había parado de imaginar el minúsculo ataúd, las palabras que diría, su vida sin la cría. Ana hacía cuanto estaba en sus manos para desencadenar un final prematuro, y no había forma de vencer la fuerza y concentración que ponía en su empeño. Ajena a todo, la niña cruzó por los parterres; permanecería entre los vivos al menos una hora más.

Josie eligió un banco, dejó en el suelo las bolsas de recuerdos y miró cómo Ana se embalaba por la estructura. A su lado, Paul esperaba tranquilo, de pie, con las manos en los costados, examinando con atención el parque de juegos, sus numerosos elementos, decidiendo juiciosamente por cuál le convendría empezar. Josie abrió el periódico gratuito que le habían dado a la entrada de un comercio sin quitarle ojo a Ana, porque sabía que en algún momento se lanzaría por el tobogán o descubriría una forma nueva de aterrizar con la cabeza. Enseguida, Ana se paró, había visto un pequeño parque de monopatines y estaba cautivada por los adolescentes y su ropa. Sin razón aparente, Josie recordó algo que le había escrito Carl en una nota que le había dejado doblada debajo de la almohada: «Nunca me cansaré de tu culo gustoso». ¿Era sexy? Carl tenía la letra de un asesino. Por otro lado, no se tomaba el sexo en serio. Le gustaba bromear durante y después de la faena.

«Bien hecho», solía comentar después, al instante mismo, rompiendo el clima, extinguiendo cualquier rescaldo de pasión. Cuando Josie le dijo que preferiría que evitara las bromas, él se entristeció. A Carl le encantaban sus chistes. A partir de entonces, después de acabar, Josie lo veía clavar la vista en el techo con ganas de decir «Buen trabajo» o «Diría que no nos ha quedado nada mal», pero incapaz de hacerlo. Josie había aplastado su principal vía de expresión.

—Vale, locales contra turistas —bramó un niño.

Estaba en el parque infantil, de pie en una zona entre Ana y Paul, y aparentaba unos doce años, era moreno y guapo y organizaba al resto de los niños. Era un líder —si había una verdad en el mundo era que algunos críos, algunos niños pequeños incluso, eran líderes y otros no—, y en cuestión de segundos había dividido por equipos a dieciocho niños; Paul agarró a su hermana y todos los críos más pequeños escucharon atentamente las instrucciones del líder.

—Se juega así —anunció el niño apartándose el pelo azabache de los ojos—. Es como el corre que te pilló, pero en lugar de pillarte, como eres un zombi, te matan partiéndote el cuello, así. —Entonces, mientras Josie observaba, horrorizada e impotente, el niño cogió a Paul, le agarró la cabeza entre las manos y la retorció rápidamente, imitando el gesto de partir el cuello de las películas de acción—. Y ahora, te caes —dijo el niño, y Paul se dejó caer—. Pues funciona así. Te quedas muerto hasta el final del juego y luego empezamos otra vez. ¿Todo el mundo lo ha entendido?

Ana abrió mucho los ojos, Josie no sabía si por miedo o por fascinación. Pero lo que sí sabía era que sus hijos y ella se iban de allí. Ver a un niño de doce años fingir que le partía el cuello a su hijo la había dejado helada. Llamó a Paul por gestos, como si tuviera que darle alguna noticia o instrucción sin importancia, y luego lo agarró del brazo y no lo soltó.

—¡Ana! —chilló, y se marcharon.

Ana los siguió.

Seward había estado bien, pero había llegado el momento de irse. Todavía tenían que matar un día antes de ir a Homer, de modo que recogieron el Chateau, Josie llenó el depósito —212 dólares, una abominación—, compró un mapa y dejaron la ciudad.

—¿Adónde vamos, mamá? —preguntó Paul.

—Ponte el cinturón —respondió Josie.

Era una forma distinta de hacer planes. Sam la había citado el lunes a las cinco, y como Josie no tenía teléfono y Sam nunca contestaba al suyo, ese plan tendría que bastar y cumplirse. Según los cálculos de Josie, si conducía directamente de Seward a Homer llegarían a mediodía, con cinco horas de antelación. Se suponía que celebrarían una barbacoa en la playa para darles la bienvenida, a Josie y los niños.

Josie pilló a Paul mirándola por el retrovisor. Estaba evaluándola, calibrando si su madre sabía lo que hacía. Josie le sostuvo la mirada, transmitiendo competencia. Así el volante con ambas manos, llevaba puestas las gafas de sol y tenía un mapa en el asiento del acompañante e instrucciones para llegar a Homer.

Dudo, decían los ojos del niño.

Que te den, respondieron los de la madre.

Josie iba girando a izquierda y derecha la ruedecilla de la radio y de vez en cuando captaba alguna señal que, bien sintonizada, parecía retransmitir una maratón de Broadway. Gwen Verdon en *Redhead*. Eran temas poco conocidos, canciones que solo recordaba alguien cuyos años formativos hubieran sido envueltos en los sonidos frenéticos de musicales famosos y desconocidos, fracasados y de éxito mundial, la mayoría de los cuales ahora sonaban anticuados y facilones. La relación de Josie con la música era cuando menos complicada, ligada como estaba al trabajo y las responsabilidades que recayeron sobre sus padres.

Los musicales habían empezado cuando tenía nueve años. Josie no tenía constancia de que a sus padres les interesara la música. La familia no tenía equipo estéreo. Había una radio en la cocina, pero cuando estaba encendida, casi nunca, se sintonizaban las noticias. No tenían discos, no tenían cintas, no tenían cedés, pero entonces, un día, aparecieron las cajas de discos, negras roscas de vinilo desperdigadas por todo el suelo. Sus padres eran enfermeros en un ala de psiquiatría, aunque no solían llevarse trabajo a casa. De niña Josie les oía hablar de reclusiones y eructos de Thorazine, les oía charlar sobre el hombre que se creía un lagarto, el hombre que se pasaba el día haciendo llamadas telefónicas imaginarias con una cuchara. Pero ahora traían deberes a casa. Su supervisor les había animado a poner música alegre, limpia y entretenida. Todo el mundo había convenido que los musicales de Broadway tenían menos probabilidades de desencadenar un asesinato o un suicidio.

Durante los años siguientes, con un tocadiscos prestado y cincuenta álbumes comprados en una liquidación —en la ciudad de al lado había muerto un profesor de música—, su hogar se llenó de *Jesucristo Superstar* (se consideró que daba demasiado que pensar) y *Ana de las Tejas Verdes* (maravilloso, extraño, ajeno) y *Un día en Nueva York* (perfecto, puesto que describía un enfoque más sano de la vida doméstica de los soldados). Escuchaban un musical nuevo por noche, debían analizar cada canción, cada palabra, si resultaba apropiada, si podía penetrar la tristeza y elevar el ánimo. Afloraron ciertos patrones: Irving Berlin estaba bien, Stephen Sondheim era demasiado complejo, planteaba problemas morales. *West Side Story*, con la presencia de pandillas y navajas, se descartó. *My Fair Lady*, al no abordar nada que los veteranos pudieran reconocer en su vida, fue seleccionado. Se impusieron los musicales más viejos, sobre épocas en principio más sencillas. *Oklahoma!* y *Carousel* y *El rey y yo* rápidamente entraron en rotación

continúa mientras que *South Pacific* iba a la estantería: no querían saber nada de soldados que seguían luchando en una guerra extranjera. Se rechazaron numerosos musicales famosos frente a otros menos problemáticos pero ya olvidados que solo Josie recordaba. Jackie Gleason en *Take Me Alone* (un vehículo para que Gleason fuera Gleason). Richard Derr y Shirl (¡Shirl!) Conway en *Plain and Fancy*, sobre neoyorquinos en el país de los amish. *Pippin* quedó fuera, el padre de Josie marcó algunas palabras y las tachó: «Y entonces los hombres marcharon al combate / conquistaron al enemigo y salieron victoriosos / ¡Atención! Nos zumban los oídos / ¡Regocijo! ¡La nación agradecida nos aclama!». No serviría.

El primer musical que Josie recordaba bien era *Redhead*, un espectáculo construido alrededor de Gwen Verdon. Los primeros segundos del disco fueron una revelación: puro frenesí. De niña, aquel muro de optimismo delirante la atrajo a pesar de que sus padres examinaran la letra en busca de controversias. En ocasiones le consultaban, de vez en cuando bailaban con ella: hubo un tiempo en que su casa tenía algo en común con la extraña alegría de docenas de personas cantando en escena para unos desconocidos a oscuras que habían pagado por divertirse y relajarse. Josie recordaba a su madre tumbada de espaldas con las piernas en alto, realizando algún estiramiento de yoga, a su padre tratando de subir a su hija a hombros para bailar, descubrir que el techo era demasiado bajo y golpearse la cabeza y echarse los dos a reír mientras su madre los regañaba y el musical seguía adelante. Josie en aquellos años se imaginaba que la vida de sus padres en el trabajo era una fiesta continua similar, donde los soldados también bailaban, tenían problemas simples y solucionables: brazos y piernas rotos, unos días de hospitalización y a la calle, y sus padres les servían gelatina y les ahuecaban las almohadas.

—Huele raro —dijo Ana desde atrás.

Josie bajó la radio.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Paul convino en que pasaba algo. Ana sugirió que podía tratarse de una mofeta, pero no era una mofeta. Olía a algo del motor, pero por otro lado no olía ni a aceite ni a lubricante ni a gasolina.

Josie abrió las ventanillas de la cabina y Paul las de la cocina. El olor se disipó, pero seguía notándose.

—Aquí huele mucho —dijo Paul.

Ana se quejó de dolor de cabeza, y luego también Paul.

Josie aparcó en un área de descanso y pasó a la cocina. Olía mucho más: era un olor levemente industrial que anunciaba un gran mal.

—Fuera —dijo.

A Ana le pareció divertido y se hizo la dormida, apoyó la cabeza en la mesa de la cocina.

—¡Ya! —gritó Josie.

Paul desabrochó el cinturón de su hermana y la empujó delante de él hasta que los dos se apearon.

—Id a la hierba.

Josie ya sabía lo que era. El gas estaba abierto. Los cuatro pomos, girados a tope a la derecha. Por un instante pensó en salir de un salto, que el vehículo explotaría si tocaba la cocina. Pero, inexplicablemente, quería salvar el Chateau, su nuevo hogar, así que alargó la mano, giró los cuatro mandos a la izquierda y luego saltó del umbral, empujó a Ana y Paul, que estaban en la hierba, Paul detrás, con las manos en los hombros de su hermana, hasta terminar jadeando a unos cincuenta metros. El Chateau permaneció inmutable, sin explotar.

Pasó un coche en dirección a la caravana y Josie corrió al aparcamiento y le dijo que esquivase el Chateau.

—¿Qué ocurre? —preguntó el conductor.

Era un abuelo con tres niños en el asiento trasero.

—Se ha quedado abierto el gas. De la cocina —explicó Josie.

—Pues córtalo —dijo el abuelo.

—Gracias —respondió Josie—. Gran consejo.

El hombre dio media vuelta y Josie se acuclilló delante de Ana, que se aferraba a su muñeco de *ThunderCats: Los felinos cósmicos* en actitud de autodefensa. ¿Cómo lo había cogido al salir? Le había dado tiempo de coger el muñeco de ThunderCats mientras huía de una explosión de gas inminente.

—¿Sabes que has estado a punto de provocar un accidente gravísimo? —la interrogó Josie.

Ana negó con la cabeza, con los ojos muy abiertos, pero desafiantes.

—¿Ha abierto el gas? —le preguntó Paul a Josie. Se volvió hacia Ana—. ¿Has abierto todos los mandos de la cocina?

Ana se miró las rodillas.

—Ana, has hecho una cosa muy mala —dijo Paul.

Que Josie supiera, eso era lo peor que le había dicho jamás. La barbilla de Ana tembló y la niña rompió a llorar, Josie se irguió, satisfecha. Para variar quería que Ana llorase, que, por una vez, tuviera remordimientos. El apodo de Ana del último año había sido Perdón, dada la frecuencia con que tenía que pedirlo, pero apenas influía en su tendencia a poner a la familia y su propia persona en grave peligro.

Qué vida esta, pensó Josie. Se enderezó, miró alrededor y vio entonces que había aparcado cerca de un bello lago redondo, con la superficie tan limpia y plácida que reflejaba el cielo en una simetría perfecta. Al contemplarlo, repasó con cierta serenidad algunas preguntas y observaciones. Se preguntó cuán cerca habrían estado en realidad de la muerte. ¿Podrían haber muerto todos una mañana soleada en Alaska? Se preguntó, bastante en serio, si Ana

no sería una emisaria de otro reino, disfrazada de niña, pero encargada de asesinar a Paul y Josie. Se preguntó cuánto tardarían en disiparse los gases tóxicos del Chateau. Se preguntó qué vida era aquella, si es que era vida. ¿Era vida? Y se preguntó por ese gen suyo, una hebra de ADN que le decía, a diario, que no estaba donde debería. En la universidad cambiaba de asignatura principal cada semestre: primero psicología, luego estudios internacionales, después historia del arte y más adelante ciencias políticas, y todo el tiempo que pasó en el campus quiso estar fuera, lejos del banal sinsentido de la mayoría de las clases y el patetismo absurdo de la mayoría de sus compañeros. Se fue a Panamá y se sintió fugazmente vital, pero luego se cansó de cagar en un agujero y dormir bajo una mosquitera y quiso irse a Londres. En Londres quería estar en Oregón. En Oregón quería estar en Ohio, y en Ohio estaba segura de que necesitaba estar aquí, en Alaska, y ahora ¿dónde quería estar? ¿Dónde, coño? Para empezar, en algún lugar por encima de tanta inmundicia y tantas calamidades.

—Mamá, hazme una foto.

Era Ana. Con los pantalones en los tobillos y las manos extendidas como para atrapar a alguien caído del cielo.

Josie hizo la foto.

Llegaron a Homer. Era solo la una. Josie estacionó en el parque para caravanas Cliffside, pagó sesenta y cinco dólares por una noche y luego volvieron a arrancar, carretera abajo, hacia el puerto. O el Spit. Era la zona más animada de Homer, le había dicho Sam, de modo que Josie descendió de las montañas y cogió la carretera de dos carriles hacia el estrecho promontorio que se adentraba en la bahía de Kachemak. Sí, era bonito, pensó Josie, sin ser Seward. Para ella Seward no tenía parangón. Tal vez por la

proximidad de las montañas. El espejo duro de la bahía. Los icebergs como barcos perdidos. Charlie.

En la calle principal del Spit había algunos edificios viejos dedicados a la pesca, ahora o en el pasado, y un tramo de tiendas y restaurantes, de modo que Josie, al darse cuenta de que no habían comido, aparcó el Chateau cerca de otra autocaravana mucho más lujosa, consciente de que a sus propietarios les alegraría constatar que les iba mejor que a ella, que a sus hijos. Josie se agachó debajo del fregadero, sacó un puñado de billetes de veinte de la bolsita de terciopelo y salieron.

Cogió a Paul y Ana de la mano y cruzaron la calle en dirección a una pizzería que por fuera parecía construida con trozos de barcos: el exterior era un caos de mamparos y mástiles doblados y ventanas torcidas, todo gris azulado, como los restos que arroja la marea. La puerta estaba forrada de pegatinas que prohibían la entrada sin zapatos, con perros y a niños solos, a fumadores y a republicanos. Bajo esta última advertencia podía leerse «Es broma» y, aún más abajo, «En realidad, no». El interior era luminoso y cálido y lo atendían solo mujeres. Parecía una pizzería con connotaciones políticas, un restaurante que encarnaba su propia utopía. En el centro de la planta baja había un horno de obra gigante, alrededor del cual trajinaban unas cinco o seis jóvenes, todas con delantal blanco y camisa azul, con el pelo corto o coleta. Josie pidió una pizza sin atreverse a consultar el precio y la mujer del mostrador, con peinado de duende y mirada exhausta, los mandó sentarse en cualquier mesa de arriba.

La planta alta, acristalada y con vistas al estrecho, refulgía. El sol calentaba tanto que se quitaron la chaqueta y las camisas de manga larga y, aun así, en camiseta de manga corta, tenían calor. Ana pidió un cuchillo y Paul le dijo que no. Paul intentó explicarle a su hermana por qué los cuchillos eran peligrosos, pero Ana ya había salido hacia los lavabos y, a los pocos

segundos, se oyó caer algo. La niña regresó a la mesa, no dijo nada.

—¿Puedes ir al lavabo a mirar? —le pidió Josie a Paul, y el niño se levantó de un brinco, consciente de que partía en una misión que combinaba sus dos pasiones: comprobar lo que había hecho su hermana y señalar las incorrecciones del comportamiento ajeno.

Regresó.

—Tiene muy mala pinta —anunció, y se volvió hacia Ana.

Ana no estaba escuchando; había visto una moto de agua cruzando la bahía.

Josie fue a los servicios y se encontró el toallero en el suelo, sabedora de que Ana lo había dejado así, sabedora de que solamente Ana podría separar el toallero de la pared tan rápido. Cientos, si no miles, de clientes habían utilizado el mismo lavabo y el toallero sin romperlo, pero Ana lo había roto en menos de noventa segundos.

La pizzería política la había obnubilado, porque Josie descubrió que no le importaba el toallero. De hecho, la asombró brevemente, sin duda la impresionó, que la niña tuviera un instinto tan fino para captar la fragilidad de los objetos. Que fuera capaz de entrar en cualquier habitación, en cualquier baño de Homer, y detectar el objeto con más probabilidades de romperse y cómo conseguirlo.

Salió y le contó a una de las empleadas que uno de sus hijos había roto el toallero.

—¿Cómo lo ha hecho el niño? —preguntó la mujer.

Otra mujer, con pendientes de plumas, estaba sacando algo del horno.

—Ha sido la niña —replicó Josie, y supo que no tendrían que pagar por los desperfectos; jugaba con una ventaja invisible pero real.

—Déjelo como está —dijo la mujer—. Ya lo arreglaremos.

Josie pidió una copa de chardonnay y dos vasos de leche.

Arriba eran las dos de la tarde, pero parecía el amanecer. La luz bailaba un zapateado desenfrenado sobre el agua, en realidad, un poco exagerado, y también había un barco: un yate enorme con mil velas blancas. Josie apuró el chardonnay y cuando una de las pizzeras políticas, una tercera, con rizos negros de oveja por todo el cabezón, les sirvió la comida, una pizza grumosa presentada en un trozo de corteza, Josie pidió otra copa.

Por eso la gente se quedaba. A veces un lugar te pide que te quedes, que no salgas corriendo a ningún lado, es un lugar cálido y la luz baila en el agua y el cielo es azul pastel, y además disponían del piso de arriba para ellos solos. Josie tuvo la impresión de que, como subiera alguien más, lo espantaría, le arrojaría un cuchillo. Ahora era su casa.

Al poco Ana se levantó, convirtió su silla en mesa y se comió la porción con los codos apoyados en el asiento. En ese momento era una cría de tiburón repulsiva, pero Josie no podía quererla más. La confianza inquebrantable en sí misma, en cómo debían trabajar sus extremidades, dejaba claro que haría las cosas siempre a su manera sin preguntarse nunca si era la correcta: lo que significaba que podía llegar a presidenta y que, con certeza, siempre sería feliz. Ana se limpió la boca con el brazo como un bárbaro en un festín y Josie le sonrió y le guiñó un ojo. El sol se deslizaba por el dorado de su copa y entonaba una canción sobre el mañana. Josie se lo bebió.

Los niños se comieron una porción cada uno y ella dos, y le apeteció más vino. Preguntó a sus hijos si querían algo más. No querían nada, pero los convenció de que les apetecían unas galletas que había visto en un tarro del mostrador de abajo. Luego convenció a Paul de que sería divertido apuntar el pedido en un papel y que lo bajara él a las pizzeras políticas. Josie no quería enfrentarse a su mirada ni a sus labios fruncidos cuando la oyeran pedir una tercera copa de chardonnay un lunes a las tres de la tarde. Además, Paul estaba en una fase en que le gustaba que le confiaran llamar por teléfono,

marcar el número de la tarjeta, acercarse de un salto al 7-Eleven. Paul sabía que pasaría una década antes de que a Ana le permitieran esas cosas. Sabía que él era responsable y le gustaba demostrarlo.

Josie anotó el pedido, «1 leche, 2 galletas, 1 chardonnay y la cuenta», y Paul la bajó. Regresó unos minutos después con otra bandeja de corteza y el pedido haciendo equilibrios encima. Se le veía un poco apurado y Josie, durante un segundo fugaz, pensó en echarle una mano, pero ¿era lo que Paul quería? Se quedó quieta.

Paul alcanzó la mesa y la miró con un terror que parecía cuestionar que de verdad su madre supiera lo que se hacía. Para tranquilizarlo, Josie sonrió con benevolencia, como una santa abuela. Quiso brindar por él y alzó un segundo la copa, pero después lo pensó mejor.

—Mira, un barco nuevo —dijo antes de volverse hacia la bahía y darse cuenta de que era el mismo de antes.

El chardonnay la dignificaba, la atontaba. Le creció la lengua y ya no podía articular palabra. Josie no quería que sus hijos la oyeran farfullar por la tarde y, por tanto, dijo que necesitaba descansar la vista, empaparse del calor del sol, y levantó la cara hacia el techo de cristal veteadado. Vio el rostro de Jeremy, luego el del padre de ella, y lo oyó bromear, vestido con el uniforme blanco de enfermero, sobre meter la cabeza en el horno. Josie abrió los ojos y vio a Paul y Ana de pie, el niño con la cara pegada a la ventana de atrás, mirando a un par de perros follar entre las dunas.

Después de Carl, Josie había alternado la total indiferencia por las actividades carnales —no tenía apetencia ni instinto, no hacía planes, era incapaz de realizar el más mínimo esfuerzo— y luego, una vez cada seis semanas, notaba una llamada interior, algo parecido a una posesión, y le entraban los calores. Se acostaba alguna vez con Tyler, un novio del instituto. No, un novio no. Alguien a quien había conocido de refilón en el instituto y

con quien se había reunido mediante el milagro del sexo nostálgico de internet. Un día Tyler le había escrito adjuntando una foto de ella disfrazada en Halloween: iba de Sally Bowles en *Cabaret* después de no pasar la audición («¡Desacato su veredicto, señorita Finesta!»). Recordaba el tacto del satén pegado a las piernas en el frío nocturno, la peluca plateada, y recordaba la abundancia de admiradores de esa noche y los días siguientes. Unas medias satinadas, un chaleco negro, y avivó durante décadas la imaginación de cientos de chicos. Así que Tyler había encontrado una foto, había llamado, había dicho que estaba de paso por la ciudad. Vale, muy bien. Comieron pasta, bebieron tinto peleón y luego, en el hotel, el hombre no lo hizo mal con la poca polla que tenía hasta que se obcecó en meterle el dedo por el culo. Lo intentó una vez y Josie se movió de modo disuasorio. A los cinco minutos volvió a intentarlo y, esta vez, Josie le apartó delicadamente la mano, dando por zanjado el asunto. Sin embargo, Tyler lo intentó de nuevo, pasados cinco minutos, y en esta ocasión Josie trató de tomarlo a broma y, riéndose un poco, preguntó «¿Por qué te empeñas en meterme el dedo por el culo?», pero a pesar de su evidente prudencia y decoro, Tyler se retiró, salió de Josie, que no se perdió gran cosa, y acto seguido —esta era la mejor parte— se olisqueó el dedo. Muy despacio, con mucho disimulo, como si simplemente se rascara la nariz. ¡Hasta miró para otro lado! ¡A la ventana! Como si confiara en haber atrapado al menos una pizca de heces en el índice antes de que Josie lo frustrara. Por eso le metía el dedo. Para olérselo después. Memorable. Y además estaba el otro, el que había muerto. El último hombre con el que se había acostado había fallecido unas semanas después. ¿Cómo la hacía sentir?

Vincent. Había sido amable. Un hombre amable que le había prometido no dejarla jamás. Por los niños, le había dicho, y Josie lo había agradecido, había valorado la seriedad de no querer dañar en modo alguno a sus hijos entrando y saliendo de sus vidas, porque Vincent conocía al padre, sabía de los poderes

de invisibilidad de Carl. «No me iré», dijo. «No les haré algo así a tus hijos», dijo. Tanto daba que apenas los conociera y que los niños fueran incapaces de señalarlo en una rueda de reconocimiento. Era pronto. Josie comprendía la buena intención, pero a los dos meses de relación, Vincent había asegurado que, si algún día habían de romper, tendría que hacerlo ella. Él no podría abandonarla. Él aguantaría el tirón. Josie se sintió halagada, puede que incluso impresionada, pero también un poco constreñida, ¿no? Preguntó a las amigas: constreñía un poco, ¿verdad?, que ese hombre te dijera que se pegaría a ti por unos niños a los que en realidad no conocía, para toda la eternidad.

Vincent tenía la costumbre de contemplarla mientras ella veía una película. Una vez la pescó viniéndose abajo con un filme sobre la viuda de un soldado de la guerra de Irak y, a partir de entonces, cada vez que en la pantalla pasaban una escena emotiva de cualquier tipo, se daba la vuelta a mirarla. Josie intuía su cara volviéndose a oscuras hacia ella para ver si estaba llorando o al borde del llanto o con los ojos llorosos. ¿Con qué fin? ¿Qué puntuación llevaba Vincent en su fuero interno? Vincent no usaba pañuelo de tela y tampoco le ofrecía uno de papel. Pero lo habían adoctrinado. Quédate con la mujer por el bien de los niños. Observa a la mujer y su despliegue de emociones.

«Ven conmigo a Normandía —le pidió una vez—. Con los niños. Quiero que veáis una cosa.» No hubo manera de que le dijera por qué quería que fueran a Normandía. Vincent pensaba darles una sorpresa maravillosa. Josie le explicó la dificultad de dejar la consulta y encerrar a dos niños pequeños catorce horas en dos aviones; todo ello sin saber a qué iban a aquella playa francesa en particular. Al final se lo contó: había investigado sobre un tío suyo... no, un tío abuelo, se corrigió al día siguiente tras una serie de llamadas a su genealogista de Salt Lake, que había fallecido combatiendo en

el desembarco del Día D. Vincent quería ir a Normandía, presentarle sus respetos y puesto que, por lo visto, había decidido que todo lo suyo era también de Josie, quería compartir la experiencia, el cementerio, con ella.

Josie le había propuesto pasar unas semanas separados y él había asentido, de acuerdo, elogiando su sabiduría y luego, a los quince días, había muerto. Había caído redondo en la playa. En Normandía. Había ido a llevar flores a la tumba de su tío abuelo después de salir a correr y había sufrido un tromboembolismo venoso. El funeral, en Ohio, reunió a exnovias y hermanas varias: el hombre tenía una vida repleta de mujeres y todas lo habían querido, así que ¿por qué Josie no se había esforzado más?

Llegó la cuenta de las pizzeras políticas. Querían ochenta y dos dólares. Con propina, estaría pagando cien dólares por una pizza, dos galletas y tres copas de vino. Alaska. Parecía un Kentucky más frío, pero los precios eran de Tokio, en 1988.

Josie pagó y bajó las escaleras, franqueó la puerta y, en el exterior, se sintió libre y feliz de que las pizzeras no la hubieran visto, una madre borracha por la tarde. Después notó el frescor vespertino y miró a sus hijos; no llevaban abrigo. ¿Dónde estaban los abrigos? Dio media vuelta y vio a una de las pizzeras de pie en el umbral, tendiéndole los abrigos y las camisas de manga larga, sonriendo como si pudiera mandar a Josie a prisión.

Josie cogió los abrigos, se los puso a toda prisa a los niños y echaron a andar. Tres comercios más adelante había un puesto lleno de sombreros y suéters tejidos a mano y Josie supo que nunca había visto nada tan bonito.

—¿Los hacen aquí? —preguntó a la mujer, de pelo canoso y brillantes ojos de ópalo.

La mujer sonreía con una felicidad apenas contenida, como si estar en Homer, vendiendo artesanía, fuera más de lo que merecía.

—No —respondió la mujer—. Casi todos vienen de Bolivia.

Susurró la parte central del nombre del país (*liv*: «vive»), como dando a entender que era el único lugar y la única manera de hacerlo, de vivir, y a Josie le pareció la única forma de pronunciar la palabra.

Josie acarició suéters y gorros pensando que debía comprar aquellas prendas bolivianas y que, si no lo hacía, habría perdido la ocasión de vivir con plenitud el momento.

—Dígame si necesita cualquier cosa —dijo la mujer, y se sentó en un taburete de cara al sol con una sonrisa beatífica.

Josie encontró una bufanda, se la enrolló a Paul en el cuello y se apartó para admirarlo. Le ponía cinco años más, se la quitó.

—Mamá, ¿de qué conocías a Sam? —preguntó Paul.

Era raro en él. Normalmente Josie no tenía que repetirle las cosas; Paul tenía una memoria hermética para la información peculiar relativa a los adultos de su vida. Sin darle tiempo a volver a explicarse, esta vez de forma más memorable, el niño preguntó:

—¿La conozco?

La conocía. O Sam a él, lo había tenido en brazos siendo bebé. Josie se lo contó a Paul e inventó que habían sentido una conexión especial, que Sam venía a ser su madrina.

—¿Es mi madrina?

Josie alzó rápidamente la vista hacia la mujer de ojos opalinos, esperando a ser juzgada, pero la dependienta conservaba la expresión extasiada.

La verdad era que Josie todavía no había elegido a los padrinos de Paul. Cuando nació Paul, Josie pospuso la decisión, quería esperar a que se formara la personalidad del niño para seleccionar a las personas adecuadas. En su momento le había parecido una actitud radicalmente progresista, pero después tan solo se había desentendido de la tarea. Ahora, la opción de Sam parecía inevitable.

—Claro —dijo Josie.

Cualquiera sería mejor que los padrinos de Ana, amigos de Carl, que recibieron el honor como un regalo de bodas que fuera directo al trastero. Ana no había obtenido nada de ellos: ni siquiera una postal, nada.

Sam, bueno, todo era posible. No era probable que saliera una madrina de la modalidad asfixiante, pero ¿quizá pudiera inspirar al niño desde la lejanía? Se lo plantearía cuando se vieran. Nadie se negaba nunca a ser madrina, así que ya estaba hecho.

—Sam es la mejor —añadió Josie—. ¿Te he contado que tenía una ballesta?

Sam no era la mejor y lo de la ballesta era una suposición, pero le embargó un anhelo repentino de ver a Sam y estrechar sus lazos de resultas de nombrarla madrina. Su amor por Sam era complicado y hacía cinco años que no la veía, las dos habían recorrido un camino igual de extraño y, por encima de todo, lo más importante para Josie en ese momento, Sam era adulta. A excepción de Stan y Charlie, el aficionado a la magia, no había dicho nada más allá de «por favor» y «gracias» a alguien mayor de ocho años desde que estaban en Alaska.

—¿Es tu hermanastra? —preguntó Paul.

Así era, en términos generales. No era posible exponerle toda la verdad del parentesco, Paul tenía ocho años. Aunque lo había intentado, Josie no había conseguido simplificar lo bastante la historia de Sam para explicársela a sus hijos.

—Eso es. Más o menos.

Ahora la mujer canosa abrió los ojos. Josie la pilló mirando a Paul como si evaluara si el niño tendría suficiente fortaleza para sobrevivir a lo que le esperaba: una misteriosa tíastra madrina y una madre borracha. Josie compró suéteres y gorros para Paul y Ana, le demostró a la mujer su competencia y

amor gastándose 210 dólares en ropa chillona boliviana que sus hijos solo se pondrían a regañadientes.

Josie calculó y concluyó que se había gastado todo el dinero que había cogido, 310 dólares en una hora, sumida en un estado que la mayoría calificaría de etílico. Al otro lado de la calle el Chateau hacía señas, cálido y tranquilo.

—¿Quién quiere ver *Tom y Jerry*? —preguntó.

Regresaron a la caravana, los niños se sentaron en el rincón de desayunar y Josie les puso la película. Después subió y se tumbó al sol, completamente vestida, en el colchón. Antes de quedarse dormida, oyó a Paul decirle a Ana: «¿Vas a sacar el libro de colorear? No sé cuánto rato puedes jugar con una zanahoria». ¿Estaban viendo la película o no? ¿Importaba? Josie se durmió y se despertó al cabo de una hora, empapada en sudor. Miró abajo y vio a Paul y Ana dormidos, con los auriculares puestos y el pelo aplastado.

Volvió a cerrar los ojos, sintiendo el calor de la tarde, pensando que lo que había hecho, llevarse allí a los niños sin avisar a nadie, en particular a Carl, podría considerarse delictivo. ¿Era ilegal? ¿Una locura? Carl emplearía esa palabra. Para Carl las cosas buenas eran locuras. Las cosas malas eran locuras. Josie era una locura. «¡Te has criado al lado de un manicomio!», decía, como si significara algo. Como si la ciudad donde había crecido Josie se hubiera transtornado por ósmosis. Como si el hecho de que Josie hubiera crecido junto al Hospital Rosemont para Veteranos, anteriormente Residencia Militar y más conocido por Candyland, explicara lo que a él le conviniera. Carl pensaba que la infancia de Josie, su proximidad al escándalo, su emancipación respecto a sus padres a los diecisiete años, le proporcionaba a él cierta ventaja. Él provenía de una estirpe más robusta, dictaba la lógica

implícita del razonamiento, y por tanto tenía derecho a dispersarse: a él se le permitía no hacer nada. Lo cual no tenía sentido, claro. El padre de Carl formaba parte de un conglomerado que había deforestado una inmensa franja de Costa Rica para pasto y vacas, vacas que terminarían troceadas en filetes estadounidenses. Por eso Carl se había educado en un lujoso colegio para expatriados de San José —el de Costa Rica, no el californiano— y por eso se había criado con servicio y no tenía ni idea de trabajar ni de lo que significaba un empleo. Y puesto que nunca había presenciado la relación entre trabajar y la capacidad de pagar hipotecas y similares, se sentía con derecho a juzgar cualquier rareza de Josie. Y puesto que Josie era hija de dos enfermeros —ocupación que Carl asociaba con la clase servil que había explotado de niño— y dado que ambos habían estado implicados en el escándalo de Candyland, cualquier peculiaridad de comportamiento, cualquier fallo o debilidad, podía explotarse, ligarse a la tragedia del Hospital de Veteranos.

Cuando todavía estaban juntos, Josie y Carl habían decidido no contar nada a los niños sobre Candyland, pero ahora, tumbada en el Chateau, bañada en sudor, respirando aire cargado a centímetros del techo, Josie supo que con Sam no podría bajar la guardia. Sam se lo había contado todo a sus gemelas, les había hablado de Sunny y su propia emancipación, y tendría intención de mencionarlo delante de Paul y Ana.

Sus padres habían trabajado de enfermeros en un hospital. Josie podía decirles eso a los niños, ya se lo había dicho. De momento, bastaba. A la edad de Ana, ella tampoco sabía más. Sus padres se vestían de blanco para ir a trabajar a Rosemont y volvían a casa juntos, en ropa de calle y sin comentar nada de la jornada laboral. Josie fue conociendo su trabajo por fases. Cuando tenía siete años comprendió que el hospital era para veteranos de guerra. Cuando tenía nueve, empezaron los musicales y cobró conciencia de Vietnam

y de que la mayoría de los pacientes de Rosemont habían combatido en dicho conflicto. Pero no sabía qué mal les aquejaba: imaginaba hileras de camas de alegres soldados con esguinces de tobillo y ojos a la virulé. De niña no sabía dónde estaba Vietnam, si la guerra continuaba.

De vez en cuando sus padres hablaban de los pacientes. Había un hombre que pasaba los días golpeándose la sien como si quisiera soltar un tornillo flojo. Había otro que, para no alterar la perfección de la cama recién hecha, dormía debajo.

«Espero que tus padres no estén metidos en el follón de Candyland.» Se lo dijo un día un maestro. Josie no estaba al corriente del follón de Candyland. Pero aquel año había sido imposible escapar a la noticia. Los suicidios. Rosemont se había excedido en la medicación de los pacientes psiquiátricos, que morían en números alarmantes. Dormían dieciocho o veinte horas diarias y, cuando no estaban aletargados por las drogas, se suicidaban a un ritmo de uno al mes. La mayoría de los suicidios se cometían en el ala de psiquiatría, algunos después del alta, y todos horripilaban por sus detalles escabrosos. Un hombre de treinta y dos años se había colgado del pomo de una puerta con la sábana. Otro había bebido lejía y se había perforado el intestino delgado. Un hombre de treinta y tres años había saltado del tejado, había aterrizado sobre la madre de otro paciente, a la que había partido el cuello, y luego, al ver que no estaba muerto, se había abierto las venas y la yugular con un cristal roto allí mismo, en la acera.

Ese era el que había provocado que el país se fijara en Rosemont. La prensa descubrió el apodo que recibía el lugar entre los veteranos, Candyland, y este toque macabro avivó la imaginación del público. Dieciocho suicidios en tres años, cinco sobredosis accidentales, tal vez más. Las caras de los jóvenes, la mayoría uniformados, miraban desde los periódicos a diario. «Los mandamos a Vietnam a morir —decían los editoriales—. Cuando regresan

vivos, los rematamos.» Arrestaron al jefe de psiquiatría, el doctor Michael Flores, sobre quien recayó casi toda la culpa —«Solamente quería que vivieran sin sufrir»—, pero la casa de Josie se convirtió en noticia. Habían interrogado a sus padres, los habían culpado en privado y en público. Cuatro de los suicidios habían ocurrido estando ellos de guardia y los rumores arreciaron. ¿Cómo habían podido permitir algo así? Los colegas de Rosemont los apoyaron, aseguraron que no habían cometido ninguna negligencia, pero las dudas persistieron y se multiplicaron. Clausuraron psiquiatría, luego cerraron el hospital, sus padres perdieron el trabajo y Josie aprendió el significado del término «complicidad».

Entonces, en lo que a ella, como adolescente, le pareció una asombrosa muestra de ironía, sus padres empezaron a consumir las mismas drogas, Dilaudid y Thorazine y Dilantin, que Flores se había excedido prescribiendo. Justo después de que Josie cumpliera catorce años, su padre se marchó de casa y, al año, se mudó a Camboya, donde todavía vivía. Cuando Josie tenía dieciséis años, su madre trabajaba a unos ochenta kilómetros de casa de enfermera interina de una anciana, la señora Harvey. «Me he enamorado, Joze», anunció un día su madre. Se había liado con el hijo mediano de la señora Harvey, otro excombatiente, otro adicto, y quería que Josie se mudara con ellos a su nuevo hogar, con la moribunda y su hijo, tratando de convencerla mediante engañosas promesas de que volverían a vivir bien.

Josie pensó: No. Le quedaban dos años de secundaria. Un día se vino abajo en el dentista, en la sala de espera, y la recepcionista la había atendido y la había acompañado al lavabo, la había sentado y le había refrescado la cara con una toalla húmeda, lo que había hecho arreciar el llanto de Josie, y al poco acabó tumbada en una de las butacas de dentista, con la cara empapada de lágrimas y la doctora Kimura al lado, creyendo en un principio que se trataba de una crisis sobre su aspecto físico. Cuando la recepcionista la había

pillado llorando, Josie tenía un ejemplar de *People* en el regazo abierto por un artículo sobre adolescentes gordas maltratadas. Así que la doctora Kimura y la recepcionista creyeron que a Josie, más alta que ellas, le preocupaba su envergadura, que la acosaban en el instituto. La llevaron a otra sala, donde operaban, y se apiñaron a su alrededor como santas. Había algo en los ojos llorosos y la voz cristalina de la doctora que la invitaba a hablar. Y cuando la doctora Kimura pidió a la recepcionista que se marchara y le dijo a Josie que tenía la tarde libre, Josie se lo contó todo. Su padre estaba en Chiang Mai y, según su madre, vivía con un harén de pago de cuatro mujeres, una de ellas de trece años. Su madre había dormido dos años en el sofá. Ahora estaba enamorada, pero volvía a drogarse y pensaba casarse con un adicto. Entraban desconocidos en casa. Traficaban o no, Josie no lo sabía. Recordaba mochilas alineadas en el recibidor, siempre mochilas diferentes, y los desconocidos llegaban y se marchaban con una de las mochilas. Josie empezó a esconderse en su cuarto.

La doctora Kimura dedujo muy poco de las divagaciones de Josie. Pero su mirada parecía haberse fijado en algo. «¿Por qué no te pasas por aquí un rato después de clase? Dile a tu madre que estás de aprendiz. Necesitas un lugar tranquilo donde descansar unas horas al día.»

La primera semana Josie se sentó en la sala de espera a hacer los deberes, presa de la emoción de aquella pequeña traición a su madre. Pero fue acostumbrándose a la calma, a la simplicidad, a la predictibilidad de la consulta. Llegaban pacientes, se visitaban, pagaban, conversaban. Nada de caos ni gritos, no había ninguna madre en el sofá ni relacionándose con tipos asustadizos de miradas vacías. A veces la doctora Kimura la invitaba adentro para enseñarle algo interesante: una radiografía peculiar, cómo se fabricaban los moldes. Pero normalmente Josie mataba las horas en el despacho de Sunny —la doctora le había pedido que la llamara por el nombre de pila—

haciendo los deberes, dormitando y, de vez en cuando, preguntándose por la foto de una adolescente, una rubia tirando a castaña tan poco parecida a Sunny que Josie suponía que sería una paciente. Tras la última visita, Josie ayudaba a recoger y Sunny le pedía que la pusiera al día sobre lo que ocurría en su casa. Sunny la escuchaba con mirada enfurecida, pero nunca hacía ningún comentario desdeñoso sobre su madre. Sunny y su madre eran más o menos de la misma edad, andaban por los treinta y largos, pero Sunny parecía sacarle un par de generaciones, se la veía mucho más sabia y asentada.

Un día cerró la puerta de la oficina. «Sé que esta podría ser la última vez que hable contigo. Porque lo que voy a proponerte desencadenará una serie de acontecimientos que van a sumirme en un sinfín de problemas y hasta es posible que me cuesten el trabajo. Pero creo que deberías emanciparte de tus padres y, si lo haces, me gustaría que vinieras a vivir conmigo. Conozco a una abogada.»

La abogada, una mujer callada pero tenaz llamada Helen, era amiga de Sunny. Quedaron al día siguiente. La abogada tenía una densa mata de pelo rizado y ojos que no parpadeaban. Las dos, Sunny y Helen, se sentaron enfrente de Josie, hombro con hombro.

—No seguiremos adelante si la cosa se pone fea —dijo Helen.

—Bastantes dramas has tenido ya en la vida —añadió Sunny.

—Si tu madre se opone... —empezó a decir Helen, pero Sunny terminó:

—... podemos repensarlo. ¿Qué te parece?

Su entusiasmo resultaba a un tiempo enervante y contagioso. Josie quería hacerlo. Quería vivir cerca de aquellas mujeres sobrias, funcionales y eficientes que fraguaban grandes planes a toda velocidad.

—Vale —dijo Josie, del todo insegura.

—Bien —replicó Sunny, y la cogió de la mano—. Ven a casa a cenar con nosotras. Quiero presentarte a alguien.

De modo que Josie llamó a su casa, le contó a su madre la verdad: que cenaba con la dentista y, como su madre había perdido completamente de vista las convenciones, aceptó, le mandó estar de vuelta a las diez. Josie viajó en el asiento trasero, el coche de Sunny era viejo pero estaba limpio, y Helen en el delantero; Josie tenía la impresión de haberse fugado, estaba convencida de que en adelante las tres serían grandes amigas, formarían un trío inseparable. Entró en casa de Sunny, caminando entre las dos mujeres como si la protegieran, como una presidenta o un papa.

—¡Samantha! —llamó Sunny, y una chica bajó corriendo las escaleras y se detuvo a medio camino.

Era la chica de la foto.

De modo que Josie era el segundo proyecto de Helen y Sunny. Para ella fue un golpe. Hacía un año que habían acogido a Samantha, que había huido de una madre que le pegaba y un padre camionero que la había fotografiado en la ducha. Samantha vivía a sesenta y cinco kilómetros y una consejera escolar había alertado a Sunny de su caso. El proceso de emancipación fue rápido. Ahora Samantha estudiaba en casa mediante un programa autogestionado que al principio Josie no entendió. Tampoco entendió por qué Sunny no le había hablado de Samantha antes de empezar a debatir su emancipación.

—No podía hablarte de Samantha hasta que no estuviéramos seguras —dijo Sunny.

Esa noche, después de cenar, Sunny había propuesto un paseo y, así, bajo el oscuro dosel de los árboles, le había explicado la situación de Samantha.

—Es mejor que no llame la atención. Tenemos una orden de alejamiento contra su padre, pero es mejor no arriesgarse. ¿Lo comprendes? ¿Saber de Samantha ha hecho que cambies de opinión?

Sí. Durante el trayecto de la consulta a casa de Sunny, Josie creía que la dentista la acogía en un acto de valentía, de coraje indómito, incluso irresponsable. Pero se trataba de un acto más mecánico. Sunny y Helen habían desarrollado un sistema.

—Que acudieras a mí después de Sam fue una serendipia —dijo Sunny, tratando de devolver la situación a un punto más próximo al cuento de hadas—. Solo os lleváis un año de diferencia, podéis fortaleceros mutuamente.

O podrían arrastrarse mutuamente a una sucesión de salvajes dramas adolescentes, pensó Josie.

—Ya sé que es raro —dijo Sunny esa noche y a menudo desde entonces—. Pero aquí estarás tranquila y a salvo.

Era raro. Josie y Samantha compartían habitación, es decir, que habían dividido el cuarto de Samantha y su espacio personal se había evaporado.

—¿Y ahora qué han hecho ese par de zorras? —musitó Samantha para sí mientras trasladaba sus pertenencias para dejar sitio a las de Josie.

Samantha cooperaba indignadísima, un mes se mostraba competitiva y al siguiente distante, propensa a estallidos de mal humor. Josie siguió en la misma escuela y las dos tenían amistades diferentes, de modo que el contacto entre ellas era accidental y evitable. Sam la trataba como a una vagabunda aprovechada que se hubiera colado un día lluvioso en una habitación que pagaba ella.

Con el tiempo hubo distensión, y se revelaron las debilidades mutuamente, solo para aprovecharse de ellas después. Eran chicas inteligentes y furiosas que no se sentían demasiado agradecidas a Sunny o Helen, que discutían con sus profesores, que coqueteaban con el novio de la otra, que se rompían o se robaban las pertenencias la una a la otra.

Pero el suyo era un hogar cuerdo y tranquilo y la emancipación de Josie se obtuvo sin oposición.

—Le he expuesto a tu madre los pros y los contras —le contó Helen un día, y Sunny sonrió: se entendía que habían apabullado a su madre; Josie sintió una punzada de culpa.

Durante el año siguiente visitó a su madre mensualmente y los encuentros, siempre en un Denny's de carretera a medio camino entre ambas ciudades, eran cordiales y tensos, y conversaban sobre todo de lo bien que les iría en unos años, cuando todo se asentara, cuando se hubiera esfumado cualquier resentimiento entre ellas y pudieran reencontrarse como adultas e iguales. Ja.

Corrían algunos rumores sobre Sunny y Helen, sobre lo que podían tramar: ¿estaban montando una secta, adolescente a adolescente? ¿Eran lesbianas? ¿Eran lesbianas montando una secta lesbiana? Pero después de Josie no llegaron más descarriadas, al menos aquel año. Con el tiempo, la casa de Sunny se convirtió en un refugio conocido entre las jóvenes que escapaban de alguna calamidad y el interés por Josie se diluyó entre todas esas muchachas. Sunny lo sabía y le preocupaba que Josie y Sam se sintieran desatendidas. «No te preocupes —le decía Josie—. Nunca te preocupes.»

Josie despertó a los niños a todo correr, les abrochó el cinturón y enfiló por el Spit y el parque Cliffside para caravanas para reunirse con Sam. Llegaban tarde, absurdamente tarde. A los veinte minutos, Josie estaba en el aparcamiento poniéndoles los zapatos, los de Ana parecidos a pequeños ladrillos de goma, después se plantaron los tres en lo alto del acantilado mirando a Sam, que estaba en la playa de abajo acompañada por una veintena de personas, en plena barbacoa, todo para dar la bienvenida a Josie y sus niños.

—¡Perdón! —chilló Josie mientras descendían por el sendero empinado, intentando sonreír, intentando reírse, como si todos participaran del mismo estilo alaskaño, la vida sin planes ni horarios fijos para celebrar barbacoas en la playa—. ¡Nos hemos dormido! —explicó animosamente, tratando de parecer adorable, mientras Paul y Ana se arrastraban soñolientos detrás de ella, así que mantuvo la sonrisa imperturbable al saltar los últimos metros que separaban el sendero de la playa.

Sam corrió a su encuentro, la engulló en un abrazo lanudo, con el pelo y el jersey aromatizados por el humo de la leña. Llevaba pantalones cortos, las botas desatadas y un suéter negro tejido a mano. El pelo suelto y sucio.

—No te preocupes, solo llegas una hora tarde a una fiesta en tu honor —dijo Sam soltándola y asiendo a Ana y aupándola a su altura—. No me conoces, pero te voy a comer —aseguró, y a Ana se le encendieron los ojos, como alertados por la presencia de otra salvaje como ella. Sam la besó sin

miramientos en la oreja mientras observaba a Paul con más cautela—. ¿Ese es Paulie? —preguntó, y dejó a Ana en el suelo. Paul la miró, como si aceptara la posibilidad de que también lo aupara a él. Pero Sam no lo levantó. Se agachó delante del niño y le cogió la cara entre las manos, rojas—. Me acuerdo mucho de estos ojazos —dijo, y se irguió.

La barbacoa se celebraba junto al acantilado, en una playa inmensa durante la bajamar, una playa listada por líneas huérfanas de agua oceánica, argentinas bajo la luz baja. Al otro lado del agua se alzaban las montañas Kenai, pero nadie les prestaba atención. El resto de los invitados estaban acostumbrados a toda aquella belleza agreste, a los restos de la marea y las rocas grises de alrededor, a los inmensos troncos ahuecados por el mar y blanqueados por el sol. Josie se presentó a la concurrencia, una mezcla de desaliñados que trabajaban para Sam, desaliñados que habían trabajado para ella en el pasado, padres de los amigos de sus gemelas y vecinos, la mayoría de los cuales vestían anoraks o suéteres de lana, todos ellos, con botas viejas. En todo ese rato un hombre no se separó de Sam para nada y Josie supuso que sería su novio. Intentó recordar el enfoque del matrimonio que tenía Sam. Josie había asistido a la boda, con un pescador comercial llamado JJ, pero no había vuelto a verlo. ¿Se trataba de un matrimonio abierto? Algo así.

El hombre que tenía delante, que se acercaba a Sam con una familiaridad evidente, sería diez o quince años más joven que ella, pero la barba gruesa y herrumbrosa dificultaba el cálculo. Por fin Sam se lo presentó.

—Te presento a Doug —dijo, y le alzó la mano por encima de la cabeza, como si acabara de proclamarlo vencedor.

No, no era un matrimonio abierto. Ahora se acordaba. JJ pasaba varios meses seguidos fuera y habían llegado a un acuerdo: lo que ocurriera mientras él estuviera de viaje no contaba. Nada de preguntas, JJ solo pedía una cosa: que no tonteara con ningún conocido. Pero ahí estaba Sam, entre

las amistades de ambos, con un flaco llamado Doug que, como podía ver cualquiera que tuviera ojos, se acostaba con ella.

—¿Todavía tienes niñas? —preguntó Josie—. ¿O ya están trabajando en la conservera o algo así?

Sam alzó la barbilla en dirección a la orilla. Unos metros más cerca del agua se perfilaban dos siluetas de pie ante una gran roca gastada. Encima de la roca descansaba un ave gigante y Josie se rio para sí, suponiendo que en cualquier momento le dirían que se trataba de un águila calva.

—Es un águila calva —dijo una voz masculina, y Josie se volvió y vio a Doug, que le ofrecía un botellín marrón de cerveza local.

—¿Queréis ir con Zoe y Becca? —preguntó Josie, y suplicó a Paul con la mirada—. Id a saludar y después volved a comer.

Paul cogió a Ana de la mano y se encaminaron hacia el agua.

Josie estaba cada vez más convencida de que Sam había sabido montárselo bien: tenía muchos amigos, amigos dispuestos a acudir a la playa una noche entre semana para recibir a Josie y sus hijos.

—¿Os habéis perdido? —preguntó Sam—. Hemos llegado a las cuatro, lo hemos preparado todo y a las cinco ya estaba todo el mundo aquí. Quedamos a las cinco, ¿no?

Josie ensanchó las fosas nasales.

—Hemos llamado a la puerta de algunas caravanas —continuó Sam—, pero nadie os había visto.

Era fascinante, pensó Josie, la poca idea que tenía de lo que cabía esperar de Sam. Cinco años eran mucho tiempo y Sam, para empezar, era metamórfica, a esas alturas podría haberse transformado en una entidad absolutamente nueva. Pero, eso sí, seguía siendo una rencorosa.

Josie explicó que había conducido todo el día y que no seguían ningún plan, dormían a horas extrañas, ni siquiera tenían teléfono y, por tanto,

tampoco despertador y de todos modos qué más daba, era verano y Sam estaba entre amigos, así que qué importaba si se retrasaba, a quién iba a molestarle, ja, ja.

Al terminar el soliloquio, Josie vio que Sam la miraba de un modo peculiar, con ojos penetrantes y una mueca divertida, y recordó que Sam lo hacía a menudo, daba por hecho que tenía línea directa con el alma elemental de Josie, que era capaz de recibir mensajes que nadie más captaba ni descifraba.

—No hagas eso —pidió Josie—. No te comportes como si me conocieras mejor que nadie. Hace cinco años que no nos vemos.

A Sam eso aún le encantó más. Abrió los ojos como los faros de un dibujo animado.

—Has dejado la consulta y has huido de Carl. O has huido de la consulta y has dejado a Carl. Me lo han contado.

La única persona que podría habérselo contado era Sunny, que estaba angustiada porque Josie había perdido el trabajo y que jamás lo habría expuesto en semejantes términos. Pero Sam siempre se tomaba a la ligera las pérdidas, las tragedias. Se consideraba con derecho a ello en cuanto superviviente de un mundo personal derruido.

—Bueno —dijo Josie, y no se le ocurrió la forma de rematar la idea.

Confiaba en que con esa única palabra bastara.

Durante el silencio de Josie, Sam pareció todavía más encantada.

—¡Y que lo digas! —exclamó, como si estuvieran enzarzadas en una bella danza verbal que ambas conocían y adoraban.

—Los niños deberían comer algo —dijo Josie con la esperanza de que las dos se centraran en cuestiones prácticas.

—Doug está en ello —replicó Sam señalando hacia la hoguera, que también servía de barbacoa.

Era un apaño primitivo: una gran fogata abierta alimentada por leños gigantes y, encima, una parrilla sostenida por un complejo enrejado de palos.

—¿Les gustan las salchichas? —preguntó Doug.

Josie contestó que sí, consciente de que tendría que trocearlas y decirles que eran perritos calientes.

Paul y Ana regresaron con las gemelas, de trece años, idénticas, esbeltas y atléticas, más altas que su madre y que Josie. Tenían el pelo espeso de color rubio rojizo y, con las pecas y los ojos oscuros, brillantes, intensos y risueños, parecían guerreras medievales que volvieran de saquear, pegar a hombres y montar ballenas. Se acercaron a grandes zancadas a Josie y la abrazaron como si ya la conocieran y la quisieran. Josie, abrumada, les dijo que eran guapísimas, que no se lo creía, y las dos la miraron a la cara, atentas. No parecían de este mundo.

Se marcharon arrojando palos para que los persiguieran los numerosos perros y Josie les sirvió a sus hijos sendos platos rebosantes de salchicha troceada y maíz asado. Paul y Ana se sentaron en un tronco enorme, cerca de una fila de niños, todos de entre nueve y diez años y provistos cada uno de un cuchillo. Mientras Paul y Ana comían, los niños tallaban madera, con los nudillos blancos y el pelo tapándoles los ojos. Paul los observaba en actitud pasiva, pero Ana estaba embelesada. Josie sabía que su hija querría un cuchillo y durante días no hablaría de otra cosa.

—Pareces cansada —dijo Sam.

—Te has quemado al sol. ¿Ese es tu novio? —Josie señaló a Doug, que estaba esquivando la dirección cambiante del humo de la hoguera.

Sam se encogió de hombros y se fue con él, le frotó la espalda y luego se agachó para evitar el humo.

Josie echó un vistazo para comprobar si Ana se había movido. Ahora la niña estaba sentada en la arena enfrente de los niños talladores, con los ojos

al nivel de las hojas. Los niños se reían, pensando que Ana flipaba, que era la niña más loca que habían visto en la vida. Entonces una idea iluminó los ojos de Ana y la niña se subió el suéter, el boliviano, la pesada lana de punto grueso, y se lo quitó por la cabeza con gran esfuerzo para enseñar la camiseta de Linterna Verde de debajo. Les estaba demostrando a los niños que no era una niña, no era una simple niña: era como ellos, le gustaba Linterna Verde, valoraba luchar contra el mal con una fuerza sobrenatural, valoraba tallar madera con grandes cuchillos. Pero a los niños no les importó: miraron, se rieron y no dijeron nada. No la disuadieron. Tiritando en su camiseta de Linterna Verde —la temperatura estaba bajando hacia los diez grados—, Ana se apretó al lado de ellos en el tronco y de vez en cuando cogía el antebrazo de uno de los niños como si así participara del tallado. Como si, mediante transferencia humana, también ella tallara la madera. Josie le sirvió otra salchicha en un plato de papel y Ana la devoró sin apartar la vista de los niños y sus cuchillos.

Paul, entretanto, cogió su plato y se acercó a las gemelas, que estaban junto al águila y la roca de la playa. Josie lo observó encaminarse directo a las niñas y parar en seco. Las gemelas se volvieron hacia él y por lo visto reconocieron su presencia de algún modo satisfactorio. Paul se acuclilló y se comió la comida y los tres contemplaron al águila y, a lo lejos, a un par de jinetes trotando por el agua, hasta que una de las niñas lanzó una piedra cerca del ave y esta alzó el vuelo, con gesto cansado y un aleteo demasiado lento y trabajoso para volar, pero no obstante se levantó, elevándose como si nada, volar no era nada, el planeta no era nada, nada en absoluto, solo otro lugar del que marcharse.

Después de la barbacoa los niños subieron a la parte trasera de la ranchera de Sam, con esta y Josie delante, y se dirigieron a su casa por una ruta flanqueada de pinos jóvenes, subiendo casi dos kilómetros por una colina repleta de casas bien cuidadas. La vivienda, con un césped en pendiente rodeado de pulcras filas de arbustos, disfrutaba de una espléndida vista del resto de Homer, más abajo. Nada de una cabaña de troncos en el interior. Era una casa moderna y respetable, recién pintada, sólida y limpia.

¡Guía de avistamientos de pájaros en Homer! Sam la había clavado. Se había trasladado a Alaska y había montado una empresa de avistamientos de pájaros sin ningún problema, sin pedir permisos. Tenía libre acceso al bosque, a una isla frente a Homer, y se organizó. ¿Se había apartado de la sociedad como pretendía Josie? Sí y no. Sam dirigía un negocio, tenía hijas, las hijas iban a la escuela, pagaba impuestos, mandaba correos electrónicos. Estaba igual de atrapada que Josie, pero Sam tenía un barco y calzaba botas y sus hijas eran unas criaturas de exterior maravillosas con largas melenas color maíz. Sam había solucionado varias cosas. Había simplificado.

Paul y Ana se cambiaron y subieron detrás de las gemelas, que se ofrecieron a acostarlos. Ana estaba entusiasmada, Paul en un éxtasis precavido. Josie había planeado decirle al niño que Sam era su madrina o anunciárselo a Sam, pero ya no lo tenía claro. Confió en que Paul se hubiera olvidado.

—Tengo una sorpresa —dijo Sam.

Había hecho whisky casero y quería que Josie lo probara. Josie nunca había sabido apreciar el licor marrón y estaba segura de que el de Sam no sería bueno.

De todos modos, Sam sacó una botella medieval y sirvió, sirvió demasiado, y, peor todavía, lo sirvió en una taza de café. Josie lo olió, y apestaba más fuerte que el whisky normal: era un olor infame e insondable, depredador. Josie fingió darle un sorbo, fingió una mueca, fingió tragárselo y disfrutarlo con la rudeza que Sam esperaba.

—Caray —dijo Josie.

Sam estaba encantada. El propósito del destilador de whisky, por lo visto, era provocar las náuseas del bebedor.

—Qué rico —dijo Josie.

Todavía no lo había probado.

Sacaron las tazas a la terraza de atrás. Sam cogió una manta gruesa y encendió una estufa de propano y la acercó. La noche era fría y el cielo gris, con nubes bajas. Se sentaron con los pies tocándose, formando una V con los cuerpos de cara a los árboles a oscuras.

Josie supuso que se avecinaba una conversación profunda, de modo que bebió un trago largo de whisky; buscaba sus efectos sin experimentar el sabor. Pero no había forma de escapar al sabor, nauseabundo. Quemaba. Pensó en zapatillas de tenis ardiendo.

—Es espantoso —dijo Josie.

Sam sonrió y le relleno la taza.

—A ver, ¿qué coño haces aquí? —preguntó Sam.

Josie se rio. Sam se rio. Rieron fuerte, tanto que arriba abrieron una ventana y una de las gemelas, Josie no sabría decir cuál, se asomó y con la cara entre las sombras dijo:

—Silencio, señoritas. Los pequeños quieren dormir.

La ventana se cerró y Sam se volvió hacia Josie.

—¿Así que Carl no ha querido venir? —Bromeaba—. En serio. ¿Mantenéis el contacto? ¿Aún sale en la foto?

Josie le resumió la participación de Carl en las vidas de sus hijos, tardó entre ocho y nueve segundos.

—Qué lástima —dijo Sam—. ¿Te acuerdas cuando llamaba a Ana «Oh, no» y después «He sido yo»? Era divertido. Y tenía buena mano con los niños.

Las dos cosas habían sido ciertas para algunos en determinado momento, pero el hecho de haber desaparecido hacía que, al menos para Josie, Carl pareciera menos divertido y con peor mano para los niños. Cada vez que alguien elogiaba a Carl, ella rememoraba sus delitos cómicos. Carl le había pedido, en más de una ocasión, que fingiera el orgasmo. Josie se disponía a contárselo a Sam, pero Sam había pasado a otro asunto.

—¿Y lo he entendido mal o has vendido la consulta? ¿Ya no eres dentista? ¿No has tenido la cara paralizada un año o algo así? ¿No estarás pensando despeñarte con la caravana por un acantilado, no? Si me paso, dime que me calle.

—No —dijo Josie.

No se le ocurrió nada más.

Pensó: Tú, que huiste a Alaska y estás casada sí pero no... ¿te atreves a juzgarme? Pero optó por callar. No tenía sentido decirlo. Bebió otro trago largo de whisky asqueroso y optó por dejar pasar la noche, aguantar otra hora hasta poder excusarse en el cansancio y acostarse. El aire nocturno estaba templado, los grillos y las ranas emitían sus ruiditos y soplabla la brisa y, a lo lejos, una carretera silbaba una tonada olvidable.

Sam rellenó la taza de Josie.

—O sea que lo has dejado y has vendido la consulta. ¿Y Sunny qué dice?

—preguntó Sam, y Josie se alegró de que ya no la llamara «mamá».

La última vez que se habían visto, Sam aún llamaba «mamá» a Sunny. Ni Sam ni Josie la habían llamado así cuando vivían con ella, y emplear el término «mamá» veinte años después o cuando fuera desentonaba: como si Sam hubiera examinado lo que Sunny había representado para ella y le hubiera puesto nombre. ¿Antes no la llamaba Sunsy? ¡Sí! A Sam le gustaba poner nombres, apodos. Esos nombres eran... ayudaban a Sam a definir o redefinir lo que Sunny y ella eran la una para la otra. Le proporcionaban cierto control, como si llamarla Sunsy equivaliera a ponerla en su sitio, el de una mujer menuda y cada vez más vieja, mientras que «mamá» era un título honorífico. Pero ahora volvía a llamarse Sunny. Sunny solo era su nombre. El nombre con el que la habían conocido. Elige uno y no cambies más, quería pedirle Josie.

Sorbió un poco de whisky, miró al cielo de obsidiana. Tal vez la causa de todas las neurosis modernas, pensó Josie, sea la ausencia de una identidad inamovible, de hechos irrefutables. Que todo cuanto consideramos verdades fundacionales esté sujeto a cambio. El agua del mundo se agota. No, en realidad, en el subsuelo hay suficiente para cubrir la superficie terrestre con una capa de casi doscientos metros de agua. Por tanto, ¿no falta agua? Bueno, solo el seis por ciento del agua subterránea es potable. Entonces ¿estamos sentenciados? Bueno... Los rodeos y retrocesos no terminaban jamás. Los peores eran los científicos, los astrónomos. Somos materia. No, vivimos rodeados de materia. Existen nueve planetas. No, ocho. Somos excepcionales, nuestro planeta es el único capaz de acoger vida. No, existen billones de planetas como la Tierra, la mayoría mayores que el nuestro, la mayoría, probablemente, mucho más desarrollados. Sunny. Sunsy. Mamá.

Sam estaba diciendo otra cosa. Josie se concentró en las palabras.

—Estará hecha polvo. Destrozada.

Ah. Josie ya se lo esperaba. Cuando había empezado a estudiar odontología, Sam había sido cruel. «No necesitas lamerle el culo, Joze.» Y cuando terminó y abrió su propia consulta, Sam se había quedado lívida. Paralizada. Después se mudó a Anchorage, luego a Homer, y entre Sunny, Josie y Helen triunfó la teoría tácita de que Sam había elegido Alaska para cederle el territorio y la victoria a Josie. Josie había vencido, se había ganado el amor de Sunny y, por tanto, podía quedarse con ella y con todo lo demás por debajo del meridiano 48.

Se oyó un golpe de las botas desatadas de Sam. Sam apoyó los pies, enormes dentro de los calcetines de lana gruesa, en la mesa gris de pícnic.

—Mierda, perdona —dijo Sam, y de pronto le plantó la cara delante. Las narices se rozaron—. No estoy enfadada contigo. Ni celosa. No estoy nada. Nada de eso. Pero sé que siempre me has tenido por una amargada. —De repente Josie recordó una época en que Sam la había acusado de dar pasos para heredar la consulta de Sunny. Sam había sido muy desagradable, muy a menudo, siempre con la excusa del qué más daba si todo estaba jodidísimo—. Te quiero. Somos hermanas —dijo Sam, y a Josie se le humedecieron los ojos y Sam rompió a llorar—. Cuéntame lo que ha pasado. Hablar ayuda.

Josie lo consideraba una afirmación discutible. Con frecuencia, hablar no ayudaba. Dolía del carajo. Era como decirle a alguien que estaba hundiéndose en arenas movedizas: «Quedarse quieto ayuda». En este caso Josie estaba segura de que el dolor afloraría, que esa noche, acostada en el plegatín del sótano de Sam, lo sentiría más vívido. Sabía, de hecho, que se tumbaría allá abajo, fría y con la cabeza rebosante de whisky malo, y mentalmente lo repasaría todo otra vez, sin dejar de pensar en los niños, dormidos dos pisos más arriba, que con facilidad podían despertarse en plena noche y querer saber dónde estaba su madre: no se les ocurriría pensar en el sótano y además les aterraría que su madre durmiera allá abajo. Josie estaba segura de que

hablar de ello era una idea terrible, hablar de los horrores nunca la había ayudado, siempre le había ido mejor olvidando, estructurando la vida en torno al olvido, pero Sam quería saber y, en un momento de debilidad derivada del whisky, a Josie le pareció una idea fantástica abrir esa herida.

Tenía una cara muy dulce. El pelo blanco, las mejillas sonrosadas, cualquiera que la viera la tomaría por la esposa de Santa Claus. ¿Cómo podía semejante mujer, una mujer llamada Evelyn —¡Evelyn Sandalwood!, ¡un nombre para aliviar a los cansados y los fatigados!—, cómo podía esa viuda con cinco nietos convertirse en tamaño demonio? Josie pensó en los extraños monumentos del desierto, las formas encorvadas y huecas que el viento y los ríos habían esculpido a partir de montañas respetables.

Evelyn había sido paciente de Josie. Años sin el menor problema. Tenía la boca sucia, sí, era una fumadora con el esmalte blando, dos docenas de empastes y encías delicadas. Pero nada fuera de lo normal. Normalmente intuías a los pacientes problemáticos: tenían mil preocupaciones, se revolvían en el sillón, se aferraban a los apoyabrazos, te miraban con resentimiento antes de escupir. Después te acosaban a preguntas, se demoraban más de lo necesario, pedían una segunda opinión de la higienista. Josie había roto con muchos pacientes así en el pasado, los había derivado a dentistas más caros o más baratos, a cualquier parte.

Pero Evelyn era de los buenos. Charlaban del río de cerca de la consulta, de cómo de niña Evelyn solía surcar sus aguas sulfurosas en canoa. Alguna que otra vez mencionaba a su difunto marido con cariño, nada morboso, consciente de que ya no estaba, sintiéndose afortunada por haberlo disfrutado tanto tiempo. No estaba enfadada con nada, no tenía espíritu polémico. Parecía una buena mujer. Así pues ¿por qué había atacado a Josie de aquel

modo? Josie intuía otras fuerzas en su entorno. Un yerno abogado especializado en daños corporales. Una sobrina que había visto un documental sobre negligencias. Le llegaban rumores, pero Josie no estaba segura. La ciudad era pequeña, Josie no podía saber qué era verdad, qué ocurría en su casa, qué le pasaba por la cabeza.

Lo que sí sabía era que un día recibió una citación para que entregara el historial de Evelyn Sandalwood. Christy, la recepcionista, abrió la carta, de un abogado conocido por ser el terror personificado, consultó a Josie y esta respondió que, por supuesto, que entregara el historial, lo que fuera. Pero le faltó la respiración. Clavó la vista en el encabezamiento de la citación. Aquel abogado era un animal. Eran las tres de la tarde, solo le quedaba otro paciente, higiene y revisión. Miró la carta, temerosa de leerla, pero vio las palabras «negligencia grave» y «retraso significativo en el diagnóstico» y supo que la consulta no sobreviviría. Dejó que cerrara Christy y pasó por el colmado de camino a casa, se compró una botella enorme de prosecco. Llegó hasta el aparcamiento y volvió a por ginebra.

Josie debería haber detectado el tumor. Eso reclamaba la demanda. En cualquier chequeo Josie hacía una revisión rutinaria de cáncer oral, y con alguien como Evelyn, fumadora, dedicaba más tiempo. Había levantado y examinado aquella lengua sucia, del color y la textura de una alfombrilla de coche. Recordaba vívidamente haberlo hecho, recordaba no haber encontrado nada, recordaba apuntar «negativo» en la gráfica.

Pero dieciséis meses después Evelyn tenía un cáncer en fase 3 y exigía dos millones de dólares. Josie no sabía a quién llamar. Llamó a Raj. «Ven a verme después del trabajo», le dijo Raj. Raj también tenía consulta en la ciudad y los dos hablaban a menudo, se consultaban sobre endodoncias y, para divertirse, se mandaban mutuamente a los pacientes más molestos. Raj era un tipo orondo de casi sesenta años y voz atronadora, propenso a filosofar

sin fundamento y a todo volumen. Se plantaba con las piernas separadas, como dispuesto a resistir un súbito vendaval, y decía cosas del tipo: «Adoro mi trabajo, no puedo negarlo, ¡porque amo a la gente!». O, si no tenía el día feliz: «El único problema de nuestra profesión, Josephine, es la gente y sus bocas asquerosas».

En esta ocasión, al llegar a la consulta Josie se lo encontró de pie en el vestíbulo vacío, con los brazos extendidos. Pero en lugar de abrazarla, se arrancó con una de sus declaraciones. «Se lo he dicho a mis hijas: ¡No estudiéis medicina!» Estaban los dos solos, pero Raj hablaba tan fuerte como en un mitin al aire libre. «¿Te lo imaginas? ¿Un indio aconsejándoles a sus hijas que no sean médicas? ¡Son los pleitos! La culpa constante. ¡La cultura de la queja! ¡Que no otorgamos la inmortalidad! ¡Nos equivocamos! ¡Somos humanos!» Josie le preguntó si alguna vez había recibido una citación de un paciente y Raj le contestó que claro, una vez, en Pennsylvania, pero en Ohio no conocía a ningún buen abogado. Josie pasó el resto de la hora escuchándole hablar de sus pacientes problemáticos, de las docenas de veces que había esquivado una demanda por los pelos.

Cuando por fin Josie encontró abogado, una joven recién salida de la fiscalía de Cincinnati, supo que estaba derrotada. Había contratado a una niña abogada para defenderse de una anciana moribunda de cáncer, una mujer que encima se parecía a la señora Claus. No tenía ninguna oportunidad. Era cuestión de pactar una cantidad.

La idea de renunciar a la consulta se le ocurrió un día llegando al trabajo. En el instante en que la llave giró en la cerradura, Josie tuvo una revelación bella y simple. Entregaría el negocio a Evelyn Sandalwood. La mujer lo había contaminado, que se lo quedara. Su abogado perseguía un acuerdo de dos

millones de dólares. El seguro de Josie cubría hasta uno, así que les ofreció un canje. Les cedería todo, equipo, clientela, todo, y se marcharía. Podían obtenerlo todo, millón y medio, ahora o esperar eternamente a recibir menos.

El abogado de Evelyn tachó la propuesta de ridícula, imposible, hasta que la exfiscal le explicó cuánto tardaría su representada en sacarle la misma cantidad a Josie en metálico. La casa, aunque la vendiera, solo le pertenecía a medias y después de la venta, el reparto, las tasas y los impuestos reportaría unos ciento cincuenta mil. El resto se iría deduciendo del sueldo de Josie mientras viviera, y Josie había dejado claro que no volvería a ejercer de dentista, por lo que nunca recuperaría su nivel de ingresos. El negocio era de Evelyn si lo quería. Era la oferta de Josie. Y fue idea de Josie concederle a la gente de Evelyn setenta y dos horas para decidir. En esos tres días la gente de Evelyn mandó expertos a inspeccionar el edificio, a determinar el valor del equipo, las luces, el instrumental. En pleno proceso, Raj telefoneó. «Te lo compro por un millón», ofreció. Josie le dijo que no valía tanto. «¡Pues yo creo que sí!», rugió él. Por teléfono hablaba aún más alto. Josie le contestó que era un santo. «¡Quiero que seas feliz, Josie! —bramó Raj—. ¡Que olvides este espanto y encuentres la paz! ¡Por fin eres libre!»

Ya antes de Evelyn el trabajo había dejado de ser divertido, no era ni siquiera tolerable. Un día al llegar al despacho Josie se encontró una nota pegada a la puerta. «¿Cómo has sido capaz?», preguntaba en robustas mayúsculas manuscritas. La nota la aterrorizó durante semanas. ¿Quién la había escrito? ¿Qué significaba? ¿Aludía a Jeremy o alguien se quejaba de los precios? Josie se volvió asustadiza. Empezó a farfullar. Le daba miedo dar consejos, impartir sabiduría que podría ocasionar la muerte de alguien en un solitario valle afgano, no decía casi nada. ¡La angustia de la influencia! En su país, en ese momento desquiciado en particular, una dentista tenía el poder de mandar a un joven a la muerte. ¡Una dentista! Había elogiado

descontroladamente la capacidad de Jeremy de cambiar el mundo y le habían matado de un disparo. Luego, Josie había tomado el camino contrario, había marcado la casilla de «negativo» y su gesto había provocado, o eso afirmaban Evelyn y su familia carroñera, el cáncer de la anciana enferma. Bueno, pues basta. Era mejor no decir nada, evitar a la gente. Se había hartado de bocas, empezando por la suya.

«No te preocupes», le dijo Raj. Estaban recorriendo la consulta vacía. Se habían ido todos. Raj la relevaría enseguida, volvería a contratar a la mayoría del personal. Josie lo quería por eso. «Josie —dijo Raj, cogiéndola de las manos como si fueran a bailar—, los desahuciados siempre se alimentarán de los competentes. Igual que alguien que esté ahogándose se agarrará del que camina por encima del agua.»

La última reunión con Evelyn y su gente... fue desagradable. Habían pasado varios meses desde la primera citación y la anciana había adelgazado casi catorce kilos. No podía hablar y su mirada, tan dulce en el pasado, se había endurecido. Josie quería apiadarse de ella, pero no sintió nada. Quería irse. Evelyn aceptó el acuerdo, cogió el dinero, su yerno miró cómo firmaba los papeles con los dedos atrofiados, amarillentos.

Y Josie se liberó.

—¿Y por eso se te paralizaba la cara? —preguntó Sam arrastrando las palabras.

Habían rellenado las tazas un par de veces durante el relato.

—No lo sé —dijo Josie—. Supongo.

Josie miró hacia la negra noche.

—¿Es así como hay que vivir?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sam, y se levantó y miró hacia la noche,

tratando de ver lo que veía Josie.

—¿Tienes la impresión de estar haciendo lo que debes? ¿De aprovechar el tiempo como es debido?

Josie se rio para quitarle importancia a lo que acababa de preguntar, pero sabía, incluso borracha, que constituía el pensamiento central que había ocupado su mente durante la mayor parte de los últimos veinte años. Dondequiera que estuviera, podía estar satisfecha, cumplir con el trabajo o alimentar a sus hijos o enamorarse temporalmente de un hombre como Carl y vivir en la ciudad donde vivía, en el país donde había nacido, pero a diario se le presentaban otras mil vidas que parecían igual de valiosas o más.

Sam no contestó. Entonces Josie se dio cuenta de que no había pronunciado las palabras en voz alta. Había querido decirlas, pero la ocasión había pasado y ahora ya no era posible.

En su defecto dijo:

—Está bien.

Con eso quería decir que Sam y ella deberían tratarse mejor. Todos deberíamos tratarnos mejor. Evelyn no debería haber enfermado de cáncer y no debería haberse quedado con el medio de vida de Josie como recompensa y ¿cómo era que Josie no sabía nada de su padre desde hacía once años y que Jeremy había muerto? ¿Cómo iba a ser aceptable algo así?

—¿Qué miras?

—Está bien —repitió Josie, y luego añadió—: Hora de dormir.

Pero no durmió. Bajó al sótano y se acostó en el sofá cama. Su negocio se había esfumado, sin placas ni agradecimientos. Sus empleadas la culpaban a ella, no a Evelyn Sandalwood, no al clima de canibalismo judicial, no al abismo del orden moral, sino a Josie, por la desaparición de la consulta y la

pérdida de sus empleos. Tania la había reñido por no tener el seguro adecuado. ¡Tania! ¡A la que había asegurado! Todas aquellas jóvenes... acudían a Josie en busca de trabajo, sí, pero, sobre todo, querían un seguro. La consulta de un dentista tendría la mejor cobertura. Tenían una lista de condiciones previas y no podían contenerse: preguntaban por el seguro médico a los diez minutos de entrevista. Josie se ocupó de Tania y Wilhelmina y Christy, se ocupó de todas ellas y ninguna perdió dinero. Todo el dinero que se perdió era suyo, y las chicas cobraron su paga y se sintieron estafadas. No había ninguna razón para montar un pequeño negocio y contratar empleados. A esa gente la habían criado para ofenderse con cualquier patrón, para sentirse estafada con cada paga. Josie había propuesto repetidamente fundar una cooperativa, un sistema mediante el cual todas compartirían beneficios y riesgos. Nadie quiso participar. Prefirieron seguir ofendidas.

Josie cerró los ojos.

Y se encontró con el rostro de cierta entusiasta de la escuela, la de la bufanda, siempre llevaba bufanda, que tenía a Josie por una vaga. «¿Cómo podríamos conseguir que te implicaras un poco más?», preguntaba, con los ojos saltones de loca y el pelo negro enmarañado como una escoba de zarzas. No, no. Cambio de pensamiento. Jeremy. Jeremy no. Otro. Carl no. «¡Me he leído un libro sobre html! —gritó una vez Carl, la única que Josie lo oyó chillar—. ¡De cabo a rabo!» Esto para él era una especie de trabajo. Eso justificaba su pereza. Tal vez hubiera sido su mayor hazaña fuera del retrete. ¿Recuerdas la vez aquella que compró dos paquetes de doce rollos de papel higiénico? A la fuerza; gastaba un rollo diario. No. Basta de Carl. Josie lo apartó. ¿Patti? ¿Qué había sido de Patti, su amiga de la guardería? Patti estaba bien. Patti era divertida, descarada, llamaba a las cosas por su nombre. Con una punzada, Josie comprendió que era culpa suya: Patti había

contactado con ella a menudo la primavera pasada y Josie ¿qué había hecho? ¿Se había olvidado de contestar? De llamar. No, Patti se había mudado. Se había divorciado y se había mudado. ¿Por qué no recordaba esas cosas? Dirigir un negocio aniquila tu capacidad de comportarte como la clase de amiga que la gente espera o merece. Pasaban días y semanas y no podías cumplir. Sus mejores amistades eran las más antiguas, que ya no esperaban un contacto constante. El resto se decepcionaba.

Era la principal reacción que despertaba en los demás: decepción. Sus empleadas estaban decepcionadas por el horario y el sueldo, sus pacientes decepcionados por el servicio, las caries, en realidad, por sus bocas sucias y su esmalte frágil y sus escurridizos seguros médicos. El buzón de sugerencias, idea del personal, había resultado un desastre. «Una decepción.» «Muy decepcionado.» «Superdecepcionada.» Josie retiró el buzón, disfrutó de unos años de felicidad y luego aparecieron las páginas web con opiniones de los clientes, por Dios, cuántos agravios, montones de pacientes anónimos se vengaban de cualquier resbalón, de cualquier momento imperfecto. Decepcionados por el trato humano. Decepcionados por el diagnóstico. Decepcionados por las revistas de la sala de espera. Cada decepción, un crimen.

Vivimos una época vengativa. ¿Se han olvidado el pato a la naranja o el arroz pegajoso que has pedido? ¿Y ya estás en casa? ¿Así que tendrás que conducir de vuelta para llevarte el pollo a la naranja o el arroz pegajoso que habías pedido? ¡Qué injusticia! Por tanto, venganza. ¡Véngate de los crímenes del dueño! Era nuestra versión contemporánea del equilibrio, de cantarle las cuarenta al poder. ¡Véngate del dueño en la página de opiniones de la clientela! ¡Corrige el desequilibrio! Josie también lo había hecho. Lo había hecho en tres ocasiones y, cada vez, se sintió bien un par de minutos y luego vil, destrozada. Al mundo no le importaba. Olvídalo. ¿Cómo había

aguantado tanto tiempo en el negocio? Yo también estoy decepcionada, quería decir. Decepcionada por tu halitosis, por la erección cuando Tania aprieta los pechos contra tu hombro pubescente al inclinarse. Decepcionada por la forma en que te aferras al reposabrazos como si te hiciera daño, no me jodas, si ni te he tocado. Lloricas. Nenazas. La mamá peloescoba estaba decepcionada. Evelyn era la más decepcionada de todos. Mierda: era un espectáculo. *Decepcionado: el musical*.

Piénsalo: el público se marcha *Decepcionado*. ¿Qué has visto? ¿Qué te ha parecido? «Una decepción.» ¡Si era el anuncio! «Tras este espectáculo, saldrá *Decepcionado*.» No podía fallar. Tumbada en el sótano, lejos de niños dormidos y babeantes, Josie, con los ojos abiertos, se planteó ir a por una libreta. No, se acordaría. Era mejor que ¡*Noruega!* Cada canción de *Decepcionado: el musical* consistiría en una letanía de quejas sobre un fondo de música desenfadada. El escenario, una orgía caleidoscópica de colores y productos, era la inimaginable panoplia de objetos y comodidades a nuestra disposición que, no obstante, no bastan, nos decepcionan. Productos con los que decepcionarse. Nuestros amigos: decepcionantes. Nuestros padres: decepciones. Las compañías aéreas: decepcionantes. Nuestros países y líderes, todos, decepciones. El musical mostraría la decepción en cuatro dimensiones. Los actores cantarían y bailarían ataviados con un vestuario fenomenal que no obstante se quedaría corto. Las butacas del teatro serían cómodas, claro, pero podrían ser mejores. En el intermedio se serviría un refrigerio, pero no estaría a la altura y el descanso antes del segundo acto no sería bastante largo para disfrutar de las bebidas. El precio de las entradas: no llegaría a abusivo, pero sería decepcionante. La disponibilidad, también decepcionante. El espectáculo duraría demasiado.

Evelyn sería la estrella. Quienquiera que la interpretara tendría más de setenta años, pero el número inaugural giraría en torno a todo lo que le

quedaba por vivir, todas las posibilidades que tenía por delante. Veríamos a una mujer achacosa, una mujer con dificultades para moverse por el escenario —y además fumaría y hasta era posible que no se moviera en absoluto, que permaneciera sentada en un taburete—, que cantaría una canción como una vivaz recién llegada a la gran ciudad: sobre todo lo quería hacer. Pero entonces. Entonces iría a la dentista, ajena a todo, que de algún modo le provocaría cáncer, y ese sería el final del primer acto: la dentista provoca cáncer por omisión. El segundo solo sería un tema trágico sobre horizontes perdidos, el tiempo finito, la decepción. La sensación del musical sería la canción «Toda decepción es un crimen», para la cual se sumarían a Evelyn sus hijos y sus nietos, todos lamentando el destino de la anciana, pero confiando en obtener cierta reparación cuando se hiciera justicia, cuando se castigara y expulsara a la dentista negligente (¿tal vez caería por una trampa del escenario?). El espectáculo terminaría así, con la dentista descendiendo al tiempo que Evelyn ascendía: Evelyn ascendería a los cielos entre cantos de cornetas y trompas y luego, por supuesto, allí también se llevaría una decepción.

Josie se despertó al oír golpes en las habitaciones de arriba y supo que eran Sam y las gemelas desayunando, vistiéndose, y rezó para que así fuera, preparándose para salir. No tenía ningún reloj a mano y no quería saber la hora. Solo quería que aquella gente abandonara la casa antes de que despertaran a Paul y Ana. Sam le había dicho que esa mañana trabajaba, guiaba a un grupo de New Jersey, y que las gemelas irían al colegio, de modo que Josie y los niños se quedarían solos hasta la tarde.

La puerta principal se cerró con cuidado y luego la mosquitera con un cañonazo, y Josie se tapó la cabeza con la almohada. Después la puerta volvió a abrirse, la mosquitera golpeó tres, cuatro veces. Era broma, pensó Josie. Pero al final se impuso el silencio y Josie estaba calentita y por un momento pensó que volvería a dormirse, solo para descubrir, al cerrar los ojos, la cara de Jeremy y de la madre del chico, su mirada acusadora. Entre la opción de despertarse demasiado temprano o cerrar de nuevo los ojos y enfrentarse a aquellas caras y sus acusaciones, apartó mantas y almohadas y se levantó.

La planta baja estaba limpia y en silencio. Sam y sus hijas no habían dejado nada desordenado, ningún rastro de que hubieran comido ni habitado en modo alguno aquellas habitaciones hacía solo unos momentos. En casa de Josie los platos no se fregaban después de comer; era mejor dejarlos hasta la mañana siguiente, como si recogerlos y lavarlos demasiado rápido equivaliera a borrar prematuramente el recuerdo de una buena comida. Josie

se paseó por la planta y, con la mente despertándose poco a poco, pensó complacida que durante unos veinte minutos podría explorar la casa sin testigos ni interrupciones. Sam no tenía café, de modo que Josie se preparó un té y recorrió la cocina abriendo armarios y cajones.

Le sorprendió tanta organización. Había armarios para vasos, otros para platos y cuencos, y ninguno tenía intrusos: nada de fuentes o copas sueltas. Había un cajón para las bolsas de plástico. Un armario para las ollas. El cajón de la cubertería contenía cubertería y nada más: ni un pelador, ni un pincho para las mazorcas. Los casos atípicos tenían su propio cajón. Josie buscó en vano el cajón o la papelera o el armario donde se guardaban todos los objetos inclasificables o que se escondían en limpiezas apresuradas, pero no lo encontró. La nevera, a pesar de ser vieja, estaba limpia y reluciente y dentro conservaba fiambreras de plástico con restos de pasta y hamburguesas vegetarianas. La leche se había obtenido misteriosamente del cannabis y el zumo de naranja se había exprimido y embotellado en Homer. Un plátano a medias había sido sepultado con cuidado en plástico.

Josie se plantó en la puerta del comedor, sorbiendo té y meditando sobre la extrañeza de estar en una casa. Los niños y ella llevaban fuera solo unos días y ya esa casa grande y de paredes resistentes, paredes tan fuertes que soportaban cuadros y espejos, parecía un templo a la solidez, ajeno e incomprensible. Josie se descubrió tocando las paredes, apoyándose en ellas, regodeándose en su fortaleza. Había una chimenea con aspecto de utilizarse, con una primorosa pared de leña a un lado y una pirámide menor de astillas al otro. En la repisa descansaban las fotografías de familia que Josie ya conocía, una de Sunny y Helen y Josie y Sam, un despliegue previsible de fotos escolares y trofeos de lacrosse de las gemelas y una placa grande que Josie pasó por alto la primera vez solo para comprender, al volver sobre ella, que celebraba la jubilación de Sunny. ¿Cómo es que la tenía Sam?

Oyó aterrizar dos pies pequeños arriba y dedujo de su agilidad que pertenecían a Ana. Por las mañanas a Paul le costaba más reincorporarse al mundo. Habría sido mejor que sus hijos tuvieran un padre como el de Zoe y Becca, heroico y ausente, en lugar del suyo, cobarde y cercano. Era mucho mejor, y Josie intentó reprimir la envidia que empezaba a dominarla. ¿Cómo se permitía Sam un sitio así trabajando de guía tres meses al año? Era ridículo e injusto. ¿Por qué las niñas de Sam, huérfanas de padre, eran tan guapas y fuertes? ¿Por qué Sam había llegado a soluciones fáciles mientras que Josie seguía devanándose los sesos?

—¿Mamá? —llamó Ana desde arriba sin preocuparse de que su hermano aún durmiera.

—Estoy abajo —dijo Josie, y Ana bajó corriendo las escaleras.

Ana tenía hambre, así que Josie cogió un yogur y se lo comieron entre las dos. También encontraron pasas y galletas y se las comieron. Encontraron huevos y Josie hizo tortillas. Mientras se comía el segundo plato, Ana descubrió la torre de juego del jardín trasero y salió disparada. Paul todavía dormía, de modo que Josie regresó a la nevera, encontró unos bombones de chocolate y se comió seis de los ocho que había. Abrió la puerta delantera confiando en hallar respuesta a la pregunta de si le aguardaba un día infeliz, pero solo encontró el diario de la mañana.

Lo entró a la cocina y lo hojeó mientras vigilaba a Ana, que andaba ocupada buscando los puntos flacos de la torre. Josie sabía que la rompería por algún lado y sabía también que las hijas de Sam eran demasiado mayores para jugar con esa torre. Con Ana, Josie calculaba a diario: ¿cuáles son las probabilidades de que rompa esto? ¿Cuánto costará en tiempo o dinero repararlo? Josie escudriñó la torre para determinar lo peor que podía hacer Ana y llegó a la conclusión de que afectaría a las delgadas cadenas que sujetaban los columpios de unos postes gruesos. Las cadenas eran el punto

flaco de la estructura y Ana lo sabía y estaba tirando de ellas con todas sus fuerzas.

Josie se rellenó la taza de té y se concentró en el semanario local. La noticia de portada aludía a un funcionario que se había escapado con veinticinco mil dólares en monedas de veinticinco centavos que había ido sisando de los parquímetros a lo largo de tres años. El semanario se declaraba perplejo, dolido, pero Josie pensó: Menuda planificación y qué puesta en práctica. El tipo tenía talento. Unas páginas más adelante, en la sección de clasificados, destacaban dos palabras en letras grandes: «Nacimientos», acompañada de un sonajero y un biberón, y «Policía», con un dibujo de unas esposas. Las dos palabras y sus dibujos se rozaban, levemente inclinadas, y encabezaban lo que, en esencia, era un fichero policial de extraordinaria claridad.

16/8

Una llamada anónima avisó de la presencia de un camión articulado que conducía con un neumático incendiado por East End Road y Kachemak Bay Drive.

Una llamada alertó de la presencia de un perro agresivo en Beluga Cort.

Una llamada informó de una nutria herida en la playa. Consultado el Centro para la Vida Marítima de Alaska, se aconsejó dejar tiempo para ver si la nutria regresa al agua.

Una llamada se quejó de unos vecinos ruidosos debajo de la ventana en Ben Walters Lane.

17/8

Una llamada informó de que se había encontrado un labrador negro en Baycrest Hill.

Un vecino de la calle Svedlund informó de que su mujer le grita todo el tiempo. No requirió presencia policial.

Una mujer devolvió un bolso que se había encontrado.

18/8

Alguien informó de un tráiler volcado en Ocean Drive Loop.

Una mujer denunció por teléfono que habían atracado a su marido mientras caminaba por la carretera.

Una llamada denunció el robo de una fueraborda en Kachemak Bay Drive.

Una llamada alertó de la presencia de un hombre maniatado en la carretera.

19/8

Un hombre se personó en comisaría y notificó que creía que le habían robado el golden retriever.

Una llamada alertó de una nutria herida.

Una mujer informó de que una luz cegadora iluminaba su casa.

Todo muy lúcido y, sin embargo, Josie tenía muchas preguntas. ¿El hombre maniatado guardaba alguna relación con el marido atracado en la carretera? ¿Las nutrias de los días 16 y 19 eran la misma?

Paul bajó y algo en su mirada se hizo eco de lo que opinaba Josie de la casa: era cálida y sólida, conseguía que la vida de su familia en el Chateau pareciera una absoluta irresponsabilidad y les restaba humanidad. Josie le preparó una tortilla y le sirvió lo que quedaba de leche de cannabis mientras el niño le preguntaba con la mirada qué estaban haciendo: en la caravana, en Homer. ¿Por qué no podían vivir allí o como los habitantes de la casa? Un gemido ensordecedor rompió la calma del día y Josie miró por la ventana y vio a un hombre ataviado con una especie de propulsor conectado a un aspirador. Oh, no. Un soplador. La manera más fácil de presenciar la estupidez y las vanas esperanzas de la humanidad era contemplar, durante veinte minutos, a un ser humano utilizando un soplador de hojas. Con este ingenio, afirmaba el hombre, mataré la calma. Destruiré el plano auditivo. Y lo haré con una máquina que ejecuta su función con mucha menos eficiencia que un rastrillo.

Sam había dicho que volvería a las tres, así que a las dos, visto que no habían hecho nada en todo el día aparte de comer, Josie se dio cuenta de que

tendría que salir a comprar. Vistió a los niños y enfilaron por la carretera, disfrutando de la novedosa experiencia de poder ir a pie al colmado. Josie estaba convencida de que el día anterior había visto un mercado en esa dirección, pero la tienda que encontraron era mitad ferretería, mitad almacén de saldos de alimentación, no lo que ella tenía en mente. Los techos eran altos y los estantes estaban repletos de provisiones al por mayor apiladas de cualquier modo, sacos enormes de arroz y harina y una notable variedad de comida para perros. Todas las marcas eran distintas de las que conocía, no identificaba ninguna. Los niños estaban desconcertados. El pasillo de los cereales no se distinguía del pasillo contiguo, que vendía material de jardinería.

Escogieron lo que pudieron y pagaron una suma disparatada. De camino de regreso, Josie cargada con cuatro bolsas y los niños con una cada uno, fueron remontando la colina bajo una llovizna constante. Todo iba bien hasta que Ana empezó a saltar en los charcos y Josie, imprudentemente, se lo permitió. Al final el agua reblandeció la bolsa de papel de Ana y el contenido se desparramó por el suelo. Los niños se pusieron a recogerlo, pero los coches pasaban por el lado y no había acera, de modo que Josie colocó a Paul y Ana en una estrecha franja de hierba entre la calzada y la cuneta y distribuyó las compras entre las bolsas restantes, le dio una mojada a Paul y ella se quedó todas las demás, después reemprendieron la marcha. Con la dignidad de capa caída.

Al ver la casa, tres manzanas más arriba, Paul se dirigió a Josie:

—¿Por qué suspiras?

—Bostezaba.

—No, suspirabas.

Josie le respondió que no sabía lo que había hecho ni por qué y que espabilara, que estaba lloviendo. Al dar la vuelta a la esquina Josie vio la

camioneta de Sam y se le partió el corazón. Sam había vuelto temprano y Josie tuvo la sensación, inconfundible, de que iban a regañarla.

—Parece que has revisado toda la casa, chico, ja, ja —dijo Sam al poco rato, sin atisbo de alegría—. ¡Y os habéis puesto las botas! ¡Sí que teníais hambre!

Josie intentó recordar. ¿Habían abierto cajones sin volverlos a cerrar? ¿Habían dejado armarios abiertos? Debía de ser que sí.

—Hemos comprado comida —dijo Josie, alzando las bolsas.

Las llevó a la cocina y, conforme empezó a vaciarlas, se dio cuenta de que no había pensado en lo que reponía. Había comprado productos básicos, huevos y leche (leche normal, no tenían la de cannabis que tomaba Sam), algunas cosas para los niños y ella, otras que habían elegido los críos y un buen número de productos que ni siquiera ella estaba segura de que fueran a comerse. Pensó en ella hacía tan solo una hora, en la tienda, y no consiguió comprender absolutamente nada de la persona que había hecho la compra.

—Parece que tendré que salir a comprar, ja, ja —dijo Sam.

—Hazme una lista —le pidió Josie—. Ya voy yo.

—No pasa nada.

—Déjame ir, Sam.

—No, está bien. La invitada eres tú. Descansa.

Para dejarlo lo más claro posible y comportarse como la mayor cretina que podía ser, Sam cogió las llaves y salió a la compra al instante.

Al cabo de una hora regresó con las manos cargadas de comida nueva, mejor, y una amplia sonrisa en la cara. Era como si, después de demostrar lo que quería —que a Josie no podía encargársele nada—, se hubiera apoderado de ella una enorme bondad. Parecía convencida de que Josie y ella habían vuelto

a confraternizar, que el rapapolvo que le había echado a Josie hacía una hora era merecido y justo y había sido asimilado debidamente. Sonriendo como si estuvieran en pijama y todavía compartieran dormitorio, Sam le propuso un plan para la noche consistente en que las gemelas cuidaran de Paul y Ana y ellas salieran por la ciudad. Cuando los niños se enteraron de la posibilidad de quedarse a solas con Zoe y Becca, pedir pizza y ver la tele, el tema quedó zanjado.

Al poco, Josie estaba en la camioneta de Sam camino de un bar que, según insistía Sam, era solo para lugareños, como si lo que quisiera y necesitara Josie más que nada en el mundo fuera beber con lugareños, como si beber con turistas o cerca de ellos no estuviera bien.

—Estás en mi casa —dijo Sam, y Josie asintió con admiración.

Parecía un bar de excombatientes. El bar de Sam. Sam lo llamaba su casa. Cuadros de barcos pesqueros y de guerra decoraban las paredes. Debía de ser un momento capital y lamentable cuando tenías un bar al que llamabas casa, y que el bar fuera como aquel. Sam pidió margaritas, pero no al camarero, sino a Tom. Era un hombretón de cara rosada que parecía estar marchitándose prematuramente, como una figura de cera a medio derretir.

—Estuvimos liados —le explicó Sam a Josie, lo bastante fuerte para que la oyeran Tom y todos los demás.

Tom se sonrió mientras colocaba un vaso bocabajo sobre un montón de sal.

—Chinchín —dijo Sam, y brindó con Josie.

De adolescente, Sam no bebía. En la universidad, tampoco: era una joven puritana que se alimentaba de la sensación de control, de su capacidad de evitar toda clase de sustancias y tentaciones. Sunny no conseguía ni que se tomara una aspirina. Y ahora esto. Sam había vaciado medio margarita y se había ligado al camarero. ¿Cuándo?

Por encima de la barra, un partido de fútbol estaba en plena celebración.

—Míralos —dijo Tom.

Pero no era *touchdown*. Los jugadores ahora celebraban cada jugada. Fueran ganando o perdiendo, cada vez que hacían algo, encontraban motivo de celebración.

—Tengo que sacar a las niñas del colegio —dijo Sam sin apartar la vista del televisor, donde un macho adulto embutido en licra plateada danzaba con una toalla y una pelota—. ¿Has oído lo de las chicas que hacen mamadas arcoíris?

No. Tom se había parado a escuchar sin disimulo, tan concentrado que le habían crecido en la frente dos arrugas diagonales gemelas desde las sienes al puente de la nariz. Se moría por saber lo que eran las mamadas arcoíris.

—Por lo visto va así —explicó Sam—. Una chica se pinta los labios de rojo y le marca un anillo rojo al tío en la polla. Luego su amiga se pinta los labios de naranja y le deja otro anillo. Después otra hace lo mismo con amarillo y otra con verde, azul... Luego va el azul, ¿no?

Tom asintió enérgicamente. Sí, azul.

—Pues ya tengo otra cosa en la que pensar —dijo Sam apurando la copa y pidiéndose otra—. ¿Alguna de mis hijas andará haciendo mamadas multicolor? No tiene solución. O les permito hacer lo que quieran y les da por las mamadas arcoíris o intento controlarlas y, por mucho que diga, harán mamadas arcoíris.

Nada de eso parecía posible en Alaska, y menos aún aquellas chicas. Todas las chicas que Josie había visto, en especial las gemelas de Sam, parecían de otro mundo, de otra época, alejadas de las tonterías adolescentes contemporáneas, mucho más proclives a aparejar y montar una ballena que a quedarse en casa con minipenes adolescentes.

—¿Qué edad tienen? —preguntó Josie.

—Trece años. Tengo una amiga, ya mayor, que se ha ofrecido a que vivan

con ella en el bosque. Un poco como hizo Sunny con nosotras.

Sam vio a alguien al otro lado del bar y saludó.

—Un viejo amigo —dijo a modo de explicación.

Al instante el amigo se acercó; era tal cual lo había descrito: viejo. Sesentón. Al aproximarse fue envejeciendo. Sesenta y cinco, setenta.

—Un amigo viejo —dijo Josie, y Sam tardó un segundo en reaccionar, como si estuviera decidiendo si fingir que el comentario era gracioso o fingir que era ofensivo.

Optó por parpadear varias veces.

Al llegar a la mesa, el amigo aparentaba setenta y cinco años. Era una especie de Leonard Cohen alaskaño, alto y guapo, pero sin sombrero.

—Robert —se presentó, y estrechó la mano de Josie. Al tacto era arrugado y aceitoso, como un pez moribundo. Miró a Sam y Josie varias veces, asintiendo—. ¡Es mi noche de suerte! —comentó en alto, con voz aguda y renqueante.

Tom lo oyó, pero no sonrió. Josie intuyó que se encontraba en medio de un cuadrado amoroso inclinado (¿un paralelogramo?), pero o Robert no se enteraba o no consideraba a Tom digno del juego.

Josie volvió a mirar al televisor. De nuevo los jugadores parecían celebrar un logro menor. Al principio ofendía a la vista, luego Josie lo comprendió. Era justo lo que le faltaba a la vida, pensó. Celebrar cada momento, como los idiotas esos de la tele.

—Chupitos de Jager para las damas —le pidió Robert a Tom.

La cara cética de Tom se tensó, como si luchara contra la realidad, contra el hecho de que no le quedaba otra opción más que servir. Había elegido una vida donde tenía que servir a toda clase de seres humanos, tenía que confiar en que un mal hombre le dejara propina.

Robert, desde luego, parecía un mal hombre. Algo en él, todo en él,

resultaba desagradable, poco de fiar, libidinoso y lascivo. Llevaba la camisa abierta hasta el pliegue donde el pecho, hundido, se encontraba con la inesperada barriga.

—Por las hermanas —brindó, empleando el término «hermanas» en un tono extrañamente obsceno.

Sam le guiñó el ojo a Josie por debajo de la copa alzada. Debía de haberle dado la explicación más sencilla, le habría dicho que eran hermanas.

Robert pidió otra ronda, pero Josie escondió la mitad de su segundo chupito detrás del codo. Robert no lo vio o no le importó.

—Josie ha venido desde Ohio —dijo Sam.

—¿Ah, sí? —dijo Robert tomándose la información geográfica como excusa para repasar a Josie de la cabeza a los pies. Al llegar a los ojos, soltó lo que seguramente consideraba la agudeza de la noche—: Algún día me gustaría ir allá abajo.

Sam por lo visto no entendió el doble sentido.

—Vale —dijo Josie tratando de bostezar—. Creo que voy tirando.

—No te vayas —pidió Robert intentando cogerle la mano.

Josie la apartó tan rápido que golpeó al hombre de detrás.

—Lo siento —se disculpó.

—No lo sientas —dijo Robert—. Quédate.

Sam no estaba al caso de la conversación. Se había bebido dos margaritas y dos chupitos y ahora cogía a Robert de la mano y parecía dispuesta a pasarlo en grande con el Leonard Cohen alaskaño. Tom estaba en la otra punta de la barra, viendo la tele desde lo que parecía un ángulo bastante incómodo.

—Venga —dijo Sam—, aquí podrías conocer a un montón de gente.

Robert quería un trío y Sam quería estar a solas con él. Escudriñó la barra en busca de alguien a quien endosarle a Josie sin éxito.

—Nos vemos en casa —dijo Josie.

Josie dio media vuelta sin esperar que Sam la dejara marcharse. Cuando alcanzó la puerta, se giró y vio a Robert hundiendo su lengua de setenta años en la joven garganta de Sam.

En el cielo había nubes bajas y blancas y nubes grises como un barco de vapor, pero también se veían las estrellas y una luna blanca inmaculada. Josie enfiló colina arriba, pensando en la cara de Sam, en la cara de Leonard Cohen. Estaba sobria y furiosa, y estaba emocionada por haber escapado del bar y agradecidísima de haberse ahorrado la imagen del inevitable baile que Robert querría con Sam, el delicado balanceo beodo que los viejos verdes gustan de marcarse en público, sus giros, sus manoseos: ya no se molestaban en ocultarse. Josie confiaba de manera intermitente en que llegaría a casa sin perderse y enseguida se convenció de que vislumbraba la iglesia al final de la calle de Sam, pero entonces miró el reloj y vio que eran solo las nueve y media. Los niños todavía estarían despiertos y pensarían que su madre no quería concederles espacio, tiempo a solas con las gemelas.

Se paró al borde del camino y pensó en varias cosas, como la certeza de que, a pesar del orden hogareño y el barco de Popeye y el primor de niñas, Sam era un monstruo, un animal inmoral, y que no quería saber nada más de ella. Y también pensó: ¿Sam era fan de Leonard Cohen? ¿De ahí la atracción por Robert? Josie concluyó que no deberían haber ido a Homer.

Coherencia. Tengo que ser coherente, pensó. El sol, la luna, eran coherentes. La vida en la tierra prospera porque puede confiar en que el sol saldrá y se pondrá, en que las mareas irán y vendrán. Sus hijos solo necesitaban predictibilidad. Pero entonces ¿por qué los había llevado a Alaska, a un sitio nuevo cada noche? Tenía que ser coherente. La misma hora

de acostarse. El mismo tono de voz. ¡Qué simple! Pero ¿qué pasaba con no ser simple? ¿Qué pasaba entonces con ser interesante? Los padres no podían ser interesantes, ¿no? Los mejores padres se levantaban y caían como soles y lunas. Giraban con la predictibilidad de los planetas. Josie comprendió con claridad meridiana la verdad irrefutable: la gente interesante no puede criar niños. La propagación de la especie depende de los monótonos. En cuanto descubres que eres diferente, que tienes cambios de humor, que tienes antojos, que te aburres, que quieres ver la Antártida, no deberías tener hijos. ¿Qué les pasa a los hijos de gente interesante? Salen mal, es inevitable. Machacados. No han tenido soles y lunas predecibles y por tanto sufren carencias, están desesperados y son inseguros: ¿mañana saldrá el sol? Joder, pensó. ¿Debería entregar a mis hijos a un sol de fiar? No me necesitan. Necesitan buena alimentación y alguien que los bañe cuando toca y que limpie la casa no por obligación, sino porque quiere. No a alguien que los pasea en una autocaravana de conglomerado con la vajilla en la ducha y las heces en un depósito.

Un momento, pensó Josie. Tal vez podrían vivir aquí. Tal vez venir a vivir aquí, cerca de Sam, su compañera asilvestrada, era cosa del destino y la simetría. Pero ¿quién podría vivir aquí? Es bonito, sí, pero seguro que los inviernos son un puto horror. Las nubes continuaron avanzando por encima de ella como tropas en formación.

Debería irse de Homer mañana mismo, decidió, pero no sabía adónde. En esta ciudad, porque contenía a personas como Robert, no se podía vivir, no era mejor que la ciudad que había dejado atrás, y esa ciudad había sido tomada. ¿Qué había ocurrido en su pequeña ciudad? «En serio que tengo que salir de aquí —dijo un día Deena—. Ya no soporto más este lugar.» Se había criado allí. En otro tiempo era un lugar de verdad, una ciudad pequeña con una plaza de adoquines de verdad donde los niños montaban en patinete

perseguidos por perrillos penosos, perversiones de la reproducción selectiva, sin correa y sin parar de ladrar. Ahora el lugar estaba atestado, no había sitio para aparcar, mujeres con coleta circulaban a velocidades de vértigo camino de la clase de yoga o de pilates chupando rueda de otros conductores, pitando, saltándose los stops en los cruces. Se había convertido en un lugar desdichado.

El crimen de las señoras de la coleta consistía en que siempre iban con prisas, prisa para hacer ejercicio, prisa para recoger a los niños de capoeira, prisa para consultar las notas del programa de inmersión en mandarín del colegio, prisa para comprar germinados en la nueva tienda ecológica cubierta de hiedras, de la nueva cadena dominante a nivel nacional fundada por un megalómano libertario, una tienda donde se comisariaba la comida, por donde circulaban a toda velocidad las mujeres con coleta y sonreían con fiereza cada vez que les cortaban momentáneamente el avance del carrito. En su evolución radical hacia una educación, salud y alimentación mejores, la ciudad se había convertido en un lugar triste, y el colmado ecológico era el lugar más triste de aquella ciudad deprimente. Los de la caja no estaban contentos de estar allí y los que llenaban las bolsas echaban humo. Los carniceros parecían contentos, los charcuteros parecían contentos, pero todos los demás parecían amargados. Las mismas mujeres (y hombres) horribles que conducían de forma agresiva de camino a yoga, conducían con la misma agresividad hacia la tienda ecológica y aparcaban enfadadas: robaban la última plaza libre a ciudadanos ancianos que iban a la farmacia de allí al lado, salían corriendo del coche, lívidas, para comprar havarti y prosecco y hamburguesas vegetarianas. Esa gente ahora estaba por toda la pequeña ciudad de Josie, ponía en peligro a sus hijos con su estilo depredador de conducción y su furia apenas contenida.

La ciudad, verde y montañosa y surcada de ríos, no muy lejos de una

fundición abandonada, había sido descubierta por esas hordas y su ira, su dinero nuevo y su rabia nueva habían culminado en el incidente de la Bomba de Bicicleta Lisiente —solo Josie lo llamaba así, pero, en fin— en el centro de la ciudad. En el incidente se habían visto involucrados un hombre en furgoneta y un hombre en bicicleta y había resultado en una pelea que había dejado medio muerto a uno de los dos. Pero no había sido el hombre de la furgoneta el que había pegado al de la bici, no en ese momento, no en esa ciudad; no, se trataba de la inversión contemporánea, de la versión donde el ciclista, vestido de licra y montado en una máquina de cinco mil dólares, triunfaba sobre el jardinero bondadoso en su furgoneta herrumbrosa. Por lo visto el ciclista se había sentido ofendido por el conductor de la furgoneta, que se ganaba la vida cortando céspedes y con pequeños encargos de paisajismo y quien supuestamente no había cedido suficiente espacio al ciclista. Los dos circulaban por la calzada, paralelos a una laguna minúscula que un grupo medioambiental había preservado para las garzas y los patos migratorios. Así pues, en la señal de stop, el ciclista había parado y había gritado unas cuantas palabras exquisitas, momento en que el conductor se había bajado de la furgoneta y había recibido un golpe en la cabeza con la bomba de la bici. El conductor cayó y recibió un golpe tras otro hasta que el ciclista, con sus mallas de licra y su calzado especial, le abrió el cráneo y la sangre cubrió la cara del jardinero y salpicó el rododendro que hacía poco había plantado en la mediana el Club de Jardineros Jubilados (CJJ), que había reemplazado a la Asociación de Jubilados Verdes. Era el mundo al revés, un claro retroceso, pero del todo emblemático de esa nueva gente airada que iba corriendo de un lado para otro, siempre apurada para salir a correr agresivamente, explicar agresivamente, exponer agresivamente, explotar cuando la interrumpían o ralentizaban, pronta a la decepción. ¡Esa gente!, anotó en su cabeza Josie. El ciclista, el lisiador, aparecería en su musical

Decepcionado. ¿Podría incorporar algún guiño a *La tía Mame*? ¿Sería excesivo?

Josie conocía al tipo, al ciclista. Era paciente suyo. La primera vez que había acudido a la consulta, unos años atrás, había llegado con planes propios: «¿Podemos saltarnos la limpieza? Sé lo que quiero». Quería sustituir seis empastes de plata por cerámicos. La plata estaba casi negra y la joven con la que se había casado consideraba que necesitaba arreglarse la boca, de modo que el ciclista reservó dos citas para dos tardes de viernes sucesivas, se presentó en bicicleta de punta en blanco, zapateando por el suelo de piedra con su calzado naranja especial y las mallas de licra y la camiseta de carreras empapada en sudor. Era un individuo diminuto y prieto que consultó el teléfono mientras se secaban los nuevos empastes cerámicos y pidió que bajaran un punto la música, gracias (aquel día sonaba *Oklahoma!*). El tipo era una abominación y no pisó la cárcel después de lisiar al jardinero. Se enfrentaba a una demanda civil, pero no tenía motivos para preocuparse.

Durante una temporada Josie había ido a trabajar en bici, esperaba que así variaría el trayecto. Y más o menos funcionó una semana. Después, se acabó. Intentó coger el autobús, que la dejaba a casi un kilómetro de distancia y tenía que caminar por la carretera como una autostopista quijotesca. Pero daba igual cómo viajara, seguía pasando por delante de los mismos edificios, de los mismos aparcamientos. ¿Cómo lo soportaba la gente? Tras sus padres y su atomización, Josie siempre se había identificado con los que se quedaban, con los colonos. Pero no conocía a nadie que permaneciera en ninguna parte. Incluso en Panamá, la mayoría de los lugareños que conoció estaban dispuestos a mudarse a otro lugar y muchos le preguntaban, disimulada o directamente, cómo conseguir el visado para entrar en Estados Unidos. Así que ¿quién se quedaba? ¿Había que estar loco para quedarse en un sitio? Los que se quedaban eran la sal de la tierra, la razón por la que

existían familias y comunidades y continuidad de cultura y de país, o eran unos idiotas redomados. ¡Cambiamos! ¡Cambiamos! Y la virtud no está solo en los inmutables. Puedes cambiar de opinión, de ubicación, y mantener la integridad. Puedes irte sin ser un cobarde, un fantasma.

Aquella ciudad de Ohio, por tanto, formaba parte del pasado de Josie. El pasado, acabar con algo, con un lugar, podía ser una delicia. Llegar al final y ser capaz de empaquetarlo, principio, medio, fin, meterlo todo en una caja y almacenarlo. En otro tiempo en su ciudad vivían hippies, hippies de Ohio, que a Josie le parecían exageradamente agradecidos, todos ellos, eran felices porque había árboles, felices porque había ríos y arroyos y pájaros, por sus vidas y la existencia de la marihuana y el sexo fácil. Construían sus viviendas con barro y ramas, con alguna que otra cúpula y algún que otro jacuzzi. Pero ahora los hippies eran mayores y se marchaban o se morían, y los reemplazaban los ciclistas, las conductoras veloces con coleta que lo deseaban todo, que querían tanto que no aceptaban limitaciones, interrupciones, bebés en restaurantes ni patinetes por las aceras. Ohio, cuna de la mayoría de los presidentes del país, acogía ahora a la mayoría de sus capullos.

SI TÚ NO, ¿QUIÉN? Otro cartel de esos. Este pintado a mano, clavado en el terraplén. ¿También aquí corrían riesgo de un incendio forestal? Josie vio la casa de Sam más adelante. Parecía un hogar feliz, y se le fue hinchando el corazón conforme se acercaba. SI TÚ NO, ¿QUIÉN? Josie sonrió ante la bella estupidez de la pregunta. ¿Qué tal tú y yo? ¿Yo y tú? ¿Por qué la negatividad? ¿Por qué dividirnos? De pronto sucumbió al viento frío, el cielo de granito, las nubes rápidas, y se sintió firmemente asentada en el mundo. El mundo de Sam era sólido, era nuevo para ella, pero era sólido, de hondas raíces, lógico. Los hijos de Josie estaban dentro de aquella casa sólida, contentísimos de estar con sus primas. Se quedarían unos días. Aparcaría el

Chateau en la manzana de Sam. Sus niños y las hijas de Sam desayunarían juntos. Disfrutarían de semanas, meses de felicidad. Era demasiado pronto para pensar en buscarles colegio, pero bueno. Sam podía ser su ancla. Lo de esa noche había sido una casualidad, algo diferente. Lo importante era recordar la larga historia compartida, su relato común. ¿Cuántas jóvenes se emancipaban como habían hecho ellas? Era ruin y una locura renunciar tan fácilmente a Sam, ¿verdad? Necesitaba ligarse a este mundo, a este mundo sólido y racional que había creado Sam. Podía hacerlo y lo haría. Pero ¿qué era ese estruendo, esa horrible luz blanca?

Leonard Cohen estaba vigilando a sus hijos. Por lo visto era lo que estaba contándole Sam, cogiéndola de la mano como si estuviera muriéndose. Evidentemente, estaban en un hospital.

—¿Es cáncer? —preguntó Josie.

—Estabas en una cuneta —dijo Sam.

Entonces Josie se acordó. La había empujado fuera de la carretera un camión y había resbalado por el terraplén y luego... Luego ya no sabía el qué. Algo más debía de haber pasado. Le habían vendado el brazo y Sam estaba contándole que Robert se había quedado en casa con los niños. Con los hijos de Josie. ¿Quién era Robert? Entonces se le apareció la cara de Leonard Cohen.

—Llevan horas dormidos —dijo Sam—. Son las cuatro de la madrugada. No saben que estás aquí. Estabas dormida o inconsciente.

—¿Leonard Cohen está abusando de mis hijos?

Sam le garantizó que no, que jamás haría algo así, nunca, tenía seis nietos. Josie se rio. Sam, que estaba casada, salía con un abuelo.

—¿Me he roto algo? —preguntó Josie pensando que serían las costillas. Le dolían al respirar.

—Creo que no —respondió Sam, y quedó claro que aún estaba borracha.

Mientras a Josie la atropellaba un camión de reparto y la arrojaba a una cuneta, Sam estaba en el bar poniéndose fina.

Josie miró la dulce cara de Sam y le dieron ganas de darle un puñetazo.

Sam le estrujó el brazo, creía que estaban experimentando un momento de comunión. Todavía no se había disculpado por nada. En toda su vida Josie solo había oído disculparse a dos personas. Extraordinario, ¿no? ¿Un dato significativo para futuros antropólogos? Vivían en una época de la historia en que nadie se arrepentía. Incluso Ana, cuyo apodo durante un año fue Perdón, seguía sin arrepentirse. Arrepentirse exigía demasiado valor, demasiada fuerza y fe y rectitud para tener cabida en este siglo cobarde.

—¿Me han drogado? —preguntó Josie.

—Creo que no.

Josie se imaginó lo que había ocurrido. Estaba cerca del cartel de SI TÚ NO, ¿QUIÉN? cuando el camión viró demasiado pegado a ella. Josie se había vuelto demasiado deprisa y se había golpeado la cabeza con la esquina del cartel. De ahí la laceración en un lado de la cabeza.

—¿Puedo irme?

—No sé. Deja que pregunte.

Al poco apareció un médico, un calvo con barba y cara despreocupada. Parecía el tutor de secundaria ideal de cualquiera. Se presentó, pero Josie no logró descifrar el nombre. Doctor Blablá. Josie le pidió que lo repitiera, y lo repitió, y esta vez le pareció percibir un carraspeo central. ¿Doctor Blajblá?

Le preguntó a Josie cómo se encontraba.

Ella le dijo que de maravilla.

El médico le explicó que le habían hecho un examen neurológico y estaba bien, sin síntomas de contusión ni pupilas dilatadas.

—¿Le ha contado su hermana que le hemos puesto puntos?

—No.

Josie miró a Sam, pero Sam estaba mirando por la ventana.

—Ocho, en la cabeza. Aquí —dijo el doctor Blajblá, y la tocó por encima de la oreja. Entonces Sam volvió a mirarla, con los ojos llorosos—. Al

principio nos inquietó la posibilidad de una conmoción porque los sanitarios nos dijeron que estaba usted cantando cuando la encontraron.

Entonces la expresión de Sam se endureció, como si Josie hubiera pasado de digna de lástima a algo peor, algo intocable. Cantando en una cuneta... el punto de inflexión había sido ese.

—Tengo entendido que es usted dentista. Creo que tiene bien la dentadura, pero esa es su especialidad.

El doctor sonrió, convencido de que había hecho una broma.

Regresaron a casa de Sam a las cinco de la mañana. Leonard Cohen estaba sentado en el sofá, como una de esas estatuas que instalan en los bancos públicos para asustar a los niños. Al oír cerrarse la puerta de entrada, el abuelo y pareja sexual de Sam abrió los ojos y miró a su alrededor como si, mientras dormía, hubieran sustituido sus extremidades y el mundo por versiones nuevas y desconocidas. Cuando se ubicó, se levantó, cual espantapájaros al que hubieran concedido el don de la vida, y besó a Sam en la mejilla.

—No han llegado a despertarse —dijo, y entonces comprendió lo mal que había sonado—. Han dormido como angelitos —añadió, empeorándolo.

Josie solo quería saber una cosa: ¿Mis hijos han muerto o qué?

Subió a ver a los niños y estaban dormidos, los cuatro, en la habitación de las gemelas. Los suyos en un colchón en el suelo. Se acostarían sobre cristales rotos si así pudieran dormir junto a aquellas dos jóvenes guerreras.

Abajo, en el espejo del baño, Josie se miró la herida. Le habían afeitado un delicado cuadrado de ocho centímetros en un lado de la cabeza. Casi parecía intencionado, como si hubiera ido a un estilista anclado en los ochenta y le hubiera pedido un peinado que avisara al mundo de que no podían dejarla cerca del material de oficina y de que nunca debería tener hijos.

Regresó a la cama del sótano y, a causa del hospital y de los guantes de

goma, le vinieron algunos pensamientos inútiles a la cabeza, comenzando por Jeremy y Evelyn. Jeremy desangrándose en la ladera polvorienta de una montaña. La lengua negra de Evelyn. No, pensó. Eso no, ahora no. Podía escribir una carta a los padres de Jeremy. No. Ya lo había hecho, sin obtener respuesta. Pensó en todas las cartas que había escrito el último año, ninguna de las cuales había recibido respuesta. ¿Por qué no contestaban a sus cartas? Una carta sin respuesta provocaba que el remitente se sintiera tonto. ¿Por qué enviar cartas? ¿Por qué sentirse como un tonto? ¿Por qué salir de casa? ¿Por qué coger un bolígrafo? ¿Estoy pudriéndome?, se preguntó Josie. Olió a rancio, y se dio cuenta de que era ella.

El dolor la despertó. Amanecía y tenía el cerebro inflamado. Estaba en el sofá y Sam arriba con Leonard Cohen, por tanto, no podía pedirle Advil y a Sam no se le había ocurrido dejarle alguno (aunque le había asegurado al doctor Blajblá que en casa tenía de sobra).

Josie se tumbó en el sofá, contempló cómo el sol se volvía azul metálico, luego gris y después blanco. Le resultaba imposible mover la cabeza sin producirse un dolor como de cuchillo al rojo sajándole la cabeza a lo largo, de modo que cerró los ojos y planificó con exactitud cómo dejaría a Sam y Homer. Algo había cambiado —¿el hecho de que la hubieran empujado fuera de la carretera?, ¿había alterado el accidente la química de la visita?— y ahora la atraía una huida rápida mientras Sam estuviera trabajando.

Josie intentó recordar en qué día estaban. ¿Era viernes? ¿Miércoles? ¿Sí? Podía marcharse. Sam no tardaría en salir para el trabajo y entonces podrían irse. Josie podía escribirle una nota contándole que se iban al norte y volverían pronto. Tal vez lo hicieran, tal vez volvieran. Se dirigió a la cocina y, por supuesto, encontró un bloc de notas con un bolígrafo. Así que cogió el

bolígrafo y empezó a escribir y, entonces, por primera vez, tuvo la impresión, ya conocida, de que estaba tomando una decisión contraria a lo que sería mejor para los niños. Sus hijos, y Josie lo sabía, preferirían quedarse, con Zoe y Becca, aprender de ellas, adorar sus costumbres de gemelas mayores y disponer de sanitarios normales, librarse una temporada de los peligros desconocidos del Chateau. El bolígrafo planeó por encima del papel sin decir nada.

Leonard Cohen bajó, con aspecto algo más anciano, con la cara no muy distinta de un plátano momificado en la nevera, y Josie se escondió en la despensa. El hombre se calzó y salió en silencio. Josie regresó al sofá, dudando de pronto de su plan, y se quedó dormida.

A las siete Sam bajó a pisotones las escaleras sin procurar no hacer ruido. Preparó el desayuno para todos los niños y Josie dejó que la sirviera sin moverse del sofá. Durante el proceso, Sam no mencionó que Josie había estado en el hospital a punto de morir hacía unas horas. A Josie le pareció una actitud genuinamente alasqueña y, a regañadientes, tuvo que admirarla: que te atropellara un camión y te encontraran en la cuenta era una forma admisible de pasar una noche entre semana, no había para tanto.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó por fin Sam.

—Como una campeona. Me siento como una campeona —dijo Josie.

—¿Quieres un Vicodin?

Josie lo rechazó.

—Quédatelos —dijo, sintiéndose estoica y superior.

Quería con toda su alma que Sam se guardara los analgésicos, lo que equivaldría a que terminaría usándolos en el futuro, y cuando lo hiciera Josie se anotaría una pequeña victoria sin sentido.

Sam se sentó en la mesilla del café, enfrente de Josie.

—Mira, anoche se me olvidó decirte una cosa. Avisaron a Carl.

Josie dejó de respirar. Levantó un dedo, afiló la mirada y, sin pronunciar palabra, ordenó a Sam que cerrara el pico. La agarró del codo y la sacó afuera, al porche trasero, y allí Sam le explicó que cuando Jossie estaba inconsciente les había dicho a las enfermeras que ella, Sam, tenía que volver con Paul y Ana, los hijos de la paciente, y entonces las enfermeras habían preguntado por el padre y puede que Sam la cagara —palabras tuyas: «puede que la cagara»— un poco al exponer a grandes rasgos la situación, que el padre seguía en Florida, y la enfermera muy amablemente se ofreció a telefonarlo y puede que ella, dijo Sam, se sonrojara y contestara «¡No!», con lo que despertó las sospechas de las enfermeras y la cosa se puso seria y todo el mundo, doctor Blajblá incluido, insistió en llamar a Carl y durante una hora el ambiente se enrareció.

—¿No podías decirles a las enfermeras que ya avisarías tú a Carl?

—No me corresponde mentir por ti, Joze.

—Tienes razón —admitió Josie, decidida ya a enfilarse en la carretera en cuanto Sam se marchase a trabajar—. Tienes razón. Gracias por todo.

Sam se sorprendió, y se volvió dulce y boba.

—Tal vez haya sido algo bueno. Para aliviar la presión.

Volvió a apoyar una mano en el brazo de Josie.

Avisar al padre no solo de que Josie había secuestrado a los niños, sino exactamente adónde se los había llevado, no iba a aliviar ninguna presión.

—De nuevo, tienes razón —dijo Josie reprimiendo la risa—. Ve a arreglarte. No vayas a llegar tarde al trabajo.

Cuando Sam salió hacia el barco y las gemelas a la escuela, Josie recogió el equipaje de los niños, pero prefirió no contarles que se iban definitivamente.

Josie encontró el bloc de notas perfecto de Sam.

«Nos vamos», apuntó.

—¿Qué escribes? —preguntó Paul.

—Una nota para la tía Sam.

—¿Qué dice?

Ana se acercó a mirar.

—Es una nota corta —dijo.

El cuadrado afeitado en un lado de la cabeza de Josie fascinaba a Paul. Por eso quiso sentarse en el lugar del copiloto. Habían salido de Homer y estaban aproximándose a la confluencia de numerosas carreteras, en dirección este, oeste y norte.

—¿Duele? —preguntó Paul.

—No —respondió Josie—. ¿Me queda bien?

Paul negó despacio con la cabeza. Su mirada transmitía el temor que le despertaba aquel corte cuadrado en el cráneo de su madre. No era maternal. Le impresionaría, igual que a Josie le había impresionado ver a su madre regresar del hospital con la cabeza vendada. Se había caído en la terraza de atrás, atontada por mezclar medicinas. Había sido cuando su madre comenzó a tomarse las drogas que daban a los soldados, antes del escándalo, antes de Sunny. Josie volvió la cabeza para verse el cuadrado afeitado, de líneas perfectas. No quería asustar a su hijo así, demostrándole su fragilidad, su especialidad en permitir que su pseudohermana la abandonara y que la atropellaran camiones de reparto homéricos y la mandaran a la cuneta. Pero ¿tan terrible era admitir la fragilidad del progenitor? Tal vez debiera presentarse desde el principio, para que después la impresión no fuera tan fuerte. Reaccionamos mejor cuando ya nos esperamos la tragedia, la calamidad, el caos.

«¡Presupuesto! —le había dicho Raj en una de sus reveladoras peroratas—. ¡Tienes que presupuestar!», dijo o exclamó. Raj era el único ser humano que

Josie conociera con un modo de hablar que justificaba emplear ese verbo, «exclamar». Era una palabra extraña, muy común en los libros ilustrados que les leía a sus hijos. En ellos, en los años cincuenta y sesenta, todo el mundo exclamaba las cosas, pero en la vida real el verbo nunca era verdad. Hasta Raj, quien con su mirada desorbitada y su vozarrón exclamaba sin parar. «¡Necesitas un presupuesto vital! —exclamó Raj—. ¿Nunca has confeccionado un presupuesto doméstico?»

Josie respondió que no. No, la verdad. En su defecto había optado por adivinar sus ahorros, su saldo acreedor, exagerar las ganancias y subestimar los gastos.

«¿Nunca? —exclamó Raj—. Bueno, pues aporta una gran tranquilidad en momentos de aprietos o cuando reina el caos. Una docena de facturas pueden parecer un atraco, pero enmarcadas en su correspondiente presupuesto, en unas expectativas previas, parecen razonables, hasta impotentes. Ya te las esperabas y cuentas con los medios para enfrentarte a ellas.»

Josie miró alrededor, buscando una salida.

«Tienes que pensar la vida, el país o el mundo, de la misma manera. Un año cualquiera cabe esperar ciertas cosas. Puedes esperar presenciar un acto terrorista horripilante, por ejemplo. Una nueva decapitación de alguien vestido de naranja impacta y te quita las ganas de salir de casa, pero no es así si ya lo tenías presupuestado. Un nuevo tiroteo en un centro comercial o un colegio puede inutilizarte un día entero, pero no si ya lo tenías presupuestado. Puedes decir: el tiroteo de este mes. Y si ese mes no hay tiroteo, tanto mejor. Reservas de contabilidad. Un superávit. Un reembolso.»

Raj era uno de los motivos por los que Josie creía que todos los colegas del mundo de la medicina o alrededores estaban a una sola sinapsis de la locura. «Presupuesta que tus hijos se harán alguna herida antes de cumplir diez años —continuó Raj—. La mitad de tus amistades se divorciarán. Uno de tus

padres morirá demasiado joven. Dos de tus amigos heteros en realidad son gays. Y en algún momento, un desconocido, un paciente, se despertará un día y decidirá ¡destruirte y quedarse con tu negocio!», dijo. Exclamó.

Josie había descartado esa conversación y la teoría de Raj hasta que se habían hecho realidad punto por punto —las decapitaciones, los tiroteos y después Evelyn— en cuestión de semanas. El hombre era un profeta.

—¿Adónde vamos? —preguntó Paul.

—Hacia el norte —dijo Josie.

Albergaba la esperanza de convencer a sus hijos de que ese había sido siempre el plan, de que tenían previsto quedarse solo un par de noches en casa de Sam y luego marcharse, sin despedirse, sin titubear. Tomó nota mental de comprarse un sombrero.

—Ya volveremos —dijo Josie.

Entonces Ana se dio cuenta de que pasaba algo.

—¿Adónde vamos? —preguntó la niña.

—Nos hemos ido de casa de la tía Sam y no volveremos —le explicó Paul, y Ana rompió a llorar—. Creo que deberíamos regresar.

Era una amenaza. Había demostrado su poder de hacer llorar a Ana y, por lo visto, estaba insinuando que podía volver a ejercerlo y lo ejercería.

—No tiene sentido —replicó Josie—. Sam está trabajando y las niñas en la escuela. Y después de clase, juegan a lacrosse. Nos pasaríamos el día esperándolas.

Un largo silencio le dio la impresión, equivocada, de que había asestado el golpe definitivo. En efecto, ¿por qué quedarse en casa de alguien que se pasa el día fuera y llega de noche cansado? Se había convencido a sí misma de que no tenía sentido. El viaje a Homer, que había dejado con final abierto, lógicamente se había acortado. Miró en el espejo retrovisor y pilló a Paul con los ojos entornados.

—¿Y nosotros por qué no vamos a la escuela?

Josie miró a la carretera.

Ana dejó de llorar.

—¿Ahora hay colegio? —preguntó la niña a los dos.

—No, tesoro —respondió Josie.

—Sí —le dijo su hermano, pero en tono alto, legal, proclamándolo al tribunal rodante del Chateau—. Estamos en septiembre. Deberíamos haber comenzado las clases el lunes. Todo el mundo va al colegio menos nosotros.

Ana rompió a llorar otra vez, aunque no sabía por qué. No le importaba lo más mínimo la escuela, pero Paul estaba creando la impresión de que el orden había sido derrocado, que ya no había pasado ni futuro.

—¿Por qué hemos venido justo cuando empezaban las clases? —preguntó Paul.

—¡Quiero ir al cole! —aulló Ana.

Josie quería explicárselo todo. Lo anhelaba. Al menos, a Paul. El niño entendería su punto de vista; no profesaba una gran lealtad hacia Carl. No desde que Carl se había apuntado a liderar el club aventurero del niño. Paul y su padre lo habían ideado juntos, pero luego simplemente Carl no había cumplido. Paul había convencido a cuatro niños más para que se apuntaran a salir de excursión al bosque los sábados por la tarde, guiados por Carl, pero cuando llegó el momento, Carl no se presentó, fingió que jamás se había realizado plan alguno y que, de haberse acordado algo, no había sido en firme, venga ya. Los cuatro niños pasaron la noche en casa de Josie, sin salir, leyendo cómics inadecuados para su edad.

Paul era demasiado pequeño para escuchar lo que tenía que contarle.

—Basta ya de discutir. Cinco minutos de paz —dijo Josie, y se le ocurrió un bonito colofón—. Y este viaje es educativo. Pedí permiso en la escuela. Estudiamos de manera independiente.

—No es verdad —replicó Paul.

—Pasa atrás —ordenó entre dientes Josie. Se había hartado de insolencias. El crío tenía ocho años—. Y sí que es verdad.

Era verdad. Josie le había hablado sobre Carl a la subdirectora, una vieja pícara que vestía de directora de funerarias sexy, y la mujer le había dado permiso para empezar el curso escolar a mediados de otoño. «Nadie tendría que pasar por eso», le había dicho la subdirectora y, cada vez que la carcomían las dudas, Josie pensaba en la señorita González y su encantador gesto de poner los ojos en blanco a cada fechoría de Carl.

Las fechorías eran abundantes y todo el que conocía a Carl lo tenía por un ser ridículo, pero su nuevo plan era demasiado, propio de Calígula, de Karl Rove, y ella no estaba obligada a colaborar. Como tantas otras cosas sobre Carl, su demanda —casi una exigencia— desafiaba al decoro. ¿Cómo explicarla? Carl iba a casarse, con otra, con una mujer llamada Teresa, cómo no, solo podía llamarse Teresa. Provenía de una familia bien situada y algunos de sus parientes albergaban ciertas dudas acerca de Carl. ¡Dudar de Carl! Cuando Josie se enteró, por un intermediario, se desternilló, le encantaron las palabras: «Dudar de Carl». Dudar de Carl. Su nombre no podía pronunciarse sin dudar. Su nombre necesitaba puntuación: ¿Carl? Sin interrogantes no estaba bien.

—¿Mamá? —llamó Ana a su espalda—. Van cinco minutos.

Josie miró por el retrovisor, vio a Ana, luego miró por el espejo lateral, tenían siete u ocho coches detrás. Se apartó para dejarles paso, maldiciendo a Stan. Cuando la caravana pasó, fulminando a Josie con la mirada, esta se reincorporó a la carretera.

—Cinco minutos más —dijo Josie.

Carl había telefoneado un día y lo había explicado a su manera. «Me encantaría que los niños pasaran una semana aquí conmigo», había dicho,

como si fuera habitual que se repartieran el tiempo así, como si todos los meses catapultaran a los niños a la otra punta del país para visitar a su maravilloso padre cagón. «La familia de Teresa quiere estar con ellos —había dicho adoptando una especie de acento popular de Florida que se había inventado él (Carl era de Ohio)—, y, claro, me gustaría presumir de niños.»

Muda. Josie a menudo se quedaba sin palabras. ¿Cómo podían unas frases contener tantos atentados al lenguaje y a la ética? Pero desde la ruptura, cada vez que interactuaba con Carl terminaba ansiosa, pasmada, sin aliento, estupefacta. Merecía la pena contestar al teléfono cuando llamaba Carl porque siempre ocurría alguna cobardía absolutamente supina, sin duda importante para antropólogos y estudiantes de la psiquiatría aberrante. Una vez Carl había visto una noticia sobre la soja y había telefoneado a las diez y media de la noche para comentarla. «Confío en que controles la ingesta de leche de soja de los niños. Sobre todo, de Ana. Dicen que adelanta la pubertad femenina.» Lo dijo, de verdad. Había dicho montones de cosas, poquísimas de ellas dentro de los límites del comportamiento humano predecible. Y ahora la visita a Punta del Rey. «Les encantará —había dicho Carl—. Pueden nadar y conocerán a sus abuelos. Jugarán al golf. Quizá a los Jarts.» Los Jarts, un tipo de dardos que habían prohibido en los años ochenta. Era maravilloso, era perverso, era Carl. ¿Carl?

Al final, por intermediarios —bueno, la misma intermediaria de siempre, la madre de Carl, que apreciaba más a Josie que a su hijo—, Josie consiguió entenderlo todo: la boda se celebraría en otoño, pero en la familia de Teresa había quien se oponía al enlace, convencidos de haber calado a Carl por lo que era, un padre holgazán, un abdicador, un hombre sin sangre en las venas, de modo que Carl (¿y Teresa? Era esencial saber cuánto sabía ella) había urdido un plan para demostrarles que mantenía buena relación con su progenie, que formaba parte de sus vidas. Y Josie pensó: ¿Sabes qué?, que te

den. ¿Tú estás en Florida? Pues yo estaré en Alaska.

Pero no se lo dijo a Carl.

—¿Vamos a volver a la casa roja? —preguntó Ana desde las profundidades del Chateau.

Se había desabrochado el cinturón y estaba de pie cerca del lavabo.

—Siéntate y ponte el cinturón —le dijo Josie.

—Paulie me ha dicho que no hacía falta.

—Paul, estás a prueba.

—Gracias —dijo el niño.

¿Qué coño estaba pasando? Ahora Paul recurría al sarcasmo. Ana volvió a sentarse y se puso el cinturón.

—Pues claro que sí —dijo Josie, en respuesta a la pregunta de Ana. Su casa no era roja, era gris, pero con ribetes granates, de modo que Ana se había acostumbrado a llamarla «la casa roja» y Paul y Josie nunca la habían corregido.

¿Le había dicho a Ana que no regresarían? ¿O que si lo hacían solo sería para mudarse? Los sentimientos de Josie por la casa eran irritantes, corrosivos. A Carl y Josie les había parecido sensato comprar una casa, un objetivo que no suele discutirse en el mundo civilizado. Habían visitado varias, habían debatido sus méritos y al final habían comprado una, un hogar que requería de reformas. Carl aseguró que se encargaría él, que al menos supervisaría las obras y haría algunas (no tenía ni idea de cómo) y Josie pensó que así se mantendría ocupado y centrado, aunque solo fuera supervisando el trabajo ajeno. De modo que solicitaron un préstamo y compraron la casa por el precio que pedían, todo muy simple, y mientras seguían viviendo de alquiler Carl comenzó (supervisó) (se dejó caer de vez en cuando por) las reformas básicas, unos tres meses de obras, para poder instalarse. Cosa que hicieron, se mudaron, los niños contentísimos, la verdad,

no se cansaban del dormitorio nuevo que compartirían, el armario enorme, el sótano aterrador y particularmente pequeño, y luego, a la semana de dormir en esa casa, que era una casa sólida, a un precio que correspondía a la media de las casas de la ciudad, Carl empezó a desquiciarse.

—Está mal —dijo Carl—. Es decadente. —Estaba de pie en el dormitorio nuevo, mirando a su alrededor como si acabaran de entrar en el banquete de los Vanderbilt en Newport—. ¡Mira esto!

Josie miró alrededor y solo vio un colchón, una cama sin montar y una ventana pequeña por la que se distinguía un manzano torcido.

Josie estaba estupefacta, pero no tanto como lo estaría de haberse comportado Carl como una persona cuerda o estable.

—¿Qué? ¿Por qué? Acabamos de mudarnos.

Resultó que Carl sufría un conflicto, vivía dividido, desgarrado, por la juxtaposición —¿era una paradoja?, ¿qué era?, se preguntaba Carl, ¿qué es?, aullaba— de acabar de comprarse una casa y estar en plena reforma. Pronunció la palabra «reforma» como si fuera una guarrada, como si quemaran dinero a los pies de los huérfanos, todo ello mientras el movimiento Occupy intentaba valientemente alterar los cimientos de nuestro sistema financiero. ¿Cómo podían ellos, Carl y Josie, dedicarse a discutir sobre el tipo de madera que instalarían en el suelo? Estaba haciéndose historia en otra parte, en todas partes, y ellos se dedicaban a elegir el color de la pintura y si las lámparas debían tener acabado niquelado o de cobre. Un día en la ferretería, cuando se suponía que elegirían el armario de debajo del lavamanos del cuarto de baño, Carl no pudo salir del coche.

—No puedo hacerlo —anunció.

—La manilla de la puerta está ahí, debajo de la ventanilla. Tira de ella —dijo Josie.

Ya conocía ese estado de Carl. Carl era volátil y sorprendente, pero en

realidad sus cambios nunca sorprendían. Era incoherente en todo menos en su cobardía. Podía contarse en que no podía contarse con él. ¿Debería Josie recordarle su hipocresía? ¿El hecho de que era hijo de un ganadero que había diezmado un número incalculable de hectáreas de Centroamérica para alimentar a estadounidenses y japoneses? ¿Y de que nunca había trabajado? ¿Y de que el hecho de que la juzgara a ella, a la vida de ambos, vida que Josie costeaba...?

Imposible. No sabía por dónde empezar ni qué decir.

—¡No! No. Ve tú —dijo Carl—. Yo me quedo aquí.

¿De verdad iban a gastarse seiscientos dólares en un armario?, quería saber Carl. ¿De verdad se habían gastado quinientos cincuenta dólares en las camas de los niños?

—¿Dónde quieres que duerman, si no? —preguntó Josie.

Creía que tal vez Carl tuviera una propuesta alternativa.

—No lo sé. Pero creo que debemos empezar a plantearnos estas cuestiones. Josie soltó una risotada. No la había planeado.

Él no podía participar de esos dispendios, dijo Carl. Dinero que de todas maneras él no ayudaba a generar. Cuando se conocieron, acababan de despedirlo de su misterioso cargo en una agencia publicitaria; ningún trabajo le había durado más de un año. ¿Le había permitido Josie semejante deriva? ¿Había sido culpa de ella? ¿Alguna vez le había dicho, con todas las palabras, «dedícate a lo que te gusta»? Por Dios. Carl no tenía la menor idea de cómo ganar dinero para sus hijos ni para él, no tenía ni idea de los pasos que mediaban entre levantarse un día por la mañana y que, con el tiempo, te pagaran por el trabajo realizado. Sabía cómo despertarse y sabía cómo canjear un talón, pero la zona intermedia era un embrollo. Todos sus jefes habían sido ogros y psicópatas, mayormente porque habían intentado decirle lo que tenía que hacer. Un crimen imperdonable.

Los meses de Occupy fueron desastrosos. Carl estaba paralizado. Josie se lo encontraba en cama, tumbado boca arriba, sobre su colchón capitalista, con una toalla encima de la cara. Se lo encontraba en el suelo del cuarto de los niños, despatarrado como si se hubiera caído en una trinchera. Se quejaba de migrañas. Decía que no podía seguir así. Suspendió las reformas, echó a los obreros y la casa se quedó llena de plásticos que se inflaban ruidosamente en las ventanas abiertas.

—Pues ahora esta gente no cobrará —dijo Josie—. ¿Es que no necesitan trabajo?

—No es eso —replicó Carl, pero su mirada delató que tal vez sí fuera un poco eso.

Carl nunca había sido de los que veían la relación entre sus actos y el estado de las finanzas de la familia, la ciudad o el mundo.

En el fondo lo único que Carl quería era estar en Zuccotti Park, no en Ohio. Era eso. La media de edad de los acampados de Occupy rondaba los veinticuatro años, apuntó Josie. No hay padres de niños pequeños. No hay niños. Y si los hay, viven en la miseria. Carl le dio la razón, pero estaba catatónico. No podía vivir el día a día. Salía a correr veinticinco kilómetros y luego se emborrachaba. Dormía la mitad del día y luego consultaba matrículas de posgrado. Buscaba sitios para vivir en Bali. Buscaba colegios internacionales para los niños en Brasil. Luego salía a correr treinta kilómetros y se emborrachaba aún más.

—¿Por qué estamos aquí? —preguntó Carl.

—¿En la tierra? —preguntó Josie. Bromeaba, pero no.

—¿Cómo nos hemos distanciado tanto de todo? —preguntó Carl, y Josie comprendió que hablaba en serio.

De algún modo Carl había terminado por confundirse con algún revolucionario de Weather Underground que en los últimos tiempos se

hubiera ablandado. Josie no conseguía recordar que Carl hubiera hecho nada remotamente revolucionario en la vida. Sabía que una vez había votado al Partido Verde. Tal vez eso. Ahora le había dado por la hermandad de Occupy como si Josie lo hubiera privado de su puesto en las barricadas. Pero, ajá, el día que los manifestantes abandonaron Zuccotti Park, Carl se animó. Los activistas regresaron a sus hogares y Carl, por lo visto, estaba preparado para vivir en una casa.

Después comenzaron los triatlones. Carl se apuntó —pagó por participar, se gastó el dinero de Josie para participar— con un grupo de hombres y mujeres que entrenaba un exmarine. Corrían, montaban en bici, escalaban por falsas paredes interiores. Josie se aprendió todos los nombres: Tim, Lindsay, Mercury, Warren, Jennifer. Qué bien saber tanto de todos ellos. El entrenamiento llevó a Carl por todo Ohio y le ocupaba casi todos los sábados y la mayoría de los domingos. Josie se encargaba de cuidar de los niños entre semana, pero le parecía conveniente que tuvieran a su padre los fines de semana.

—Me sientan muy bien —dijo Carl.

Los triatlones, no sus hijos. Carl nunca corrió ninguno. Pero salía cada fin de semana y Josie acababa destrozada por la monotonía. Sola con Ana y Paul, después de desayunar decidía sacarse los recados de encima antes de las once. A las once, terminados los recados, se resistía a las ganas de echar una cabezadita. Paul iba a casa de los vecinos a deprimirse jugando con un hijo único verborreico que le decía crueldades. Así que quedaban Josie y Ana, y a Ana en realidad no le importaba lo que hicieran. Tal vez ver un vídeo en el móvil. Luego, sí, una siesta de veinte minutos, al lado de Ana... un intento de siesta, en todo caso, porque durante los veinte minutos Josie meditaba las sesenta o setenta peores cosas que había hecho, las más estúpidas que había dicho. Abría los ojos, escaldada. Se calzaba las deportivas, luego se

descalzaba. Se planteaba servirse una copa. ¿Quién iba a enterarse? Se servía una copa y acto seguido devolvía el contenido a la botella. ¿Cómo pasarían las horas?

Carl volvía a casa por la tarde y, después de entrenar o fingir que entrenaba, estaba cachondo y no le preocupaba en exceso la forma en que se derramara su simiente: tanto le daba su mano como la de Josie, pero por lo que fuera el trabajo manual siempre era más largo y el doble de aburrido. Después, tumbados de espaldas, mirando al techo blanquísimo, compartían un momento especial, habían logrado algo, pero al poco quedaba en nada. Carl chasqueaba la lengua y se levantaba. «Tengo que ir al lavabo», decía.

Josie recordaba a Carl cagando o tumbado, paralizado por los héroes de Zuccotti. Eh, un momento. Era mejor que *Decepcionado: el musical*. Piénsalo: *El héroe de Zuccotti*. Trataría sobre Carl, un hombre de Ohio, hijo de un terrateniente que expoliaba miles de hectáreas de selva costarricense para alimentar a sus vacas. Ahora Carl era el Héroe de Zuccotti. Un niño rico, dedicado a la causa de los pobres, incluso a pesar de que en realidad no llegó a pisar Zuccotti ni hizo nada por apoyar de manera abierta a los okupas. ¿Quizá perteneciera al 99 por ciento porque técnicamente carecía de ingresos? ¿Era eso? El espectáculo se centraría en Carl corriendo... ¡de noche con una linterna frontal! En una cinta de correr. Corriendo. Sus pensamientos, sus sueños, representados mediante los vídeos de diversas protestas y manifestaciones proyectados detrás de Carl mientras corría, mientras se estiraba después de correr, mientras se frotaba las piernas con gel de masaje después de correr, mientras se tomaba una cerveza fría después de correr, mientras se masturbaba en el lavabo de abajo después de correr —ahí podía aparecer Josie arriba, sola en la cama— y, entretanto, el resto del mundo desfilaba por pantalla detrás de él, las tiendas y las pancartas y las manifestaciones y los altercados con la policía, y de vez en cuando Carl

levantaría la vista y asentiría con intención, como si fuera uno de los manifestantes, a pesar de estar solo, con la polla en la mano.

Pocos meses después de la ruptura Carl había conseguido trabajo en Florida y se había ido. Por lo visto trabajar en otro estado le daba permiso para convertirse en un fantasma. A él le pareció de una lógica impecable. No podía estar en dos sitios a la vez, argüía. Un amigo de la universidad le había dado trabajo de comercial a comisión, en una empresa emergente. ¿Podía calificarse de emergente si vendía bacas para utilitarios? En ningún momento se habló ni se planteó una pensión alimenticia. Durante seis meses no se le vio el pelo. Pero cuando reapareció, actuó como si nunca se hubiera marchado. «¿Te convence la escuela esa a la que van? —le había preguntado Carl el pasado otoño, la última vez que los había visitado—. ¿Seguro que estimulan todo su potencial?» Cuando lo preguntó, Carl llevaba pantalones cortos, sandalias y visera. Ropa playera, ropa de Florida, pero estaba en Ohio. Había cogido un avión para pasar el fin de semana, había alquilado un coche y se había plantado en casa de Josie. ¿Quién era aquel tipo? ¿De dónde había sacado aquella visera? Josie, de hecho, se lo preguntó, necesitaba saberlo.

—¿De dónde has sacado esa visera?

Carl contestó que la había comprado por internet. ¡Sin más! Y así, sin más, en el mundo existía un hombre que compraba viseras por internet y decía cosas como «¿Seguro que estimulan todo su potencial?».

Josie desde entonces había conocido a otras personas en su situación, padres y madres solos que tenían compañeros como extremidades fantasma, gente como Carl que no hacía nada, que sencillamente no estaba, que no formaba parte de la vida de sus hijos, pero que se paseaba por ahí convencida de que arrimaba el hombro. Josie gobernaba la nave de la vida de sus hijos, izaba las velas, giraba el cabrestante y achicaba el agua, y Carl no viajaba a bordo, Carl estaba tostándose en alguna isla remota y sin nombre —¡con la

visera puesta!—, pero creía que estaba en el barco. ¡Carl creía que estaba en el barco! ¿Cómo podía alguien estar en el barco cuando no lo estaba? ¿Cuando en realidad estaba en una isla remota? Carl había visto a sus hijos una vez en los últimos catorce meses, pero creía que los arrojaba cada noche. ¿Qué clase de mutación evolutiva posibilitaba semejante autoengaño?

Todo esto podía incorporarse al musical. De cabo a rabo, mientras Carl corría, se estiraba, se masturbaba, y su familia y Occupy giraban a su alrededor proyectados en la pantalla de detrás, aunque él creería que estaban allí. Y al final del espectáculo, durante el transcurso del cual el actor que interpretase a Carl no habría hecho nada por nadie, se acercaría al borde del escenario y haría una reverencia y tendría que volver a salir a saludar y diría «Gracias, gracias, muchísimas gracias».

Ahora Josie solo quería que la dejaran en paz. Quería decirle a Carl: No vuelvas a aparecer. No me des consejos. No entres en mi casa y comentes su estado. No opines sobre el papel de la soja en la entrada de mi hija en la pubertad. No, Josie no mandaría a los niños a Punta del Rey. No colaboraría en el ardid de Carl. ¿Estaba siendo mezquina? ¿Una resentida? ¿Ruín? ¿Era ridículo huir a Alaska, donde no los encontraría para su operación fotográfica? Sí, Carl, y Teresa y los padres de Teresa y no sabía quién cojones más querían fotos de Carl con los niños... para demostrar que era un padre de verdad. ¡Míralo, jugando con sus hijos! Querían enmarcar esa foto, esas fotos, y exponerlas en la mesa de los novios, en el centro del despliegue que hubieran elegido para sus invitados del quinto pino. Algún descendiente de Goebbels se dedicaba a organizar bodas y aquellos chacales lo habían contratado para dirigir la farsa.

—Mamá, apesta.

Era Paul.

—¿Qué pasa? ¿Se han acabado los cinco minutos de tranquilidad?

Josie había perdido el mundo de vista.

—Huele muy mal —insistió Paul.

Josie respiró hondo. Era un olor a la vez extraño y conocido: acre, una mezcla de orgánico y químico.

—Echa un poco de protector solar —dijo Josie, y Paul obedeció y el Chateau se llenó de una cremosa brisa de piña.

No duró mucho. El olor previo era demasiado fuerte. Josie abrió las ventanillas y buscó incendios, bomberos, pero no vio nada. Al final, muy adelante, atisbó una columna de humo que salía de la chimenea de un edificio industrial.

—Será eso —dijo señalando.

Cerró la ventanilla. Avanzaron en silencio unos diez minutos, hasta salir del alcance del edificio y la chimenea.

El único hombre como Dios manda de su vida desde Carl, aparte del que había querido olerse el dedo pringado de mierda, era Elias. Josie había leído sobre Elias en el diario local. Era abogado y estaba organizando una demanda colectiva contra una central termoeléctrica a carbón por diversos delitos medioambientales. El artículo lo presentaba como un abogado normal que había decidido, de motu proprio, enfrentarse a una empresa de un millar de dólares. Había miles de hogares en el radio de acción de la central, sometidos todos a los innumerables peligros de las partículas en suspensión, la ceniza flotante y los subproductos de la combustión del carbón que se depositaban en tejados y jardines. Solicitaba a todos aquellos que vivieran en un radio de cinco kilómetros que dieran un paso al frente y exigieran responsabilidades a GenPower.

A Josie le sorprendió descubrir que vivían dentro del radio de afectación de la central —que estaba a solo tres kilómetros—, de modo que escribió al abogado, que la telefoneó, y Josie fue en coche a la ciudad a reunirse con él.

Esperaba encontrárselo trabajando en un bufete laberíntico, con papeles apilados cuidadosamente en el suelo y asesores cargados con cajas de documentos. Pero trabajaba solo y el bufete era sobrio, estaba ordenado y no se veían papeles por ninguna parte.

La alivió. Desde que le había escrito, Josie se sentía extraña, observada, traicionera. Si Elias hubiera trabajado en un oscuro despacho de un sótano, Josie habría salido de allí entre preocupada y paranoica. Pero Elias era joven y de expresión franca y sonrió al estrecharle la mano. Tenía una dentadura estupenda. Salieron a una cafetería cercana y le pidió que se sumara a la demanda. En un impulso irracional provocado por la piel tersa y la mirada luminosa del abogado, Josie aceptó. Preguntó por la posibilidad de que el pleito provocara alguna represalia por parte de la empresa, que los demandaran u optaran por acciones menos legales y más execrables. Josie había leído cosas así. «Podría ser», admitió Elias, pero no pareció preocuparle en lo más mínimo. Presentó la demanda, con el nombre de Josie entre los demandantes. Josie estaba orgullosa: según Elias, el prestigio de Josie en la comunidad le otorgaba un papel destacado.

A las pocas semanas Elias pasó a ponerla al día de las novedades del caso y Josie le enseñó una furgoneta blanca que llevaba un mes aparcada en su manzana, y la rodearon los dos juntos, riéndose de sí mismos, pero preguntándose no obstante qué hacía una furgoneta así delante de su casa, siempre exactamente en el mismo sitio, ni un poco más adelante ni tampoco en la otra acera, y con la ventanilla trasera tapada.

—A que no te atreves a llamar —dijo Josie. Volvía a tener catorce años, le brincaba, le ardía el corazón—. A ver si hay alguien dentro con auriculares.

Elias llamó. Josie ahogó un grito.

—La que vive aquí eres tú —dijo Elias, y los dos se rieron mientras se alejaban corriendo de la furgoneta de vuelta a casa de Josie.

Josie se había enamorado un poquito de Elias, aunque la mirada de él le decía que era demasiado joven para ella (o, más significativo aún, que ella era demasiado mayor). Elias no pasaría de los treinta años y aparentaba todavía menos. Cuando entraron corriendo y cerraron la puerta, jadeando y riendo, Josie creyó posible al menos que cayeran uno sobre el otro, besándose y toqueteándose. Pero Elias dijo que tenía que ir al baño. Todos los hombres de su vida preferían ir al lavabo a quedarse a solas con ella.

A la vuelta del lavabo, Elias sacó el pleito del maletín, las doscientas páginas, con la portada habitual, práctica, pero de una belleza extraña. Josie se emocionó al ver su nombre. ¿Qué significaba? Su nombre aparecía encima del de ellos, GenPower, como si su lugar preeminente cifrara su superioridad moral. Luego la palabra «contra», una muestra de desafío y agresividad. Te demando. Voy contra ti. Te reto. Te hago responsable. Te acuso, te acuso.

Mientras Elias y Josie ojeaban la demanda y sus hombros se rozaban, inocentemente pero no del todo —Josie notaba el calor de Elias a través de la deslumbrante camisa blanca y el acaloramiento propio resultante— llamaron a la puerta y la cara roja de Carl volvió a su vida.

Josie no podía probar que había sido entonces cuando Carl había decidido casarse con su novia Teresa con una presteza desconocida en él, pero no sería improbable. Carl entró antes de que lo invitaran y los vio a los dos, a Josie cerca de un abogado atractivo con una camisa blanca inmaculada. Josie y Elias estaban inclinados sobre los papeles, lo que disimulaba la auténtica altura y complejidad del abogado, y por tanto Carl se adelantó, pensando en enfrentarse de algún modo a ese hombre nuevo que estaba en la casa que solía pertenecerle —o al menos, donde antes vivía—, pero al aproximarse Carl, Elias se enderezó y reveló su tamaño real, medía uno ochenta y ocho, y a Josie casi le explota el corazón. Ahora le encantaba recordarlo, ver a Carl descubrir al alto y guapo Elias. Se recordaba observando cómo Carl se frenó,

reevaluando la situación, y tendió la mano para estrechar la de Elias, ya sin un atisbo de enfrentamiento, con deferencia, fingiendo simpatía... Una delicia.

—Perdón por la interrupción —se disculpó Carl.

—Tendría que ir tirando —dijo Elias.

—No, no te vayas —replicó Josie.

Pero Elias se marchó y Carl se sumió en un éxtasis de agonía, confusión y rabia reprimida. ¿Quién era aquel hombre, aquel tipo alto de camisa limpia y zapatos relucientes? En la misma cocina, un momento de intimidad intelectual compartido con Elias degeneró en una rencilla idiota con un imbécil.

—¿Qué buscas? —preguntó Josie.

Carl se paseaba por la cocina mirando encima de cualquier superficie, abriendo cajones como un mono recién llegado al complejo interior de una vivienda humana. Vestía sudadera con capucha y zapatillas coloridas y voluminosas que, en contraste con la paleta minimalista del joven Elias, hacían que pareciera todavía más infantil y perdido.

—La llave del trastero —mintió Carl.

—Te la llevaste. Estoy segura —dijo Josie, aunque no tenía ni idea de qué llave era ni de si se la había llevado.

—Platos amontonados en el fregadero... —dijo entonces Carl, por lo visto había renunciado a la excusa de la llave, y chasqueó la lengua como una abuela de los años cincuenta.

Y ¿por qué los platos amontonados en el fregadero constituían el emblema universal de la miseria doméstica y el fracaso de los padres? ¿Por el amontonamiento? Los platos no debían amontonarse... ¿esa era la conclusión? ¿O era porque estaban en el fregadero? ¿Estaba bien amontonarlos, pero no en el fregadero? ¿Deberían amontonarse en otro lado?

¿En un armario, en la cama?

—La llave no está aquí. Vete —dijo Josie.

—Los niños volverán pronto del colegio —repuso Carl consultando la hora y descubriendo que era solo la una, cuando él sabía (¿o no lo sabía? ¡No lo sabía! ¡No lo sabía!) que no terminaban hasta las dos—. Esperaba poder verlos.

—No puedes esperar una hora. Aquí no.

—Un momento. ¿Ana no sale de preescolar hasta las dos? Es una jornada muy larga.

Josie vio un cuchillo en la encimera y pensó en lo fácil que le resultaría acabar con todo. Ahora Carl miraba la ventana de encima del fregadero, en ángulo, buscando suciedad. La ventana no estaba limpia. ¿Estaba tomando notas mentales para demandarla? Seguro.

—¿He interrumpido una cita? —preguntó Carl enfocándola con sus ojos verdes.

¿Quién es este hombre?, se preguntó Josie. ¿Siempre había sido tan ridículo? Y entonces cayó en la cuenta (le había pasado muchas veces desde la separación) de que había estado ocho años con aquel hurón, que había tenido dos hijos con aquel mamífero ruin que rebuscaba en la basura, que nunca se lo quitaría de encima. Cuando Carl se fue (terminó por irse y quizá así salvara la vida porque a Josie le gustaba sentir el cuchillo en la mano), ella tuvo que salir a dar una caminata briosa para intentar escapar al bucle mental de recriminaciones. No diría ni pensaría «He malgastado mi juventud», aunque por supuesto lo había hecho. O tal vez no la juventud, había malgastado la treintena, una época radiante, cuando se había asentado profesionalmente, había alcanzado el control pleno de su cuerpo, había traído a Paul y Ana al mundo y estaba lista para aprender y construir. Había perdido muchísimo tiempo con Carl. Ocho años. Ocho años con Carl el invertebrado,

con Carl el desempleado, con Carl el confuso, y ahora Josie tenía cuarenta años y llegaba demasiado tarde para Elias y cualquiera como él. Cualquiera con coraje. Y estaba en un estado rodeada de bomberos. ¿Suponía que tenía alguna opción?

—Ahora huele peor —dijo Paul, y Josie sabía que estaba en lo cierto.

Notaba un olor acre, parecido a basura quemada.

Esta vez, sin darle tiempo a su madre a percatarse de que se había desabrochado el cinturón, Paul se levantó a comprobar la cocina e informó de que todo estaba en orden.

—Abre las ventanas —dijo Josie y se estiró para bajar la ventanilla del lado del acompañante.

El olor se disipó, pero no mucho.

Continuaron avanzando y, pese a que nada lo demostraba, Josie siguió convencida de que el olor —de tonos terrosos con cierto efecto tóxico— entraba de fuera. Eso sí, se alegraba de que Paul tuviera ganas de colaborar o, al menos, hubiera abandonado su actitud descaradamente hostil. La peste los había unido.

Condujeron de esta guisa unos diez kilómetros, tal vez quince. Al recordarlo después, Josie admitiría que siguió conduciendo mucho más de lo que habría conducido una persona más responsable que ella.

Al final Paul se mareó, le entraron ganas de vomitar, así que Josie paró, esta vez sin esperar al arcén adecuado, de modo que al detenerse, el Chateau quedó en un ángulo tan oblicuo que un viento fuerte lo habría volcado como a un elefante un perdigón.

Los niños se apearon y Josie los mandó avanzar hasta una solitaria picea, doblada y achatada por alguna tormenta pasada. Ella entró en la parte de atrás

de la caravana y, aunque sabía que era imposible que Paul se equivocara, comprobó la cocina y confirmó que no estaba encendida, pero allí olía más fuerte que en el asiento delantero. Abrió los armarios, pensando que encontraría alguna fruta podrida o un animal muerto. No encontró ni una cosa ni la otra, pero se convenció de que la respuesta al misterio del olor era un animal muerto. Abrió hasta el último cajón, miró debajo de los cojines. Finalmente miró en el lavabo, suponiendo que hallaría la respuesta, pero aunque en la ducha solo encontró platos y toallas, descubrió que allí olía peor. Levantó la tapa del váter, creyendo que uno de los niños habría dejado algún regalo, y descubrió un inodoro vacío del que emergía el hedor con rotundidad.

Salió del Chateau con arcadas y se reunió con los niños al borde de la carretera, a contemplar los desperdicios. Alguien había arrojado un tampón por la ventanilla del coche y, en cuestión de segundos, dada la proximidad del objeto a Ana y el modo en que la niña lo observaba, Josie supo que mientras estaba en el Chateau Ana lo había recogido y Paul le había mandado tirarlo. Ana miraba a su madre con cautela, preguntándose si la vería vomitar por primera vez, pero también sin perder de vista el tampón con el rabillo del ojo, a la espera de una oportunidad para examinarlo más de cerca o, probablemente, de llevárselo a la boca.

—He localizado el olor —anunció Josie.

Pero no lo había localizado.

Regresó al Chateau, pensando en un modo de cerrar el lavabo o envolver el inodoro con plástico o algún material impermeable a los olores fecales. Y mientras volvía al lavabo vio algo en lo que aún no había reparado. En la pared de al lado de la cocina había un interruptor del que Stan no le había hablado, porque Stan era un gilipollas. El interruptor se parecía a esos interruptores metálicos que abundaban en los aviones viejos, del tipo que

emite un chasquido que contenta al usuario. Por encima se leía CALEFACTOR DE DEPÓSITO.

Josie se fijó en que estaba encendido, es decir, que estaba calentando algún depósito. Primero pensó en el depósito de la gasolina, pero sabía que no podía haber un interruptor, entre la cocina y el lavabo, para calentar un depósito lleno de gasolina altamente inflamable. Así pues, el único depósito que se le ocurría era el de heces y orina que había debajo del lavabo.

Ahogó un grito. Empezaba a entenderlo. El Chateau incorporaba un mecanismo que calentaba el depósito. ¿Por qué? Josie dedujo que en invierno los propietarios no querían que se les congelaran las heces porque, congeladas, no podrían drenarse por el tubo celeste acanalado y, por tanto, no quedaría sitio para las nuevas. Había que conservar las heces calientes y líquidas para poder drenarlas y que el depósito pudiera recibir las heces nuevas.

Ana había encendido el interruptor que calentaba las heces. Lo había encendido en agosto, cuando no hacía falta calentarlas. Por lo tanto, Josie y su familia viajaban por la zona baja de la Alaska central no solo transportando heces, sino calentándolas. Cocinándolas. ¿Cómo se diría? Josie buscó el verbo adecuado. ¿Recocer? ¿Cuando el calor lo emitían las paredes interiores del horno en lugar de una llama de gas o leña? Estaba segura de que se decía «recocer».

Apagó el interruptor, regresó con Paul y Ana junto a la picea solitaria y les dijo que no debían encender los interruptores del Chateau, ninguno. Les contó lo que había ocurrido, les explicó lo de las heces y el recocado y los niños asintieron, muy serios. Creyeron la historia sin dudarle y Josie se maravilló ante ese estadio puro de la vida, cuando a un niño le cuentan algo así por primera vez, algo del género cómo recocer heces y por qué no debía hacerse en verano.

Subieron al Chateau y arrancaron. Era un día espléndido para estar vivo.

«Intento contactar con el señor y la señora Wright. He olvidado los nombres de pila —leyó Paul en voz alta—. Tenían tres niños, L.J., George y Bud Wright. Y dos niñas, que yo supiera, Anna y otra cuyo nombre no recuerdo. Mi hermano Wheeler y yo trabajamos para ellos entre 1928 y 1929 cosechando trigo. También trillamos lino, el primer y único lino que vi y que he trabajado. Los Wright vivían en una casucha de tierra en Chaseley, Dakota del Norte. Lo último que supe de ellos fue que George se había casado y vivía cerca de Scottsbluff, en Nebraska. Los apreciábamos mucho. Nos gustaría contactar con cualquiera que pudiera informarnos de su paradero.»

La idea de poner a Paul a leerle «Rastros olvidados» mientras conducía era brillante, pensó Josie. Se habían alejado unos ciento cincuenta kilómetros en dirección norte del escenario del calentamiento fecal, con las ventanillas abiertas, y el ambiente del Chateau había mejorado razonablemente, aunque ellos no eran los más adecuados para juzgarlo: habían respirado gases de residuos humanos tanto tiempo que no notarían la diferencia.

Pasaron junto a un gran aparcamiento pegado a un centro comercial abandonado donde los bomberos habían instalado un puesto de operaciones. Un cartel anunciaba TRANSPORTE DE COMBUSTIBLE. Otro rezaba SE VENDEN CAMISETAS IGNÍFUGAS. Media docena de camiones de bomberos de diversos tamaños, rojos, amarillos y blancos esperaban instrucciones.

—Lee otro —pidió Josie.

—Vale —dijo Paul con expresión grave, pero encantado.

Iba sentado delante con su madre y Josie estaba bastante segura de que, incluso en aquel estado renegado, era ilegal llevar a un niño de ocho años en el asiento delantero, sentado sobre un montón de toallas. Pero Josie estaba disfrutando demasiado de su compañía para permitirle desaparecer en la parte de atrás.

—El último de la página. «Me interesa averiguar el paradero de mi tío abuelo, Melvin H. Lahar (pronunciado Liar). Nació en el estado de Washington entre 1889 y 1893, hijo de Charles A. Lahar y Ida Mae Gleason Sharp. Tuvo una hermana de padre y madre, Nancy L. (apodada Emma y Dottie) Lahar Farris. Fue visto por última vez en Washington justo antes de que estallara la Primera Guerra Mundial. Desde entonces, nadie de la familia ha tenido noticias suyas. Se crio en Colfax, Washington, en casa de su tía, la señora Minnie Longstreet. Se rumorea, también, que robaba bancos y que participó en un tiroteo en Bend, Oregón. Se agradecería cualquier aclaración o información.»

—Está bien para acabar —dijo Josie, confiando en que Ana no hubiera oído lo de los robos. Desencadenaría una retahíla de preguntas, si es que no la tenía toda la noche en vilo—. ¿Duerme? —le preguntó a Paul.

Paul no necesitó darse la vuelta.

—No. Va mirando por la ventanilla.

Señaló con la cabeza hacia unos quads. Eran un fenómeno nuevo. En paralelo a la carretera discurrían estrechos caminos de tierra por donde hombres, mujeres y familias iban y venían de la ciudad, con las compras o cualquier otra cosa, en vehículos cuatriciclos. En esa parte de Alaska había senderos alternativos por todos lados, dondequiera que fueran.

—¿Por qué no podemos viajar así? —preguntó Ana desde atrás.

Josie se volvió y encontró a la niña con la cara pegada al cristal.

Vieron a madres con hijos pequeños sentados delante, ayudándolas a

conducir, mientras subían y bajaban por las suaves cuestas de los caminos de tierra, y también a Josie le pareció la forma más lógica de viajar. Por último, pillaron a un niño de ocho años al volante de su propio vehículo, un quad a escala, y Josie supo que despertaría la imaginación de Ana. Articuló las palabras en silencio antes de que la niña las pronunciara:

—Quiero uno.

—No puedes —dijo Paul—. Tienes cinco años. —Y se dirigió a Josie—: Vale, ¿quieres que te cuente cómo es un día de clase?

Lo preguntó como si su madre llevara semanas preguntándose y por fin cediera. Era el nuevo Paul: capaz de quitarse a Ana de encima en un plis, sintiéndose merecedor de acaparar la conversación. ¿Tanto lo había envalentonado sentarse delante? Josie le respondió que estaría encantada de escuchar cómo era un día de clase.

Contarlo le llevó treinta y cinco minutos. Gran parte de los cuales dedicó a explicar las filas. En el aula había cuatro filas, aclaró Paul, y en una, la de los azules, se sentaban los bravucones y Paul.

—¿Te sentaron en la fila azul para compensar tanto niño malo?

—Supongo —respondió Paul.

Paul le contó que un día había ido un policía a clase para enseñarles a cruzar la calle de forma segura y evitar hablar con desconocidos y, casi de inmediato, cuatro niños le habían informado voluntariamente de que sus padres estaban en la cárcel. El policía no había sabido reaccionar y les había pedido que dejaran de levantar la mano.

La ciudad de Ohio donde habían vivido —le entusiasmaba poder hablar de ella en pasado— también tenía una escuela privada, donde estudiaban la otra mitad de los niños, y al oír a Paul contar su anécdota, considerarla interesante, a Josie se le ocurrió que, para los padres de su ciudad, un propósito primordial de la escuela privada y su coste descabellado era que los

niños no compartieran las tijeras y el pegamento con hijos de presidiarios. Así avanzaba la civilización. Al principio reinaba la barbarie, no había colegios, se aprendía todo en casa, de forma caótica. Después se pasaba a la sociedad civil, la democracia, el derecho a la educación gratuita de todos los niños. Y, pisándole los talones al derecho a la educación gratuita, seguía el derecho a sacar a los niños de los colegios gratis para mandarlos a colegios privados: ¡tenemos derecho a pagar por lo que nos regalan! Y este derecho venía seguido, inevitable y petulantemente, por el derecho a desescolarizar a los niños, a educarlos en casa, con lo cual se cerraba el círculo.

—Tiro con arco —dijo Paul.

Había un cartel más adelante. TIRO CON ARCO. CLASES. DIANAS.

No tenían que estar en ningún sitio en particular, pero Josie confiaba en llegar a Denali al día siguiente.

—¿Podemos ir? —pidió Paul, y como rara vez pedía algo, Josie se desvió, bajó por la carretera y cogió la larga entrada de grava con el Chateau quejándose de la elección como una mula cansada.

Siguieron los carteles durante casi un kilómetro y entonces lo vieron, un gran prado verde, con dianas rojas y blancas. Pero no había nadie. De todos modos, se apearon y, sin despertar a Ana, que dormía empapada en sudor, echaron un vistazo. Había una caseta de madera pintada de verde pino donde normalmente pagabas, te entregaban un arco y te indicaban adónde dirigirte. La puerta de la caseta estaba cerrada, pero tenía una ventana abierta. Josie se asomó, pero no vio a nadie. No se veían más coches, de modo que deberían haber deducido que estaba cerrado. Y probablemente lo estaba.

—Mira —dijo Paul señalando a un árbol cerca de la diana del fondo a la derecha.

Había un arco apoyado en el tronco, un arco viejo, un modelo antiguo. Josie no consideró peligroso que Paul le echara un vistazo, de modo que el

niño cruzó corriendo el campo de tiro y regresó con el arco y las tres flechas que encontró en los matorrales de al lado. Una estaba doblada en forma de paréntesis.

—¿Puedo probar?

Paul nunca se hacía daño, nunca se arriesgaba a una posible herida suya ni de nadie a su alrededor, de modo que Josie le dio permiso. El niño cogió el arco con una mano y la flecha con la otra y tardó un rato en averiguar cómo hacerlo bien, pero enseguida estaba disparando flechas al frente, aunque la doblada se retorció como una culebra aerotransportada.

Josie paseó la mirada y enseguida volvió a posarla en la caseta y la ventana abierta. Se adelantó y comprobó que la caseta estaba prácticamente vacía salvo por un paquete de vasos de poliestireno, una papelería con flechas partidas y, colgando de un clavo, una visera verde con el lema FLECHA DIRECTA pintado en la banda horizontal. Josie supo al instante que cogería la visera, pero también que se debatiría durante unos minutos mientras veía disparar a Paul. Al final alargó una mano, agarró la visera, se la probó, descubrió que le encajaba e inventó una excusa —estaba en la basura— para cuando Paul se la viera y le preguntara de dónde había salido.

—¿De dónde has sacado eso? —inquirió Paul, volviendo de la diana con el arco y las flechas y un aire extrañamente experto y profesional.

—Me la he encontrado en el suelo, al lado de la caseta —respondió Josie, adaptando un poco la historia sobre la marcha, sintiendo cómo la mentira se volvía más blanca e intrascendente—. Me tapa la calva.

Paul le miró el lateral de la cabeza y levantó con delicadeza la visera, cubrió mejor la calva y luego regresó al tiro. Al final, a fuerza de practicar y aproximarse a la diana, acertó cerca del centro varias veces y no quiso irse. De modo que se quedaron. En el Chateau había comida y no tenían adónde ir, de manera que Josie sacó la tumbona, se sentó y contempló los tiros de Paul

hasta que Ana se despertó. El sol caía detrás de la línea arbolada de la cordillera de detrás cuando Ana descendió del Chateau, brevemente aletargada hasta que vio la visera en la cabeza de su madre.

—Como papá —dijo Ana.

Josie le contó que la había encontrado junto a la caseta, a Ana le pareció una historia creíble y lo que habría hecho ella en la misma situación —Paul, de haber podido, habría dejado la visera en comisaría por si alguien la reclamaba—, pero el hecho de que le recordara a Carl y el gusto de este por las viseras minó gran parte del atractivo del tocado FLECHA DIRECTA. Josie se planteó tirar la visera y decidió que lo haría en cuanto consiguiera un sustituto.

Observó a sus hijos disparando flechas, corriendo y riendo, y comprendió que el hecho de que un hijo olvide la alegría es el mayor crimen que se comete contra un padre. Raj, en una de sus peroratas, se lo había dicho. La hija de Raj tenía diecisiete años. «Dios —había dicho Raj—. Las crías de diecisiete años te desgarran el corazón.» Han tenido una infancia plenamente feliz y te dicen que ha sido una mierda. Cada año había sido un timo. Lo tirarían todo a la basura. Josie lo había sentido por Raj y había temido la ira de sus propios hijos, pero entonces se acordó: ¿acaso ella no se había emancipado de sus padres?

Pero en cuanto a sus hijos, Josie estaba decidida a frustrar ese crimen de olvido. Les recordaría la felicidad. La documentaría, les contaría cuentos felices al acostarlos, sacaría fotos y escribiría diarios. Diarios de una felicidad que no podría negarse ni olvidarse cuando fuera conveniente. Empezó a forjar una teoría nueva de la paternidad, donde el objetivo no era alcanzar un resultado deseado. El objetivo no era criar a un hijo para un desenlace futuro, ¡no! Momentos así, juntos entre los pinos bajo una luz menguante mientras los niños correteaban entre la hierba, su hijo aprendiendo con suma seriedad a

tirar con arco mientras su hermana intentaba hacerse daño de alguna manera, estos momentos eran el objetivo. Josie tuvo la sensación, pasajera, de que después de un día semejante ya podía morir. Llegar a un lugar así, disfrutar de un momento así, eso y nada más era el objetivo. O podría serlo. Una forma nueva de pensar. Alargar algunos de esos días juntos era lo único que cabía desear o esperar. Criar a los hijos no consistía en perfeccionarlos ni prepararlos para un puesto de trabajo. ¡Qué meta tan superficial! Veintidós años peleando para esto... tu hijo se sienta a una mesa de Ikea con la vista fija en una pantalla mientras fuera el cielo va cambiando, el sol sale y se esconde, los halcones flotan como zepelines. Tal era la búsqueda criminal común a toda la humanidad contemporánea. Dale a mi hijo un escritorio de Ikea y doce horas diarias de tecleado sedentario. Supondrá un éxito para mí, para ellos, para nuestra familia, para nuestra estirpe. Josie no perseguiría lo mismo. No sometería a sus hijos a algo así. Sus hijos no perseguirían fines engañosos, no. Bastaba con que se sintieran queridos disfrutando del sol.

Ana se acercó a la tumbona y se apoyó en la silla. Cargaba el arco al hombro con una profesionalidad pasmosa.

—¿Mamá? ¿Aquí hay ladrones?

—No —respondió Josie. En el acto, una sirena lejana cortó el aire—. Es una sirena de bomberos —explicó, adelantándose.

Paul andaba cerca, disparando flechas.

—Pero ¿hay malos?

—No.

—Entonces ¿dónde están?

—Están muy lejos —dijo Josie, y su mirada se cruzó con la de Paul. ¿Para qué decirle que existen los malos?, parecía preguntar el niño—. No los verás en la vida. Y además, tenemos a hombres armados para luchar contra ellos.

De nuevo, un comentario poco práctico.

—¿Y el Joker? —preguntó Ana.

—¿Qué pasa con el Joker?

—¿Es de verdad?

—No. Es ficción. Lo dibujó alguien, igual que podría haberlo hecho yo. El Joker se lo inventó alguien como yo.

—¿Alguien como tú?

—Sí. O alguien como tu padre. Más como tu padre.

—¿Y las mofetas?

Josie intentó no reírse.

—¿Las mofetas?

—¿Son de verdad?

—Claro, pero no son peligrosas. No pueden hacerte daño.

—Pero ¿los monstruos son de verdad?

—No, los monstruos no existen de verdad.

—Y entonces ¿cómo es que hablamos de monstruos?

—Bueno, la gente se los inventa. A alguien se le ocurre una idea, la dibuja y le pone nombre.

—Entonces ¿alguien puede inventarse un nombre como Iron Man?

—Claro.

—¿Y como Randall?

—¿Randall?

—Sí. ¿Es un nombre?

—Sí. ¿Lo has oído en alguna parte?

—Creo que sí. He oído la palabra. —Ana frunció el ceño—. No sabía si era un nombre.

—Es un nombre.

Otro par de sirenas rasgaron el cielo. Ana escuchó mientras concentraba la vista en el brazo de Josie. La niña tamborileaba en el brazo con los deditos

como si mandara un mensaje subterráneo cifrado.

—¿Los señores del ejército son grandes? —preguntó Ana.

—Sí. Mucho más que los malos.

—¿Son monstruos?

—¿Quiénes?

—Los del ejército.

—No. Son personas normales. También tienen hijos. Pero llevan uniforme y se enfrentan a los malos. —Y para tratar de zanzar la conversación, Josie añadió—: Y siempre ganan.

—Pero mataron a Jeremy.

—¿Qué?

—Alguien mató a Jeremy, ¿verdad?

Ana había ido dando rodeos para llegar hasta allí. Había escuchado la carta de «Rastros olvidados», las palabras «ladrón» y «tiroteo» y había seguido elucubrando desde entonces.

—¿Quién te ha contado que mataron a Jeremy?

Entonces Ana se volvió hacia Paul, que había dejado el arco y lo había escuchado todo. Cuando Ana se volvió de nuevo hacia Josie, tenía los ojos llorosos. Josie no le había contado a la niña la muerte de Jeremy, ni tampoco a Paul. Miró al niño, decepcionada.

—Me lo dijo Mario —explicó Paul, enfurruñado. Mario era otro niño del campamento, otro niño al que Jeremy había hecho de canguro. Y entonces, como para responder a la siguiente pregunta de Josie, añadió—: Ana tenía que saberlo. Si no iba a creer que alguien muerto estaba vivo. Sería tonto.

Josie oyó un resuello mecánico a su espalda y, al volverse, vio un vehículo enorme aparcando despacio detrás del Chateau. Una nube de polvo lo cubría todo, pero cuando se aposentó, Josie vio una camioneta plateada con una casa de madera, de tejado puntiagudo y pintada de negro, en la caja. La casita

tenía ventanas y una minúscula chimenea de latón y un aspecto pintoresco, salvo por las palabras ÚLTIMA OPORTUNIDAD pintadas en la fachada delantera. Debajo, en letra más pequeña, se leía: EN DEUDA CON NADIE.

—¿Qué es eso, mamá? —preguntó Ana.

Josie no respondió. Esperaba que en cualquier momento se abrieran las portezuelas de la camioneta y no quería que la pillaran describiendo a sus habitantes. Tenía buenas razones para apremiar a los niños y largarse, dado que la simpatía de quien fuera al volante de semejante vehículo, cuya circulación no podía ser legal y que insinuaba el fin del mundo, no estaba garantizada.

—Ven aquí, Paul —susurró Josie, y el niño le llevó el arco y la flecha y Josie colocó sutilmente a los críos de tal modo que ella quedara entre aquel presagio funesto y sus hijos.

Se abrió la portezuela.

—¿Está abierto? —preguntó una voz alegre.

Era una joven con una brillante melena de pelo azabache. Bajó de la camioneta de un salto, las botas, pesadas, arrancaron un sonido contundente de la grava blanca. Vestida con camiseta negra holgada y pantalones vaqueros cortos, empezó a estirarse, levantó un brazo, con lo que dejó ver el torso ágil y de pechos generosos, mientras con la otra mano adelantaba el asiento del acompañante, permitiendo así la liberación de tres niños, todos atléticos y bronceados, de las profundidades del vehículo. Los tres saltaron de la camioneta igual que ella, es decir, como si aterrizaran en la luna. Todos parecían en la franja de edad de los niños de Josie y salieron disparados hacia la caseta, suponiendo que era allí donde Paul y Ana habían conseguido el arco. Se abrió la portezuela del conductor y apareció un hombre bajo, no más alto que la mujer, y dijo:

—¿Está abierto?

Se inclinó hacia atrás, desperezándose con un fuerte gruñido. De espaldas anchas y musculoso, vestía una camiseta con cuello de pico y pantalones de lona metidos por dentro de unas botas de montañero. Dio la vuelta a la camioneta y descendió por la pendiente hacia el campo de tiro.

—Le he preguntado, pero no me ha contestado —dijo la mujer señalando a Josie con la barbilla.

Su tono resultaba familiar.

—Perdón —se disculpó Josie—. No sabía que me preguntabais a mí. No trabajo aquí. Acabamos de llegar y hemos estado echando un vistazo.

—O sea que es gratis —dijo el hombre.

Sonreía pícaramente, con los labios cerrados, pero tenía una mirada tensa y radiante e iluminada por una especie de diablura que podía derivar en cualquier cosa: bromas en casa o bombas caseras en el cobertizo.

—No hay más arcos, papá —dijo uno de los niños nuevos.

Una niña de unos nueve años. La niña y sus hermanos menores habían registrado la caseta y no habían encontrado nada.

—¿Los habéis traído vosotros? —le preguntó la mujer a Josie señalando al arco y las flechas de Ana y Paul.

—No, estaban en el campo —dijo Josie—. Que los usen tus niños. Nosotros ya llevamos rato aquí.

Con eso Josie daba a entender que sus hijos y ella cederían el campo de tiro a la nueva familia y se marcharían enseguida.

—No, no. Hemos venido porque os hemos visto. Esperaremos —dijo el hombre, y le tendió la mano—. Kyle. Esta es Angie.

Josie les estrechó la mano y presentó a Ana y a Paul. Los niños de Kyle y Angie regresaron inmediatamente y se presentaron (Suze, Frank y Ritter) con tanta educación que, en comparación, Paul y Ana quedaron como unos asustadizos maleducados.

—¿Vivís ahí? —preguntó Ana.

Señalaba a la casa negra de la caja de la camioneta.

—Ana —la reprendió Josie, luego se dirigió a Kyle y Angie—: Perdón.

—No te disculpes. Por la noche dormimos ahí, sí —le dijo Kyle a Ana, acucillándose enfrente de la niña—. ¿Te gusta? —Al principio Ana no se definió, luego asintió despacio—. Claro que sí —dijo Kyle sonriendo con los labios cerrados y sus ojos chispeantes brillando a su estilo diabólico o santurrón. La sonrisa creció y entonces Josie le vio la dentadura, tenía los incisivos demasiado grandes, lo que le daba aire de lobo—. La hemos construido nosotros. ¿Quieres echar un vistazo al interior?

—No, no. No hace falta —contestó Josie, pero terminó conducida con los niños hacia la camioneta por el impaciente Kyle.

Angie se quedó con los suyos, entretenidos con el arco y las flechas que Ana y Paul habían tirado entre la hierba. Kyle saltó al parachoques trasero de la camioneta y abrió la puerta de la estructura, que por fuera recordaba a un gallinero y por dentro a un barracón militar, con literas a cada lado y el suelo forrado con restos de moquetas. También había montones de toallas y revistas y pelotas de béisbol y bates y mantas. Al final de cada cama, una linterna colgaba de un gancho.

—Mola, ¿eh? —dijo Kyle.

Ana se mostró inmediatamente de acuerdo y luego añadió:

—Nosotros también vivimos en el coche.

Kyle se rio.

—Bueno, pues qué bien que nos hayamos encontrado, ¿verdad? Todos somos viajeros. Deja que te acerque una silla, mamá.

Por un segundo Josie pensó que la madre de Kyle estaba escondida en algún rincón de la camioneta, quizá en un compartimento inferior, luego comprendió que hablaba con ella.

Kyle extrajo una pequeña pila de sillas plegables del gallinero —en eso la estructura recordaba a un yate, era un dechado de espacio y economía— y las colocó fuera, en fila de tres con vistas al campo de tiro. Al poco Josie tenía una botella de sidra en la mano, estaba sentada al lado de Angie y Kyle y los tres juntos contemplaban jugar por turnos a los cinco niños, felicitándose unos a otros, comportándose con una cortesía asombrosa.

Kyle chocó su botella con la de Josie, después con la de Angie, en una especie de brindis sin brindis.

—¿Adónde os dirigís?

Josie les contó que no seguían un itinerario marcado.

Angie enarcó las cejas y lanzó una mirada de complicidad a Kyle.

—Te lo dije —dijo Angie—. Madre sin pareja con dos hijos en un campo de tiro abandonado. Es una de los nuestros.

Josie, Kyle y Angie contrastaron impresiones sobre Homer, Seward, Anchorage y las áreas de descanso y atracciones entre ellas. Kyle y Angie también habían visitado el zoológico trágico a las afueras de Anchorage y habían captado el inconfundible patetismo de cierto antílope. El animal también estaba buscando la salvación en las montañas cuando lo vieron. Angie era guapa, se fijó Josie, y la pareja, más joven de lo que había supuesto en un principio. Ninguno de los dos tenía una sola arruga, aunque estaba claro que no se escondían del sol. Parecían estudiantes de los años setenta, con el pelo sedoso y las pieles bronceadas que en otro tiempo mostraban los anuncios de tabaco.

—¿Te has ido para siempre? —preguntó Angie.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Josie, pese a que la había entendido.

Angie quería decir: ¿Volverás algún día a la sociedad convencional? Hasta entonces Josie no había pensado mucho más allá de agosto y septiembre.

—No lo sé.

Kyle y Angie sonrieron. Ellos se habían marchado para siempre, afirmaron. Angie antes era contable de una petrolera y Kyle, profesor de ciencias en un instituto. Esbozaron de un tirón su plan general de viajar al punto más al norte de Alaska, regresar por la costa occidental e ir bajando hasta pasar a Canadá. Las quejas sobre su vida pasada abarcaban vivir en un barrio de perros que ladraban desde detrás de las verjas y el tráfico de ida y vuelta al trabajo, pero sobre todo se centraban en los impuestos: impuesto de la renta, impuesto de patrimonio, impuesto sobre ventas, impuesto sobre la plusvalía. Estaban hartos de pagar.

—El evasor es él —explicó Angie—. Yo soy la cruzada.

Dejaron que Josie lo asimilara. Por lo visto, estaban orgullosos del juego verbal.

—Ni ingresos, ni propiedades, ni impuestos —dijo Kyle, y Angie, la contable, añadió:

—Nos hemos planteado renunciar a la nacionalidad, pero creo que para eso tendríamos que hacernos canadienses. Estamos investigando la manera de convertirnos en apátridas.

La mente de Josie, que normalmente habría detectado su cuasilocura y estaría planeado la huida, en cambio estaba concentrada en el rostro perfecto de Angie. Tenía los pómulos altos, los ojos risueños... parecía tener algo de sangre india americana, pero ¿podía preguntárselo? No podía. Josie se dio cuenta de que la miraba fijo —los dientes también eran magníficos, de una blancura fantástica— y apartó la vista hacia el campo, donde vio a Ritter, el benjamín, a punto de disparar una flecha. Ana estaba de pie a su lado, cogida a la falda de la camisa del niño, capaz, como siempre, de encontrar la manera de tocar al portador de la violencia. Pero ¿dónde estaba Paul? Lo vio. Estaba agachado recogiendo las flechas que aterrizaban fuera de las dianas.

—¡Ritter! —gritó Angie.

El niño se disponía a disparar cuando Paul, al oír la voz de Angie, se irguió. Ritter, asustado, soltó la flecha, que cayó sin fuerza a escasos metros del arco.

—Perdona —se disculpó Angie, y corrió hacia su hijo.

Se inclinó sobre el niño, abrazándolo por un hombro mientras lo cubría con la melena azabache y lo regañaba señalando a Paul, que trotaba de vuelta al grupo con un puñado de flechas. El peligro no había sido excesivo, dado que Ritter tenía solo seis años y Paul estaba casi a cincuenta metros, pero aun así.

—Mantén la cabeza alta —le chilló Josie tratando de sonar calmada.

En días posteriores se preguntaría por qué le había parecido tan importante aparentar serenidad o permanecer en aquel campo de tiro con arco, quedarse en la silla plegable bebiendo sidra, intentando impresionar de alguno modo a aquella pareja joven y guapa.

—Normalmente mis niños son más responsables —dijo Kyle.

—Tienes que estar atento —le dijo Josie a Paul, con lo que implicaba que era de lo más normal andar recogiendo flechas en un campo de tiro en activo.

Que era de lo más normal hacerlo con tres niños a los que acababas de conocer y que vivían en una cabaña de madera encima de una camioneta ranchera. Que era responsabilidad de su hijo ir con cuidado por si un niño desconocido disparaba una flecha mortal en su dirección.

—¿Cazas? —preguntó Kyle.

Josie admitió que no.

—¡Angie! —gritó Kyle—. ¿Y si disparo solo una?

Angie dejó de mirar a Ritter y se encogió de hombros. Después pareció cambiar de opinión y negó con la cabeza.

—¿Ves a alguien por los alrededores? —le preguntó Kyle a Josie. Josie no había visto a nadie más—. Me deja disparar una vez. La has visto, se ha encogido de hombros. Siempre me deja un disparo. Y con esas dianas...

imposible resistirse, ¿verdad?

Con una sonrisa cómplice, Kyle saltó de la silla y se acercó corriendo a la camioneta. Regresó con una pistola y un rifle, depositó la pistola en la silla y apoyó el rifle.

—No, por favor —dijo Josie.

—Casi se me olvida —dijo Kyle, y regresó corriendo a la camioneta.

Volvió con un bote de plástico que traqueteaba ruidosamente. Balas.

—¡Paul! ¡Ana! —chilló Josie, y los niños se acercaron a toda prisa, habían captado algo nuevo en su voz, algo trastornado.

—Me tocaba a mí —se quejó Ana, como si Josie la hubiera agarrado de la mano para arrastrarla hasta allí.

—Tienes unos niños preciosos —dijo Angie.

Volvió a estar sentada al lado de Josie, ahora con una mano en la rodilla de esta, que apretó una vez por cada sílaba de «preciosos».

Josie le dio las gracias y de nuevo volvió a perderse momentáneamente en la belleza y la juventud de Angie pensando: Todavía aparenta veinticuatro años. Debió de tener al mayor con quince.

Un estallido partió el aire. Josie se volvió y descubrió a Kyle de rodillas, con los brazos estirados y la pistola apuntando a la diana.

—¡Kyle! —rugió Angie—. Al menos avisa. —Se dio la vuelta hacia Josie—. Perdona. Es idiota.

—¿Son balas de verdad? —preguntó Ana confiando en que lo fueran.

Kyle corrió a comprobar la diana y Angie confirmó que las balas eran de verdad.

—¿Habías visto disparar un arma de verdad? —le preguntó a Ana, que estaba paralizada, inmovilizada entre la alegría y el terror.

Josie quería marcharse, pero la mano caliente de Angie no se movía de su rodilla.

—Maldita sea —dijo Kyle, de pie junto a la diana.

¿Por qué estoy aquí?, continuó preguntándose Josie conforme la tarde se apagaba y después oscurecía, pero Kyle montó una parrilla y los niños y ella seguían allí y, al poco, Kyle estaba asando hamburguesas, que los hijos de Josie devoraron de pie, y ella se bebió una segunda sidra sin dejar de preguntarse cómo podía seguir allí, entre semejante locura. Pero Angie no paraba de tocarla, en el brazo, en el hombro, y cada vez que la tocaba le removía algo dentro y, aunque aquel par la inquietaban y aunque cada quince frases soltaban alguna relativa a evasiones o cruzadas, Josie quería permanecer cerca de ellos y empezaba a estar demasiado achispada para marcharse.

—¿Otro? —le pidió Kyle a Angie—. Antes de que anochezca.

Los niños estaban lejos, en el campo en penumbra, cada uno con una linterna, serpenteando como luciérnagas gigantes, y Josie se había convencido de que estaba entre su gente. Efectivamente, no debían nada a nadie. Sus hijos eran felices, fuertes y educados. La familia hacía lo que le apetecía. Todos tenían la dentadura perfecta.

Pero entonces resonó otro disparo. Josie chilló.

—¡No has pedido permiso! —gritó Angie.

—¡Claro que sí! —respondió a gritos Kyle, riéndose, rifle en mano al fondo del campo de tiro—. Josie me ha oído —dijo, encaminándose a la diana.

Josie recordaba que había dicho «otro», pero no lo había tenido en cuenta.

—¡Se acabó! —le dijo Angie, y Kyle levantó la mano por encima de la cabeza, en un gesto desganado de conformidad.

—En fin, creo que deberíamos ir tirando —dijo Josie, visualizando vívidamente un rápido reagrupamiento familiar y una huida veloz.

Pretendía incorporarse a la carretera y alejarse de aquella gente en menos

de un minuto.

Angie le apretó un brazo.

—No puedes conducir. Imposible. —Entonces le chilló a Kyle—: Josie quería conducir esta noche.

Kyle agachó la cabeza y no dijo nada hasta regresar al lado de la silla de Josie y dejar el rifle en la hierba. Miró a Josie como si todavía fuera profesor y ella una decepción de alumna.

—No puedes conducir, Josie. Sería una irresponsabilidad.

Miró a Angie y se comunicaron en silencio, momento durante el cual parecieron sopesar si sacar o no a colación una atrocidad.

—A mi madre la mató un conductor borracho.

—Lo siento —dijo Josie.

—No deberías conducir —insistió con gravedad Kyle—. Dame las llaves, por favor.

Josie no condujo. Le entregó las llaves a aquel hombre. Todo se torció. Josie se sentó con Kyle y Angie mientras caía la noche y los insectos se volvían voraces. Las sirenas prosiguieron con sus llantos esporádicos y Josie sentada con Kyle y Angie, que se reían a carcajada limpia, que parecían disfrutar con ella, en la noche inconmensurable. De vez en cuando uno de los niños se les acercaba corriendo y pedía permiso para una nueva actividad, para subirse a los hombros de otro y pelearse o escalar una montaña de tierra cercana, y cada vez Kyle y Angie lo meditaban con seriedad salomónica. Los niños chillaban y cacareaban en el ocaso, pero al final Ana regresó, apoyó la cabeza en el regazo materno y llegó la hora de retirarse. Josie, Kyle y Angie se despidieron con abrazos bamboleantes y reunieron a los niños, y Josie se convenció de que se había acabado, lo que fuera que hubiera pasado había terminado, pero entonces Paul pidió permiso para que uno de los otros niños, el mayor, Frank, durmiera con ellos. A Angie y Kyle les pareció una idea

maravillosa, no valía la pena ni debatirla, y en nada el niño cogió su saco de dormir y la almohada y se instaló en la cama de encima de la cabina, apretujado con Paul y Ana, emocionadísimos todos.

Josie se preparó la cama de abajo mientras ataba cabos y se daba cuenta de que unos desconocidos tenían sus llaves y ella tenía a su hijo, y justo mientras se acomodaba bajo las mantas repicaron con fuerza en la ventanilla. Dio un respingo.

—¡Uno más! —advirtió Angie.

Josie no dijo nada, en cierto modo aún no tenía claro lo que pasaría. Un estallido hueco partió la noche, lo que indicaba que Kyle había disparado otra vez la pistola o quizá, en esta ocasión, el rifle.

—¡Se acabó! —chilló Angie desde más lejos—. ¡Buenas noches!

Josie le deseó buenas noches y también los niños, pero nadie durmió. Los niños estaban alterados por la novedad, por los disparos, por la presencia de un niño moreno y extraño a su lado, y Josie estaba pensando muy seriamente que se había vuelto loca. ¿Cómo había podido quedarse? Sus llaves estaban en manos de un cruzado. ¿O era un evasor? Oyó que en la cama de arriba Ana le preguntaba a Frank sobre pistolas. Siguió un breve debate para ratificar que Kyle dispararía a cualquier ladrón y Ana se rio al escucharlo.

Y las sirenas. Algo había ocurrido cerca de allí, algún accidente. O los incendios se aproximaban. Las sirenas se oían más. Resultaba imposible dormir. Su mente corría por bosques oscuros. ¿De verdad había pasado la tarde con aquella gente, con el padre pegando tiros a menos de cincuenta metros? ¿Qué sabía de ellos? Nada. Tenía que confiar en que emplearían las balas con las dianas, no contra su familia, y esa confianza absurda parecía el corazón mismo de la vida en América. Josie pensó en lo tonta que era. Se rio de que le sorprendiera encontrar a gente así en aquel lugar, en la Alaska rural. ¿Qué esperaba? Había escapado de la violencia callada, educada, de la vida

en Ohio solo para conducir a su familia al corazón bárbaro del país. No somos un pueblo civilizado, comprendió. Todas las cuestiones relativas al carácter, motivaciones y agresividad nacionales se respondían cuando aceptabas esta verdad elemental. ¿Y por qué había otro niño en la caravana? ¿Y el hijoputa de Mario, que le había contado a Paul lo de Jeremy? No tenía derecho a hacerlo. Y Paul no tenía derecho a saberlo. Otra sirena, esta salvaje y solitaria, seguida por el aullido de un coyote, inquietantemente similar, como si el animal hubiera confundido a la sirena con uno de los suyos.

Josie se despertó de golpe. Todavía era de noche. Los niños dormían y la noche estaba en calma, pero supo que algo andaba mal. Se incorporó sobre un codo, escuchó, y durante varios minutos no oyó nada. Entonces unos nudillos estruendosos golpearon la puerta del Chateau. Los niños se sobresaltaron, Paul se dio con la cabeza en el techo. Josie saltó al suelo a contestar a la puerta. Oyó movimiento fuera. Un coche que arrancaba. Una voz que chillaba a lo lejos:

—¡Frank!

Josie abrió la puerta y vio a Kyle, en bata.

—En marcha —dijo—. Evacuación. Salimos en cinco minutos.

—Espera. ¿Qué? —preguntó Josie, y miró hacia la carretera y vio, muy lejos, entre los árboles, los destellos rojos, azules y blancos de un par de coches de policía.

Kyle regresó corriendo a la camioneta y apareció Angie, que asomó la cabeza al interior del Chateau.

—Frank —dijo Angie—. Despierta.

Mientras Frank bajaba, su madre explicó que un cambio en la dirección del viento dirigía un incendio hacia el sur y lo había acelerado mucho más de lo que nadie había anticipado; podía llegar en menos de una hora.

—Vamos al norte —explicó alejándose con Frank abrazado a ella—. Seguidnos.

Josie cerró la puerta y dentro se topó con Paul y Ana de pie, justo detrás,

con los ojos como platos.

—Poneos el cinturón —ordenó.

No tenía las llaves. Saltó del Chateau y corrió tras la camioneta.

—¡Esperad! —chilló.

Las luces traseras de Kyle y Angie la tiñeron de rojo.

—¡Tenéis mis llaves! —gritó.

—Perdona —dijo Kyle—. Habríamos terminado por darnos cuenta. No íbamos a dejarte aquí con el incendio.

Le entregó las llaves.

—Date prisa.

Josie corrió de vuelta al Chateau.

—¿Tenían nuestras llaves? —preguntó Paul.

—Sí —dijo Josie.

—¿Por qué? —inquirió Ana.

—Ni idea —respondió Josie.

Siguió a la camioneta colina abajo hacia la carretera. Por delante no vio nada extraño: solo una docena de luces traseras parpadeando, iniciando el proceso de abandonar la zona. Por lo visto el campo de tiro no estaba demasiado lejos de una pequeña población que la policía estaba evacuando. Las siluetas de unas cuantas personas pasaron a todo correr, pero por lo demás la escena era ordenada. Josie siguió la columna de vehículos huyendo, pero en la confusión perdió a Kyle y Angie.

Donde el camino de tierra desembocaba en la carretera, la mayoría de los coches giraba a la izquierda, pero Josie vio a un hombre gesticulando como un loco. Ella quería seguir al resto de los vehículos, pero aquel hombre —vio entonces que vestía un uniforme amarillo— le indicaba la dirección contraria con tal énfasis que obedeció y viró sola. Al cabo de unos cientos de metros paró y miró por el retrovisor, tratando de decidir si había hecho lo correcto.

Pero la masa de luces formaba un borrón. Un coche parecía dar media vuelta para seguirla. Josie decidió que habían dirigido mal al resto de los conductores y que ahora los mandarían a todos en su dirección, la correcta. Josie encabezaría la marcha y, supuso, sería la más alejada del incendio.

Continuó. Durante un kilómetro y medio no vio ninguna indicación, pero después descubrió una: de pronto los faros iluminaron una señal verde y plateada que anunciaba la carretera cinco kilómetros más adelante. Le pareció un buen presagio.

—¿Hay un incendio, mamá? —preguntó Ana.

—Cerca de aquí no.

—Pues Angie ha dicho que estaba cerca —repuso Paul, y entonces pareció percatarse del fallo.

Normalmente procuraba esconderle a su hermana cualquier peligro.

—No —dijo Josie—. Angie ha dicho que tardaría una hora en llegar. Es mucho. Y vamos en dirección contraria, o sea que cada kilómetro que recorremos duplicamos la distancia. Dentro de dos horas estaremos a cuatro del incendio. ¿Lo entendéis? Vamos en dirección contraria al incendio.

El camino estaba vacío y Josie lo interpretó como una señal de que habían sido los primeros en salir del parque de caravanas y pronto serían los primeros en alcanzar la carretera. Se sentía como una solitaria nave espacial huyendo de un planeta a punto de explotar: reinaba la oscuridad, el silencio, y, con sus dos hijos, no necesitaba más. En su mente confusa, bajo el vértigo de la adrenalina, refundió brevemente el incendio y aquel lugar con su ciudad e imaginó su casa en la trayectoria del incendio, devorada por las llamas, y se preguntó si contenía algo que fuera a echar de menos. Pensó en una docena de cosas y luego se desdijo, convencida de que se sentiría más limpia y libre si todo el contenido ardiese, desapareciese, se redujera a cenizas.

—¿Adónde vamos? —preguntó Paul.

—Conduciremos unas horas para asegurarnos de que estamos bastante lejos y luego buscaremos un sitio para dormir. O aparcaremos en alguna parte.

Josie se imaginó un aparcamiento cerca del agua, como el que habían encontrado la primera noche, cuando el policía les había ordenado marcharse. Quería estar cerca del agua por si acaso... ¿Por si acaso qué? ¿Les alcanzaba el fuego y tenían que saltar al lago? ¿Y nadarían en el lago? ¿O improvisaría alguna embarcación y se alejarían navegando? Decidió que los detalles no importaban.

—Qué raro —se oyó decir en voz alta.

—¿Qué es raro? —preguntó Ana.

Le parecía raro no ver más coches, pero se corrigió, recordó que habían sido los primeros en salir del parque, que era medianoche y estaban en Alaska, donde ninguna noche circulaban demasiados vehículos, mucho menos con un incendio pisándoles los talones.

—Nada —dijo Josie.

—¿Qué es raro? —preguntó Paul.

—Lo mucho que te quiero.

—No, en serio. Di. Dímelo.

Y Paul pasó al asiento del acompañante. Consideraba que se trataba de algo que solo él debería saber.

—No. Nada.

—¡No quiero ir sola aquí atrás! —rugió Ana.

—Mamá —susurró Paul—. Dímelo.

—Todo es raro.

Paul se calló. Se trataba de una afirmación simple y cierta que no conducía a nada. No del secreto prohibido que él se esperaba escuchar.

Josie encendió la radio y sonó Dolly Parton, «Here You Come Again», y lo

dejó.

—¿Podrías sentarte con tu hermana? —pidió Josie.

Paul se retiró a la parte trasera.

—¿Es Dolly? —preguntó el niño.

Josie contestó que sí y subió el volumen. Más adelante, encontró la carretera y cogió la salida. Aunque no esperaba mucho tráfico, le sorprendió no ver ningún coche, en ningún sentido. Se sintió aún más como si estuvieran solos en el espacio, en una nave espacial antigua, una nave impresionante, pero solos y sin directrices que obedecer.

Y entonces, escondida tras una colina alta unos quinientos metros más adelante, apareció una luz. Era un destello naranja que asomaba tras la curva de tierra, como un amanecer, y Josie se descubrió mirando la hora para asegurarse de que no podía ser el sol. No. Pasaban veinte minutos de las doce. Aminoró. Supuso que se trataría de algún equipamiento de seguridad, luces de alarma de algo. Se preparó para detenerse.

La carretera encaró la curva ciega y, al salir, una franja naranja brillante se extendió ante Josie. La ladera estaba ardiendo.

—¿Es un incendio, mamá? —preguntó Ana.

Era un incendio, de medio kilómetro de anchura y profundidad infinita, pero no podía ser. No se veía a nadie por los alrededores. Ni policía, ni camiones de bomberos, ni barreras. La carretera por la que circulaban los conducía más o menos directos a las llamas. La nave espacial volaba hacia el sol.

—¿Qué estamos haciendo, mamá? —preguntó Paul.

Josie detuvo el Chateau. El corazón se le aceleró, pero sus ojos habían quedado cautivados por el espectáculo extrañamente pasivo del muro de fuego. Una racha de viento blanco, una polvareda, borró la vista.

Por encima de Josie comenzó a sonar el estruendo de un helicóptero y un

foco iluminó la colina y luego la carretera y, finalmente, deslumbró el Chateau. La luz blanca atravesó las persianas y pintó a listas las caras de los niños.

—¡Me brilla el brazo! —gritó, contenta, Ana.

Una voz graznó en las alturas. Josie no la entendió. Abrió la ventanilla y al instante se ahogó. El aire era acre, tóxico. Tosió, se atragantó y cerró la ventanilla.

—Tienes que dar media vuelta, mamá —dijo Paul—. Te lo acaban de decir.

Entonces Josie también lo oyó:

—Gire inmediatamente —ordenaba una voz femenina desde arriba, cual dios mecánico y enfadado—. Gire y váyase. Rápido, ya.

Josie giró en tres movimientos mientras el helicóptero la sobrevolaba y luego enfiló la carretera en sentido opuesto. Durante los primeros kilómetros el helicóptero apareció periódicamente como para confirmar que Josie no era una conductora suicida camino de la autodestrucción.

«Permanezca en la carretera —le dijo la voz—. No dé la vuelta. Continúe hacia el norte.» Al poco, el helicóptero se desinteresó y los dejó en paz, de nuevo en la oscuridad silenciosa.

—¿Era un fuego de verdad, mamá? —preguntó Ana.

—Pues claro —dijo Paul—. Un incendio forestal. De un millón de hectáreas.

—¿Nos quemará? —inquirió la niña.

Josie le contestó que no, que no estaban ardiendo un millón de hectáreas, que no los quemaría, ni el fuego ni nada, y que de todos modos se habían alejado mucho, estaban a salvo y escaparían a cualquier incendio.

Condujo hacia el norte durante una, dos horas, y los niños al final se durmieron. En esa zona del estado no había señalizaciones, áreas de descanso ni indicios de asentamientos humanos. Era una locura seguir adelante sin tener la menor idea de si se dirigían al oscuro corazón del estado... ¿no era un parque nacional donde mandaban los osos?

Josie buscaba cualquier tipo de alojamiento o un parque para caravanas, pero no encontró nada. Siguió al volante y por fin vio un cartel de ALOJAMIENTO Y DESAYUNOS y paró. Miró la hora. Eran las cuatro y media. Viró por la entrada de tierra y el cambio de velocidad despertó a los niños. La propiedad ocupaba una hectárea y media al lado de un risco altísimo. La casa principal era una vivienda familiar de dos plantas con bicicletas y triciclos delante y un coche motorizado tamaño infantil, al que Ana ya le había echado el ojo. A oscuras, Josie y sus hijos bajaron de la caravana y rodearon la casa buscando la entrada principal, llamaron al timbre. No contestó nadie.

Por entre los matorrales de detrás de la casa se vislumbraba una lucecilla ambarina. Josie condujo a los niños hacia allí.

—¿Nos quedamos aquí? —preguntó Ana, y Josie pensó en lo raro que era lo que estaban haciendo, recorrer un sendero del bosque hacia una casita en lo alto de un risco pasada la medianoche, a solas.

Por fin vieron la casita, parecía nueva. La luz ambarina procedía de un aplique del porche, de aspecto alegre, con sillas nuevas y cojines mullidos. Dentro también había luz y Josie, aunque sospechaba que la casa podía estar ocupada y existía la remota posibilidad de que apareciera alguien, airado o armado, también confiaba claramente en que estaría vacía. Atisbó dentro y aguardó a detectar algún movimiento. No se produjo. Era una casita de madera y todo el interior estaba construido en pino nuevo y a la vista: una cocina minúscula, un par de sofás y sillas a juego y un altillo, donde se veía una cama grande, cubierta con un grueso edredón amarillo.

—No podemos entrar —dijo Paul.

—¿Por qué no? —preguntó Josie.

—No hemos pedido permiso.

Josie ya había decidido que dormirían en la cabaña o en el Chateau aparcado en el camino de entrada. Esa noche no pensaba conducir más y la finca parecía acostumbrada a recibir invitados.

Giró el pomo de la puerta de la cabaña. La abrió. El interior era nuevo, de buena construcción, todavía olía a madera recién cortada y lacada. La casita era sólida, estaba limpia, aparentemente sin estrenar. Entró.

—Vamos —animó a los niños.

Esperaban de pie en el porche, Paul retenía a Ana de la mano.

—Hemos intentado pedir permiso. Pero no están en casa —dijo Josie, y le vino la inspiración.

Paul necesitaba orden y no salirse de la senda de la rectitud moral y, además, por fortuna, le gustaba que le asignaran tareas y se enorgullecía de su caligrafía. Josie lo aunó todo.

—A menudo en este tipo de pensiones —explicó cambiando a un tono de autoridad displicente— el cliente llega cuando los patronos —continuó, sabiendo que Paul no entendería la palabra, pero usarla subrayaría su autoridad— ya están durmiendo. Se acostumbra a —dijo, y exageró la indiferencia, pensó incluso en bostezar— dejar una nota y colgarla en la puerta.

—¿En esta?

—No, en la de la casa principal. ¿Podrías encargarte tú, Paul?

Por supuesto que sí. Paul escribiría la nota, la doblaría y la pegaría a la puerta delantera y afrontaría la tarea con seriedad y alegría. El único problema radicaba en conseguir que se diera prisa. Dada su cautela y exactitud, este tipo de encargo solía exigirle una hora. Algo que habían

mencionado en el colegio: trabajo pulcro y bueno, pero problemas para gestionar el tiempo.

De modo que fueron al Chateau y, mientras Paul se sentaba en la banqueta a trabajar en la nota —no necesitó indicaciones, sabía lo esencial y pretendía insuflarle vida nueva a la forma—, Josie cogió el neceser y llenó una bolsa con ropa y juguetes. Para cuando acabó, Paul había concluido la nota.

«¡Saludos! Hemos visto el Cartel. Estamos durmiendo en su maravillosa Cabaña. ¡Gracias!»

La verdad, parecía suficiente, y así se lo dijo Josie a Paul. Paul se vino abajo.

—O podrías añadir algo más —se corrigió Josie—, pero tenemos que movernos.

Le propuso acabar la nota en el Chateau mientras Ana y ella se instalaban en la cabaña y el niño ni siquiera levantó la vista.

—Me quedo con Paul —dijo Ana.

Se había colocado junto al hermano y observaba atentamente cómo trabajaba.

Josie regresó a la casita y abrió la puerta, olía a limpio y buen gusto. La casa se había construido prestando atención a los detalles y la máxima comodidad de los visitantes. Había una nevera nueva, un horno nuevo, una cafetera nueva... de hecho, había media docena de electrodomésticos por toda la cocina y ninguno parecía usado. Josie abrió la nevera y resultó que estaba encendida y fría, pero vacía, a estrenar.

Estaba claro que eran los primeros en ocuparla.

Volvió al Chateau y encontró a Paul y Ana en el mismo sitio, Paul sacando la lengua y trabajando con la mano, apretando demasiado el lápiz (siempre demasiado esfuerzo). Josie preguntó si le faltaba poco.

Ana negó con la cabeza, como si fuera la ayudante del hermano y estuviera

encargada de evitarle distracciones.

—Casi estoy —dijo Paul sin levantar la vista.

—¿Puedo verla? —pidió Josie.

No, pero a los pocos segundos, Paul terminó.

«¡Saludos! —rezaba la nota—. Hemos visto vuestro Cartel. Estamos durmiendo en vuestra maravillosa Cabaña. ¡Gracias! Hemos llamado a la puerta y el timbre, pero no ha contestado nadie. ¿Dormís? No os despertaremos. Por favor, despertarnos por la mañana. Hemos visto un incendio forestal y estamos cansados. Gracias,

Josie, Paul y Ana.

P.S.: Os pagaremos por usar la Cabaña.»

Después de que Josie le señalara el error «despertarnos/despertadnos», Paul corrigió la nota y la pegó en la puerta delantera de la casa principal. Josie condujo a los niños a la cabaña y, una vez dentro, se sentaron en todas las sillas y Ana subió corriendo al altillo y, desde arriba, fingió que se caía.

—¡Oh, no! —chilló—. ¡Que me mato!

La cama de arriba era bastante grande para todos. Ana pateó y se retorció a modo de expresión de lo cómoda y contenta que se sentía y Paul dobló la almohada. Josie se acostó con los niños, en aquella casa que más o menos habían forzado. Como en ese momento apareciera alguien, no pintaba bien. Si llegaba alguien en las próximas horas, una vez Josie se hubiera dormido, la situación podía complicarse. ¿Leerían la nota que había escrito Paul? Josie se planteó dejar otra nota en la puerta del Chateau que dirigiera al lector a la cabaña. A Paul le habría encantado esa sensación de control y continuidad como en el mapa de un tesoro.

Pero lo que estaban haciendo era aceptable, se dijo Josie. Caía dentro de

los límites de lo que se consideraba un comportamiento apropiado e incluso legal. En otros tiempos, ¿verdad?, se había considerado correcto y bueno partir de viaje y, al encontrarse una cabaña vacía en el bosque, pernoctar en ella y luego limpiarla, dejarla tal cual la habías encontrado, a punto para el siguiente viajero cansado, ¿no? Debiera estar permitido. Josie y sus hijos, tan a gusto y calentitos y agotados en la cama del altillo que olía a cedro y pino, deberían estar permitidos.

Después de leer una revista vieja de la cabaña, *Vela y veleros*, Josie descendió, cerró la puerta con llave, apagó la luz, volvió a subir por la escalera de mano y los tres se acurrucaron bajo el grueso edredón. Solo entonces se fijaron en la claraboya y, a través de ella, vieron una rodaja de luna, la más ligera de las sonrisas.

Ana se durmió en cuestión de segundos, pero Josie supo sin mirar en su dirección que Paul seguía despierto y observando la luna.

—El otro día te oí hablar con Ana —dijo Josie—. Cuando te inventaste el cuento ese del anillo de pájaros alrededor del mundo.

Josie distinguió de manera vaga el perfil de la cara de Paul volviéndose hacia ella. Pensó que el niño sonreía, pero no podía asegurarlo.

—La tratas de maravilla —dijo Josie, y estaba llorando.

Estaba segura de que Paul la miraba fijamente. El niño no dijo nada, pero pese a la oscuridad Josie captó que le decía que la conocía. Que lo sabía todo de ella. Lo débil que era. Lo imperfecta. Lo pequeña y humana. Le transmitió que la quería tal cual era. Que era de este mundo, que no era una enviada de los cielos ni un ser infalible... lo que habría sido más difícil para él y todavía más para Ana.

Sé que esta noche te has asustado, le dijeron los ojos de Paul.

Tú también, le transmitió Josie.

Te las has apañado bien. Y nos has traído hasta aquí. Entiendo el porqué.

Entonces, como si el intercambio hubiera concluido o fuera demasiado intenso para continuar, Paul se volvió y se durmió.

Josie cerró los ojos y se relajó, y al rato se sumió en un sueño profundo, en una placidez que todavía no había conocido en ese estado en llamas.

La mañana color avellana cayó por la claraboya, cálida y ligera como una pluma, y ellos seguían solos, todavía en la cama. Eran casi las diez. Josie se sentó y miró por la ventana hacia la casa principal, y constató que la nota de Paul seguía allí. No había ido nadie. Se despezó, con la sensación de haber dormido en una nube. Era la cama más decadente que había disfrutado jamás. Miró a Paul, que seguía lejos, soñando bajo las mantas, de donde asomaban solo los ojos y el pelo. Ana se despertó, se frotó los ojos. Josie se llevó un dedo a los labios para pedirle que no despertara a Paul y la niña asintió: una muestra de contención poco habitual en ella. Los tres se habían salido con la suya, algo inocente, habían robado una noche de sueño.

Paul volvió la cabeza.

—¿Ya nos levantamos?

—No —dijo Josie, y cerró los ojos confiando en que él haría lo mismo.

Pero la voz de Paul había activado a Ana y Ana era un cometa: no tenía vuelta atrás. Estaba despierta y no tardó en ponerse de pie en la cama, taparse luego otra vez con el edredón y patear furiosa, exultantemente. Después volvió a levantarse y se sentó en la barriga de su madre y apoyó la pesada cabeza en su cara, era una bola de demolición forrada de pelo rojo.

—Voy a por algo de comer —dijo Josie.

De camino al Chateau pasó por delante de la casa principal, que seguía sin rastro de ocupantes ni vehículos nuevos. Dentro del Chateau, la zona trasera le transmitió una tristeza demoledora. Ahora más que nunca la caravana era

una cochinada. Eran unos cochinos que merecían una máquina así de sucia. Pero, por otro lado, eran unas bellas criaturas que se sentían como en casa en una cabaña inmaculada junto a un risco de treinta metros. Cogió leche, cereales y manzanas y regresó a la casita.

Fuera los pájaros cuchicheaban, el sol se levantaba. El muro de montañas de detrás de la bahía acogía los raudales de sol con magnanimidad. Josie, Paul y Ana comieron y lavaron los platos con la presión estupenda del agua del grifo y los secaron con papel de cocina suave y absorbente. Josie decidió que podían quedarse un día más. Que podían hacer las camas y adecentar la cabaña para disimular que habían pasado allí la noche. Se quedarían por los alrededores a ver qué y luego, si por la tarde no había aparecido nadie, dormirían otra vez en la cabaña. Era ideal, teniendo en cuenta que podría estar buscándolos cualquiera: la policía, atención a la infancia, Carl, un enviado de cualquiera de los anteriores. Allí la caravana y ellos estaban escondidos, no había registro alguno ni prueba de su presencia. De hecho, Josie pensó que los contratiempos, el haber atravesado un incendio, podrían haber servido, de forma involuntaria pero brillante, para despistar a cualquiera que pudiera estar siguiéndoles la pista.

Después de desayunar exploraron la finca; Josie preparada para que en cualquier momento aparecieran los dueños o conserjes. Retiraron la nota de la puerta, decidieron que si acudía alguien fingirían que acababan de llegar.

Encontraron una senda que cruzaba el bosque en dirección al risco. Pero antes de alcanzarlo el camino viraba y los condujo a una pequeña glorieta blanca a escasos metros del borde del precipicio, y Josie dedujo que allí se celebraban bodas. Quizá se alquilara la finca entera para ceremonias, podían reunirse entre cinco y diez familias a presenciar los juramentos y pernoctar. Ana empezó a correr en círculos por la glorieta y, a la tercera vuelta, se mareó y se agarró a la barandilla, jadeando. No se les ocurrió ninguna otra

actividad.

Regresaron al jardín principal y enseguida Ana encontró una pelota de fútbol y empezó a patearla y perseguirla, atacándola como un gato embestiría un ovillo de lana gigante. A Paul le pareció divertidísimo, y el prado era amplio y plano, el sol espléndido y el cielo claro, de modo que Josie no vio nada de malo en sentarse en una de las sillas de plástico de jardín y dejar que los niños corretearan mientras ella no hacía nada. ¿Podría vivir aquí?, se preguntó. A kilómetros de todo. Sin oír la carretera desde el jardín. Algún que otro alce. La posibilidad de ver osos o lobos. La vista espectacular. La imposibilidad de que los vecinos se quejaran de que dejabas trastos en el jardín. Pensó en instalarse indefinidamente, pero si se quedaban la pillarían y entonces tendría que negociar y que enfrentarse a la mirada desconfiada de quienquiera que los encontrara. Solo con que en adelante pudiera evitar las miradas críticas, sobreviviría. Pero todas las miradas censuraban, así que mejor moverse y ver sin ser vista.

Por otro lado, la casa, la finca, demostraba el esplendor del territorio, del país. Había tanto. Había tanto espacio, tanta tierra, tanto de más. Invitaba a las gentes sin hogar y cansadas como ella, a sus hijos encomiables. Se le ocurrió que todos los perseguidos y los errantes del mundo podrían cobijarse allí. El clima de Alaska estaba atemperándose, ¿no? Pronto sería una tierra indulgente, con inviernos suaves e innumerables hectáreas deshabitadas y montones de viviendas desocupadas como aquella, esperando a recibir a los viajeros desesperados del mundo. Era una idea maravillosa, un concepto soporífero. Josie cerró los ojos, sin saber que se dormiría.

Cuando abrió los ojos, el aire estaba helado y los niños habían desaparecido. Se levantó sobresaltada, los llamó, con la mente reventándole de imágenes de

los dos saltando del despeñadero: Ana primero, Paul después, tratando de salvarla, y los dos precipitándose al vacío, preguntándose dónde se habría metido su madre. Se había quedado dormida en la silla de plástico.

Los encontró en el granero, sentados en un tractor antiguo. No era seguro del todo, pero tampoco peligroso. Paul se había encaramado al viejo asiento metálico del conductor y tenía a Ana en el regazo, que agarraba el volante con las manitas. Ana se volvió hacia Josie, sonriendo.

—¡Mira, mamá! —dijo la niña.

El garaje estaba lleno de cabezas de animales colgadas. Algo extraño, tomarse la molestia de matar y disecar tantos animales solo para colgarlos en un lugar oscuro que nadie visitaba. ¡Piénsalo! Matar animales y que te importen tanto, te interese tanto celebrar sus muertes, que pagarías cientos de dólares por disecarlos, solo para almacenarlos en una sala remota. Remitía a la abundancia infinita del mundo animal, legiones de mamíferos reemplazables, de sobras para disecar y esconder un gran porcentaje de ellos.

Josie pensó en su sótano, en las cosas que guardaba a pesar de que sabía que se sentiría liberada sin ellas. Sabía que se sentía liberada fuera de aquella casa, que se sentía más libre sin su trabajo, más libre lejos de aquellas bocas sucias y calientes. Se sentía más libre en Alaska que en su casa, más libre sola que rodeada de sus pretendidas amistades, y estaba segura de que se sentiría mucho más libre sin que le pesaran los huesos y le colgaran las carnes, sin toda esa piel cada vez más vieja y necesitada de comida, agua e hidratación. ¡Ser un fantasma! Verlo todo, ver cualquier cosa, pero sin ser visto... sería una bendición.

—Deberíamos irnos —les dijo.

—¿Que nos vamos? —preguntó, indignado, Paul.

Josie acababa de tener una sensación rara. Provocada por las cabezas de la pared. La naturaleza siniestra de sus muertes la había afectado. La noche

anterior habían tenido suerte y la suerte podía acabarse, se acabaría, lo más probable era que cambiara radicalmente.

—No, mamá —dijo Paul.

A continuación, expuso un argumento absolutamente racional. Ya habían pasado allí una noche. No había ido nadie. Habían dejado la nota en la puerta. Él mismo podía dejar más notas: en las ventanas, en la puerta del Chateau, de la cabaña. Lo peor que podía pasar era que tuvieran que pagar dos noches de estancia. La gran tragedia del padre soltero era que tu hijo mayor se convirtiera, no solo en confidente, sino en consejero.

Decidieron quedarse, pero Josie se reservó el derecho a cambiar de parecer en cualquier momento. El cielo se mantuvo azul toda la mañana y se dieron un banquete de perritos calientes, arroz y pastrami que prepararon en la cocina y el microondas de la cabaña y comieron en platos de verdad con vasos de cristal, sentados en taburetes a la encimera de la cocina, y después Paul y Ana regresaron al jardín, donde se instalaron a jugar a su versión particular del croquet. Descubrieron una rana pequeña y Ana consiguió atraparla sin alborotar y transportarla durante una hora en sus manitas regordetas. Y Josie los contempló desde la silla y terminó sus «Rastros olvidados».

Uno bueno: «Mi bisabuelo, James A. Layman, combatiente confederado, soldado raso, cía. D, Caballería, cía. A, se licenció con honores el 10 de mayo de 1865 e ingresó en el Hogar de los Soldados Confederados de Higginsville, Missouri, el 19 de octubre de 1900, procedente del condado de Pulaski, en Missouri. Consta como residente hasta 1902. Salió de allí para trasladarse a la residencia confederada de Pewee Valley, en Kentucky, donde consta en la habitación 31 del ala sur el 31 de enero de 1905. A partir de aquí no sé más: ni fecha ni lugar del fallecimiento ni del entierro. Agradecería cualquier

colaboración».

Llegó el anochecer, Josie estaba agotada y les quedaba muy poca comida. Pero se las ingenió para preparar tortillas y una peculiar ensalada de lechuga, melón y trocitos de beicon y salchicha. Los niños lo devoraron todo y a las ocho estaban listos para acostarse.

—¿Podemos? —preguntó Paul.

—Por supuestísimo —dijo Josie, y Ana trepó por la escalera al altillo, seguida de Paul.

Este pidió *Velas y veleros*, que pensaba leerle a su hermana, y Josie le tendió la revista mientras miraba alrededor, buscando algo más que hacer. Nada. La sencillez absoluta. Quizá, pensó Josie, todos necesitaran un buen descanso: doce horas de sueño para sentirse como nuevos. Apagó la luz principal y dejó solo la del porche y la lamparita de junto a la cama de los niños, a los que oía debajo de la ropa; Paul le leía en susurros a Ana.

La puerta se abrió tan sigilosamente que Josie imaginó que sería uno de los niños. Pero los niños estaban durmiendo en el altillo. Por tanto, tenía que haber sido el viento. Josie no había cerrado bien la puerta y el viento la había abierto.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó una voz masculina.

Josie saltó a la primera palabra. Se volvió y vio a un joven con pantalones de camuflaje, camisa sin mangas y gorra de béisbol. Tenía los ojos pequeños, azules, y perilla negra. En ese único segundo de suspense, Josie tuvo tiempo de confiar en que fuera un tipo amable, un dueño que había visto la nota y la había juzgado comprensible, al que había enternecido la letra infantil de Paul. Durante dicho segundo existió la posibilidad de que aquel hombre solo quisiera saber lo que pasaba y de que Josie pudiera explicárselo fácilmente, de que aceptara el dinero y los invitara a quedarse.

—Y tú ¿quién coño eres? —preguntó en cambio el hombre.

Josie no respiró. Los ojillos azules, la indumentaria de cazador... Podía pasar cualquier cosa.

—Hemos dejado una nota —consiguió decir Josie.

—¿La caravana es tuya? ¿Eres okupa? ¿Con quién estás?

Todavía no había visto a los niños. Estaba en el umbral de la puerta, a metro y medio de Josie, listo para apartarse, como si dudara de querer permanecer en la misma habitación cerrada que ella, como si se hubiera encontrado un murciélago dentro de la cabaña y quisiera dejarle paso para que escapara.

Josie miró arriba para ver dónde estaban Paul y Ana y no vio nada. Estaban escondidos en el altillo. No consiguió imaginar cómo se les había ocurrido esconderse, cómo Paul mantenía callada a su hermana, pero por una fracción de segundo le pudo la admiración. Se acordó de Ana Frank.

—¿Estás sola?

Josie ya había decidido que no mencionaría la noche previa. Diría que acababan de llegar, habían escrito la nota, tenían dinero, lo arreglarían.

—Hemos visto el cartel —dijo Josie, en una voz que le sonó débil y asustada—. No contestaba nadie. No podíamos quedarnos en otro sitio.

—¿O sea que has allanado la cabaña?

Subió el volumen. Había cambiado algo. Tal vez estuviera drogado. Apretaba los puños. Josie buscó un arma con la mirada. Después volvió a mirar al altillo. Ni rastro de los niños.

—¿Quién anda allá arriba? —preguntó el hombre a gritos—. ¿Quién cojones está allí arriba?

—Calma, por favor. Ya nos vamos.

—No, voy a avisar a la policía. Eso. Tú no te muevas.

Y se fue. Josie no sabía adónde. ¿Quizá no tuviera móvil o se lo hubiera dejado en la casa principal? Pero los había dejado solos, o sea que tenía unos

minutos. Corrió escaleras arriba y encontró a Paul y Ana debajo de las mantas y despiertos. Con las cabezas juntas y los brazos de Paul rodeando a la niña en una suerte de abrazo mortal, de pacto de Pompeya.

—Vamos. Ya —dijo Josie.

Josie cogió a Ana y bajó las escaleras en dos pasos. Levantó los brazos y bajó a Paul del primer peldaño y empujó a los dos por la puerta. Volvió dentro, recuperó el talego y embutió la ropa que había sacado y se reunió con los niños en el porche. Se detuvo, atenta por si veía u oía al hombre. Ni rastro.

Tenían que llegar al Chateau sin pasar por el sendero.

—Seguidme —ordenó.

Cargó con Ana y cogió a Paul de la mano para cruzar el bosque hacia el risco, con la intención de bordearlo hasta el camino de entrada a la finca. El hombre no los vería hasta que entraran en la caravana.

—Cuidado, mamá —dijo Paul señalando la caída en picado, a escasos metros a su izquierda.

—Chsss... —dijo Josie avanzando veloz hacia el camino.

Entonces vio al hombre salir de la casa principal. Tenía un teléfono pegado a la oreja, el receptor inalámbrico de un teléfono fijo, y miraba en dirección a la cabaña. Josie supuso que llamaba a la policía.

Bien, pensó. Ahora bastaba con llegar al Chateau y marcharse. Tal vez la persiguiera la policía, pero no podían andar cerca. Les sacaría veinte minutos de ventaja. Josie notaba el corazón en la boca, en las orejas. Observó al hombre, de pie fuera, de cara a la cabaña. Estaba vigilando cualquier movimiento de Josie, convencido de que seguía dentro de la casita. Josie solo necesitaba que regresara a la casa principal o se dirigiera a la cabaña a por ellos. Así les daría tiempo de llegar a la caravana y marcharse.

Se volvió hacia Paul.

—Vamos a correr hasta el Chateau. En cualquier momento. ¿Preparado?
Paul asintió.

El hombre se apartó el teléfono de la oreja, presionó un botón y las luces naranjas del aparato se apagaron. Se lo guardó en el bolsillo y se encaminó a la cabaña, los matorrales sombreaban su figura blanca.

—¿Ya? —preguntó Paul.

—Espera —dijo Josie. Cuando el hombre llegó enfrente de la cabaña, susurró—: Ya.

Y salieron corriendo del bosque en dirección al Chateau campo a través. Estaban en el camino de entrada cuando los delataron las pisadas sobre la grava.

—¡Eh! ¡Volved, me cago en...! —chilló el hombre.

Josie abrió la portezuela de la cabina y lanzó a Ana adentro. La niña se golpeó; Josie supo que lloraría, pero que no se había hecho daño. Paul subió y Josie lo empujó. Antes de entrar, Josie vio al hombre corriendo hacia ella, cruzando el prado y enfilando el camino. Era velocísimo. Josie cerró la portezuela, metió la llave en el contacto y arrancó el motor. Metió la marcha y el Chateau avanzó justo cuando resonó un golpetazo en el parachoques trasero. Josie lo había atropellado. No. El hombre golpeaba con la mano la parte trasera del vehículo. El lateral. La parte de atrás del Chateau se hundió. El hombre había agarrado la escalera. Se había subido a la caravana. Imposible. No, posible. Era la clase de individuo que saltaría sobre el vehículo.

—¡Venga, mamá, venga! —dijo Paul.

—Ya voy —bufó Josie.

Pisó a fondo. El motor rugió y la gravilla escupió. Dieron una sacudida adelante y luego se ladearon a la derecha al tomar la curva con que el camino salía a la carretera. Hay un hombre encima del vehículo, pensó Josie. Se lo

imaginó colgando de detrás, reptando hacia ella. Para cuando la alcanzara estaría dispuesto a matarla.

El camino se elevaba bruscamente al tocar la carretera y Josie aceleró, creyendo que la inclinación repentina podría desprender al tipo de la escalera. El parachoques delantero golpeó con la calzada y el capó brincó con un crujido. El Chateau botó y chirrió mientras viraban y tomaban la carretera a toda velocidad.

—Atrás —les dijo a los niños.

Ana se desgañitaba, pero Josie no la había oído hasta entonces. ¿Y si el tipo seguía detrás y conseguía entrar? Por el techo. Por otro lado.

—No, quedaos aquí —le dijo a Paul—. Los dos. Escondeos ahí abajo —dijo y señaló al suelo del asiento del acompañante.

Quería tenerlos cerca, a la vista. Paul obedeció y se acurrucó con Ana a oscuras.

Ahora circulaban por la carretera y alcanzaron cuarenta, cincuenta, sesenta kilómetros por hora. A Josie no le quedaba sino suponer que el tipo seguía en la escalera, aunque existía la posibilidad de que hubiera saltado, de que se hubiera caído. Pero no podía parar a comprobarlo. Si seguía colgando de la escalera, estaría desquiciado y desesperado y les haría daño. Pero Josie no podía seguir conduciendo sin más, circulando a toda pastilla por la carretera con un hombre aferrado a la escalera, ¿no? Tenía que hacerlo. Así que lo hizo, mientras esperaba oír al hombre trepar o aporrear o que la parte de atrás se hundiera cuando saltara.

En un destello de inspiración Josie cayó en la cuenta de que podía parar en una gasolinera y allí, bajo las farolas, detenerse sin peligro: el hombre no intentaría nada. De modo que recorrió otros veinticinco kilómetros hacia el norte antes de ver las luces blanquiazules de una gasolinera. Aminoró, aguzó el oído, atenta a los posibles sonidos de un individuo reptando por la caja de

latón que conducían. Cuando se desvió, vio una silueta al otro lado del vidrio verde, una mujer de pie tras el mostrador, mirando un pequeño televisor. Josie se fijó a ver si la mujer detectaba algo raro en el Chateau. La mujer miró en su dirección y luego volvió a centrarse en la pantalla.

Josie detuvo el Chateau lo más cerca de la puerta de la gasolinera que pudo y esperó. El hombre podía elegir ese momento para atacar, para vengar su angustiante viaje. Pero tampoco esta vez hubo movimiento. Y a Josie se le ocurrió una idea. Tocó el claxon. La cubierta de la gasolinera multiplicó por tres el volumen del claxon, que rebotó en los cristales de la tienda. La mujer del mostrador se asustó y miró a Josie con expresión enfurecida.

Josie saludó, se disculpó a través de tres capas de cristal y le pidió mediante gestos frenéticos que saliera. La mujer negó con la cabeza, no. No podía dejar su puesto. ¿Qué razones podía tener nadie para hacerla salir? Las únicas posibles eran todas peligrosas.

Pero al final Josie la convenció. La mujer abrió la puerta delantera de la tienda y asomó la cabeza.

—No puedo salir —dijo.

Josie bajó la ventanilla del lado del acompañante.

—¿Ve alguna cosa por fuera de la caravana? —preguntó Josie.

—¿Cómo dice?

—¿Hay alguien encima de la caravana? ¿Un hombre?

—¿Un hombre agarrado a la caravana? —La mujer había repasado de arriba abajo el Chateau, pero no había detectado nada—. No.

—¿O sea que arriba no hay nadie? ¿Ni detrás tampoco?

Entonces la mirada de la mujer transmitió miedo, confusión, por Josie y la tarea que le encomendaba. No obstante, alargó el cuello para mirar detrás del vehículo y negó con la cabeza.

—No.

Solo entonces Josie se atrevió a abrir la portezuela. En otro cálculo absurdo, intentó adivinar el posible punto de ataque del hombre, justo enfrente de la puerta, y por tanto decidió saltar desde el vano a la zona blanquiazul de la gasolinera y sembrar la máxima distancia posible entre ella y el Chateau. ¿Tal vez el tipo saltara, errara el cálculo y aterrizara en el suelo?

Josie abrió la portezuela, saltó y no pasó nada. Se abalanzó contra la puerta para cerrarla —¿acaso no acababa de exponer al peligro a sus hijos?— y luego recorrió a toda velocidad la gasolinera en busca de cualquier posible posición estratégica para un hombre con pantalones de camuflaje que tal vez llevara una hora colgando de un vehículo. No vio ninguna.

La mujer de dentro, eso sí, hablaba por teléfono. Lo más probable era que estuviera denunciando a Josie a las autoridades. Josie pensó fugazmente en quedarse, porque no había hecho nada de lo que pudiera quejarse la dependienta ni que la policía pudiera demostrar.

Volvió al Chateau y arrancó, imaginándose que le rompían una botella en la cara. Hacía tiempo que no, pero esa imagen, la de una botella rota contra su cara, formaba parte de su vida de forma intermitente desde que tenía doce años. No podía explicárselo a nadie sin despertar una gran preocupación, de modo que nunca lo mencionaba, porque no era problemático ni un síntoma de una psicosis floreciente. No guardaba relación con la cara paralizada. La había precedido veinte años. Josie estudiaba sexto curso, justo después de lo de Candyland, cuando empezó y, desde entonces, le ocurría con regularidad y no era para tanto. Era solo la visión recurrente de una botella rompiéndose en su cara. De las decenas de miles de pensamientos que ella, como todo el mundo, tenía en un día cualquiera, un par de veces diarias veía nítidamente una botella, una botella de refrescos de los años setenta con sus curvas y sus estriaciones, rompiéndosele en la cara, y no era para tanto. Nunca quedaba

claro quién asía la botella e ignoraba sus posibles motivos, pero en todo caso la botella aparecía balanceándose ante su vista y se rompía contra su nariz y su mejilla, los añicos se esparcían como la lluvia. Nunca dolía. No la perturbaba. Era solo una botella rompiéndose en su cara. Tenía algo que ver con el castigo, pero también tenía algo de payasada. Era un poco como la tarta contra la cara, un pequeño castigo corporal a cargo de un dios payaso enfadado.

En el fondo no era nada.

Sus hijos seguían escondidos en el suelo.

—Ya podéis salir —anunció Josie.

—Está dormida —dijo Paul.

Estaban tan enredados que Paul tampoco podía moverse sin despertar a su hermana, de modo que Ana los dejó en el suelo sucio a oscuras y siguió conduciendo.

Un chillido despertó a Josie. Estaba durmiendo en el sofá de la cocina y sus hijos arriba, en un parque para caravanas que había encontrado hacia medianoche. No tenía ni idea de en qué parte del estado se encontraba. Por las persianas de la cocina el día parecía despejado y templado.

Seis horas antes iba conduciendo en plena noche cuando había descubierto el anuncio, el camino de grava, y había pagado cuarenta y cinco dólares por aparcamiento y suministros. Se había dirigido a recepción y había despertado al encargado, un cincuentón o sesentón atractivo llamado Jim, que había sido amable y comprensivo y le había dado las llaves de las duchas y el código de la arqueta (Josie no le dijo que no pensaba utilizarla). También la había invitado a un chupito de bourbon, suponiendo que lo necesitaba, y después Josie había vuelto atontada al Chateau y se había dormido en el sofá.

Ahora era por la mañana y estaba despierta y alguien seguía chillando. Aunque, por lo que fuera, resultaba obvio que eran chillidos alegres, gritos felices de «¡Hola!» y «¡Estamos aquí!».

—¿Mamá? —la llamó Paul.

—Estoy aquí abajo —respondió Josie.

Paul bajó y, como Josie seguía en el sofá, se tumbó encima de ella como un guepardo en una rama grande. Ana lo siguió, bajó del altillo y se subió encima de Paul, colocándose con cuidado. Josie absorbió todo el peso y por un momento le pareció estupendo, luego supo que la mataría.

—Largo —dijo Josie.

Se desperezaron y desayunaron cereales y cuando el sol asomó por encima de los árboles salieron del Chateau y Josie recordó dónde estaban. Reprodujo mentalmente el trayecto hasta allí, la luz gris de los faros arañando la grava del aparcamiento, luego la recepción, Jim, el bourbon, las explicaciones sobre el plano del parque y sus rincones más escondidos. Estaba la casa principal, la recepción: un edificio amplio y sólido de troncos rojos y masilla blanca con un gran porche. Después estaban el aparcamiento de grava, de cara al río, y una cuadrícula de caravanas y casas prefabricadas de espaldas al bosque. La interestatal pasaba cerca, por arriba, pero no se oía y cruzaba el río por un sencillo puente de piedra. Cuando Josie salió a disfrutar del día, se fijó en que había aparcado junto a otro vehículo con aspecto más o menos permanente. Lo rodeaba una cerca de madera blanca y adornaban las ventanas macetas de flores y banderas.

Josie pensó en qué día era, sábado. Ese día, en aquel parque de caravanas, se celebraba una boda en la que participarían mujeres chillonas. Si ya estaban chillando a las ocho de la mañana mientras llevaban la cubertería de plástico al salón de actos, ¿qué ruidos emitirían durante la ceremonia?

El edificio del salón se alzaba entre el Chateau y el río y, por tanto, Josie consideró de lo más natural plantar la silla plegable de cara a la fiesta nupcial. Entró en el Chateau, se preparó un té y regresó para ver la reunión como quien ve las noticias matinales por la televisión.

A su espalda, la puerta se quejó al abrirse y Josie se volvió y vio a Paul y Ana vestidos con la ropa del día anterior.

—¿Quién se casa? —preguntó Paul.

Eran muy jóvenes. Los hombres vestían de traje, sin la chaqueta, mientras que las damas de honor iban en pantalón corto y camiseta para cambiarse luego, y entre todos se pusieron a decorar el edificio con serpentinas y claveles blancos mientras los tíos y los padres trasladaban las mesas y las

sillas al salón. Estaban pasándolo en grande, y de vez en cuando los padrinos aupaban a las damas de honor y provocaban aún más gritos. Eran muy jóvenes, y Paul caminó despacio hacia ellos, como atraído por una fuerza invisible.

Josie no dijo nada, quería ver hasta dónde llegaba su hijo. Paul dio tres pasos y se detuvo, observó. Cuatro pasos más. Ana no mostró el menor interés, estaba jugando a la sombra del Chateau, hablando sola mientras inmovilizaba a un hombre verde y musculoso, pero Paul estaba en trance, con las manos delante y retorciendo los dedos.

—Hay una niña en mi clase con la que quizá me case algún día —anunció Paul sin emoción, como quien ve pasar una nube.

—¿Helena? —preguntó Josie.

—Sí —confirmó el niño con la vista clavada en los invitados que iban llegando.

Y ahora, por debajo del puente, por un sendero paralelo al río, apareció un grupo de seis en bici. Primero asomó un hombre de unos cincuenta años, vestido con chaleco negro, pantalones negros y camisa celeste con botones en el cuello. Llevaba una bicicleta de montaña y se diría que había ganado una carrera porque exclamó «¡Ja!» al cruzar por debajo del puente y entrar en el aparcamiento de grava. Detrás de él llegó una treintañera con vestido de colona, una prenda conservadora, de algodón gris con ribetes blancos y falda por los tobillos. Llevaba gorro y sonreía, tenía la cara roja y vivaz, contenta de haber entrado la segunda.

Así que menonitas, pensó Josie. O amish. Pero habían llegado en coche, estaba claro, por lo tanto no podían ser amish. Así pues, menonitas. Una vez había visto a una familia menonita bendiciendo la comida en un Burger King, y el Burger King estaba en medio de ninguna parte. O sea que estaba permitido conducir hasta el Burger King, comer en el Burger King y conducir

a parques de caravanas de Alaska con un remolque de bicicletas. Josie se decantó por la opción menonita y se sentó en la hierba, con un ojo puesto en sus hijos y el otro en la estampa menonita todavía desarrollándose.

Siguieron más ciclistas, tres niños —dos niños de ocho y doce años y una niña de diez— y después, detalle intrigante, otra mujer, que aparentaba unos veinte años, demasiados para ser hija de la primera. Todos se apearon de las bicis, riendo y gritando y secándose la frente. Lo habían pasado de miedo. Los niños vestían pantalones negros y la misma camisa azul de trabajador que sus padres. La niña y la mujer vestían parecido a la mujer que había entrado segunda. Aparcaron las bicicletas, apoyando cuidadosamente el pie en la grava.

—¡Caray! —exclamó el padre.

Una sonrisa se adueñó del rostro de Josie. Josie se volvió para comprobar si era la única testigo. Miró a sus hijos, que ahora chapoteaban en el agua, ajenos al resto.

Josie se volvió de nuevo hacia los menonitas. El hombre era el marido de una de las dos mujeres, pero ¿de cuál? Los niños eran de la mayor, seguro. Por tanto, la joven solo los acompañaba. Sería una sobrina, otra compañera de la iglesia o del pueblo. ¿Habían fallecido sus padres? ¿La había acogido esa otra familia feliz al quedar huérfana? Josie meditó quién habría sido ella de haber pertenecido a aquella familia por nacimiento o matrimonio. ¿Qué querría? ¿Se habrían simplificado sus deseos? Tal vez solo querría eso, una vigorosa carrera en bicicleta junto al río, llegar la segunda, justo por detrás de un marido atractivo, qué maravilla todo, caray.

—Mira —dijo Ana señalando río abajo, a un recodo.

Una tribu de niños jugaba en las aguas poco profundas, entre un bosquecillo de juncos altos. Sin darle tiempo a que su madre la detuviera, Ana salió disparada por la orilla. Paul salió detrás, aconsejándole que tuviera

cuidado.

Habría una docena de críos de entre cuatro y diez años, cuyo interés parecía girar en torno a un gran árbol hundido que yacía entre aguas superficiales, alzando las ramas en diagonal hacia el cielo, trágicamente. La mitad de los niños se colgaban de las ramas o paseaban por encima y de vez en cuando se lanzaban al agua, que cubría hasta el tobillo. Solo después de estar unos minutos contemplando al grupo, Josie se percató de que era el único adulto.

Revisó la margen del río sin terminar de creérselo y al final encontró a quien parecía el adulto encargado de vigilar a la docena de niños. Era una mujer de unos sesenta años, una abuela, tal vez, de pie en el agua, charlando por teléfono, fumando, gesticulando, riéndose a carcajadas roncas y contentas. La mujer miró a Josie y se las apañó para saludar y guiñarle el ojo al mismo tiempo. Tenía una sonrisa cálida, un guiño que parecía reconocer la belleza del río, del día, la magnífica locura de todos aquellos críos jugando juntos mientras ellas podían simplemente quedarse de pie o sentarse cerca del río sin hacer nada.

Josie devolvió el saludo. Convencida de que la mujer podría apañárselas sola un par de minutos, Josie recogió la silla plegable y la trasladó a una zona de hierbas altas de la ribera y se sentó a mirar. Ya eran quince niños, veinte. Los del río trataban de mover el árbol. El niño alfa, descamisado y en pantalón de pijama, había tomado el mando de la sección e insistía en que se moviera el árbol, daba órdenes a los otros para que lo asieran por aquí o por allá, allí, vosotros, al final. En un momento dado llegó incluso a gritar: «¡Levantadlo con las piernas!». Tenía la voz ronca e impaciente.

Los hijos de Josie acataban las órdenes con gusto. Aquel niño era el capataz de cuanto allí sucedía y sabía liderar. Josie se rompía la cabeza buscando la razón por la que había que mover el tronco, pero los niños

trabajaban a las órdenes del capataz sin cuestionarlas.

Parecía preocupado. Observaba a sus trabajadores de pie, con los brazos en jarras, insatisfecho. Algo iba mal. Bajó la cabeza, llegó a una conclusión y volvió a levantar el rostro.

—A partir de ahora —dijo el niño—, tendremos que emplear la potencia de los pedos.

Lo dijo en tono serio, resignado. Por lo visto habían agotado la electricidad y los combustibles fósiles y ahora tendrían que recurrir a lo único que les quedaba. Josie hacía mucho que se preguntaba cómo sabían los pioneros, las bandas de cavernícolas, dónde parar y asentarse. En lo que llevaba de viaje, había visto pocos lugares donde hubiera pensado: Hay un lago y una montaña y una suave pradera donde podría contemplar jugar a los niños. Pero siempre había razones evidentes por las que esos lugares no parecían adecuados para quedarse. La mayoría estaban cerca de alguna carretera. Pero ese parque, junto al recodo de un río, la invitaba a quedarse.

Por otro lado, pensó Josie, mirando a donde el camino cruzaba el río, subsistía al menos una posibilidad de que las sirenas que la perseguían rompieran la paz de la mañana. Le asaltó una visión fugaz de aquella mujer con ella junto al agua y de los padres invisibles de los niños del río alzándose para protegerla. Josie no les había dirigido la palabra, pero creía que habían forjado una suerte de comunidad mientras veían a los niños mover troncos mediante la fuerza de la flatulencia juvenil.

—Hipnótico, ¿verdad?

Era una voz masculina. Josie dio un respingo. Se volvió y vio a Jim, el hombre que la había atendido por la noche. Estaba de pie detrás de ella, tendiéndole una taza azul. Parecía limonada rosa. Tenía otra para él.

—No, gracias —dijo Josie, pero Jim no hizo ademán de retirar la taza, por lo que Josie la aceptó.

Jim brindó con las dos tazas de plástico.

—Anoche me ocupé del registro. ¿Es tu nombre o un modo de proceder?
—preguntó Jim, señalando a la visera con la cabeza.

—Me la encontré —respondió Josie, y vio que lo había decepcionado: creía que había sido ingenioso.

Pero, quiso responderle Josie, nunca se saca nada bueno de comentar la indumentaria ajena.

Josie probó la limonada y descubrió que la había mezclado con algo que sabía a ron. Decidió que, como era mediodía y la noche anterior había escapado de un posadero loco, se lo merecía.

—Gracias —dijo, tratando de enfocarlo.

El sol proyectaba un halo alrededor de la cabeza de Jim y le perfilaba la cara de púrpura. Josie lo recordaba guapo.

—¿Estás de vacaciones? ¿A la fuga?

—¿No te sientas? No puedo hablar contigo así, de pie.

Jim no tenía silla, de modo que se sentó en la hierba a su lado.

—No tienes que sentarte en el suelo.

—Lo prefiero. —Y peinó la hierba con los dedos como si fuera una moqueta peluda—. Hum... De momento, ¿la estancia, bien?

—La mejor —dijo Josie, con un sarcasmo inútil que no pretendía.

Jim le explicó que era el dueño del establecimiento, que lo había comprado hacía cinco años, después de mudarse desde Arizona. Josie supuso que sabía que estaba sola y quería transmitirle que no era un trabajador, sino el propietario. Era más joven de lo que ella recordaba de la noche anterior. ¿Cincuenta y cinco? Tenía un tatuaje en el bíceps, visible solo en parte, algo militar; se veían las garras de un águila. Era un veterano. De la edad correcta, hecho.

—Pasado el recodo del río hay una poza —dijo él, señalando río abajo,

donde la corriente viraba bruscamente a la derecha adentrándose en el bosque —. Tendrá solo un metro de profundidad, pero hay un columpio de cuerda. ¿Te gusta nadar?

—¿No serás como esos chefs que no dejan a los comensales en paz? — preguntó Josie, queriendo sonar ligera, pero la voz le salió mordaz.

—Seguramente —dijo él, y se levantó—. Nos vemos por aquí.

Mientras Jim se alejaba, la botella se rompió contra la cara de Josie, pero no fue para tanto. Era solo una botella estampándosele en la cara.

Josie dejó que los niños pasaran el día pululando alrededor de la boda, comieron fuera, con vistas a los preparativos, y luego jugaron en el río con los otros críos, todos ellos atentos a los hombres y mujeres de blanco y negro que iban y venían entre las camionetas, las furgonetas y el edificio del salón.

—Ve a averiguar de qué estado son —le sugirió a Paul.

Paul sonrió y echó a correr.

—De Alaska —informó al regreso—. ¿De verdad van a casarse hoy?

Y cuando Josie le dijo que lo parecía, el niño preguntó dónde estaban los novios, pero Josie no lo sabía. Todos los hombres iban vestidos igual, aunque había un joven que parecía un poco menos alegre que el resto, que se movía más despacio, bajo el peso de la responsabilidad, y dedujo que sería el novio.

—Vamos a apostar quién es el novio —le dijo a Paul, y le pidió que fuera a buscar un papel para catalogar las posibilidades.

El niño voló hacia el Chateau y regresó con el bloc de jugar a la generala, le dio la vuelta y empezó a apuntar los rasgos distintivos de cada hombre. «Alto, flaco, pelirrojo», escribió. «Bajo, castaño, barbudo.» «Gafas y cojera.»

Hacia las dos llegó otro coche y aparcó detrás de las oficinas de Jim, cerca del Chateau. La novia, supuso Josie. Vio a tres mujeres apearse y dirigirse a

recepción, una mayor, que sostenía sobre la cabeza el vestido blanco. Enseguida apareció una hilera de coches levantando una polvareda. De uno de ellos bajó un calvo corpulento con esmoquin, el primero que parecía cómodo en semejante indumentaria.

—El padre de la novia —dijo Josie, y mandó a Paul a escuchar las conversaciones cercanas para confirmar sus sospechas.

Paul regresó a los diez minutos sin datos contrastados.

—Debe de faltar poco —comentó Josie en voz alta, pensando que al menos uno de sus hijos la oiría. Pero ninguno estaba tan cerca.

Jóvenes con americana y trajes azules y negros, uno blanco, y mujeres con vestidos cortísimos y tacones de infarto bajaron de los coches y caminaron por la grava hacia el salón de actos. Durante una hora no pasó nada más, no se oyó nada. Estaban casándose y Josie no alcanzó a oír la ceremonia.

A la hora de cenar, rescató algunos platos de la ducha y comieron dentro del Chateau, pizzas congeladas y verduras viejas, y mientras el cielo se teñía de naranja los niños escucharon reír a los otros críos.

—¿Podemos ir a mirar? —pidió Ana.

Josie no vio por qué no, aparte del hecho de que quería que se quedaran con ella, dentro, viendo una película con la cabeza apoyada en su pecho. Quería tenerlos cerca y quería beber vino blanco mientras veía dibujos animados sin prestarles atención. Estaba preparada para dejar que el día se consumiera, pero los niños querían alargarlo.

—Claro —dijo.

No podía negarles a sus hijos las alegrías del exterior.

Paul ayudó a su hermana a calzarse y, mientras Josie miraba cómo el niño le ataba los cordones, Ana miró a su madre y dijo:

—¡Tengo enfermedades!

Paul acabó un zapato y pasó al siguiente. Ana parecía despreocupada, como si estuvieran haciéndole la manicura y charlara con una amiga de la silla de al lado.

—¿Sabes deletrear enfermedades? —preguntó, y luego respondió a su propia pregunta—: E-M-F-E. Enfermedades.

—Creo que no —la corrigió Josie.

Ana le cogió la cara entre las manos y dijo:

—Josie, tengo enfermedades.

Paul terminó de calzarla, se levantó y los dos abrieron la puerta y Josie salió tras ellos. Paul y Ana miraron alrededor, sin ver a los otros niños, pero al final descubrieron a la tribu no muy lejos de allí. Los niños habían improvisado un balancín colocando un tablón encima de una viga. El niño alfa estaba de pie en el centro, cruzado de brazos, en actitud triunfal.

Josie se sentó en el umbral del Chateau a observar cómo Paul se acercaba a la tribu seguido por Ana. De pronto la niña se volvió hacia Josie.

—¿Se te ha olvidado algo? —preguntó Josie.

—Sí —dijo Ana, y cogió la cara de la madre entre las manos.

Josie se rio y le dio un beso en la nariz.

—No —dijo la niña, y recolocó las manos para sujetar mejor la cara de Josie. Esta vez Ana reclamó un beso más romántico. Con todos los elementos: cerró los ojos, frunció los labios, y Josie la dejó seguir adelante. Ella mantuvo los ojos abiertos para ver qué hacía la niña, pero tras rozar los labios de su madre se quedó satisfecha y se apartó con gran solemnidad. Después se limpió la boca con el brazo—. Hasta luego.

Anocheció y Paul y Ana regresaron, sudados y quejándose de que se habían

caído del balancín. Estaba preparándose para acostarse cuando unos golpes transformaron el aire. Josie supuso que sería algún coche en la carretera, pero el sonido se intensificó.

—La boda —dijo Paul.

Josie salió a comprobar que aquello fuera música y no un asalto militar. Se encaminó al salón de actos, brillantemente iluminado, y adivinó las siluetas de un centenar de personas apretujadas y moviéndose en diagonal. Paul y Ana salieron tras ella de forma espontánea.

—La fiesta —dijo Josie, y les explicó la idea, que la ceremonia y el banquete habían transcurrido en calma y ahora celebraban una fiesta ruidosa, que se alargaría hasta tarde.

Pensó en dejar el parque de caravanas. Pensó en qué podía meterse en las orejas para amortiguar la escandalera. Pero seguiría notando los golpes en el suelo, en el aire. No iban a dormir.

—Deberíamos quedarnos —dijo Paul, y se levantó, atisbando hacia el salón de actos como si hubiera comprado entradas para un concierto al aire libre y acabara de encontrar el lugar perfecto para verlo.

Josie se sentó y se colocó a Ana en el regazo. Desde allí podrían ver la celebración a través del ventanal, a los invitados desfilando por aquella pantalla luminosa como actores en una escena festiva. La novia tenía el pelo rubio brillante y los brazos tatuados. El novio era muy alto y con barba, y parecía que no paraba de llorar, reírse, aupar invitados y girar con ellos en brazos. La música fundía una canción tras otra y los invitados la seguían cabeceando. Josie apoyó la barbilla en la mata de pelo rizado de Ana y la niña le dibujó óvalos en el brazo.

Para Josie no suponía ninguna novedad mantenerse al margen y mirar. De adolescente, en los peores momentos de Candyland, había pasado largos años de soledad, una temporada brutal, maravillosa y terrible, regodeándose en su

mente torturada, los muslos que engordaron de repente, el crecimiento de la nariz, los rumores sobre sus padres, la palabra Rosemont en boca de todos, siempre para implicar a sus padres, la sensación de que la aterraba quedarse sola las noches del fin de semana pero no quería estar con gente. Clamaba contra la injusticia de estar siempre sola, pero le encantaba la soledad. A modo de solución intermedia, salía a dar largos paseos nocturnos que la conducían al bosque, más allá de todas las viviendas de la ciudad, y cuando dejaba atrás las casas y se adentraba entre los árboles, a menudo veía luces encendidas y la gente de dentro parecía iluminada como peces en un acuario.

De modo que en los largos paseos solía sentarse y observar a las familias descansar o cocinar o desvestirse, y lo encontraba tranquilizador y necesario. En una época en que dudaba de su lugar en el mundo, dudaba de estar haciendo lo correcto, dudaba de que su piel fuera suya de verdad, dudaba de si caminaba o vestía de manera adecuada, y en una época en que se tapaba la boca cada vez que la abría, contemplar el tedio tranquilo de las vidas ajenas renovaba su confianza. Su familia estaba considerada rara e infame, una familia maltrecha que nadaba entre drogas para veteranos, pero esas otras familias no eran mejores. Todas, sedentarias y profundamente aburridas. Apenas se movían. Josie se sentaba en el bosque claro a contemplar una casa durante una hora y apenas veía a nadie cambiar de habitación. Observaba a sus compañeros de clase y eran tediosos. Observaba a la madre de uno de clase pasearse en sujetador, observaba a otro compañero, un atleta fornido, de una amabilidad impresionante para con todos en el colegio, regresar a casa y salir inmediatamente disparado a la otra punta de la habitación por un golpe de su padre. Veía ciertas cosas, escenas de violencia escandalosa o latente. Desde las profundidades del bosque no alcanzaba a oír ni una palabra. Y así, en aquel bosque oscuro, en la luz azul de aquellas casas tristes, comprendió que no era menos normal que ninguno de aquellos pobres diablos.

—Estoy cansada —dijo Josie, con lo que quería decir que estaba cansada de formar parte del mundo.

Habían pasado muchas jornadas solos en la carretera y los días parecían semanas, semanas en que solo había tenido a sus hijos para hablar y no podían considerar ningún sitio su casa, y ahora estaban otra vez mirando, o Josie miraba, a gente que pertenecía al mundo, que estaba enraizada y se deleitaba en su sitio en el mundo, que bailaba triunfalmente. Nunca era bueno pensar en Carl, en su antiguo desdén por las bodas. Josie no quería estar con Carl. ¿Y si se hubieran casado? Dios mío.

Pero una boda no habría estado mal. Josie nunca había reunido a todos los suyos, a la gente a la que quería. ¿Podías celebrar una boda así con cuarenta, cuarenta y un años? ¿Algo tan desenfrenado, con las mujeres descalzas y en vestidos ajustados bailando provocativamente? Podías, podía. O quizá hubiera cometido demasiados errores. Dos hijos de un hombre que parecía una anguila, un pasado roto, sin familia. ¿Era una veleta? Tenía sobre las piernas a una niña pesada y caliente, cuya melena pelirroja olía a limones, y tenía a otro hijo de pie a su lado, apoyado en ella, que era un ser noble y siempre lo sería. Y su vida era la de una veleta. ¿De dónde eres? De aquí y de allá. ¿Dónde están tus padres? No importa. ¿Por qué tus hijos no van a la escuela? Estudiamos por nuestra cuenta. ¿Adónde vas?

Y entonces se abrió la puerta del salón de actos, una refulgente rendija blanca se agrandó hasta formar un rectángulo amarillo. La luz manó del edificio y resbaló por la hierba hasta Josie, Paul y Ana, iluminándolos. Había un hombre en el umbral, que parecía estar aliviándose. No podía ser. Seguro que había servicios en el edificio. Pero no. El tipo estaba de pie con una mano en la pared y la otra en la bragueta abierta, era un hombre meando de forma espectacular y Josie, incluso desde donde estaba, oyó la orina salpicando contra la pared de tablones. Cuando terminó, el hombre dio media vuelta

como para disfrutar del aire de la noche y deleitarse en el trabajo bien hecho, pero se quedó petrificado, como si hubiera visto a Josie y los niños y se hubiera horrorizado.

Entonces se dirigió hacia ellos. Josie se avergonzó al instante. Sabía que el hombre la reñiría por sentarse ahí a cotillear su ceremonia sagrada. Había sido una vulgaridad sentarse así como si se tratara de un espectáculo organizado para entretenerlos. Josie le diría que era miope y no veía de tan lejos. Que era ciega y simplemente estaba escuchando la música.

Tenía al padre del novio encima.

—Vente a la fiesta con esta preciosidad de niños —dijo el hombre.

Estaba de pie al lado de Josie, con la cara redonda y amable y reluciente de alcohol y sudor. Le tendió la mano como para sacarla a bailar.

—No, no —dijo Josie, y de pronto le faltó el aliento.

—Ay —dijo él—. No quería hacerte llorar.

Josie se disculpó.

—No, no. Eres muy amable. —¿Por qué lloraba? Tenía la cara empapada y se atragantaba—. No, no quería —consiguió farfullar, pero no llegó a completar la frase.

Pero el hombre la entendió. Comprendió que Josie se había pasado el día preguntándose por qué ella no podía disfrutar de una felicidad así, por qué había equivocado todas sus decisiones, Señor, aquel par de adolescentes tontos sabían cómo celebrar una boda bella y humilde junto a un río alasqueño, joder, ¿por qué ella lo complicaba todo tanto cuando podría ser tan simple? Y entonces el padre del novio la tomó de la mano y la condujo hacia las luces de la fiesta. Josie se ahogaba desesperadamente con tanta lágrima, pero el padre se limitó a apretarle la mano. Ella se volvió y cogió a Paul de la mano y Paul cogió la mano de Ana y como una tira de muñecos de papel caminaron hacia las mesas blancas y las luces y la música y cuando

llegaron Josie seguía llorando y esperaba que la sentaran a una mesa y le sirvieran un trozo de tarta.

Pero el padre tiró de ella y de los niños hacia la pista de baile y de pronto los rodeó la vorágine de la fiesta, con los novios moviéndose con ganas y todo el mundo saltando, sin que nadie se planteara ni por un segundo lo que pintaba Josie allí. Y Ana estaba sobre los hombros del novio. ¿Cómo había llegado ahí? Y la novia había aupado a Paul y bailaba con él, mejilla contra mejilla. Todo el mundo giraba, giraba, y de algún modo Josie también consiguió bailar, cogió el ritmo y se secó la cara y sonrió cuanto pudo para decirles a todos que estaba bien y también sabía bailar.

El grupo tocó hasta las dos y, cuando se marchó, los invitados sacaron instrumentos de los maleteros de los coches y tocaron música de borrachos hasta las cuatro. Josie no recordaba cuándo se había acostado. Los niños se habían caído de sueño a medianoche y Josie había llevado a Ana a la cama mientras el padrino pelirrojo cargaba con Paul, y Josie se había tumbado un rato, tratando de dormir en el Chateau, demasiado cerca de las risas de alrededor de la fogata, y al final había regresado a la fiesta, acogida junto al fuego, y uno a uno los invitados habían ido cayendo mientras el padrino, consciente de su deber, mantenía vivas las llamas.

Cuando volvió a despertarse y se aventuró afuera, el parque estaba vacío e impoluto. Habían desaparecido los coches de los invitados aparcados cerca del paso elevado. Las camionetas y las furgonetas. Las flores, la tienda. Todavía no era mediodía. Lo correcto sería irse. Josie lo sabía. El parque parecía desolado sin los invitados de la boda y Josie ya se había demorado demasiado. No era aconsejable permanecer más de unos días en el mismo lugar. Sabía que debían irse. Pero en lugar de eso, se dirigió a recepción y le dijo a Jim que se quedarían otra noche y lo invitó a comer con ellos.

—Acabo de almorzar.

—Pues a cenar.

—¿Y si os cocino un salmón casero? —propuso Jim—. Mi hermano me ha mandado salmón de Nome y hay que comérselo. No aguantará mucho más en la nevera.

Los niños jugaron en el río con un grupo nuevo de críos que había llegado esa tarde y, a las seis, entraron en la cabaña de Jim, a unos cien metros por un bosque de abedules, y se lo encontraron a la parrilla, vestido con vaqueros planchados y un polo color melocotón.

—Te he preparado un mojito —dijo, tendiéndole un vaso de cristal tallado. Josie probó un sorbo. Estaba frío y demasiado cargado.

—Te llevo delantera —dijo Jim señalando un vaso vacío, y se sirvió el segundo.

Josie se quedó mirándolo, imaginando qué aspecto tendría de joven. Se

diría que había conseguido todo lo que quería.

—Granada —dijo Jim.

—Vale —dijo Josie.

Ya nada la sorprendía, desde luego, no la sorprendía que un hombre manejando una pala de servir de pronto dijera «Granada».

—He visto que mirabas el tatuaje —dijo él señalándose el brazo, el tatuaje militar.

Se levantó la manga para mostrar las palabras que quedaban tapadas: Operación Furia Urgente. Josie no conocía el alias. Pero aquellas dos palabras, «furia» y «urgente», aplicadas a Granada parecían un chiste.

—Ahora es una broma —dijo Jim, y Josie se relajó.

La aliviaba, en primer lugar, que no fuera veterano de Vietnam y no tener que hablar del tema, ni de sus padres ni de Candyland, y daba gracias de que, aunque hubiera participado en la invasión de un país del tamaño de Mall of America y aunque, ahora o entonces, se enorgulleciera por ello (de ahí el tatuaje), no se lo tomara demasiado en serio. En un instante Josie imaginó un musical: *¡Granada!* No. Se llamaría *¿Granada?* Una docena de soldados se lanzarían en paracaídas al escenario y se preguntarían dónde estaban. «Granada», diría uno. Otro preguntaría: «¿Granada?». La escena se repetiría a lo largo del espectáculo. Morirían personas, se estrellarían helicópteros, se rescataría de manera espectacular a estudiantes de medicina, se derrocaría a un dictador insignificante y paralelamente los soldados estadounidenses olvidarían todo el rato dónde estaban. Uno llamaría a la puerta de una casa y apuntaría el arma a una familia de cinco miembros. «¿Dónde estamos?», exigiría saber. «Granada», le dirían con las manos en alto y un bebé desgañitándose. «¿Granada?», preguntaría el soldado, haciéndole muecas al público. Podría considerarse una comedia.

—No juzgues —dijo Jim—. Kuwait fue posible gracias a Granada.

Josie no lo entendió. ¿De qué cojones hablaba?

—¿No recuerdas el ánimo del país durante los años setenta y principios de los ochenta?

Josie por entonces era una cría y no había prestado atención al ánimo de la nación, no.

Necesitaba cambiar de tema. Si seguían por ese camino no tardarían en llegar a sus padres, a Candyland, a Jeremy... Jeremy ya se había colado en su conciencia y nublaba la tenue alegría del día.

—Eres de una torpeza deliciosa —dijo Jim; por un momento Josie pensó que la velada se iba al garete, primero por el sinsentido sobre Kuwait y después por esa especie de insulto indirecto—. Eres guapa, pero lo llevas con mucha naturalidad. Aquí —siguió, y entonces le tocó las lumbares con la mano abierta, pesada y cálida—, las mujeres pagadas de sí mismas, con ínfulas, pierden el atractivo por aquí. —Jim había sabido cambiar de tema y elegir fácilmente un lugar muy casto y erótico para apoyar la mano. Radiaba tal confianza que alteró el sentido del tiempo de Josie, lo destrozó. ¿Acababan de empezar a hablar? Jim apretó la mano contra la espalda de Josie, listo para empezar a bailar—. Las otras mujeres tienen esto tieso —continuó con la voz más grave, casi un murmullo—, acumulan tensiones y enfados e impaciencias justo aquí. Es una catástrofe. Pero tú, tu forma de doblarte, de cambiar el peso de cadera, fluye, es una brisa acariciando la hierba.

Mierda, pensó Josie. Mierda, mierda. Ser descrita es ser seducida. Mierda. Una expresión. Un detalle en el que ella no se había fijado nunca. Siempre funcionaba. Pero Carl no tenía ni idea, era desternillante. La única cosa original, la única vez que Josie recordara —no lo olvidaría jamás— que Carl se había fijado en algo de ella había sido una noche viendo la tele, una serie sobre crímenes. La policía se había presentado en el despacho del juez de

instrucción y había abierto un frío cajón de acero que contenía el cadáver de una joven. «¡Se parece a ti!», había dicho Carl, inclinándose hacia delante en el sofá, y Josie había pensado: ¿Este tío inofensivo piensa matarme? «Parece inofensivo —le había dicho una vez Luisa, la madre de Carl—, pero tiene una determinación terrible.» ¿Qué significaba? Josie pensaba en ello a menudo: «Tiene una determinación terrible». Eso y la comparación con el cadáver le restaron despreocupación al último año de convivencia.

Ahora, no obstante, estaba ese hombre con su tatuaje de Granada, su bandera de prisioneros de guerra y desaparecidos en acción, que era amabilísimo. Josie sabía que era inevitable cometer un error con él. La única esperanza radicaba en contener los daños, liberar lujuria, completar la seducción sin complicarse.

Después de cenar, Jim sacó un juego de rotuladores y una pila de papel de impresora de la cabaña y Josie supuso que les propondría a los niños que se entretuvieran dibujando mientras la seducía. Pero en cambio, se sentó y le preguntó a Ana por su animal favorito.

Josie sabía que la respuesta de Ana cambiaba según el día y lo último que hubiera visto, de modo que sintió curiosidad por la respuesta.

—Winnie the Pooh —dijo Ana, y Jim lo repitió tal cual lo había dicho ella, «Güindi da Puu», imitándola, pero con un respeto que parecía confirmar que la pronunciación de la niña era la correcta.

Jim se crujió los nudillos con gesto teatral y se puso a dibujar. Rápidamente los niños comprendieron que sabía lo que se hacía, que sabía dibujar, y se acercaron flotando, cada uno por un lado, cautivados. Al poco, Ana apoyó una mano en el brazo de Jim, prueba, una vez más, de que creía en la transferencia de la magia. Una escena conmovedora, hasta que Josie se

aproximó a ver cómo progresaba el dibujo de Jim y descubrió un elefante anatómicamente correcto, erecto sobre dos pies como un humano, con una cerveza en la mano y un pene flácido apuntando al suelo entre las piernas.

—Id un momento a las máquinas expendedoras —dijo Josie, dándole un dólar a cada uno, la segunda vez en su vida que tenían uno en propiedad.

Los niños cruzaron corriendo el bosque de abedules y Jim suspiró y se recostó en la silla.

—Los elefantes tienen pene —argumentó en su defensa—. Paul también. ¿Has visto el pene de las ballenas?

—Tu elefante tiene hasta vello púbico, bruto.

—Pero está flácido —replicó él con una mueca, creía que Josie estaba de broma.

Josie cogió el dibujo y lo arrugó.

—Basta de penes —dijo.

Los niños regresaron de comprar, Jim volvió a dibujar para ellos y todos se divertieron. Durante media hora dibujó lo que le pidieron y los niños colorearon los dibujos —¿por qué Ana resoplaba?—, luego los extendieron por la hierba del jardín, sujetándolos con piedras. La tarde había alcanzado una serenidad idílica y Josie y los niños y el desconocido llamado Jim funcionaban como una pequeña familia perfecta. Jim no podía parecer más contento. No se aburría ni siquiera un poco.

Ana le plantó una hoja en blanco delante.

—¿Sabes dibujar un gigante? Pero un gigante simpático —pidió la niña.

Jim se dibujó mientras retorció la boca. Josie lo observó y tuvo una revelación: los hombres mayores no estaban confusos. No caminaban en siete direcciones distintas. Un jubilado sabe lo que no quiere, y para aquellos que hemos mordido el polvo más de un par de veces y no obstante hemos descubierto la manera de seguir adelante, saber lo que no quieres es mucho

más importante que saber lo que quieres. Quizá el jubilado sea el premio. Un hombre mayor como Jim (¡o el Leonard Cohen de Sam!) ya no se preocupaba por el dinero; había satisfecho o había olvidado sus ambiciones y ahora podía permitirse dibujar para niños durante horas seguidas, no le esperaban en otra parte, podía tomarse su tiempo.

—¿Quién quiere jugar al hockey de mesa? —preguntó Jim.

Josie no quería jugar al hockey ni ver jugar a otros, pero sus hijos recibieron la propuesta brincando y bailando, así que se fueron todos. Regresaron por los abedules a la recepción. Jim conectó el hockey de mesa y se dirigió a Josie.

—¿Por qué no vas a dar una vuelta? Aquí estarán bien.

—¿Adónde?

—¿El otro día no preguntaste por las bicis? Coge una. Cualquiera del cobertizo.

Josie rechazó la idea porque había supuesto que el hockey de mesa sería una artimaña para meterla a solas en el despacho —había entrevisto un sofá y se imaginó echada encima—, pero Jim se puso a jugar con los niños sin prestarle atención. De modo que Josie acabó planteándose dar una vuelta en bici, luego le apeteció, después calculó las probabilidades de que montar borracha como estaba terminara en un accidente y se ahogara en el río. Pero se acordó de los menonitas y la alegre carrera en bicicleta y se preguntó qué habría al otro lado del paso subterráneo que tan felices los había hecho.

—Seguid jugando, niños, volveré a comprobar el resultado —dijo Jim, y acompañó a Josie al cobertizo, donde se amontonaba una colección heterogénea de bicicletas.

Josie lo tenía detrás y captaba su olor masculino fermentado y, por tercera vez en la misma tarde, supuso que le entraría, que se pegaría a su espalda.

—Prueba con esta —le aconsejó Jim, y arrancó de la maraña cromada una

bicicleta azul de mujer con un ancho sillín blanco.

Inspeccionó las ruedas y le parecieron en buen estado.

—¿De quién es?

—De alguien. No sé. Se la habrán olvidado. O será de alguien que trabaja aquí. No lo sé. Tuya.

Jim trazó en la tierra el mapa del sendero para bicicletas que reseguía el río, cruzaba el puente de madera, atravesaba un viejo bosque maderero y regresaba por la orilla opuesta del río y volvía a cruzarlo, esta vez por un puente para peatones construido con acero.

Josie agarró la bicicleta y pasó la pierna por encima, con la impresión de que el vehículo no estaba en condiciones. El manillar se torcía a la izquierda. No le parecía buena idea montar aquella bici. Sus hijos estaban con un desconocido y anochecía, y ella estaba achispada y tendría que recorrer cinco o seis kilómetros en una bicicleta con un manillar que se desviaba a la izquierda.

—Hasta dentro de una hora —dijo Jim, y se volvió hacia los niños, cuyas siluetas Josie distinguía al otro lado de la ventana, encorvadas sobre la mesa de hockey, lanzándose un disco a toda velocidad.

Estaban bien. Y, por tanto, Josie arrancó y de inmediato chocó con el lateral del cobertizo.

—¿Lo pillas? —gritó Jim desde el bosque.

—Estoy bien —respondió Josie, y decidió que necesitaba demostrar que estaba bien, de modo que cruzó el aparcamiento en bici, ajustando su sentido de la dirección y el equilibrio al manillar desviado, que además también se torcía hacia abajo.

Miró hacia el sendero con ganas de avanzar, convencida de que podría avanzar, pero la máquina que manejaba estaba destrozada y tenía otros planes. La lógica decía que Josie no podría conducir aquello después de un

mojito cargado, pero a los cien metros ya montaba más o menos en línea recta. Por otro lado, pasó junto a una mujer mayor que se la quedó mirando y ahogó un grito. Verse en los ojos de otro no es un regalo. Siempre afecta, siempre decepciona ver la impresión y la decepción propias. Qué vieja. Qué cansada. ¿Qué estás haciéndoles a tus hijos? ¿Qué estás haciendo borracha en este trasto de bici por este bello sendero? ¿Cómo va a ser esta la forma correcta de aprovechar tu tiempo, tu humanidad? ¿Hemos malgastado contigo un polvo espacial precioso?

Pero no tardó en acomodarse y el paisaje fue sucediéndose a su lado y, como empezaba a ponerse el sol, tan tarde, se le ocurrió de pronto que nunca se había sentido tan conectada a la tierra y nunca nada a su alrededor le había parecido tan vivo, reluciente y bello. Las flores silvestres de color púrpura, la tierra gris, el olor de las agujas de pino enfriándose. El árbol alto y partido por un rayo. El sol menguante en las montañas, a lo lejos, de luminoso azul y blanco. ¿De quién era la bici que montaba? Un cercado de troncos. El lamento de un tractor aminorando en la distancia. La monotonía de un bosque sin quemar en la ladera embebida de sol. ¿Por qué tenía que achisparse para captar las cosas? ¡Un conejo! Había un conejo en la pendiente que partía del sendero, pequeño, leonado, y se demoró más de lo esperado, mirándola con total conciencia de su humanidad, de que tenía el mismo derecho a esta tierra siempre y cuando mantuviera la humildad. Cuando desapareció escandalosamente entre los matorrales, se oyó el zumbido metálico de los grillos. La luz amarillenta de una cabaña en el bosque cercano. El calor de la vereda a sus pies, el tenue olor a alquitrán donde habían suturado las grietas como zarcillos. El chasquido de las marchas, el silencio sobrecogido de la carretera detrás de los árboles, el drama sin sentido de sus apresurados viajeros.

—¿Sabes qué hora es? —preguntó una voz.

Josie miró alrededor, el paisaje giró en un torbellino verde y ocre, y vio a un hombre en un camino paralelo. También iba en bici, estaba de pie, a horcajadas, ataviado con una explosión de color. Después de plantear la pregunta, bebió un sorbo de agua de una botella negra y limpia. Todo lo cual, pensaba el hombre, le daba un aire viril y monumental: la bici, la ropa, la postura, el beber agua justo después de preguntar una estupidez.

—Las ocho y media —dijo Josie, porque sabía que probablemente era verdad.

—Gracias —respondió el hombre, pero de un modo que insinuaba que era un huésped de pago y ella, una especie de relojera del carril bici: que Josie trabajaba en el sendero y era la encargada del tiempo.

Josie se acordó del ciclista de su ciudad, el que había lisiado al jardinero, y pensó en el concepto furioso e historiado que esos hombres tenían de sí mismos. Visto estas ropas y voy rápido. Aparta de mi camino. Arréglame la dentadura. Dime la hora.

—Que te den por culo, hijo de puta —dijo Josie, no lo bastante fuerte para que la oyera, odiando a toda la humanidad, y luego siguió, alegre de nuevo a los pocos segundos, otra vez conectada con la tierra, sintiendo toda la belleza de alrededor, esperando a que el árbol que había partido el rayo se desplomara sobre el hombre y mejorase el mundo mediante la sustracción de un individuo.

Al tomar una curva del sendero vio un arroyo y luego un estanque, un banco vacío de cara al agua, y pensó en viejos, en muertos, en palomas sucias y luego en paisajistas sucios, en pintores sucios. ¡Un zorro! ¿Aquello de allí delante era un zorro, cerca del estanque, mirándola? Podría ser un coyote. Dios, pensó, qué belleza, con aquel pelaje tan denso, un abrigo gris de lujo, y los ojos como los de Paul, los ojos de Paul siempre parecían viejos, como si te mirasen desde otra época más sabia, más triste.

Como el conejo, el zorro se demoró más de lo que Josie creía plausible antes de echar a correr hacia las hierbas altas. Así era el anochecer, cuando salían los animales. Solo importaba el anochecer. El mediodía no era nada, nada. El mediodía era para los humanos, para los drones de la humanidad, que se afanaban en el calor del día como idiotas mientras que los animales siempre esperaban a que la tierra refrescara, esperaban a que bajara la luz y el aire se enfriase, para salir a ocuparse de sus asuntos.

El sol no se pondría antes de media hora, y en este instante, al pasar entre dos colinas, una bajo una sombra violeta y otra teñida de rubio sucio por la luz del ocaso, Josie comprendió que era el momento en que ella y todos los demás deberían estar fuera, deberían ver esas cosas, compartir el mundo con los zorros y los topillos y los conejos. ¡La luz filtrada por el algodón de los sauces! ¡La luz aureolando los árboles y la hierba y la maleza! Pero normalmente no estaba fuera a estas horas. Normalmente estaba alimentando a los niños, acostándolos, ocupada en todas esas actividades prosaicas que la apartaban de la belleza del mundo. Nuestros hijos nos apartan de la belleza, pensó, luego se corrigió. Nuestros hijos también son bellos, pero tenemos que encontrar la manera de combinar esas cosas para no perdernos unas por otras. ¿Tanto costaba?

Más adelante vio un suave declive del sendero hacia la orilla y decidió que se sentaría allí a remojar los pies. Encontró una piedra grande que parecía un cojín y apoyó en ella la cabeza, estiró los pies hacia el río y descubrió que tocaba el agua fría con los dedos. Cerró los ojos bajo el sol y bostezó feliz, y se despertó ¿cuándo? La luz era la misma. Solo había echado una cabezada. Miró alrededor, esperando que las telarañas le indicaran que había dormido cien años, sus hijos ya eran abuelos, todo había cambiado, pero por el contrario una culebrilla asomó entre las rocas al borde del agua, una culebra de agua, y sin prestarle atención, salió e inspeccionó un caracol que avanzaba

dejando un rastro de babas por la piedra resbaladiza. Con un súbito cabeceo la culebra se lo tragó y después reculó hacia las oscuras aguas.

Josie se levantó y sintió que no pisaba terreno firme. Se aposentó y pensó otra vez en quedarse, al menos hasta serenarse. No, pensó, así estaba bien, volvería pedaleando... tenía la intuición intensa de que así era como debía ser, que era todo tan bello que casi no lo soportaba. Lanzó una última mirada al río, que se movía como mil cuchillos de plata. Las rocas de la otra orilla se enfriaban en la penumbra. Josie dio media vuelta y subió al puente.

Encaramarse a la bici se pareció a jugar a un ajedrez de siete dimensiones. ¿Estaba más borracha que antes? El río y el sol la habían embriagado. La bici parecía treinta centímetros más alta que cuando la había montado hacía unas horas. Josie se subió al sillín, empujó y, al instante, se escoró hacia el matorral de la izquierda. Vale, pensó. Vale. Miró al sol bizqueando y volvió a montarse en la bici y en esta ocasión se propulsó con suficiente velocidad para salir más o menos en línea recta.

Ahora hacía más frío, y Josie confió en que la ayudaría a serenarse. Le lloraban los ojos, de lado, mientras pedaleaba con la boca abierta. Pero recuperó el equilibrio y se dijo para sí: Una gran noche. Una buena tarde. La mejor de las noches. En ningún lugar del mundo ves esta belleza. Me encanta. ¿Dónde están mis hijos? ¿Puede encantarme lo que veo sin ellos? Puede y me encanta. Es mi mejor vida. Entre esta belleza, de camino a reunirme con mis hijos.

Enseguida vio los techos del parque de caravanas. Vio los primeros remolques y camionetas y se cruzó con un niño en motocicleta. El sendero desembocó en el camino de tierra que conectaba con el de grava que conectaba con el asfaltado y entonces vio el paso subterráneo y le sentó de maravilla seguir los pasos de los menonitas y lo tomó con una sonrisa, sabedora de que iba a ver a sus hijos, de que se los reclamaría a Jim y de que,

de un modo u otro, besaría a Jim. De un modo inocente, simple, quizá con un abrazo fuerte y largo, y luego podría satisfacerse en el asiento del acompañante. Pero ¿y Jim? Josie estaba allí, libre al anochecer, en una bicicleta caprichosa, capaz de disfrutar de la belleza del mundo, a solas, gracias a Jim. Eran las ventajas de un segundo progenitor: posibilitaba esos ratos a solas, la clarividencia temporal para contemplar esa luz dorada y ver esos mamíferos magníficos, para disfrutar del juego de sombras de las montañas. Se le ocurrió que podía quedarse. A los niños les gustaría, y Jim era muy tranquilo, podían vivir en su cabaña de madera y Josie podía convertirse en la mujer del posadero. Nunca había tenido un socio, un socio de verdad, para criar a sus hijos porque Carl también era un niño. ¿Y si tuviera a un hombre de verdad a su lado, que supiera pescar, destripar y asar el pescado y dibujar elefantes bien dotados pero se dejara disuadir de seguir haciéndolo en el futuro? Aunque supondría vivir allí, y con Jim, a quien no creía que pudiera amar, que tenía un tatuaje de Furia Urgente en el brazo y a saber qué más en el pecho y la espalda (podría tener un acorazado, un escuadrón de bombarderos). ¿Qué hacer con una vida? En un momento dado Josie creía fervientemente que bastaba con estar con sus hijos y al siguiente los niños la agobiaban hasta el llanto y suponían un impedimento para todos sus sueños. Malditos niños, malditos ladrones, le robaban tanto, le daban todo y le robaban todo lo demás, sus niñitos preciosos eran unos ladrones perfectos, malditos niños, benditos niños, no veía el momento de echarse con ellos, cogerles las caras suaves y cálidas entre sus manos frías y viejas.

Soltó la bici de cualquier modo en el cobertizo y se encaminó a recepción, donde encontró a un trabajador sin nombre, pero no a Jim ni a sus hijos.

—Se los ha llevado a la caravana —dijo el empleado.

Josie esperaba encontrarlos junto al Chateau, viendo dibujar a Jim o entretenidos con cualquier otra actividad de exterior que se le hubiera ocurrido, pero fuera no había nadie y la puerta estaba cerrada y, a media carrera hacia el Chateau, Josie se detuvo. ¿Ese hombre había acostado a sus hijos o les estaba haciendo algo horrible? Josie escuchó y oyó una estentórea voz masculina hablando de cacas gigantes.

Subió y se encontró a Paul y Ana en la cama de encima de la cabina y a Jim sentado en el comedor, leyendo un libro de bolsillo del Capitán Calzoncillos. Lo había traído él.

—Otra vez —le pidió Ana a Jim, y luego se dirigió a su madre—: Jim va a leer otra vez.

A continuación, Jim leyó un pasaje acerca de un villano que se convertía por casualidad en un cagarro parlante y andante de doce metros de altura. Terminado el pasaje, Jim giró el libro para enseñarle a Josie la ilustración, que mostraba que el gigante de caca llevaba gorro de vaquero. Los niños no paraban de reírse, entusiasmados porque aquel señor mayor había validado y honrado la historia con una lectura teatral. Finalmente, Jim cerró el libro despacio, con dignidad, como si acabara de recoger un volumen grande y distinguido, y lo depositó sobre la encimera de la cocina.

—Buenas noches, niños —dijo Jim, y salió de la caravana.

Josie trepó a la cama y besó en la frente a los niños, que colgaban por el borde, y luego salió del Chateau y regresó con Jim.

Bajo el implacable sol matinal, Josie conducía, agotada y harta de ver la botella reventándole en la cara, pero sabedora de que lo merecía. ¿Qué clase de persona se deja follar en un parque de caravanas mientras sus hijos duermen a escasos metros de distancia? ¿Por un jubilado llamado Jim, excombatiente de la Operación Furia Urgente? En sus visiones, a veces la botella reventaba contra la cabeza, pero hoy, por primera vez, se limitaba a rebotar con un martilleo grave, como de gong. Golpeaba cuatro, cinco veces, emitiendo el sonido del gong hasta que al final se rompía y le cubría la cara de trozos de vidrio.

¿Qué había hecho?

Después de darles el beso de buenas noches a los niños, había salido y todo estaba bien, todo había sido apropiado. El viejo que había cuidado magistralmente de sus hijos, que le había permitido dar un espléndido paseo en bici por el bosque al ocaso, estaba sentado en una de las sillas de Stan, y Josie ocupó la otra y le contó lo que había visto. Le habló del zorro y del conejo, y de la luz en las montañas, y Jim disfrutó, y Josie, al notar que se desvanecía el aura del mojito, le dijo que iba a arropar a los niños, subió al Chateau y se alegró de encontrárselos dormidos. Solo alcanzaba a ver la cara de Ana, pero oyó la respiración regular de Paul.

Encontró una botella de chardonnay con tres cuartos del contenido y fue al lavabo a rescatar un par de vasos del suelo de la ducha. El vino estaba caliente, así que sacó hielo del congelador y, estaba sirviendo un par de copas

generosas, cuando intuyó a Jim detrás de ella. El ruido de los cubitos chocando con el cristal le había permitido colocarse detrás sin ser detectado y ahora Josie notaba su aliento caliente en la nuca, sus manos en las caderas y, luego, como haría un animal, su erección frotándose contra la cadera de ella.

—Esto fuera —dijo Jim, y le quitó la visera FLECHA DIRECTA y empezó a besarle el cuello.

¿Ya había visto el cuadrado afeitado de la cabeza? Lo que fuera que estuviera pasando, ese sinsentido físico por completo equivocado, terminaría cuando Jim viera los puntos de la mueca del cráneo de Josie.

—Hum —murmuró él, rozando el cuadrado fugazmente, y luego le pasó la mano por el pelo y bajó hasta el pecho.

No mostró más interés en la herida. No le importó. Retomó el estudio y besuqueo sistemático de toda la superficie expuesta del cuello.

Hay gente como es debido, pensó Josie, mientras conducía lejos de Jim. Hay muchísima gente como es debido que sabe comportarse con dignidad. ¡Acuérdate de la boda!, pensó. Acuérdate del padre del novio, con su mirada generosa, indulgente, y las manos tendidas. Acuérdate del novio cargando con Ana. El padrino pelirrojo que había acostado a Paul. Eran buena gente que sabía comportarse. En aquella boda no había gente que hubiera permitido a un viejo frotarse el pene duro contra su cintura dentro del Chateau. Conocían los límites del decoro. Sabían lo que distinguía a los humanos de las bestias.

Pero Josie no. A Josie, en el momento, le había parecido estupendo. Estupendo que un desconocido que rozaba los sesenta años restregara el pene duro contra ella, en el Chateau, en Quintocoño, Alaska. Le había parecido de una espontaneidad y encanto maravillosos y hasta había sucumbido a una refundición momentánea, imaginando que quien tenía detrás era el fornido oso Smokey en lugar de Jim. Sus brazos de chimenea, su pecho cañón.

También pensó en un elefante, un elefante con el pene del tamaño del de un hombre. No, es Jim. Jim Granada, a quien no conoces. Mientras sus hijos dormían dulcemente arriba. ¡Si veía la cara de Ana durmiendo! La de Paul no. Jim, el jubilado que dirigía un parque de caravanas, estaba besando el cuello de Josie y Josie estaba mojada, y el hombre hizo algunas cosas magistrales, maniobras que demostraban que había aprendido algunos trucos en sus muchos años, había asimilado conocimientos y los aplicaba. La rodeó con un brazo y lo apoyó en el pecho de Josie, como si pasara el pestillo de la puerta. Los pantalones de Josie cayeron silenciosamente al suelo, mucho más rápido que si se los hubiera quitado ella. Tenía la mano de Jim en el estómago, luego se zambulleron dos largos dedos, dentro y arriba. Josie pensaba algunas cosas: que lo quería dentro de ella y también —era importante— que, habida cuenta de los jadeos y rugidos de excitación de Jim, lo que quiera que pasara no llevaría mucho tiempo.

Era culpa de Carl. De haber sido Carl el que rugía detrás de ella, tan excitado y jadeante, terminaría en segundos, con los dos aún de pie. Josie se había acostumbrado a esperar esa especie de guerra relámpago de Carl y, francamente, le parecía bien, plantarse junto a la encimera de la cocina, con Carl en celo y ella consciente de que terminaría antes de que tuviera tiempo de darse la vuelta.

Pero Jim tenía más práctica, más control. Pasaron noventa segundos, luego unos minutos, todo lento, constante, denso, y Josie supo que necesitaban un plan. Se subió los pantalones y lo condujo afuera, se le había ocurrido la idea —en su momento la consideró estupenda— de sentarlo en el banco de picnics, a un brazo de distancia del Chateau y sus hijos dormidos, y luego colocarse encima de él. Con los últimos minutos de sol atravesando el bosque y la mente ausente, Josie era un ser de luz pura y calor radiante, y desde algún lugar bajo el sol Paul preguntó qué estaban haciendo.

—¿Qué estáis haciendo? —dijo con su voz inalterable de lobato.

Estaba fuera. Estaba de pie en la puerta del Chateau y tenía un panorama perfecto de su madre, que estaba desnuda de cintura para abajo, sentada encima de Jim.

Paul sabía lo que estaban haciendo. Desde muy pequeño había perseguido el conocimiento reproductivo y anatómico, de las partes de Josie, de las suyas, y preguntaba a Carl por sus partes, por el propósito de cada una, por qué las de Carl eran mayores que las suyas y por qué tenían tanto pelo. De modo que el niño conocía el funcionamiento igual que conocía lo esencial sobre la luz o el motor de combustión interna y, cuando preguntó qué estaban haciendo, no quiso decir «Mami, ¿estabas haciendo gimnasia encima de ese señor?». Sabía lo que estaba viendo.

Pero Josie no podía levantarse, así no: Paul la habría visto de pleno. De modo que le pidió a Paul que entrara un momento y el niño obedeció y, cuando vio su espalda dentro de la caravana, Josie se levantó de un salto, corrió al bosque y se vistió. Cuando volvió, Jim también se había vestido y sonreía, tendiéndole un mojito. De nuevo no actuaba para nada como un hombre más joven, un hombre como Carl. Lo ocurrido con Paul no parecía importarle demasiado; transmitía la impresión de que se olvidaría, de que lo mejor sería quedarse fuera, más o menos en la misma posición, sentados y charlando, juntos, pero no revueltos. Tal vez el recuerdo de Paul de lo que había visto pudiera confundirse, reemplazarse.

Josie tenía los nervios de punta, de modo que se bebió el mojito, Jim le sirvió otro y al poco ella volvía a ponerse sentimental, mucho menos coherente que cuando zigzagueaba por el bosque con la bici torcida, y terminó hablándole a Jim de Jeremy, porque en el calor de sus entrañas y de su mente confusa creyó que Jim era la persona adecuada para compartir a Jeremy: nunca encontraría a otra mejor, le aseguró su cerebro aturullado.

—Creía que hacía lo correcto —dijo Josie—, quería que honrara al país —añadió, como si no fuera ella, pero convencida de que agradaría a Jim y su tatuaje.

—¿Murió el año pasado? —preguntó él.

Josie asintió, sorbiendo la bebida, sintiéndose muy dramática.

—¿En Afganistán?

De nuevo, Josie subió y bajó la cabeza, sí.

—Las operaciones de combate en Afganistán terminaron el 9 de enero de 2013 —dijo Jim, y a continuación ofreció una letanía de cifras y fechas, salpicada de expresiones como «repliegue de tropas» y «postocupación» pero, sobre todo, de la palabra «salida» hasta hacer dudar a Josie.

Probablemente era el mojito, pero ¿cabía la posibilidad de que Jeremy no hubiera muerto en combate? Ella lo imaginaba tiroteado, desangrándose en una ladera, pero ahora Jim, un excombatiente, le decía que era imposible. ¿Jeremy no habría luchado en Irak en lugar de en Afganistán? (Jim insistía en que tal vez era así, que Josie estaba equivocada, y quería saber si no era más probable que hubiera muerto en 2009.) Pero entonces Josie recordó dónde habían matado a Jeremy, en la provincia de Herat, y la fecha, el 20 de febrero de 2013. Hostia puta, pues claro que había muerto en Afganistán.

—Tengo razón —farfulló Josie.

Jim puso los ojos en blanco y se sirvió otra copa. Continuaron discutiendo casi una hora más, mientras a su alrededor caía la noche, sin dar el brazo a torcer ninguno de los dos, ni saber tampoco si su país seguía todavía en guerra con Afganistán. Por momentos parecía que Jim flaqueaba, a punto de convencerse de que Josie podía estar en lo cierto, que quizá todavía quedaran tropas de combate en el país... Pero luego se atrincheraba, incrédulo.

Y así, la mañana que se marchó del parque de caravanas de Jim y vio la botella estampársele en la cara y siguió viéndola kilómetro tras kilómetro,

Josie pensó en qué interesante, qué gracioso incluso, podría parecerle a alguien de aquella parte del mundo que un estadounidense que había combatido en un conflicto que nadie recordaba no supiera que su país seguía luchando en una guerra distinta, mayor, y que llevaba haciéndolo desde 2001. ¡Qué curioso! De costa a costa, la mayoría de los estadounidenses no estaban seguros de si la guerra persistía, si seguíamos allí, si hombres y mujeres como Jeremy continuaban luchando y muriendo, si los afganos también seguían luchando y muriendo. En cierto sentido, a un afgano y a incontables generaciones futuras ¿no les parecería curiosísimo?

¿Qué podemos hacer para borrar una imagen terrible de la mente de nuestros hijos? Podemos mostrarles otras cosas, cosas más alegres. Quiso la casualidad que a los dieciséis kilómetros del lugar de Josie-sobre-Jim, se toparan con lo que, de lejos, parecía un Batmóvil.

—¡Mira! —dijo Josie, dirigiéndose a Ana en particular, pero consciente de que, si no acertaba, se metería en un problema.

De modo que esperó a aproximarse más, acelerando en su dirección, y cuando llegaron y confirmó que algún chalado había instalado una copia a tamaño real del Batmóvil junto a la carretera, en un aparcamiento anexo a una pirotecnia, con el único propósito de atraer a gente como sus niños y ella, por fin lo dijo.

—¿Estáis viendo lo mismo que yo? —Después de lo que le había dejado ver a Paul el día anterior, la pregunta sonó más lasciva de lo pretendido. Se apresuró a corregirse—: Ana, ¿ves un vehículo ahí fuera?

Cuando la niña lo vio, estalló el caos, y pararon, y Ana bajó de un salto del Chateau y corrió hacia el vehículo a acariciarlo. La superficie, áspera, parecía tratada con pintura para casas negra.

—Este no es el de verdad —dijo Ana, pero parecía que quisiera que la desmintieran.

—Es uno de los de verdad —replicó Paul—. Es un coche de repuesto. El principal sigue en la cueva de Batman.

La respuesta satisfizo el sentido del equilibrio de Ana, porque seguramente

Batman tendría coches de repuesto y parecía lógico que guardara al menos uno en un aparcamiento alasqueño, de modo que vio el coche con nuevos ojos, ojos que admitían todas las llamativas discrepancias y anomalías del vehículo, inclusive el hecho de que carecía de cualquier indicador interior, luces e incluso palanca de cambios. Tenía un volante, y Ana lo asió al tiempo que echaba la vista atrás, a Josie, esperando a que se lo prohibiera.

Pero mientras Ana inspeccionaba el coche y Paul exponía todos sus fallos, Josie se había fijado en que la pirotecnia, la que usaba el coche de Batman de cebo, estaba cerrada, atrancada a toda prisa con tablas. Cómo no iba a estar cerrada durante un verano plagado de incendios, algunos de los cuales sin duda podrían atribuirse a cohetes y petardos.

—Podéis entrar —les dijo a Paul y Ana, confiando que así eclipsaría para siempre la imagen de su madre restregándose encima del dueño del parque de caravanas que dibujaba penes de elefante.

Paul trepó por encima de la portezuela (soldada) y Josie aupó a Ana. Se sentaron uno al lado del otro, Paul en el asiento del conductor. Ana miró a su hermano como si creyera fervientemente que por sentarse en el asiento de Batman era Batman. Josie los observó a los dos, olvidándose por un momento de cuánto necesitaba que aquello borrara la indiscreción del día anterior. Sé lo que estabais haciendo, le decían los ojos de Paul.

Cometeré más errores, le respondió Josie.

Josie les sacó una foto, con Ana mirando por el parabrisas como si buscara malhechores y Paul mirando a Ana. Y por primera vez Josie sintió la aplastante tragedia de su soledad, de que estaban los tres solos y no tenían a nadie más y de que vivían más o menos a la fuga y de que se había acostado con Jim y de que no tenía un destino en mente: de que dejarían el Batmóvil y no tendrían adónde ir, que aquello podría ser lo más parecido a un propósito que conocerían ese día.

—¿Preparados? —les preguntó—. Deberíamos irnos.

Pero ¿adónde? ¿Por qué? Se quedaron.

Cuando, pasada una hora, terminaron con el Batmóvil y regresaron al Chateau, y arrancaron despacio, Ana se desabrochó el cinturón, se acercó a Josie y le dio un beso en la mejilla.

—Te quiero, mamá —dijo la niña.

Era la primera vez que Ana pronunciaba esas tres palabras sin mediar provocación y, aunque Josie sabía que lo que quería decir era «Me encanta Batman. Me encanta el coche de Batman. Y te quiero porque me has enseñado el coche de Batman», no obstante, se emocionó.

Siguieron avanzando por su ruta aleatoria, entre extraños paisajes. Vieron una curiosa cúpula geodésica, que había formado parte de una gasolinera, con la altura de tres plantas y abandonada. Aparcaron el Chateau detrás y se quedaron unas horas, explorando el interior: encontraron una vieja cancha moribunda de fútbol y jugaron un breve partido, y Ana recolectó fragmentos de herramientas y lo que parecían engranajes. Pararon en un mercadillo, donde los únicos clientes eran bomberos de Wyoming. Josie le compró a Paul un libro sobre heráldica y a Ana un casco de minero plateado. Para ella se compró una guitarra con un agujero de bala. «Como no conseguía aprender, perdí los nervios», explicó el vendedor.

Vieron un alce y pararon para observarlo trotar sin destino en paralelo a la carretera. Pero cada coche que pasaba junto al vehículo estacionado tocaba el claxon airadamente, como si detenerse por un alce fuera inaceptable o de mal gusto o pusiera en algún peligro al animal, Josie no lo sabía. Pero sabía que ver aquel alce suponía un gran anticlímax, del mismo modo que ver un coyote, tan pequeño y débil y parecido a la cría de una hiena (el lomo

encorvado, la actitud servil) y un gato doméstico (el tamaño, la mirada apagada) era un anticlímax. El alce que tenía enfrente, que estaba fotografiando con meticulosidad actuarial, era un triste espécimen, flaco y torpe y poco más alto que un poni.

Había que evitar las carreteras principales, pero sin atraer demasiada atención en las secundarias. Cuanto más lejos de las grandes carreteras se aventuraban, más rastros de los incendios encontraban, pistas abundantes de su proximidad. Los camiones rojos y color chartreuse pasaban de largo en sentido contrario o le hacían luces por detrás, confiando en que pudieran superar los setenta y siete kilómetros por hora. Luego las ráfagas de humo acre, de vez en cuando una franja de niebla que tapaba el cielo. ZONA QUEMADA. INUNDACIONES, advertía un cartel, y Josie enseguida miró a Paul para comprobar si lo había leído. La sucesión natural que prometía el cartel —primero fuego, después inundación— le pareció de una severidad innecesaria y le preocupaban las pesadillas que pudiera provocarle a un niño sensible de ocho años. Pero Paul dormía, con la boca abierta, mientras Ana intentaba que su muñeco de los Thundercats se aguantara encima del bolsillo de la camisa de su hermano.

Circulaban por una tierra de lomas bajas, algunas calcinadas, cuando Josie vio más adelante una marabunta de camiones de bomberos que bloqueaban la carretera, con luces que destellaban como bombillas de flash. Aminoró y frenó antes del grupo, dispuesta a dar media vuelta, pero cuando bajó la ventanilla, un policía, que no parecía mucho mayor que Paul, se acercó. Tenía los labios carnosos y delicados.

—¿Quiere cruzar? —preguntó el agente.

—No hace falta —dijo Josie. No sabía qué decir. No tenía ningún destino pensado, pero admitirlo podía levantar sospechas—. Me refiero a que puedo coger otra carretera...

Casi añadió «al norte», pero no estaba segura de que estuviera viajando rumbo al norte. Tal vez fuera al este.

—Está bien —dijo él, con los labios mullidos como un cojín, la mirada soñolienta y divertida—. Acabamos de reabrir la carretera. Es usted la primera, aparte de los vehículos de emergencias. Es segura. Pero vaya con cuidado.

Josie le dio las gracias, añorando ya sus labios, sus ojos, pensando en que sus padres estarían orgullosos de él, confiando en que así fuera. Bordeó despacio los seis o siete vehículos, luego se encontró completamente sola en una carretera de cuatro carriles que atravesaba lo que había sido un gran campo de batalla. Las colinas de la izquierda de la carretera se conservaban en buena parte verdes, intactas, cubiertas de pequeños pinos y arbustos y franjas de flores silvestres. A la derecha, sin embargo, la tierra estaba pelada, con alguna que otra tira negra de algún tronco, unas pocas ramas dispersas y el suelo, de un gris afelpado en todas partes.

A lo largo del arcén se sucedían los camiones de bomberos aparcados en grupo o solos. Aquí, un par de camiones rojos, con cuatro bomberos sentados bajo un árbol, almorzando sobre el parachoques trasero. Allí, un solitario camión color chartreuse, con un único bombero de uniforme a juego remontando la loma, por el gris afelpado, con una pala a cuestas.

La carretera serpenteó por el valle durante kilómetros, la estampa era serena, bella y vacía. El valle estaba en calma, el cielo era azul, el incendio había sido derrotado.

De vez en cuando aparecían bomberos y sus vehículos, algunos en dirección contraria, saliendo del valle, pero la mayoría aparcados en un lateral u otro de la carretera y todos, por lo visto, actuaban de forma independiente. Ese día, en ese momento, recordaban más a una reunión informal de bomberos autónomos, cada uno libre de hacer lo que considerase

conveniente, que a un ataque coordinado al estilo militar. O tal vez fuera la operación de limpieza, más relajada, de después de asegurarse la victoria.

Justo entonces, Josie se topó con un grupo de seis bomberos alrededor de un gran pino en llamas con tres mangueras en total, dos hombres por manguera.

—Mirad —les dijo a los niños, y aminoró el Chateau.

Parecía una ejecución. El árbol parecía vivo, desafiante, ardía majestuosamente, deseando las llamas, mientras los bomberos lo sofocaban, lo mataban.

Entonces oyeron una especie de exhalación rápida y fuerte. El Chateau viró a la izquierda, luego a la derecha, y después se sacudió hacia delante.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Paul.

Josie se apartó y frenó, pero sabía que había pinchado una rueda. Stan había repasado someramente el proceso de cambiar una rueda pinchada y Josie había visto la de recambio en la trasera del Chateau una docena de veces al día, pero ahora que tenía que cambiarla, que tenía que cambiar un neumático de un vehículo en descomposición que pesaba toneladas, se desesperó.

—Todos fuera —dijo a los niños, y los tres se plantaron en el arcén, entre las colinas verdes y las colinas grises, bajo un sol abrasador, con el Chateau ladeado hacia la derecha.

Ana encontró una piedra y la arrojó en dirección a los bomberos enfrentados al pino en llamas.

—Más —dijo Paul, y Josie se volvió y vio que por detrás de ellos se acercaba una columna de hombres vestidos de naranja, una docena, cada uno con una pala al hombro.

—Parece que ha pinchado una rueda —dijo el líder—. ¿Necesita ayuda?

Era bajo y corpulento, con la cara manchada de hollín. El grupo se

congregó alrededor del pinchazo y algunos patearon la rueda como si ello fuera de alguna utilidad.

—¿Quiere que le echemos una mano? —se ofreció el corpulento.

—¿Le importa? —dijo Josie, y el grupo empezó a desplegarse como una especie de conjunto de baile: de pronto Josie estaba en el centro y tuvo la impresión de que debía realizar algunos movimientos en estilo libre mientras la aplaudían.

—¿Tiene un gato? —preguntó otro hombre de naranja.

Josie intentó recordar dónde le había dicho Stan que se guardaba el gato y solo se le ocurrió el compartimento lateral, donde recogía las sillas plegables. Lo abrió, y tres hombres rebuscaron en el interior —eran tres para hacer cualquier cosa— sin encontrarlo.

—¿Quiere que busquemos dentro? —dijo otro hombre, el más alto de todos—. Mi tío tenía un trasto de estos.

Señaló el vehículo con la cabeza igual que habría señalado a una plaga de garrapatas.

El cuerpo le recomendaba a Josie que no permitiera a una decena de hombres entrar al Chateau y abrir hasta el último armario, sobre todo por la bolsa de terciopelo con dinero escondida debajo del fregadero. Pero algunos ya se habían desentendido de la operación y esperaban a unos metros de distancia, dispuestos a marcharse, de modo que para recuperar su interés les dio permiso para registrar el Chateau, tal vez el alto, gracias a su tío, tuviera alguna idea que a ella se le escapaba. Mientras el fornido abría la portezuela lateral y subía, Josie cruzó la mirada con Paul.

He aquí un ejemplo de cómo empeorar una situación mala de por sí, decía la mirada del niño.

Pero llegaba tarde. Había seis hombres dentro del Chateau y Josie estaba de pie en la cuneta, con sus hijos, pensando en que algo no cuadraba en aquel

grupo, pero incapaz de reconocer el qué. Salvo por el corpulento, eran más flacos y menudos que la media de los bomberos, más jóvenes, todos menores de treinta años, con los brazos cubiertos de tatuajes. Josie se acercó al Chateau a investigar, pero el interior era un borrón naranja. Dio media vuelta y se topó con uno de los hombres de rodillas, tapándole a Ana. Se diría que hablaba con la niña.

—Ana, ven aquí —ordenó Josie, cada vez más inquieta.

Ana se arrastró de mala gana, con las manos a la espalda.

Josie escudriñó las manos de cada bombero en busca de la bolsa de terciopelo. El más alto saltó de la puerta del Chateau con un trozo de hierro retorcido por encima de la cabeza y un aparato mecánico, oxidado, en la otra. «Ya lo tengo», anunció a todos, y enseguida se metieron debajo del Chateau varios hombres de naranja y uno se subió a la escalerilla trasera, descolgó la rueda de repuesto y acto seguido levantaron el vehículo, retiraron el neumático pinchado y lo cambiaron.

Justo mientras bajaban el gato, un hombre nuevo, de color chartreuse, se sumó al grupo.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó.

Era mayor, con gafas protectoras sobre unos ojos de mirada profunda y cubiertos por unas cejas espesas. Tenía una presencia a la vez autoritaria y amable, como un juez de provincias que exigía y esperaba urbanidad de todo el mundo.

—Estamos ayudando a esta conductora a cambiar una rueda, señor —dijo el alto de naranja.

Los hombres de naranja se habían apartado de Josie y el Chateau, de pronto, les podía la timidez. Algunos habían corrido al arcén a recuperar las palas.

—Señora —saludó el barbudo. Tenía la mirada alarmada—. ¿Estos

hombres la han molestado o importunado de alguna manera, señora?

—No —respondió Josie, confusa, pero adoptando el tono propio de un testigo de un accidente de tráfico—. Han sido de gran ayuda.

El hombre de mirada amable se relajó y miró a los de naranja, dando a entender que estaba a la vez impresionado y decepcionado.

—Recoged los trastos y en marcha —dijo, y los hombres de naranja que aún no lo habían hecho recompusieron la columna de a uno y se fueron. Pasaron junto al Chateau y ninguno miró a Josie, Paul o Ana. El hombre de color chartreuse los observó avanzar con los brazos en jarras. Cuando ya no podían oírlo, se volvió hacia Josie.

—¿Se han identificado como reos?

A Josie le pareció que se le evaporaba el estómago. Negó con la cabeza.

—¿Sabe que en algunos incendios empleamos a presidiarios para cortar el avance y demás menesteres? —dijo el hombre.

Josie no tenía ni idea de lo que hablaba.

—Son delincuentes menores. Les gusta trabajar y estar al aire libre —explicó él, entre risas—. En fin, como verá, vamos escasos de personal. Si no, suele escoltarlos un agente. Y no sabía que dejaban pasar a civiles por aquí. Total, la tormenta perfecta, ¿eh?

Josie intentaba seguir el hilo. Mandaban a presidiarios a apagar fuegos y los diez hombres que se habían paseado por el Chateau y lo habían registrado eran todos presidiarios, se habían aprestado a arreglarle el pinchazo y no podían haber sido más educados, y ahora se habían marchado.

—Un momento —susurró Josie, y subió al Chateau, corrió al fregadero, abrió el armario y descubrió la bolsa de terciopelo intacta.

—¿Qué ocurre? ¿Le falta algo?

—No, nada —dijo Josie.

Miró hacia la carretera. La columna de hombres había enfilado un sendero

que subía hacia las colinas carbonizadas.

—¿Te lo ha dado uno de esos hombres? —le preguntó el hombre a Ana.

Josie bajó la vista y descubrió que su hija sostenía una florecilla amarilla.

Josie decidió que podía conducir toda la noche. Podía aparcar en cualquier sitio. No importaba. Era libre y sus hijos estaban a salvo. Se sentía poderosa, capaz, de nuevo heroica, como cuando habían escapado de la pensión. Quería una copa.

Y allí, un poco más adelante, asomaba lo que había estado buscando por toda Alaska, un restaurante abierto toda la noche con un anuncio de cerveza en el escaparate. Se metió en el aparcamiento y vio que el lugar estaba extrañamente concurrido para las 9.23 de la noche. Aparcó. Los niños dormían, pero Josie necesitaba estar rodeada de personas, bajo tubos de luz fluorescente. Vio un par de reservados vacíos junto a la ventana. Tenía intención de sentarse a beber lo que tuvieran sin perder de vista la caravana donde dormían sus niños y comprarles algo de comer para cuando se despertaran. Intuía que dentro conversaría con algún desconocido, como mínimo, con la camarera. Estaba de un humor que reconocía: una vez al mes la dominaba una especie de alteración y acababa charlando con alguna cajera, con gente que estaba paseando al perro, con enfermeras que empujaban ancianos por la acera. Bonito día, ¿verdad?

SIÉNTESE, rezaba el cartel de dentro, y Josie pensó que le explotaría el corazón. Eligió uno de los reservados vacíos y abrió la carta, para descubrir no solo la cerveza del anuncio de neón, sino dos tipos de vino, tinto y blanco. La camarera acudió a la mesa y, cuando se acercó lo bastante para poder apreciarlo, Josie vio que era una cuarentona despampanante, posiblemente la mujer más guapa que había visto en Alaska. Las canas le dibujaban mech

en la melena rubia, ya fuera por la edad o por decisión estilística, no importaba. Tenía los ojos oscuros y hoyuelos, que se anunciaron justo después de preguntarle a Josie cómo estaba y qué iba a tomar.

—Un vino blanco.

Hoyuelos.

—¿Solo una copa? —preguntó la mujer, con los ojos centelleando como los de aquel perro que tanto quisiste en la infancia—. Servimos jarras.

—Sí —respondió Josie—. Una jarra. Gracias. Es mío —añadió, señalando al Chateau.

No había motivo para anunciarlo justo después de pedir una jarra de vino blanco, como si quisiera que la camarera supiera lo que conduciría después de terminar de beber.

—¿Va a dejarlo aquí toda la noche? —preguntó la camarera.

Hoyuelos.

—¿Puedo?

La camarera parecía desconcertada. Por fin Josie lo entendió: la mujer había supuesto que esa era la razón por la que Josie le había hablado del Chateau.

—Sí —dijo Josie, esta vez con mayor aplomo—. ¿Pago aquí o...?

Hoyuelos.

—Puedo cargárselo a la cuenta. Traeré el registro.

Y Josie entró en una nueva felicidad, con la convicción de que iba a emborracharse un poquito.

Llegó la jarra, y Josie apuró la primera copa con gula. Tenía sed, y el agua siguió al vino, pero aún tenía sed. No recordaba si había comido desde el desayuno. Concluyó que en algún momento de la tarde había ingerido medio bocadillo y que, por tanto, debería comer, debía darse un banquete regado con vino, y paseó la vista por la carta, pidió una ensalada de pollo y empezó a

picotear pan.

El restaurante estaba a tope. Josie llevaba la camisa de franela, de modo que resultaba invisible y se tomó una segunda copa de chardonnay. Miró a su alrededor. Había dos mujeres que estaban allí para ligar, Josie lo tenía claro; iban vestidas como groupies de rock. Había parejas de transportistas agotados y un grupo de universitarios que parecían haber pasado el día bajando en balsa por el río. Uno todavía llevaba el chaleco salvavidas. Y había un hombre sentado enfrente de Josie. Estaba en el siguiente reservado, de cara a ella, como si los dos hubieran acudido con una compañía invisible y tuvieran que quedarse mirándose.

El hombre tenía una de esas caras gordas y redondas sin edad, que lo mismo podría tener treinta años que cincuenta. Qué suerte tener todas esas carnes en la cara, pensó Josie. Ya está listo para siempre. Siempre parecerá contento. Y como parecía inofensivo y solo, lo invitó a sentarse con ella.

—Si quieres, puedes sentarte conmigo —dijo Josie. Se fijó en que el hombre solo había pedido un vaso de agua y una galleta—. Tráete el agua y la galleta.

El hombre reaccionó de un modo extraño. A Josie no le parecía poco razonable suponer que se alegraría de que una mujer lo invitara a compartir mesa. Los hombres no reciben a menudo invitaciones así. Pero pasó un momento largo, durante el cual la cara del hombre expresó sorpresa, desconfianza y análisis. Finalmente ladeó la cabeza y dijo:

—Vale.

Cogió el plato con la galleta y lo dejó en la mesa de Josie, que vio que se trataba de un hombre poco musculoso con vaqueros holgados y camisa de cuadros con botones en el cuello, todavía más inofensivo así, de cerca. El hombre se sentó y miró la galleta como tratando de reunir el coraje para mirar a Josie. A ella le pareció vulnerable, tímido, modesto, inocuo.

—Me ha sorprendido que me invitaras —dijo él sin apartar la vista de la galleta.

—Bueno, estábamos los dos comiendo solos, me ha parecido innecesario. ¿Qué tal el agua?

—Buena —dijo él y, como para demostrarlo, levantó el vaso, bebió un sorbo y por fin miró a Josie por encima del borde.

A Josie le pareció captar algo en su mirada. Algo desconfiado, como si todavía estuviera interrogándose por los motivos de Josie para invitarlo a sentarse con ella. Se lo tomó como un halago, supuso que la consideraba fuera de su alcance.

—No querría incomodarte.

Él negó con la cabeza, bajó la vista a la galleta y, como consciente de haberla mirado mucho rato, la partió por la mitad.

Josie dio un sorbo al vino, pensando que la cosa no iba bien. Cuanto más rato seguía allí sentado, más aumentaba la extrañeza. Cada segundo de postura tensa, de incapacidad para mirarla a los ojos, parecía incrementar las posibilidades de que el tipo no fuera del todo normal.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Josie.

Él se sonrió.

—No sé si importa —respondió, y miró a Josie.

Su mirada era de conspiración, como si los dos participaran en un juego maravilloso.

—¿Es tuyo? —preguntó una voz.

Josie alzó la vista y vio a la camarera junto a la mesa tendiéndole un fajo de papeles al hombre. Mapas, algunas notas manuscritas y una carpeta archivadora de manila y, debajo de esta, un sobre grande cerrado. En la etiqueta se leían varios nombres separados por el signo &, todo en una fuente a la vez combativa y elegante.

—Ah, gracias —le dijo el hombre a la camarera, y soltó una risilla, mirando primero a la camarera y enseguida a Josie—: Menudo fracaso habría sido, ¿no? Venir hasta aquí y olvidarme el sobre.

Se lo dijo a Josie y por fin todo cobró sentido. Le entregaba la documentación legal. Alguien, a miles de kilómetros, había demandado a Josie y el tímido era un enviado de la agresión.

Josie se levantó.

—Este hombre acaba de hacerme proposiciones deshonestas —dijo Josie en voz alta—. Ha dicho que quería hacerme lo que ya ha hecho con otras mujeres del estado. —Se apartó de la mesa en dirección a la puerta y le satisfizo comprobar que la mayoría de la clientela le prestaba atención—. No sé a qué se refiere, pero me ha asustado.

Esto último lo dijo más fuerte, señalando al hombre, avanzando hacia la barra. Sacó dos billetes de veinte del bolsillo y los dejó en el mostrador de caja.

Estaba prácticamente en la puerta. El agente judicial se había quedado petrificado en el asiento.

—¡Me ha dicho unas cosas horribles! —aseguró Josie, con la voz muy aguda—. ¡Tengo miedo! —gimió, y echó a correr hacia la puerta.

No ha estado mal, pensó Josie.

Fuera, corrió hacia el Chateau y subió, Paul y Ana seguían dormidos. Arrancó el motor y miró hacia el restaurante. Dos de los camioneros, hombres mayores, de constitución fuerte y prestos a impartir justicia, se habían aproximado a la mesa y se cernían sobre el hombre, cuyas manos descansaban sobre la pila de papeles. Cuando Josie pisó el acelerador y el Chateau adelantó bruscamente, el hombre la miró, con rostro impassible y unos ojos que no transmitían derrota ni sorpresa, sino algo similar a la traición.

Josie rodeó el aparcamiento y volvió a pasar junto al edificio mientras salía hacia la carretera. Ahora en el reservado había tres hombres y la camarera y los cuerpos tapaban al agente. Josie comprendió que el agente judicial había supuesto que ella sabía quién era. La había seguido hasta allí, hasta el restaurante, y había aguardado el momento oportuno sentado, mirándola fijamente desde el reservado de enfrente. Normal que le hubiera sorprendido que lo invitara. El hombre pensaba que Josie lo sabía.

La adrenalina la serenó al instante y facilitó la conducción. Notaba la mente despierta, exuberante y superconectada. Cogió todas las vías secundarias que pudo mientras navegaba por sus pensamientos, planes y preguntas. Lo había derrotado, al agente y a cuanto representaba. La expresión de su cara... ¿Quién lo enviaba? ¿Carl? ¿Qué diría la demanda? ¿O Evelyn? No había hablado con su niña abogada. Quizá hubiera alguna novedad en ese frente. Quizá la gente de Evelyn se hubiera encontrado con menos de lo prometido. Quizá la demandaran por fraude y falsedad...

Los padres de Jeremy. ¿Podían demandarla? ¿Intentarlo?

No. Era Carl. Tenía que ser Carl. Era lo más osado que había hecho jamás. Había presentado una demanda y había contratado a alguien para que le entregara la citación. En Alaska. Cojones. ¿Cuánto cobraría semejante tipo? ¿Un agente judicial en el centro de Alaska? ¿Era lugareño? No lo parecía. Más probablemente sería de Anchorage. Dondequiera que vayas te encuentras a gente que ejerce esos trabajos detestables.

En realidad, invitarlo a la mesa había impedido que le entregara la demanda. Después de una hora al volante, Josie lo tenía claro. Al invitarlo, el hombre había olvidado los papeles. Se había desconcertado, descolocado. Si no lo hubiera invitado a su mesa, sencillamente se la habría entregado

mientras estaba sentada. Pero Josie lo había dejado fuera de juego, había tomado el control de la situación. Se felicitó. Una fuerza extrasensorial la había empujado a calar el nefando propósito del hombre en el restaurante.

¿Josie era invencible? Se preguntó si la guiaba un poder superior. ¿Su misión, esquivar a Carl, abandonar la civilización, era sagrada? No cabía otra posibilidad.

Hacia el alba, en otra gasolinera iluminada de blanco, Josie se apeó, llenó el depósito y sintió la necesidad de revisar el Chateau en busca de dispositivos de seguimiento. ¿De qué otro modo podía haber sabido el agente dónde estaban? Aunque el hombre llevaba mapas. ¿Hubiese llevado mapas de haber contado con un localizador? Josie bajó de la caravana y se metió debajo.

—¿Va todo bien? —preguntó una voz.

Josie buscó el origen y vio un par de botas. Se levantó y descubrió que la voz procedía de un adolescente, de no más de diecisiete años, con una camiseta amarilla impoluta y unos vaqueros ajustados. Las botas eran un error de estilo incongruente.

—¿Trabajas aquí?

—Ajá. ¿Necesita ayuda con los bajos?

Josie pensó por un instante en contarle que creía que estaban siguiéndola, que estaba buscando una especie de caja negra pegada a los bajos del vehículo, pero se dio cuenta de que así solo despertaría interés y provocaría que se acordara mejor de ella, de modo que cuando alguien le preguntara si había visto algo fuera de lo normal, el chico tendría una historia que contar. Sí, una mujer debajo de una autocaravana buscando un rastreador, muy nerviosa...

Se le ocurrió otra cosa.

—¿Tenéis arqueta?

El chico le indicó dónde estaba, era un colector enterrado detrás de la gasolinera. Había un agujero redondo en el suelo de cemento, preparado para recibir los residuos.

—Debería cobrarle quince dólares. Es decir, si piensa vaciar todo el depósito.

Josie le dijo que estaba lleno, que llevaban acumulando mierda desde el principio del viaje, y le pagó.

—No sé hacerlo —dijo Josie.

Entonces el adolescente endureció la expresión.

—¿No sabe desaguar? —preguntó, como si, por su ignorancia, Josie no tuviera derecho a pilotar una nave tan magnífica como el Chateau, no tuviera derecho a transportar heces en el interior. Entonces el adolescente describió una estampa espantosa y pornográfica de un tubo largo y grueso que se extendía desde el lateral de la caravana y serpenteaba hasta el agujero del suelo—. Los desechos deberían fluir de este depósito hacia allí —explicó, dibujando flechas subiendo y bajando.

La estampa descrita era benigna, incluso bonita, comparada con la realidad, que primero exigió que Josie extrajera un tubo blanco de tres metros y medio, inexplicablemente acanalado, desde el parachoques del Chateau. Se almacenaba allí, oculto con delicadeza, un largo cilindro encajado en un rectángulo alargado. Josie lo agarró con cautela, consciente de que volúmenes ignotos de desechos de desconocidos —¿de Stan y su mujer de las moquetas blancas!— lo habían recorrido. ¿Cómo saber si perdía? ¿Quién respondía por la integridad de cabo a rabo del cilindro para mierdas? Josie estiró y fue sacando más y más tubo del parachoques como una lombriz gigante.

Engastó un extremo en la obertura del tamaño correcto de los bajos del

Chateau, justo debajo del depósito de heces, y luego dejó caer el contrario por el agujero del suelo, la arqueta. Ahora bastaba con que girase la palanca pequeña y frágil que abría el depósito y confiara en que, cuando la escoria humana bajara rodando por el tubo, este permaneciera ajustado y no se soltara y lo rociara todo de heces. Pero esa opción le pareció mucho más probable que la de que aguantara sujeto entre tanta actividad y con el volumen de residuos que corría por aquella membrana blanca y fina.

Josie metió la mano debajo del Chateau, debajo del depósito, giró la palanca y se apartó de un salto. El tubo, no obstante, aguantó conectado todo el horrible proceso: el bombeo, las sacudidas y el flujo aterrador. Las sacudidas fueron lo más inquietante, puesto que el tubo, que según pudo comprobar Josie pesaba muchísimo menos que el material que transportaba, se sacudía y convulsionaba mientras los desechos pasaban a chorritos y terrones. El ruido componía la perturbadora canción de las heces corriendo de su vivienda temporal al hogar definitivo, sin desesperarse por su destino, sino alegres y anhelantes.

Y se acabó, y ya solo bastó con desenganchar ambos extremos sin mancharse los dedos ni los zapatos con la porquería, que sin duda cubría el interior y sobre todo los bordes del tubo, y luego devolver los tres metros y medio de tubo, con el sinfín de recuerdos de lo sucedido, al parachoques.

El adolescente reapareció.

—¿Ya está todo?

—Todo.

Josie lo siguió a la oficina, se lavó las manos en el servicio y, al ver que la tienda estaba repleta de comida, compró provisiones para una semana. En adelante, incluso detenerse en los parques para caravanas resultaría demasiado arriesgado. Se quedarían en el Chateau, ocultos en bosques o valles. Compró toda la mantequilla de cacahuete del comercio, toda la leche,

el zumo de naranja, la fruta y el pan.

Compró un termo y lo relleno de café, cargo la compra en el asiento del acompañante, trepo de nuevo al Chateau y encendio el motor. De pie bajo la luz blanca verdosa de la gasolinera, el adolescente le dijo algo, pero Josie no lo oyó. Se llevo la mano a la oreja sonriendo, confiando en zanjar la cuestion, pero en cambio el chico se acercó corriendo a la ventanilla.

—Que disfrute usted del amanecer —dijo.

Lo dijo de tal modo que sonó a ratificación de inclinaciones comunes: a los dos les unía preferir las madrugadas, estar solos y apartados.

—Sí.

Al amanecer vio una señal. MINA DE PLATA PETERSEN, 3 KM. Llevaban cinco horas y media conduciendo, rumbo norte y noroeste, lejos de las carreteras principales. Una docena de veces se había topado con carreteras sin salida o cortadas y había dado media vuelta, el estado parecía decidido a no permitirle viajar en línea recta. La noche por fin cedió, dejó pasó a una luz gris. Josie estaba empeñada en encontrar un lugar retirado donde aparcar y esconderse ella y el Chateau. Lo que buscaba, en realidad, era una cueva, pero sabía que era demasiado pedir. Una mina se parecía bastante.

—¿Os interesa una vieja mina de plata, niños? —gritó atrás.

Habían dormido toda la noche y solo ahora comenzaban a hacer ruidos que delataban que estaban despertándose.

Nadie dijo nada.

—¿Seguís dormidos?

—No —respondió Ana.

—Vamos a la mina de plata —dijo Josie.

Se sentía despreocupada, agitada por el café que había comprado en la última gasolinera y se había tomado caliente, después templado y, por último, frío. Le vino un vago recuerdo de sus padres llevándola a una mina de Oregón. Se había pasado el día pillándolos besuqueándose por los túneles a oscuras.

La primera vez se pasó la entrada a la mina, dio media vuelta y se la pasó en sentido contrario. El desvío era estrechísimo, el cartel, pequeño y pintado

sobre madera.

El Chateau retumbó por el camino de tierra al virar y adentrarse en el valle profundo.

—Aquí no hay nadie más —comentó mientras recorrían tres, cuatro, cinco kilómetros por el camino sin detectar ninguna señal de vida humana.

Se había pasado la noche pensando en ella y musitando para sí y ahora, con los niños descaradamente despiertos, podía hablar en voz alta y considerarse cuerda.

—Mirad —dijo—, un río. Precioso.

Si el hombre volvía a seguirla con la intención de entregarle cualquier documento se sentía capaz de escapar o hacerle daño. Le daba miedo lo que podría hacerle de quedarse solos. Pensó en rocas contra su cabeza carnosa, en abandonarlo desangrándose en algún rincón apartado.

Meditó sobre la palabra «mina». Qué curiosa palabra para la extracción de metales preciosos de la tierra: «mina». Pensó que compartiría con los niños sus pensamientos al respecto, la divertida confluencia en inglés de «mío» y «mina», ambos *mine*, y luego se descubrió susurrándolo, *Mine, mine, mine*, y sonriendo. Estaba ida.

—Necesito dormir —dijo en voz alta.

El Chateau cruzó un estrecho puente de acero sobre un río claro y poco profundo y pronto apareció otro cartel indicándoles que faltaban cinco kilómetros para la mina. El tiempo y el espacio se doblaban. Estaban más lejos ahora que al salir de la carretera. El paisaje era frondoso, con abundancia de pinos y flores silvestres, y Josie se disponía a remarcarlo gritando «Precioso» a la parte de atrás, cuando se volvió y se topó con la cara de Paul entre los dos asientos, alarmantemente cerca.

—Precioso —le dijo al niño, le susurró.

Por fin vieron una serie de edificios chapuceros de madera gris y tejados

oxidados encaramados a la pronunciada pendiente de la ladera. Más adelante había una verja, pero estaba cerrada. Josie aparcó el Chateau y bajó, se dirigió a la verja, donde colgaba un cartel escrito a mano.

CERRADO POR DECISIÓN GUBERNAMENTAL.

NO ES CULPA NUESTRA.

Regresó al Chateau, les dijo a los niños que el complejo estaba cerrado y les informó de que, de todos modos, entrarían a dar una vuelta. Empezaba a fraguar una idea.

—¿Podemos entrar? —preguntó Paul.

—Claro —dijo Josie.

Ana estaba encantada.

Josie aparcó justo enfrente de la verja, como para avisar a cualquier guarda forestal que pudiera aparecer que no intentaba esconderse de las autoridades. Ante ellas, quería aparentar ser una madre que había parado un momento a enseñarles a sus hijos los alrededores de una antigua mina de plata. Bordearon la verja y cruzaron el aparcamiento y encontraron unos servicios, un lavabo pequeño recién techado. Paul salió disparado y descubrió que la puerta estaba cerrada. A los pocos segundos estaba detrás del edificio.

La mina estaba bien conservada, en el sentido de que los guardas del parque y los historiadores que la atendían permitían que se descompusiera sin interferir demasiado. Por todas partes había maquinaria oxidada, como si la hubiera arrojado un avión al pasar. Carteles informativos jalonaban el sendero que conducía a los visitantes hacia la fundición y por delante de las viviendas y las oficinas donde la empresa minera alojaba a los contables y tenedores.

Los niños no estaban intrigados. Con frecuencia Josie no tenía ni idea de lo

que les interesaría; el año anterior Ana se había vuelto loca por un museo marineró en no sabía dónde. Y Paul al menos participaba de cualquier propuesta por educación. Pero la operación minera carecía de atractivo. Uno de los carteles indicaba la presencia de un río cercano, pero Josie no alcanzaba a verlo ni oírlo. Siguieron el sendero hasta el final, junto a un par de edificaciones donde se había procesado la plata, y más allá, justo al lado del sendero, entre una pequeña bolsa de vegetación densa, Josie atisbó una estructura más nueva y cuidada.

—Esperad aquí —les ordenó a los niños, que suspiraron exageradamente. Estaban de pie al sol bajo y Josie hizo una mueca al mirar sus caras rojas y sudadas—. Voy a echar un vistazo a esa casa.

Trepó la valla baja de época, gris y toscamente tallada, y recorrió el sendero de tierra roja serpenteante que conducía a la casa. Era una monada, una cabaña de troncos, recién pintada con un tono cereza. Atisbó por las ventanas. Dentro estaba acabada con gusto, tenía una chimenea, dos mecedoras, un futón, una cocina sencilla y pequeña, pero arreglada. Estaba vacía. Nada indicaba la presencia de visitantes en las últimas semanas y quienquiera que viviese allí la había limpiado a conciencia antes de irse. Probablemente era la casa del conserje. La residencia del guarda. Y, por lo que parecía, el cierre de la mina lo había mandado de vuelta a casa, a otro hogar. Josie regresó con los niños. Había completado su idea.

—¿Por qué no subís un segundo al Chateau? —les dijo—. A por algo de beber. Quiero seguir investigando.

Paul y Ana no parecían dispuestos a moverse, pero cuando Josie les entregó las llaves del Chateau, no pudieron resistirse a la oportunidad de abrir la puerta ellos solos. Su madre sabía que ni beberían ni descansarían. Jugarían a cerrar y abrir con llave la puerta hasta que ella volviera.

Una vez se perdieron de vista por el sendero, Josie regresó a la cabaña.

Probó la puerta delantera y la encontró cerrada con llave. Se dirigió a la trasera y también la encontró cerrada. Ya lo había imaginado, de modo que hizo lo que tenía planeado, que era pasearse por el lateral y la trasera buscando la ventana más pequeña.

La ventana más pequeña, una cuadrícula de seis cristales, daba a la cocina. Josie arrancó una hoja de una colocasia cercana, se envolvió el puño con la hoja y dio un puñetazo al cristal.

No se rompió. Le dolía la mano con el ardor de cien soles. Cayó sobre una rodilla, acunándose los dedos, maldiciéndose. A los pocos minutos se había recuperado y buscaba una piedra. Encontró una piedra afilada de un par de kilos y golpeó con ella el cristal. Una vez más, la ventana resistió. Josie retrocedió, arrojó la piedra contra el cristal y falló, golpeó el lateral de la casa. Por último recogió la piedra, la levantó por encima de la cabeza y embistió la ventana. El cristal cedió.

Josie esperó, atenta a cualquier reacción de los niños o de cualquiera que pudiera estar viviendo en secreto en la casa. Al no oír nada, tiró la piedra y volvió a por los niños.

Estaban jugando con la llave y la cerradura del Chateau. Ana había engatusado a Paul para que permaneciera dentro del vehículo mientras ella se quedaba fuera tratando de encajar la llave.

—Toc, toc —dijo Ana.

—Tienes la llave —dijo Paul desde dentro—. ¿Por qué llamas a la puerta?

Cuando Ana notó a Josie detrás de ella, por un momento le pudieron la alarma y la culpa.

—Venid conmigo —dijo Josie, y Ana se relajó—. Tengo una cosa muy interesante para enseñaros.

Una cosa buena de los niños a esa edad: siempre que prometía enseñarles algo muy interesante, la creían, sin excepción. Siempre creían que, en efecto,

les mostraría algo interesantísimo. La siguieron obedientemente hasta el final del sendero soleado. En esta ocasión, Josie también les permitió trepar por la valla y luego los guio hasta la trasera de la cabaña.

—¿Qué veis?

—Una ventana rota —respondió Paul.

—¿Qué deberíamos hacer?

Los dos niños se quedaron mirándola.

—¿Qué pasaría en un bosque así si esto, la ventana, se quedara abierto?

—Animales —dijo Ana.

—Se colarían —añadió Paul.

Josie tenía un plan, pero quería que sus hijos pensaran que se les había ocurrido a ellos.

—Exacto —confirmó Josie—. Entonces ¿qué deberíamos hacer?

—Deberíamos cerrarla con algo —dijo Paul.

—¿Cómo?

En ese instante Josie se observó con espíritu crítico, estaba aplicando el método socrático en sus hijos con la esperanza de que le propondrían que Ana se colara por la ventana.

—Uno de nosotros podría colarse dentro a buscar la llave —dijo Paul.

Sus hijos eran unos seres maravillosos. Luego pensó: ¿Cuántos delitos exactamente cometería su familia en ese modesto estado?

—O abrir la puerta por dentro —sugirió Josie con un encogimiento de hombros.

Paul y Ana mordieron el anzuelo y enfilaron por el sendero, tomándose con suma seriedad la tarea que les aguardaba. Después de llegar bajo la ventana rota y dejar que Paul y Ana la inspeccionaran con la autoridad de unos cristalersos profesionales, Josie colocó el felpudo en el alféizar y cubrió el marco inferior de la ventana rota. Luego, con la solemnidad de quien

santifica a un difunto, aseguró que Ana era el único ser humano vivo capaz de colarse por un hueco tan pequeño, descender a la mesa del otro lado, bajar al suelo, dirigirse a la puerta principal y abrísela a su madre y hermano.

Ana parpadeó con fuerza. No se lo podía creer. Su vieja alma inquieta parecía saber exactamente lo que tramaba Josie, pero la niña de cinco años que compartía con ella la forma corpórea de Ana se animó con la aventura y decidió ignorar a la voz interior, más sensata.

Josie la aupó, Paul colocó las manos debajo y Ana movió el estómago adelante y atrás, como un tiburón atrapado en la playa, encima del felpudo y luego, en un ejemplo electrizante de improvisación, dio un salto mortal —a cámara lenta, sin perder apoyo— para alcanzar la mesa de la cocina de debajo de la ventana. Ana se quedó un momento en la mesa fingiendo que evaluaba la situación pero, en realidad, pavoneándose, sabiéndose observada y admirada. Entonces, sin bombo ni platillos, saltó al suelo y corrió hacia la puerta principal como si hubiera vivido toda la vida en aquella casa. Para cuando Josie y Paul llegaron a la puerta, Ana la había abierto y tamborileaba con el dedo sobre un reloj imaginario de su pequeña muñeca.

Luego se relajó y sonrió, como una anfitriona que hubiera optado por perdonar a los invitados tardones para no aguar la fiesta.

—¡Bienvenidos! —dijo.

Josie les explicó que tendría que cerrar la ventana con cinta desde dentro: solo desde el interior funcionaría y soportaría lluvias y vientos. De modo que entraron en la cabaña, olisqueando las maderas sin pulir, los tenues aromas a moho y detergente —a un intento de orden— y buscaron cartones y cinta americana. Enseguida encontraron las dos cosas y repararon la ventana o, al menos, la hicieron impenetrable para insectos y pequeños mamíferos.

Pero la intención de Josie no era solo reparar la ventana, sino quedarse allí, como mínimo hasta que hubiera decidido su siguiente paso. Difícilmente

encontrarían un lugar mejor. Rebuscó entre los cajones de la cocina hasta que localizó una llave, la probó en la puerta delantera. Funcionaba. Tenía una llave de la cabaña.

—Creo que esta noche deberíamos dormir aquí —dijo como de pasada—, solo para asegurarnos de que el lugar está a salvo y la reparación de la ventana aguanta.

Paul y Ana estuvieron de acuerdo. O se limitaron a encogerse de hombros. No les importaba. Sus vidas ya no seguían patrones lógicos.

—Un segundo —pidió Josie.

Dejó a los niños y corrió al Chateau y se planteó en serio qué hacer con el vehículo. No podía dejarlo en la verja.

Miró alrededor y vio, dentro de la verja y al otro lado del aparcamiento, un garaje prefabricado de acero corrugado, con la puerta abierta. Esperaba encontrarlo lleno de vehículos o lo que fuera que almacenaran allí los guardas, pero estaba prácticamente vacío. Era por el cierre de la mina: allí solía aparcar la camioneta el guarda, que ya no estaba. Parecía tener altura suficiente para el Chateau.

Josie examinó el candado del final de la cadena. Era un candado estándar que sujetaba una pesada cadena que entrelazaba verja y poste. Lo primero que pensó fue atacar el candado con una de las llaves inglesas que había visto en la caja de herramientas del Chateau. También contenía un gato, pero supuso que el candado estaba diseñado para soportar los golpes de simples instrumentos de hierro y acero.

Permaneció a la luz blanca de la mañana con la vista fija en la verja y, cuando se le ocurrió la solución, se rio. Era ridículo y podía funcionar y, una vez terminado, se reiría siempre, en los años venideros, por lo sencillo de la táctica, por el hecho de que realmente lo habían conseguido. Constituía un delito, a medio camino entre el simple vandalismo y entrar por la fuerza en

una casa, pero funcionaría a las mil maravillas.

A los pocos minutos estaba de vuelta en la cabaña y había encontrado la sierra colgada encima de la repisa de la chimenea. Y luego corría de nuevo por el sendero sosteniendo la sierra en alto con ambas manos. Regresó a la verja y empezó a serrar el poste. Comenzó muy abajo, de manera que cuando devolviera el poste a su posición la hierba que crecía alrededor de la base disimulara el hecho de que lo habían serrado. Trabajando sin descanso, porque le preocupaba que aparecieran sus hijos en cualquier momento, Josie serró el poste. El candado seguía sujeto, por supuesto, pero ahora estaba sujeto a un poste que no lo estaba, que se balanceaba con la puerta.

Josie cruzó la verja con el Chateau y lo metió despacio en el garaje prefabricado, esperando rascarlo por arriba en cualquier momento. Sin embargo, pasó, tenía que pasar, así que aparcó y, cuando terminó, cerró las puertas del garaje. El Chateau era invisible. Josie sacó unos billetes de cien de la bolsa de terciopelo, la guardó en el fondo del armario, temerosa de contar cuánto quedaba, y cerró con llave el Chateau. Regresó a la verja a por la mejor parte. Devolvió el poste a la base, colocándolo para que pareciera un pilar en buen estado, intacto. Si lo tocaban o soplaba un viento fuerte, se caería, pero de momento parecía un pilar auténtico, intacto.

Era probable que nadie los encontrara, al menos durante un par de días. Los guardas forestales que pudieran quedar en Alaska estarían ocupados en los incendios o lejos de allí, incluso fuera del estado, disfrutando del buen tiempo durante unas vacaciones por cese del servicio.

Josie y los niños inspeccionaron la cabaña; los niños encontraron rápidamente las escaleras y subieron corriendo al desván de techo inclinado.

—No hay gran cosa —informó Paul a su regreso—. Dos camas pequeñas,

pero huele mal.

La vida de la cabaña se concentraba en la planta baja, donde la chimenea determinaba la ubicación del resto de objetos de la sala. El futón y las sillas apuntaban hacia ella y la mayoría de la decoración la rodeaba. En la repisa, diversos recuerdos de pesca, una talla de un caballo, un castor gravado en una corteza. Cruzadas como espadas encima de la repisa colgaban unas raquetas de nieve y, más arriba, un arpón antiguo. A la izquierda de la chimenea, la leña tapaba la pared.

En la cocina había dos viejos hornillos, ninguno de los cuales funcionaba, y una mesa de fórmica, rodeada por tres sillas cromadas, todas con el asiento de plástico amarillo rasgado y reparado con cinta. Había un fregadero, pero no agua corriente; en su defecto, había un dispensador casi lleno. En un rincón, una nevera encendida y, al lado, cajones con papel de aluminio, fiambreras de plástico, cinta americana, tijeras y cuerda. Un juego de cuchillos pendía imantado de la pared, todos apuntando arriba en disposición marcial. Encima de la cocina había un armario pequeño repleto de latas de sopa y verduras. Entre la comida que tenían en el Chateau y aquello, aguantarían una temporada, pensó Josie.

—Mira —dijo Ana.

En la sala principal, los niños habían encontrado un alijo de juegos, todos de unos cuarenta años de antigüedad o más. Scrabble, parchís, dos barajas de cartas, Sorry! Josie casi esperaba encontrarse Candyland, y entró en una breve espiral de pensamientos hirientes, pero cuando repasó la pila, no lo vio. Paul sí. Estaba debajo del estante sobre el que descansaban los demás juegos.

—Lo conozco —dijo el niño limpiando el polvo de la caja—. ¿Cómo es que nunca lo hemos tenido, mamá?

—¿Quién quiere encender la chimenea? —preguntó Josie.

Paul y Ana disfrutaron seleccionando los periódicos, las astillas y los leños

adecuados y, en minutos, tenían un buen fuego. Josie pensaba arrojar el juego a las llamas a la primera ocasión. Pero de momento había distraído a los niños lo suficiente para esconderlo encima de la nevera.

En la cocina, encontró una radio transistor, la encendió y buscó noticiarios. ¿Estarían buscándola? ¿Alguna noticia sobre la muerte o mutilación de un agente judicial a manos de vigilantes de restaurante? Solo consiguió captar una señal débil, un mensaje evangélico, que explicaba a los oyentes que Dios quería que prosperasen no solo espiritualmente, sino también a nivel material. «Prosperar es una palabra enraizada en el mundo tridimensional», dijo el hombre.

En la encimera había una fotografía de un hombre, que Josie supuso que sería el guarda que normalmente ocupaba la cabaña. Rondaba los cuarenta años, tenía un aire jovial, barba pelirroja y vestía de verde y caqui. Apoyaba un brazo en otro hombre, también barbudo, con la misma mirada alegre. ¿Hermano, amante, marido? En cualquier caso, Josie se conformó con que el guarda que vivía allí, un hombre enamorado o capaz de amar, pareciera menos dispuesto a perseguirlos que el dueño de la última cabaña que había ocupado.

—Tengo que dormir un poco —dijo Josie.

Hacía más de un día que no descansaba. Josie les enseñó el funcionamiento del futón y vio cómo calculaban mentalmente si cabrían todos en él; estaba segura de que no querrían dormir en el ático oscuro y con corrientes de aire. Se apoyó en el relleno y levantó una nubecilla de polvo. No le importó. El sueño tiraba de ella.

—¿Ahora vivimos aquí? —preguntó Ana.

Josie se durmió, considerándolo una opción factible.

Por la tarde, después de dormir todo el día, Josie se sentía renacida. Se levantó del futón con una fuerza inexplicable y no vio a los niños por ninguna parte.

Los llamó. Nada. Se incorporó de un salto, con el corazón en un puño. Imaginó a una pareja de lobos llevándose a sus hijos. Los llamó a gritos.

—Aquí fuera —contestó Paul.

Josie abrió la puerta y se los encontró fuera, en el sendero de grava, apiñados encima de una masa de pelo negro.

—¿Qué es eso? —rugió Josie.

El pelo se sacudió y gimió.

—Un perro —dijo Ana, y le cogió la cara y la volvió hacia Josie, como para demostrarle la naturaleza de la especie a su madre ignorante.

—Estaba arañando la puerta —dijo Paul.

Los niños habían abierto la puerta y el perro se había colado dentro.

—No queríamos despertarte, así que lo hemos sacado fuera —explicó Paul.

Decía la verdad. Era tan considerado que asustaba. Pero ¿de quién era el animal?

—¿Tiene collar?

—Solo esto —dijo Ana, y tiró del collar antipulgas del cuello del perro.

Ana se había hecho a un lado y ahora dejaba ver al animal entero. Era menudo y negro y parecía un cerdo desnutrido, con pelo corto y orejas

triangulares.

—Está temblando —apuntó Josie.

—Tiene hambre —dijo Paul.

—No le acerquéis las manos a la boca —ordenó Josie.

—Es chica —informó Paul.

—Como os muerda, estaréis un montón de días en el hospital —dijo Josie
—. Y no hay ninguno cerca.

—¿Podemos darle de comer? —pidió Paul.

—¿Ya le habéis puesto nombre?

—Ana sí.

—Ven —dijo la niña.

—Es el nombre: Ven —aclaró Paul.

—Porque se ha venido con nosotros —dijo Ana.

El año anterior había bautizado Gustaagua a un pez.

—Creía que me habías dicho que estaba arañando la puerta.

Paul tenía la costumbre, cuando le pillaban la más insignificante de las mentiras, de mirar fijamente a Josie, sin parpadear, durante largos segundos antes de hablar. No se trataba de ninguna estrategia. Más bien lo poseía, lo dominaba, una especie de espíritu de la verdad que insistía en que confesara. Paul respiró hondo y empezó.

—Hemos salido. Solo a por unos palitos —dijo el niño, señalando un pequeño montón de ramitas que habían transformado en espadas con algo de cinta adhesiva naranja—. Cuando volvíamos, la perra se ha venido con nosotros. Hemos cerrado la puerta y se ha puesto a arañarla.

Paul soltó un suspiro rápido, a modo de puntuación y alivio. Estaba contento de haber contado la verdad sin adulterarla. Relajó la postura y se permitió parpadear.

—¿Podemos darle de comer? —volvió a preguntar.

De modo que tenían perro. Entraron a Ven y le dieron pollo frito viejo y ensalada, que devoró. Josie sabía que era mala idea alimentar a un chucho callejero, pero el animal parecía traumatizado, incapaz de contener los temblores. Inventó una historia en la que era la perra del guarda, pero se había escapado y el dueño, al no poder encontrarla, se había marchado sin ella. Luego la perra había vuelto y el amo no estaba, la puerta estaba cerrada y su cuerpecillo rodeado por una ristra de asesinos compuesta por carnívoros superiores dispuestos a almorzarse sus carnicillas temblorosas. La perra se las había apañado para sobrevivir, pero estaba hecha un saco de nervios y muerta de hambre.

Josie examinó al animal en busca de cortes o pulgas o algún síntoma de enfermedad, y lo encontró sorprendentemente limpio para llevar días o semanas en el bosque. «Podéis acariciarla», les dijo a los niños, y se sentó en el futón a verlos hacerle fiestas a Ven mientras la perra temblaba y comía y, al poco de comer, se quedaba dormida. Continuaron acariciándole el pelo negro mientras dormía, con respiración irregular y sacudiendo periódicamente las patas contra el suelo.

Josie tenía la impresión de que, con Ven, se habían convertido en una especie de familia fronteriza. Rompían ventanas y reventaban verjas. Acogían a perros perdidos. Y ni siquiera llevaban una noche en la cabaña. Los niños no se separaban de Ven, así que se quedaron dentro mientras caía la noche y Josie encendía la chimenea y fuera el viento silbaba una tonada fantasmagórica. El cartón con que habían tapado la ventana de la cocina inhalaba y exhalaba, pero resistía. Josie acostó a los niños con ella y durmió toda la noche de un tirón, con el brazo de Paul colgando hacia el suelo para confirmar que Ven estaba bien.

La despertó un timbrazo. Todavía estaba oscuro, quedaban rescoldos en la chimenea. ¿Quién podía llamar? Josie no había visto el teléfono. Se levantó de la cama y fue hacia la cocina, confiando en que los niños siguieran dormidos. Palpó a oscuras la encimera y al final, debajo de varios mapas, encontró un teléfono fijo. Seguía sonando. Tres timbrazos, cuatro, cada uno hacía vibrar la cabaña. No podía descolgar. Por fin, al sexto timbrazo, paró.

Paul y Ana todavía dormían, pero Josie sabía que iba a pasarse horas despierta. Sacó una silla a la terraza y se sentó, nerviosa, atenta a la noche, repasando posibilidades. Quería creer que había sido una llamada aleatoria o simplemente dirigida al guarda que vivía allí. Pero también cabía la posibilidad de que fueran los amos de Ven. O el agente judicial. O la policía.

—¿Mamá?

Era Ana, sola, en el porche. Josie no recordaba que Ana se hubiera levantado sola de la cama alguna vez. Normalmente, cuando se levantaba por la noche, formaba parte de un plan urdido por Paul, un ataque de los dos destinado a demostrar que en aquella casa no se podía dormir. En realidad, claro, significaba que Paul no podía dormir, había despertado a Ana y se la había llevado con él. Solo a Paul pesaban las implicaciones próximas a la muerte del sueño y la invitación de la noche a meditar sobre la mortalidad y la insignificancia. Ana era demasiado pequeña para eso.

La niña estaba en el umbral, con la mata de pelo rojo aplastada por un lado, era una sombra desgastada y deforme de color naranja, como la última calabaza que se recoge del huerto. Apoyaba cada mano a un lado del marco de la puerta, como si sujetara las jambas.

—¿Mañana nos quedaremos aquí?

—Creo que sí. Puede que nos quedemos varios días —dijo Josie.

—¿De verdad? —preguntó Ana, y dejó caer cara y hombros en un gesto bellamente coordinado.

Ana había experimentado sensaciones similares el invierno anterior, cuando volvió a la escuela después de las vacaciones.

—¿Esta semana iré al colegio? —había preguntado la niña.

—Sí —le había respondido Josie.

—¿Y la otra?

—Por supuesto.

Y se había quedado estupefacta. Las vacaciones invernales habían traído algo nuevo cada día y ahora, volver al colegio, donde las cosas no variaban demasiado de un día para otro, la ofendía. La naturaleza repetitiva del sistema agredía a su intuición de las posibilidades heroicas de un día cualquiera.

—A la cama —dijo Josie, pero en cambio Ana se acercó y se encaramó a su regazo fingiendo que se chupaba el dedo.

—No te preocupes, Josie —dijo Ana—. No se lo diré a Paul.

Entonces lanzó a Josie una de sus miradas, una mirada de complicidad que decía que podían abandonar las formalidades y sus personajes, ese juego tonto del padre y el hijo.

—No me gusta que me llames Josie.

—Vale, mamá —concedió Ana, pronunciando la palabra en un tono absurdo.

—A la cama —repitió Josie, expulsándola de su regazo.

Ana cayó al porche como un fardo pesado. Gateó de vuelta a la casa y, aunque Josie esperaba que reapareciera, a los diez minutos no se oía señal alguna de que Ana estuviera despierta, lo que en su caso (Ana solía dormirse en cuestión de segundos y no volvía a despertarse hasta la mañana) significaba que, efectivamente, se había dormido.

Como para protestar por haber perdido a Ana durante las horas de oscuridad, el aullido de un coyote rasgó la noche.

El teléfono otra vez. Josie abrió los ojos, vio que los niños ya estaban despiertos, acurrucados alrededor de Ven mientras la perra comía carne seca chasqueando las pequeñas mandíbulas.

—¿Quién llama, mamá? —preguntó Paul.

—Se equivocan.

Josie comprendía que la presencia de un perro no facilitaba la situación. Querían resultar invisibles, pero ¿acaso no cabía la posibilidad de que los dueños de Ven volvieran por ella? Pensaba que Ven podía ser de algún vecino y que, como tantos cachorros, simplemente estaría explorando cuando se había topado con Paul y Ana y los había seguido hasta la puerta de la cabaña. Cabía la posibilidad de que los amos conocieran al guarda, de que la perra ya hubiera estado allí antes y de que telefonaran para averiguar si la habían visto. O podía ser que sencillamente fuera un teléfono, la gente llamase, el teléfono sonase y nada de ello tuviera que ver con Josie y sus hijos. Podía desconectar el aparato, pero ¿y si llamaba el guarda y descubría que lo habían desconectado? Tendría que dejarlo tal cual.

—Vamos a dar un paseo —dijo Josie sin revelar a los niños que barajaba la posibilidad de que Ven los guiara hacia su casa y sus verdaderos amos.

Así que Josie llenó la mochila con galletas y agua del dispensador, ataron una cuerda al collar antipulgas y echaron a andar hacia la mina y los bosques de detrás. El animal al principio desconfiaba, se adelantaba, luego volvía con los niños, después corría un rato antes de regresar de nuevo. O tenía problemas graves o no era muy lista.

Sin embargo, cuando llegaron al bosquecillo de abedules, la perra sucumbió a una especie de propósito y los condujo pendiente abajo hasta que oyeron agua correr. Ven los guio a un arroyo que se abría paso por un valle estrecho y bebió con ganas de la corriente.

—¿Mamá? —dijo Paul—. ¿De dónde provienen los idiomas?

Quería saber por qué existían el italiano, el hindi y el suahili y no solamente el inglés, y por qué ellos hablaban inglés y si el inglés era el mejor idioma. Josie probó a resumir el origen de las lenguas, las vicisitudes de distancias y aislamiento en la formación de los idiomas extranjeros. Las personas que vivían lejos del resto, explicó, como ellos, podían ser la clase de gente que creaba su propia lengua. Podían inventar palabras para todo y, para demostrarlo, levantó una piedra con forma de cabeza humana.

—Si quisiera podría llamar a este tipo de piedra *tapatok*, por ejemplo —dijo Josie—. Y en adelante todos los que vendrán después de nosotros lo llamarán *tapatok*.

Ana cogió una piedra más redondeada.

—Esta se llama «papá».

—«Papá» ya es una palabra —dijo Paul—. ¿Y por qué ibas a llamarla «papá»?

Se puso de mal humor y Ana lo notó. Paul se acercó al agua a mimar a Ven, se la subió a las piernas. Ana lo siguió, después se distrajo con algo, ladeó la cabeza. Avanzó varios pasos, pisoteando un ramo de flores silvestres, soltó la piedra y señaló arriba.

—Cascada.

Allí, abriéndose paso por la pared de un precipicio, un estrecho penacho blanco se precipitaba desde quince metros de altura. Todos acordaron en silencio dirigirse a la cascada. Cuando se acercaron, el volumen resultó mucho mayor de lo que les había parecido desde el sendero. Por un momento el agua pareció sensible, como si cayera con jovial agresividad a la tierra, rencorosamente suicida. Primero les llegó el rocío, y se detuvieron, se sentaron y contemplaron los fantasmagóricos dedos blancos de la cascada. De la pared de bruma arrancaban arcoíris como pájaros alzando el vuelo. Ven se

mantuvo a distancia.

Josie se acercó a zancadas, caminando por las piedras mojadas, tratando de hallar la manera de no empaparse y, cuando estuvo lo bastante cerca, alargó la mano debajo del flujo, notó su fuerza y el frío entumecedor.

—¿Podemos beber? —preguntó Paul.

El instinto de Josie le decía que no, claro que no, pero el bosque la había tranquilizado, la había abierto, de modo que hizo algo que le apetecía pero que normalmente no habría hecho. Sacó la botella de agua de la mochila, la vació y luego la sostuvo bajo el chorro. De inmediato se le empaparon la mano y el brazo hasta el hombro, y se llenó la botella.

Regresó con Paul y Ana, vio sus caras de asombro y alzó la botella al sol y el cielo para ver si el agua estaba limpia. Josie y sus hijos vieron lo mismo, que el agua era perfectamente transparente. No contenía partículas, arena, tierra, nada. Josie se la llevó a los labios y Paul ahogó un grito.

—¿Está buena? —preguntó el niño.

—Está buena —dijo Josie, y se la pasó.

Paul dio un sorbo y se relamió. Asintió y se la pasó a Ana, que bebió sin reparos. Después de que su hermana se saciara, Paul preguntó si eran los primeros en beber de allí. Se refería a la cascada, pero Josie se tomó ciertas libertades en la interpretación. ¿De esta agua que fluye en este instante? Sí, eran los primeros.

Los días eran así, cada uno se alargaba kilómetros y carecía de objetivo ni posibilidad de arrepentirse. Comían cuando tenían hambre y dormían cuando estaban cansados, y no tenían destino. Cada pocos días Ana preguntaba: «¿Ahora vivimos aquí?» o «¿Vamos a ir a la escuela aquí?», pero por lo demás los dos niños parecían intuir que la estancia en la caravana era una especie de respiro, ajeno a cualquier calendario, que no había un fin inevitable. Por las mañanas, Paul y Ana dibujaban y se entretenían con naipes

y juegos de mesa, y hacia mediodía paseaban hasta la cascada para chapotear en sus aguas poco profundas. Ahora estaban en el bosque, y el bosque era irrompible. Ana se comportaba con nobleza y el rostro le brillaba con un resplandor de otro mundo. Josie comprendió que en el fondo los niños son como animales. Proporciónales agua y alimentos limpios y aire fresco y tendrán el pelaje brillante, los dientes blancos, los músculos flexibles y la piel luminosa. Pero en el interior, encerrados, tendrán sarna, los ojos amarillos y se acribillarán a autolesiones.

Durante los largos días en la mina Peterssen, Paul y Ana fabricaban arcos con palos doblados y gomas. Levantaban y destruían diques en el río, amontonaban piedras para erigir paredes o castillos de roca. Leían a la luz de las velas. Josie le enseñó a Paul a encender la chimenea. Algunas tardes echaban la siesta y otras exploraban los edificios de la vieja mina, el sol de mediodía se colaba por los tejados porosos en rayos blancos, docenas de minúsculos focos iluminaban el polvo, el óxido y las herramientas que nadie asía desde hacía cien años.

Cada día contenía cientos de horas sin complicaciones y pasaron semanas sin ver un alma. ¿Fueron semanas? Ya no tenían conciencia del calendario. De día reinaba el silencio salvo por el grito esporádico de algún pájaro, como un vecino loco; de noche, el aire cobraba vida con ranas, grillos y coyotes. Paul y Ana dormían profundamente y Josie planeaba sobre ellos, como una nube una noche fría sobre las filas de colinas que habían estado calentándose al sol todo el día.

Los niños estaban creciendo muy bien, volviéndose independientes y olvidándose de las preocupaciones materiales, estaban atentos a la luz y la tierra, más interesados en el movimiento del río que en cualquier objeto que pudiera comprarse o en los cotilleos del colegio. Josie estaba orgullosa de ellos, de sus almas purificadoras, del modo en que ya no le pedían nada,

dormían las noches de un tirón y les entusiasaban las tareas del hogar como lavarse la ropa... y estaban inconmensurablemente mejor ahora que en Ohio. Eran más fuertes, más listos, más morales, éticos, lógicos, considerados y valientes. Que era, comprendió Josie, lo que más deseaba de sus hijos: quería que fueran valientes. Sabía que serían amables. Paul había nacido así y se aseguraría de que su hermana también lo fuera, pero ¡ser valientes! Ana era osada por naturaleza, pero Paul todavía lo estaba aprendiendo. Ya no le asustaba la oscuridad, se adentraba en el bosque con luz o sin ella. Un día, de regreso del bosque, Josie los pilló en la ladera cerca de la cabaña, descalzos, deslizándose sigilosamente con los arcos entre el follaje, atentos a algo invisible para ella. Josie se volvió, escudriñó el bosque y por fin lo vio, un ciervo de diez puntas avanzando entre los abedules, con el lomo recto y orgulloso. Sus hijos lo imitaban desde el otro lado de la colina, sin que el venado los oyera. Se habían transformado en algo distinto.

Todo ese tiempo Josie había buscado pureza y coraje en las gentes de Alaska. No se le había ocurrido que sencillamente —no era sencillo, pero bueno— podía crear a gente así.

Pero los alimentos básicos fueron acabándose uno detrás del otro. Primero se quedaron sin leche, después sin zumo, y bebieron solo agua, primero del dispensador y después de la cascada. Agotaron las verduras, luego las manzanas y por último las patatas. Se alimentaron de frutos secos, galletas y agua un par de días antes de que se hiciera inevitable una visita al pueblo.

—Iremos mañana —dijo Josie.

—Yo no quiero ir a ningún lado —dijo Ana.

La idea de volver a conducir el Chateau y exponerse a la carretera, a la perspectiva de toparse con alguien que todavía persiguiera a su familia, le

provocaba un pavor paralizante. Para reducir riesgos se dirigió al garaje con un destornillador con la idea de retirar las matrículas. A medio camino oyó que Paul la llamaba.

—¡Un mapa! —gritó corriendo tras ella, seguido por Ven—. ¿Estamos aquí? —preguntó Paul. Había desplegado el mapa en el suelo entre los dos. Era denso, representaba cada metro de elevación, un laberinto de trazos verdes, números y senderos serpenteantes, pero localizaron la mina y terminaron por llegar a la ubicación exacta de la cabaña—. Aquí.

—Vale —dijo Josie.

—Hay un pueblo aquí —indicó Paul señalando una pequeña cuadrícula al borde de una cresta, a escasos kilómetros en línea recta.

Parecía que una senda sorteaba la cresta y conducía al pueblo. Aparecerían por el sendero como montañeros y volverían a desaparecer igual, incluso si alguien los veía y recordaba el pelo como una planta rodadora naranja de Ana, solo podría decir que habían llegado del bosque y se habían marchado por el mismo camino.

—Y mira —dijo Paul señalando una raya gruesa y azul—. Creo que es un río.

—El Yukón —dijo Josie.

Estaban en el río Yukón o sus alrededores y hasta entonces no se habían dado cuenta.

—¿Nos acompañará Ven?

Debatieron dejarla en la cabaña, cosa poco recomendable: la destrozaría. Podían encerrarla en el baño, pero sería cruel.

—Creo que tendremos que llevárnosla —concluyó Josie mientras acostaba sus caritas ardientes.

Josie se sentó fuera a escuchar la noche enloquecida con la guitarra agujereada por una bala en el regazo. No quería ir al pueblo. Había empezado a pensar que podían instalarse indefinidamente en el bosque. Hasta la fecha, no había echado de menos nada ni a nadie. Intentó arrancar un acorde digno y fracasó. Trató de elegir una cuerda, cualquiera, para emitir un sonido placentero, en vano. Dejó la guitarra en el suelo, entró en la casa y encontró a Ven de pie en el futón, como si esperase su compañía. Cogió a la perra, que pesaba poco más que una zanahoria, la sacó y la tranquilizó con unas palmaditas en el pelaje negro y volvió a acostarse. Venía a ser la hora en que sonaba el teléfono, de modo que se le tensó la espalda. El suelo de la cabaña crujió.

—¿Mamá? —Era Ana.

—No puedes estar despierta.

—Pues estoy despierta.

Ana se acercó al futón de Josie y se recostó en él. Lucía su expresión de conspiradora, la que adoptaba cuando llamaba a su madre por el nombre de pila. Dibujó círculos en el brazo de Josie, moviendo los labios como si practicara lo que tenía que decir.

—¿Qué ocurre? —preguntó Josie.

—Mamá, sé que papá está muerto.

Esbozó una sonrisa de disculpa.

—¿Qué?

Un atisbo de duda asomó a los ojos de la niña.

—Está muerto, ¿no?

—No. —Josie la abrazó y la acercó—. No, cielito —le dijo a la densa mata de pelo de Ana, oliendo el aroma a humo de madera, sol y sudor.

Ana se apartó.

—Entonces ¿dónde está?

Josie se subió a Ana a las rodillas y le recogió las piernecitas para poder abrazarla, sujetarla entera. Meditó cómo responder a la pregunta de Ana, cómo insinuar o explicar que su padre estaba lejos, o que ellos estaban lejos, o que no estaban de vacaciones, o que la gente se distanciaba, o prometerle a medias que pronto vería a su padre. Pero sabía que había llegado el momento de telefonarlo. Sintió una conexión repentina con Carl porque había ayudado a crear a aquella niña sentada en sus rodillas que había empezado a pensar que, si Jeremy se había ido y había muerto, su padre, que se había ido, también había muerto. Por la mañana, en el pueblo, llamaría a Carl y a Sunny, les diría a todos dónde estaban y por qué, para que supieran que regresarían.

Era absurdo cerrar con llave la casa que habían ocupado, pero Josie lo hizo, consciente de que si regresaban y detectaban algún indicio de otra presencia —por ejemplo, de los ocupantes por derecho—, probablemente podrían llegar al Chateau sin ser descubiertos. Se debatía entre llevarse consigo la bolsa de terciopelo o no, pero como ahora la cabaña era su hogar, le pareció que estaría más segura allí que con ellos. La escondió detrás de los detergentes de debajo del fregadero.

Remontaron el sendero más allá del último edificio de la mina, una casucha de la que ya solo se tenía en pie una pared, saltaron la valla baja y prosiguieron. El camino subía unos cuatrocientos metros antes de virar y rodear otra loma, una que no veían desde la cabaña.

—Debe de ser Franklin Hill —dijo Paul, y Josie sucumbió a la emoción de creerlo posible: de creer que podía partir de un territorio desconocido mapa en mano y reconocer las marcas del terreno que guardaban algún parecido topográfico con el mapa de la cabaña.

Rodearon la loma y cruzaron un pinar y, sin más, vieron el pueblo al fondo, pequeñísimo, poco más de cien residentes, con la mayoría de las edificaciones construidas junto a un recodo del río. El agua era azul y marrón y corría despacio, pero rieleba audazmente al sol de media mañana. El resto del paseo, kilómetro y medio cuesta abajo, fue mareante, con los niños corriendo por el sendero de tierra detrás de Ven, luego delante, dando vueltas, convencidos todos de que estaban haciendo algo extraordinario.

Separaba el sendero del pueblo un parque para caravanas, un corro de vehículos alrededor de una zona para pícnic, con mesas blancas dispuestas en media luna. Josie se paró, miró a sus hijos, confiaba en que aparentaran ser una familia de regreso de una breve caminata por las montañas. Ana llevaba unas simples zapatillas deportivas y Paul las botas de cuero. El niño cargaba con la mochila escolar y su hermana, un palo con forma de metralleta (le había prometido a Josie que no dispararía). Engancharon la correa de cuerda al collar de Ven y abandonaron el sendero. El parque de caravanas estaba vacío salvo por una pareja anciana sentada en sillas plegables, contemplando el sol desde el otro lado del solar. Cuando llegaron a la calle principal del pueblo, descubrieron que no era un día cualquiera.

—¿Hoy es fiesta, mamá? —preguntó Paul.

Josie tuvo que pensarlo un segundo. ¿Era el día del Trabajo? No. Demasiado tarde. Pero habían cortado las calles para un desfile. Estaba terminando, pero Josie, Paul y Ana encontraron un hueco en la acera y se sentaron justo cuando una banda de instituto, pequeña pero ruidosa, pasaba tocando un tema soul de los setenta que Josie no identificó y que estaban maltratando de lo lindo. Siguió a la banda un grupo de ancianas al volante de varios cortacéspedes. Luego un descapotable con JULIE ZLOVA, SILVICULTORA, MAESTRA, que se presentaba a representante del estado. Después desfilaron una docena de chavales en moto, vestidos como soldados revolucionarios. Un grupo local de la protectora de animales ASPCA, que confiaba en engatusar al público para que adoptara seis o siete de los perros que desfilaban, dos de ellos cojos. La escuela de secundaria tenía una carroza en la que aparecían representadas todas las actividades extraescolares del centro: gemelas vestidas de karatecas, un niño alto con uniforme de baloncesto, un niño pequeño con una medalla de oro, ¿probablemente un decatleta escolar? A la estela de la carroza caminaba un solo niño con equipación de fútbol. La

última carroza del desfile transportaba una banda de música, una decena o docena de adultos apretujados, tocando guitarras, banjos y violines, todos acústicos, proyectando el sonido Americana ante la indiferencia general del público a medio dispersar.

Siguieron a los escasos centenares de habitantes a un parque, donde un cartel anunciaba que dentro de unos minutos se celebraría una fiesta de cumpleaños en honor al oso Smokey.

—¿Quién está invitado? —quiso saber Ana.

—No es ese tipo de fiesta —dijo Paul.

—¿Me enseñas la invitación? —pidió Ana.

Cuando llegaron al parque, a los pies de una pequeña colina arbolada, se encontraron a la mayoría de los residentes del pueblo, algunos alrededor de las mesas para pícnic, otros haciendo cola para la cama elástica en forma de una ola espumosa complementada por un trío de surfers inflables.

Ya habían montado una mesa con una tarta triste y enorme que solo ponía SMOKEY y estaba rodeada por varios folletos acerca de la prevención de incendios que animaban a los participantes a apoyar a los guardas forestales locales. Ana y Paul se sintieron atraídos por un camión de bomberos, donde un bombero con perilla enseñaba a utilizar el hacha. A su lado, una mujer de caqui con un enorme cardado mostraba a los niños allí reunidos el funcionamiento de una manguera de alta presión. Josie pensó en las curiosas matemáticas del negocio de apagar incendios. Aquellos dos estaban celebrando el cumpleaños de Smokey paciente y despreocupadamente mientras en otra parte del estado una brigada de compañeros se aventuraba a lo desconocido.

Alguien ahogó un grito y todas las cabezas se volvieron. Por la colina de

detrás descendían un par de mujeres con peto, cada una de ellas cogida de la mano de un oso gigante con vaqueros azules. Era Smokey. Pero ese Smokey había envejecido, había llevado una vida sedentaria. Ese Smokey andaba muy despacio y llevaba los pantalones por encima de la cintura. Dejó el bosque como un anciano que hubiera permanecido muchos meses hospitalizado y saliera por primera vez a pasear a la luz del día, más o menos por su propio pie.

Smokey se situó cautelosamente frente al público y saludó con un gesto tímido y dubitativo. No era el mismo oso que habían visto en los ubicuos anuncios televisivos para prevenir los incendios. Aquel Smokey era un monumento marrón infranqueable. Aquel Smokey se había enredado en los pensamientos de Josie mientras Jim se apretaba contra ella en el Chateau, hacía una vida. Este Smokey, de pie frente a una tarta de cumpleaños (sin velas) y al que sostenían en pie dos ayudantes, no tenía ni idea de dónde estaba.

Ana y Paul se distrajeron con la ola inflable. Ana pidió permiso, Josie se lo concedió y Paul siguió a su hermana, renunciando a la correa de cuerda de la perra. Josie y la perra vagaron por el parque, luego, como no quería sumarse al grupo de padres que observaba subir y bajar a sus hijos —Josie todavía no estaba preparada para conversar—, se detuvo bajo un pino pequeño y oyó los débiles sonidos de la música en directo, que arrancaban y paraban, y probablemente correspondían a la banda del desfile.

Miró a su alrededor y por fin vio, en un rincón de madera del parque, a un círculo de adultos tocando guitarras y armónicas y ¿un oboe? Era el mismo grupo, pero aumentado a nueve o diez músicos. Los brazos rasgaban con furia, los hombros rotaban y un hombre, el que estaba de cara a Josie, sentado con las rodillas hacia fuera, seguía el ritmo aleteando las piernas como una rana. Cuando el hombre levantó la cabeza, Josie se escondió detrás de un

árbol y se quedó allí un rato, sintiéndose ridícula, puesto que a Ven se la veía claramente y la correa delataba su presencia a cualquiera que se molestara en mirar.

—Te veo —dijo una voz.

Josie no dijo nada, no hizo nada.

—Detrás del árbol. Os vemos todos, a ti y al chucho. Ven para acá.

Josie quería salir corriendo. Todavía no le habían visto la cara. Si echaba a correr, quizá luego pudiera regresar, no como la mujer escondida detrás del árbol, sino como una persona normal. Podría traerse a los niños.

—Venga —dijo la voz, y Josie salió, avergonzada, y se dirigió al círculo, donde la mayoría de las caras la miraban, todas con una sonrisa franca.

—Ven a sentarte —dijo la primera cara.

Era la voz que la había descubierto, que le había hablado. Pertenecía a un barbudo flaco en la cuarentena, ágil y de mirada luminosa, vestido con camisa de cuadros y gorra de béisbol. Le indicó un sitio cercano, enfrente del suyo.

—Mis hijos están en la ola —explicó Josie, señalando al globo gigante en forma de ola del otro lado del parque.

Se sentó entre una rubia con una especie de clave y el hombre del oboe. El barbudo empezó a tocar otra vez y la música sonó más fuerte que antes. Josie estaba en medio del sonido, del caos estrepitoso, la diagonal de violencia del rasgueo de guitarra, las pinceladas irregulares del violinista y, sin embargo, la música era alegre, divertida. ¿Qué era esa canción? Recordaba al folk pero con un poco de bossa nova y, cuando la tenía en la punta de la lengua, un hombre cerca de ella, que fácilmente tendría setenta años y lucía una maraña de pelo y barba gris y al girar recordaba a la vista aérea de un huracán, se arrancó a cantar.

In che mondo...

Viviamo, im-pre-ve-dibile...

¿Italiano? No esperaba que saliera italiano de la boca de aquel hombre en aquel pueblo remoto, en un parque cerca del Yukón. El hombre cerraba los ojos. Sabía cantar. ¿Qué decía? Josie supuso que algo parecido a «En este mundo / donde vivimos / increíble». Luego el hombre cantó la misma estrofa o una leve variación en inglés y no resultó lo que ella esperaba.

En este mundo.

En el que vivimos. Impredecible. Impredecible.

En este mundo de pena, hay justicia, hay belleza...

Una canción bella, demasiado bella para aquel parque esa tarde, demasiado bella para Josie. El sol le caía justo encima, la embriagaba, y Josie se dejó atrapar y cabeceó y tamborileó con los pies.

In che mondo...

Viviamo, im-pre-vi-dibile...

Josie miró a la derecha y vio al hombre que tocaba el oboe y, cuando él la vio mirarle, observar sus largos dedos en aquel tubo negro y largo, le guiñó un ojo. ¿Existía algo más fálico y menos seductor que un oboe? Enfrente de él, una mujer tocaba el violín, aunque probablemente en ese contexto se llamara *fiddle*. Josie los contempló subir y bajar las manos a toda velocidad. Esos movimientos no eran naturales. Sin el sonido, habría parecido de locos. Los gestos drásticos, las barbillas y mejillas clavadas en los instrumentos de madera, los dedos tocando las cuerdas en lugares concretos en momentos

determinados.

Y de pronto la canción terminó y Josie se vino abajo. Esa gente no sabía lo que acababa de hacer. De lo que eran capaces. Puñeteros músicos. Nunca eran conscientes de su poder. Para quienes carecían de talento musical, para Josie, lo que hacían sentados en un parque cerca de una ola inflable era a la vez milagroso e injusto. Estaban allí sentados, afinando las cuerdas, sonriéndole, murmurando sobre claves y el tiempo, cuando Josie se sentía como si acabara de escuchar algo con un poder absoluto para justificar su vida. Sus hijos justificaban su respiración diaria, su utilización de los recursos planetarios, y luego estaba eso... su capacidad de escuchar una canción así, un grupo así. Tres justificaciones primarias de su vida. Seguro que olvidaba otras cosas. Pero ¿cuáles?

—Solo improvisábamos —dijo el barbudo.

Maldito seas, quiso contestarle ella. Es mucho más. Para ti es muy fácil, pero al resto nos cuesta horrores.

—¿Alguna petición? —preguntó el hombre—. Soy Cooper.

Josie negó con la cabeza, tratando de encogerse. Solo quería escuchar, formar parte de la música. Quería regresar detrás del árbol a escuchar a escondidas.

—Cualquier cosa —dijo Josie.

Agarró un puñado de hierba y estiró. ¿Esa gente conocería «Carousel»? se preguntó. ¿«Bésame, Kate»?

—Di algún tema. Seguro que lo conocemos —la animó Cooper.

La mayoría de las caras se volvieron hacia ella, esperando una petición. Quizá esos magos malcriados estuvieran aburridos.

—Vale —cedió Josie con voz ronca.

Estaban las canciones que Josie conocía y estaban las canciones que sabía que los músicos conocerían y, después, las canciones que sabía que querrían

tocar, de modo que optó por la tercera categoría.

—¿«This Land Is Your Land»? —propuso encogiéndose de hombros, aunque sabía que les encantaría.

Asintieron y sonrieron. Había elegido bien, y comenzaron a colocarse. Empezó el clave y el resto de músicos lo siguió. Tocarón la canción entera, las seis estrofas, los ocho estribillos, e insistieron en que Josie también cantara. Dio la impresión de que la canción duraba veinte minutos, una hora. De vez en cuando Josie echaba un vistazo a la cama elástica, veía a Ana y Paul subir por los escalones inflados, deslizarse, volver a comenzar.

—¿Tocas algún instrumento? —le preguntó el oboísta.

Contestó que no, que carecía de aptitudes musicales.

—¿Has intentado aprender?

—Montones de veces —admitió Josie, y era cierto.

A lo largo de la adolescencia y la primera juventud había intentado tocar el piano, la guitarra y el saxofón. Era igual de inepta con todos.

Y entonces vio a Paul de pie junto a la base de la ola inflable mirando alrededor protegiéndose los ojos con la mano, cual explorador a la espera de refuerzos.

—Tengo que irme —dijo Josie, y se levantó.

Se oyeron algunos lamentos y alguien, tal vez Cooper, la invitó a regresar, tocaban todos los sábados y domingos a mediodía, serían todos bienvenidos, y mientras Cooper hablaba Josie cayó en la cuenta de que debía de ser sábado, de ahí el desfile, de ahí que nadie trabajara y que, si le apetecía ir, al día siguiente quizá también tocaran.

Regresó a la ola inflable y se quedó un rato viendo a sus hijos deslizarse, saltar, trepar. Pero no parecía civilizado. Había demasiados niños y eran mayores que Paul y Ana, veía sus cuerpos por todas partes, arrollándose durante la caída, a punto de golpear caras y cuellos con pies y codos.

—Con cuidado —advirtió, pero los niños no atendían.

No tenían miedo, se las arreglaban solos. Josie estaba presenciando la resiliencia a nivel genético. Los contempló subir las escaleras infladas detrás de otros niños, que les pisaban las manos, y luego los vio bajar rodando y aterrizar de cabeza sobre rodillas y estómagos ajenos y, aunque primero sus miradas delataban la impresión y la conciencia de que los otros podrían molestarse por su leve contacto, Paul y Ana elegían bajar rodando la ola y volver a subir, una y otra vez.

—Esperadme aquí —le dijo a Paul—. Enseguida vuelvo.

Josie dio media vuelta y regresó al corro de músicos, pero se habían marchado. Escudriñó el parque y por fin localizó a uno, Cooper, caminando hacia el aparcamiento. Salió corriendo tras él, asegurándose de no perder de vista la ola que contenía a sus hijos. Cooper la vio acercarse y una sonrisa curiosa le inundó la cara.

—Woody Guthrie —dijo deteniéndose, cargado con la funda de la guitarra.

—Te parecerá raro —le dijo Josie—, porque no sé nada de música, pero llevo tiempo con una melodía en la cabeza y desde que os he escuchado me pregunto si podríais ayudarme.

—¿Oyes melodías en tu cabeza?

Ella le suplicó con la mirada que no se burlara.

—No, no —dijo Cooper—. Lo entiendo. ¿Necesitas un compositor?

Josie no sabía si pensaba en un compositor o en otra cosa.

—No lo sé —admitió—. Creo que si tocases unos acordes yo reconocería los que me suenan en la cabeza y podríamos ir avanzando.

—Hum —dijo Cooper mirando a la hierba mientras esbozaba una sonrisa privada.

Josie sabía que estaba pensando que se trataba de una excusa para llevarlo a la cama. Necesitaba no desviarse, lo cual exigía una mentira.

—Pasaremos unas semanas por aquí mientras mi marido está de negocios en Japón —mintió Josie, contenta de que los niños no pudieran oírla—. Pero al veros tocar he tenido una idea. Podría compensaros. No he podido evitar fijarme en que parte de la banda agradecería una visita al dentista. Yo soy dentista.

Cooper se frotó la barba de la mejilla.

—¿Lecciones a cambio de tratamiento dental?

Se diría que le parecía una transacción perfectamente racional.

—Lecciones exactamente no —dijo Josie, y explicó que quería que tocara para poder escucharlo y, cuando algo le gustara, ordenarle que siguiera o que tocara más rápido o más lento.

Sabría lo que quería en cuanto lo escuchara. No tenía aptitudes, pero sabía de música, o había escuchado mucha música y había compuesto un sinfín de canciones en su cabeza, o al menos las había pensado, un trozo aquí y allá, pero no sabía articularla ni anotarla en papel, ni siquiera reconocía qué instrumento emitía cada sonido.

Cooper asintió despacio, asimilando la explicación.

—Tiene sentido —dijo Cooper.

—¿Dónde estabas? —quiso saber Paul.

—Allí. Al lado de los árboles.

Por la razón que fuera, Josie todavía no quería explicarle lo del corro de músicos, aunque no sabía por qué. Paul, que se enteraba de todo, sabía que se callaba algo, lo dejó claro con su mirada inquisitiva y decepcionada, pero no la presionó.

—Tenemos hambre —dijo el niño.

Recorrieron el pueblo en busca de un colmado, esperando encontrarse

algún mercado pequeño, pero en cambio, al final de la calle principal, se levantaba una tienda enorme, lo bastante grande para que cupieran dentro todos los habitantes del pueblo. Y delante, junto a la entrada, había un objeto incomprensible: una cabina telefónica.

—Vamos —dijo Josie, juntando monedas.

Se plantaron frente a la cabina, Paul, Ana y Ven, mientras observaban el trasiego de lugareños por la tienda, avituallándose para barbacoas y comidas campestres. A Josie le dio un vuelco el estómago. Llevaba semanas completamente desconectada de su vida en Ohio, Carl, Florida, pleitos y posibles búsquedas policiales.

—¿Listos? —preguntó a los niños.

—¿Para qué? —inquirió Paul.

—Nada —dijo Josie, comprendiendo que se lo preguntaba a sí misma y que la respuesta era: «Dios mío, no».

Marcó el número sin pensar. Un lejano timbrazo recorrió la línea telefónica.

—¿Hola?

Era la voz cristalina de Sunny.

—Soy yo, Sunny —dijo Josie, y miró a Ana, que abría los ojos como platos.

Los de Josie se inundaron.

—Ay, Josie, cariño —dijo Sunny—, ¿dónde estás? He hablado con Sam. Me ha dicho que te fuiste sin despedirte.

Josie se imaginó a Sunny en casa, la misma casa, sentada en el comedor, donde le gustaba atender a las llamadas mientras contemplaba a los colibríes alineados en el comedero que había instalado.

Josie describió confusamente parte del viaje desde que habían dejado a Sam. Le parecía que hacía años de la visita a Homer.

—Siempre había querido ir ahí —dijo Sunny—. Ahora ya estoy vieja.

—Chsss...

—Ha llamado Carl —dijo Sunny, y pareció esperar alguna reacción de asombro, pero Josie no podía respirar ni emitir palabras.

Dada la edad de Sunny, se preguntaba si se le habría escapado dónde estaban.

—¿Qué le has dicho?

—Oh, no contesté. No le he devuelto la llamada. ¿Debería?

—No, no. No, por favor. Ya lo llamaré yo.

Ana pidió el teléfono y Josie se lo cedió.

—Hola. Soy Ana.

Durante un minuto Ana mantuvo el teléfono pegado a la cara y asintió de vez en cuando. Tendía a olvidarse de que quien llamaba no podía verla y creía que las señales faciales bastaban. Cuando perdió interés, le devolvió el aparato a Josie.

—Josie —dijo Sunny. La voz había bajado una octava—. ¿Sabías que ha muerto?

—¿Quién se ha muerto?

—Evelyn Sandalwood.

Josie no lo sabía.

—Hace solo cinco días. En pleno tratamiento para el cáncer.

Josie se quedó callada.

—No lo sabías... Ay, Dios, ya me lo imaginaba. ¿Josie?

—Estoy bien —dijo, pero oyó el temblor ronco de su voz.

—Helen se ha tomado la libertad de contactar con tu abogada. Por lo visto, no cambia nada. Pero probablemente ya lo dabas por hecho.

Josie no tenía ni idea de qué decir. Miró alrededor, a las coronillas de sus niños. Ana estaba acariciando la cola de la perra mientras Paul observaba

cómo retiraban una de las carrozas del desfile, ya desmontada.

—Tanta lucha no ha importado —dijo Sunny—. Al final no ha conseguido nada. Está muerta. Tú también te has quedado sin nada. Es absurdo. Pero Josie...

—¿Sí?

—No te han derrotado.

Josie lo sabía.

—Lo sé —dijo, y sintió su fuerza.

No se sentía derrotada, sino victoriosa. Estaba pensando: Evelyn, he huido al norte de tu rabia. Se acordó del yerno de Evelyn, de los abogados, de sus miradas taimadas, y pensó: He huido al norte de vuestra rabia. He huido y no la he sentido. Me fui. Me he ido.

—Te sobran motivos para dudar.

Pero Josie no dudaba. Se sentía invencible. Le apetecía seguir. No necesitaba nada que no tuviera consigo. Tenía la voz de Sunny, tenía a Ana, tenía a Paul. Le dijo a Sunny que la quería, que volvería a telefonarla pronto, pero que no estaba segura de cuándo. También había pensado llamar a Carl, pero decidió que podía esperar. Suficientes noticias por hoy.

—Tienen que dejarlo fuera —dijo la cajera.

Había visto a los niños y a Ven en la calle, y cuando intentaron entrar con el animal estaba preparada.

—Es perra —aclaró Ana, pero a la mujer no le importó.

Ataron a Ven a un poste de fuera.

—Será un momento —le aseguró Paul a la perra, que bailaba alrededor del poste de un modo que indicaba que cuando regresaran descubrirían que había meado o cagado en la acera.

Josie anotó mentalmente que debía comprar bolsas de plástico.

—Genial —dijo Ana, y los tres se quedaron todo un minuto plantados en la puerta de aquella tienda que parecía ocupar media hectárea, dos docenas de filas de comida amontonada hasta los dos metros de altura.

Hacía solo unas semanas que habían estado en un establecimiento similar, pero parecían años. Los clientes eran las mismas personas que habían visto en el desfile y en el parque, vaqueros y gorras de béisbol, pero ahora Josie se sintió forastera. Se sintió incómoda bajo aquella iluminación, entre semejante abundancia y tanta limpieza, con los suelos asépticos y las luces de blanco azulado.

—¿Podemos ir a un lavabo de verdad? —pidió Paul.

—Si lo encontráis... —dijo Josie, y Ana acompañó a su hermano.

Josie cogió un carrito y se apresuró a cargarlo con lo que necesitaban: arroz, alubias, latas de sopa y maíz. Evelyn Sandalwood había muerto. Pensó en el funeral, en la rabia. Sunny le había parecido demasiado vieja al teléfono. ¿Cuántos años tenía? Setenta y cinco. Setenta y seis. Josie tendría que verla pronto. Ay, Dios, pensó, imaginándose a Sunny todavía mayor, incapaz de valerse por sí misma. ¿Qué ocurriría entonces? Alguna combinación de las jóvenes a las que había ayudado acudiría al rescate. Josie necesitaría verla. Josie la ayudaría. Dios, pensó. En ese momento la echaba de menos desesperadamente. Quería volver a llamarla, verla de inmediato. Pero su cabeza cambió de opinión e insistió en que debía seguir adelante. En que en Alaska estaba mejor, que los niños y ella estaban creciendo muchísimo más de lo que habría imaginado hacía un mes. ¿Significaba que no podrían regresar jamás a sus antiguas vidas? No necesitaba decidir ahora y lo sabía. Ahora lo que haría sería comprar comida y volver a la cabaña, y luego ¿qué?

Paul y Ana regresaron del lavabo. Llenaron el carrito de pan, zumos, leche

normal, leche en polvo, cereales, gachas, verduras, carnes varias y se lo pagaron todo a la mujer que había impedido la entrada de Ven.

—¿Podemos salir a verla? —preguntó Paul.

—Sin bajar de la acera —dijo Josie.

Sin embargo, antes de que terminara de pagar —188 dólares, un crimen, una farsa—, estaban de vuelta.

—Hay una señora —informó Paul.

—Mala —añadió Ana.

Josie pagó, dejó las bolsas dentro y salió detrás de los niños. De pie junto a Ven, asiendo la correa de la perra, había una mujerona de pelo negro con mechaz azules.

—Es mi perra —dijo.

—¿Perdone? —dijo Josie.

—¿De dónde la han sacado? ¿Tengo que llamar a la policía?

La mujer vestía un chaleco de plumas y vaqueros y ya había sacado el teléfono. Paul tenía los ojos llorosos. Al ver su estado, Ana rompió a llorar, las lágrimas le rodaban por la cara como minúsculas joyas de plástico.

Josie explicó que la perra estaba al otro lado del puente, en la mina, a un mínimo de cinco kilómetros del pueblo, asustada y desesperada.

—Siguió a los niños a casa —explicó Josie—. Le hemos dado de comer y la hemos cuidado.

—Allí no vive nadie —dijo la mujer refiriéndose por gestos a la mina—. Voy a tener que llamar al sheriff.

—Es un intercambio de casa —dijo Josie con la sensación de que necesitaba acabar con la conversación, con la mujer, con su actitud agresiva y sus ojos desorbitados por la indignación. Paul y Ana se habían escondido detrás de su madre. Josie sabía que la perra se había perdido, saltaba a la vista que era de aquella mujer, y el pueblo era pequeño y la señora conocería a

todo el mundo—. Hemos salvado a la perra. La rescataron mis niños.

La mujer se echó hacia atrás y cruzó los brazos, asintiendo y sonriendo, como si ya conociera el cuento. Josie no pudo hacer más para no espetarle «No te mereces a la perra» o «Vete a la mierda», pero sabía que tenían que marcharse, desaparecer.

—Vamos —dijo, y empujó a los niños llorosos de vuelta a la tienda, donde recogieron la compra y salieron por detrás.

—No pasa nada —dijo Josie mientras se encaminaban al comienzo del sendero, consciente de que sí pasaba. Paul iba arrastrando los pies detrás de Josie y Ana suspiraba con los hombros caídos—. Está en una buena casa —aseguró Josie por encima del hombro, consciente de que eso tampoco era verdad.

Por tratar de animar a su hermano, Ana caminaba con las manos metidas en los pantalones.

—¡Con las manos por dentro! —rugió la niña, y Paul puso los ojos en blanco.

Casi habían alcanzado el comienzo del sendero cuando Josie comprendió que no podía ir por allí. A plena luz del día, no. Las probabilidades eran remotas, pero la dueña de Ven podría haber denunciado que la mujer con dos hijos que había encontrado a la perra posiblemente estaba ocupando de manera ilegal una casa y era probable que robara más animales para cuidarlos.

—Esperad —pidió Josie, y miró alrededor. Más adelante había un parque para caravanas, donde una mujer trabajaba en la parabólica del tejado. Un hidroavión sobrevolaba bajo una hilera de pinos. Y detrás de los árboles, corría el Yukón—. Vamos allí. De pícnic.

Se acomodaron en el recodo del río, Ana encontró un palo afilado y mojó la punta en el agua. Se la llevó a la nariz.

—Huele a limpio —proclamó.

Comieron malhumorados y vieron pasar un bote vacío arrastrado por la corriente. Josie pensó en Evelyn, quería lamentar su muerte, pero solo sintió que todo, la rabia mal dirigida, la inevitabilidad de que las víctimas engendraran nuevas víctimas, había sido un desperdicio.

—Se hace de noche —dijo Paul señalando la luz.

—Pues démonos prisa —dijo Josie.

Cargó la compra en seis bolsas, tres de cada mano. Paul y Ana habían suplicado su parte, pero Josie sabía que la devolverían a los pocos minutos, de modo que repartió el peso y apretó el paso.

—Está demasiado oscuro —dijo Ana.

Para cuando llegaron, había anochecido y la luz de la luna bañaba las caravanas del parque. Estaba en cuarto creciente, teñida de naranja y rosa, y no brillaba suficiente para guiarlos.

—Lo siento —se disculpó Josie.

Había otro comercio abierto en los alrededores, una gasolinera que parecía contar con colmado, así que Josie condujo a los niños hacia la fachada bajo la potente iluminación y entraron. Le quedaban ocho dólares y la esperanza de que vendieran algún modelo pequeño de linterna, como las que se enganchan a un llavero.

No tenían nada parecido. Josie mandó a Paul recorrer la tienda para nada. Solo vendían una linterna, una máquina de cuarenta y cinco dólares que parecía capaz de mandar señales a barcos y aviones.

—¿No tiene una linterna normal? —preguntó a la mujer del mostrador.

—Lo siento. Pero tenemos velas. ¿Le han cortado la luz?

Por lo visto había cortes de luz debido a los incendios y la tienda había

hecho acopio de velas. En el último mes se les habían acabado tres veces, explicó la dependienta. Así pues, Josie salió de la gasolinera con una docena de velas, cada una con un pequeño borde de latón para recoger la cera, y un paquete de cerillas. Con ellas tendrían que abrirse paso por el bosque, cruzar el puente y volver a la cabaña.

—¿Nos das una? —pidió Paul.

Josie estaba segura de que la única manera de conseguir que los niños se sumaran a la tarea y cruzaran un bosque a oscuras a las nueve de la noche con la única guía de unas velas sería que permitiera a cada uno llevar la suya.

—Sí —contestó, como si hubiera sido su intención. Luego, al comprender que con las bolsas de la compra no podría llevar ninguna vela, asestó el golpe de gracia—. Tendréis que ir iluminando el camino vosotros. Yo no puedo.

Le quedó más dramático de lo pretendido, pero picaron el anzuelo. Avanzaron por el camino y al llegar al parque de caravanas cruzaron agachados y regresaron a la oscuridad. Las velas proporcionaban un círculo de luz que les permitía verse entre ellos, con las camisas de un blanco fantasmagórico. Pero el corto alcance de la luz significaba que seguían rodeados de oscuridad. A lo largo del camino, los árboles se aparecían delante de Josie con una brusquedad alarmante. Solo había que mantener la fe en que iban por la senda correcta, que no se dividía ni se desviaba y que, como no dejaba de inclinarse ligeramente, remontaban la colina en dirección al puente.

—Cada vez huele peor —dijo Paul.

Tenía razón. El aire acre de los incendios parecía más intenso, más denso.

Al día siguiente Josie regresaría para trabajar con Cooper. Se sonrió, asombrada por la propuesta que le había planteado a un desconocido. Cooper había aceptado y ahora Josie tenía la cabeza repleta de ideas, detalles y cambios. ¿El musical sobre *Granada*? ¿Sería lo primero? ¿O *Decepcionado*:

el musical? O algo que abarcara toda Alaska. ¡*Alaska!* No, sin la exclamación, porque este no era un lugar expresivo, no, era una tierra de tensión, de incertidumbre, un estado de fuego. Alaska con dos puntos. *Alaska:* Sí. El espectáculo arrancarían con Stan. Stan y su mujer, rebosantes de moqueta blanca, cerrándoles la puerta a Josie y los niños, y el Chateau en movimiento. Josie se acordó de *Starlight Express*, los actores en patines... Había que evitar desastres similares. Saldrían noruegos y ninfas desnudas en la ducha, magos de Luxemburgo. ¿El tipo de los códigos postales? El culmen del espectáculo, borraría todo lo demás, como había pasado en el cruce. Podías mandar a Jim a Granada. Tendrías que meter a Kyle y Angie. Armas por doquier.

—¿Mamá? —preguntó Paul—. ¿Alguien lo ha hecho antes?

Paul solía preguntarlo cuando se encontraban en situaciones nuevas, cuando algo le parecía mal. Una vez lo había preguntado al mearse encima en el colegio. ¿Alguien lo había hecho antes que él?, quiso saber. El precedente lo confortaba. «Pasa a diario», le había contestado Josie entonces. Ahora, dijo:

—¿Caminar a oscuras? Cada noche, Paul, alguien camina a oscuras.

Por un momento pareció que la respuesta de Josie lo había empeorado, que había conjurado a un ejército de furtivos caminantes nocturnos, pero Paul pareció satisfecho y Josie volvió a centrarse en su espectáculo. ¿Podría dispararse periódicamente en el teatro? Los cantantes cantarían, la orquesta tocaría, pero cada tantos minutos detonaría un rifle, sonaría un arma, un tiro rasgaría el aire y casi pasaría desapercibido. ¿A quién habían disparado? ¿Era de verdad? La obra proseguiría. Josie pensó que lo probaría al día siguiente con el grupo de Cooper: alguna interrupción arrítmica que aludiera a la muerte pero no detuviera la música. La música enloquecida —porque tenía que sonar a locura organizada— seguiría sin fin, alta e incesante.

—¡Que llueva champán! —chilló Ana.

Luego:

—¡Puñalada, puñalada, puñalada!

Y:

—¡PBS Kids punto com!

Josie se rio y Paul se rio, y ambos supieron que, como se habían reído, Ana no pararía hasta que la obligaran. Envalentonada, gritó aún más.

—¡Champán! ¡Que llueva!

¿Dónde habría oído esas cosas? Pero, claro, Ana estaba sintonizada con otra frecuencia galáctica y no había forma de saber qué señales captaba. Josie solo podía permitirle farfullar sinsentidos; necesitaba que los dos niños se distrajeran del hecho de que caminaban por una montaña sin la perra que tenían esa misma mañana y con velas que estaban consumiéndose.

—La mía casi se ha acabado —dijo Paul, y pararon para que Josie pasara las llamas de las velas retorcidas y gastadas a las nuevas e impecables y los niños parecieron recuperar la energía con el cambio.

Josie decidió no plantearse la posibilidad de que los atacaran osos, lobos o coyotes. Había detectado indicios de la alarmante presencia de todos esos animales en los alrededores, pero supuso, sin ninguna prueba que sustentara dicha tesis, que las velas los mantendrían alejados.

De modo que sonarían disparos periódicos. Fuego de mortero. Truenos sin lluvia. Sonarían trompas y cuerdas, pero dominarían los instrumentos de viento. Los clarinetes... ¡y las flautas! Parecen inocentes, pero siempre señalan una desviación. Recalcarían la locura. El ambiente estaría cargado de humo. En ocasiones el público apenas sería capaz de ver la acción y todo el mundo, sobre todo los alasqueños, se preguntaría por qué Alaska, la última frontera, pura y resistente, que había vertido litros de petróleo por una tubería para quemarlos y que se perdieran en la atmósfera, ahora ardía. Y, por tanto,

también habría tragedia.

—¡Allí! —bramó Paul.

En la cara opuesta de la cresta asomaba el tejado oxidado de la mina, una simple pendiente negra sobre el fondo del cielo, y Josie tuvo la extraña sensación de estar en casa. La población minera abandonada se había convertido en su hogar. La luna parcial iluminaba el sendero y los niños sabrían abrirse paso.

—Esperad —dijo Josie, e inspeccionó la zona en busca de coches.

Más o menos esperaba descubrir un coche patrulla esperándolos. Pero no vio ninguno. Seguían solos, y se emocionó.

—¿Podemos ir corriendo? —preguntó Paul.

Ana lo miró, como si dudara si aprobar la sugerencia. Luego asintió vigorosamente, castigándose por haber titubeado ante un acto radical, en especial, uno que suponía correr.

—Solo hasta la cabaña —respondió Josie, y disfrutó diciéndolo.

Los niños se adelantaron corriendo por el sendero abajo a oscuras, hacia la luz ámbar.

¿Habría animales en la nieve?, se preguntó Josie. Lobos y osos. Un borrego cimarrón. Un águila soltándolo desde más de mil metros a una muerte segura. Un asesinato cruel, lógico en la naturaleza. Más disparos. Moriría alguien, pero a nadie le importaría. Incendios. Podrían formar parte de la banda sonora: el lento crepitar de los incendios. Sirenas. Josie no pudo evitar imaginarse el saludo final: polis, prisioneros, bomberos. Evasores y cruzados. Los incendios, en escena, se propagarían a sus espaldas, empujándolos hacia el borde del escenario. Al final los actores saltarían con el público, huirían hacia las puertas. Más tiros, reales o irreales, nadie lo sabría, puesto que todos estarían huyendo del teatro, corriendo hacia la noche. Cuando salieran, habrían olvidado a qué habían ido al teatro.

Josie abrió la puerta delantera, dejó pasar a los niños y encendió la luz. No pasó nada. Probó otra vez. Entraron iluminados por velas, probaron todos los aparatos eléctricos y descubrieron lo que había pasado: no había corriente. Josie abrió la nevera, notó el frío que se escapaba, metió dentro la comida y la cerró, preguntándose qué cosas estarían echadas a perder por la mañana.

—¿Está todo bien? —preguntó Ana.

Josie se volvió y se topó con su cara, naranja a la luz de las velas y con los ojos brillantes. Ana quería decir: ¿Las luces no deberían encenderse? ¿Alguien ha apagado las luces porque no deberíamos estar aquí? ¿Deberíamos estar en Alaska, en una mina abandonada, solos, en esta casa que no es la nuestra? ¿Qué significa que no haya luz y solo tengamos velas y acabemos de cruzar una montaña para llegar hasta aquí y no nos haya atacado ni bestia ni hombre? ¿Cómo puede ser?

—No pasa nada —dijo Josie.

Encendieron más velas y se cepillaron los dientes, y Josie les leyó C. S. Lewis de un ejemplar que encontró en el cajón del baño, y a la luz temblorosa de las velas, mientras leía *El príncipe Caspian*, sintió que sus vidas guardaban cierta similitud con la de los héroes de esos libros. Solo había caminado tres kilómetros de noche por un bosque y al borde de un precipicio para llegar a casa, una población minera abandonada dos veces, pero le pareció que no había tanta diferencia entre aquello de lo que eran capaces sus hijos y ella y lo que habían hecho los protagonistas literarios. El principio era el valor, no tener miedo, seguir adelante, superar pequeñas adversidades, sin mirar atrás. El valor era sencillamente una forma de avanzar.

Cooper vivía en una casa de verdad, un rancho de ladrillo rojo con tejado negro, lo cual era sorprendente, aunque Josie ignorase el porqué. Él le había contado que vivía en el pueblo y llevaba ropa limpia cuando se habían conocido, así que ¿de verdad pensaba Josie que viviría en una tienda de campaña? El festival folk le había hecho pensar en vagabundos.

Josie y los niños habían llegado al pueblo por el sendero de montaña y Cooper abrió la puerta antes de que llamaran al timbre.

—Justo a tiempo —dijo.

La había citado a las once, el resto de los músicos irían apareciendo después de mediodía.

Los niños entraron en la casa a regañadientes, pero luego Ana corrió al porche trasero, donde había visto un caballito de madera antiguo sobre ruedas. Paul caminó despacio, mirando alrededor como si aquella pudiera convertirse en su futura casa.

—He preparado limonada —dijo Cooper—. Los niños pueden tomársela fuera si quieren —dijo señalando al patio trasero, donde Ana ya estaba buscándole los puntos flacos al caballo. Había otro puñado de juguetes desperdigados por el porche, todos habían perdido alguna pieza y estaban desgastados—. O pueden quedarse a mirar.

Ana ya había salido y no lo oyó. Pero Paul se quedó al lado de Josie mientras Cooper los acompañaba a un amplio salón, casi todo a oscuras salvo por un cono de luz central, procedente de una luminosa claraboya circular.

Había alfombras persas solapadas y una pareja de máscaras teatrales, una feliz y una triste, encima de la chimenea. Josie alabó la casa, que parecía una cueva limpia. Cooper se sentó en una otomana de cuero y se apoyó la guitarra en un muslo.

—He pensado que podríamos comenzar a solas —dijo—. Para que vayas situándote. O para ir situándome.

—¿Y el resto? ¿Les parece bien un chequeo? —Josie intentó imaginar qué instrumental podría reunir y esterilizar. Tendría que doblar un clip—. ¿Son profesionales o...?

No estaba segura de por qué lo preguntaba. Sabía que no eran una banda profesional que fuera tocando por los desfiles y parques de Alaska.

«No, no», dijo Cooper. Todos tenían trabajos a jornada completa, o tan completa como cabía esperar en aquel pueblo. Un par eran empleados estacionales de la petrolera, uno, pescador y otro, leñador retirado.

—La batería se llama Suki. Trabaja de camarera en el Spinelli's. Y Cindy es la nueva cartera. Es la cantante —añadió Cooper, y quedó claro que pasaba algo con Cindy: ¿sería guapa? ¿Serían amantes?—. Hace solo unas semanas que descubrimos que sabe cantar. No estaba en el desfile.

Josie no sabía qué hacer. ¿Levantarse? ¿Sentarse? Se sentó en el apoyabrazos del sofá.

—¿Guitarra, pues? —preguntó Cooper—. También toco el piano, la trompeta...

—Guitarra va bien.

—¿Tienes pensada alguna canción o...? Imagino que ya tienes la letra.

Josie no había pensado ni una palabra. Solo tenía las mil ideas de la noche anterior.

—Quizá podríamos empezar con acordes graves —propuso Josie—. Fue ayer, durante los rasgueos al final de la última canción, cuando se me ocurrió

la idea.

Cooper tocó unos acordes y luego rasgó uno que sonó perfecto.

—¿Eso qué es? —preguntó Josie.

—Sol.

—¿A secas? ¿Ni bemol ni sostenido ni nada?

—Sol, a secas. ¿Sigo?

—Debería anotarlo.

—Yo me acuerdo —dijo él, y se levantó a la cocina y regresó con un lápiz y una libreta.

Paul estaba sentado junto a su madre, callado y aparentemente al caso de lo que ocurría. Josie sabía que ahora lo importante era comportarse normal, con autoridad, evitar convertir la situación en un momento clave en que el niño comprendiera que su madre había abandonado el mundo racional.

—¿Me lo apuntas? —le pidió Josie a Paul.

El niño miró la libreta con avidez.

—Apunta: sol —dijo Josie, pero Paul ya lo sabía.

El niño lo subrayó y la miró, participando, sin preocupaciones.

Josie le pidió a Cooper otros acordes que fueran graves como sol. Él tocó dos más, que llamó la y do, y Paul los apuntó.

—¿Tienes un piano?

Cooper sonrió, y Paul señaló por encima del regazo de Josie hacia un pequeño piano en un rincón. Josie echó un vistazo por la ventana trasera y no vio a Ana.

—¿Puedes salir a comprobar que esté bien? —le pidió a Paul.

—No. —Josie se quedó muda—. Quiero quedarme —añadió Paul suavizando el tono—. Prefiero escuchar.

Ana reapareció por el lateral de la casa, cargada con la cornamenta desmontada de un ciervo. Parecía hablarle a las astas, o consigo misma, con

expresión animada pero severa.

—Está bien —dijo Josie. Se volvió hacia Cooper—: ¿Puedo tocar el piano mientras tocas sol?

—Claro —respondió él, y Paul anotó: «Mamá al piano».

Josie tocó una tecla, que sonó pequeña y equivocada. Se saltó veinte teclas y también sonó mal. Buscó un punto intermedio y tocó una nota. Sonó a campana. Sonó a Sunny. Volvió a tocarla.

—Es bonito —dijo Cooper.

—¿Qué es? —preguntó Josie.

—Si sostenido.

Paul lo anotó y Josie tuvo una idea, demasiado prematura para concretarla. Lo que no podía decir en ese momento era que aquel sonido del piano debía corresponderse a su voz. Josie oía el rasgueo mentalmente, el rasgueo grave, después una voz clara como una campana, aguda pero potente, lírica pero decidida, y esa voz era a un tiempo la suya y la de Sunny.

—¿Es la nota que quieres? —preguntó Cooper—. ¿Alguna más?

Josie probó otras teclas próximas, pero ninguna sonaba tan decidida como la primera.

—¿Vuelves a tocar sol? —pidió, y Cooper obedeció—. ¿Ahora podrías ir variando entre sol, fa y re? ¿Sacar una especie de canción con eso?

Cooper tocó los acordes y durante un momento sonaron bien, hasta que empezó a rellenar las transiciones con florituras extras.

—No, no, eso no —pidió Josie, e imitó lo que acababa de tocar Cooper.

Él se rio, paró y retomó el ritmo regular que había iniciado antes. Paul estaba ocupado anotando.

—Bien, bien —dijo Josie, y volvió a centrarse en el piano.

Tocó su si sostenido y luego se saltó treinta centímetros y encontró otra nota de su gusto.

—¿Qué es?

—Sol bemol.

Josie alternó las dos notas, que sonaban a un malo subiendo unos escalones muy altos. Se le humedecieron los ojos y le costó más respirar, pero los dedos continuaron, ahora con más fuerza. Sonaba como si hubiera sido así. Sonaba así, pensó Josie, pero no sabía qué estaba describiendo la música, qué contaba exactamente.

—¿Sigo? —preguntó Cooper.

—¡Sí! —respondió ella sin levantar la vista.

Solo veía las teclas delante de ella e hizo que los pasos sonaran más fuertes, más flojos, más rápidos y luego más lentos. Dejó una pausa, continuó. Era perfecto, pensó, aunque no quería volver a escucharlo jamás.

—Voy a ver cómo está Ana —dijo, y salió.

Necesitaba parar. Era demasiado. Desde el porche trasero vio a Ana en el bosque, sujetándose la cornamenta encima de la cabeza.

—¿Estás bien?

—Estoy buscando una amiga rana —dijo Ana.

—Normal —replicó Josie, y regresó.

Paul estaba garabateando frenéticamente en la libreta, como para evitar el contacto visual con las dos mujeres que habían entrado en el salón.

—Un par de refuerzos —explicó Cooper.

Una dijo llamarse Cindy, la cantante. Era rubia, una mujer de unos treinta años con cara de querubín y vestida con camiseta sin mangas y pantalones grises y azules de cartera. La otra era Suki, asiática, ágil, musculosa, con chaleco de borreguillo y pantalones cortos. Entre las dos estaban montando la batería de Suki.

—¿O sea que eres dentista? —preguntó Cindy—. Hace años que no me hago una revisión. ¿Estoy desahuciada?

—Seguro que estás bien —dijo Josie—. Después lo comprobaremos.

—¿Después de qué exactamente? —preguntó Suki—. Dice Cooper que eres compositora.

Josie miró a Cooper, cuyo rostro no delató ninguna estrategia. Pero Josie supuso que no tenía nada de malo un poco de confianza.

—Aficionada —aclaró.

—Todos somos aficionados —dijo Cindy.

Cooper miraba el teléfono.

—El resto vienen en una furgoneta. Pero aún tardarán. ¿Empezamos?

Josie se sentó en el filo del sofá, con la espalda erguida, las manos algo levantadas, en la postura de un director de orquesta.

—Estamos improvisando —les explicó Cooper a Cindy y Suki—. Relajaos.

Empezó con un sol y, al instante, Josie se sintió más confiada. Esa nota sonaba bien y le daba fuerzas. Sonaba tan firme como la tierra que pisaban.

—Indícale a Cindy cuándo quieres que cante.

—Gracias —dijo Josie—. Ahora ve variando eso con fa. A tu gusto.

Y Cooper rasgó fa, luego sol, y Josie miró a Cindy, cuya expresión se debatía entre el miedo y el embeleso.

—¿Lista? —preguntó Josie.

Cindy asintió.

—Si sostenido —indicó Josie.

—¿Solo la nota? ¿Sin letra?

—Lo que quieras. Sonidos o palabras.

Cindy cantó una rápida sucesión de notas, algo así como fa-la-la-la-la, y quedó mal. Josie torció el gesto y Cindy vio la mueca y paró.

—¿No?

—Tienes una voz preciosa. ¿Podrías probar un poco más grave? Y cuando

cantes, no tiene que sonar bonito. Podría ser: ¡Ya! ¡Ya-ya-ya! ¡Yaaaa-ya-ya!
O como si llamaras a alguien por encima del tráfico de la calle.

Cindy volvió a probar y volvió a sonar mal. Titubeaba. Imitaba a Josie y sonaba falso.

—Invéntate la letra que quieras —dijo Josie—. Pero que suene urgente.

Mientras, Cooper había estado tocando alto y más fuerte. Josie le dijo que sí con la cabeza. Bien, bien.

La mirada de Cindy traslucía que estaba pensando qué decir, palabras que transmitieran urgencia, y las sílabas y el patrón *stacatto* que le había sugerido Josie. Pareció que se decidía y cerró los ojos, y cuando Cooper llegó a la transición, el comienzo de algo, volvió a abrir los ojos y estaba poseída.

—¡Ahora! ¡Ahora no! ¡No, no, no! ¡Ahora, ahora, no!

Cantaba las palabras a un volumen rayano con el grito y sonaba maravilloso. Josie se olvidó de respirar. Los ojos de Cindy miraban a la pared, evitaban a Josie y Cooper. Cooper miraba a Cindy con ojos nuevos y asentía con aprobación. Al final Cindy miró a Josie, necesitaba saber si debía continuar, y Josie asintió vigorosamente, en ese momento quería a Cindy con toda su alma porque estaba vocalizando la música de su cabeza. Paul había parado de escribir.

—Vale, ¿lista? —le preguntó Josie a Suki.

Suki alzó las baquetas.

—¿Tienes algún sonido en mente, Josie? —preguntó Cooper.

Josie tenía algo en mente, se lo contó a Cooper y Suki y, para describirlo, emitió un redoble con los labios, un sonido de golpeteo parecido al de un chaparrón en un porche vacío. Suki intentó repetirlo y acertó a la primera. Sonó muy similar y mejor que el sonido que Josie tenía en la cabeza, de modo que pidió a Suki que continuara haciéndolo con cualquiera de los tambores que tenía delante, como si descargara una tormenta y cayera lluvia

y aguanieve a densas oleadas. Suki volvió a empezar y esta vez la tormenta llegó en oleadas, más fuertes, más flojas, más rápidas y luego más lentas, pero siempre la misma tormenta, la lluvia y el aguanieve descargando sobre el porche vacío. Suki era la tormenta interior y Cooper, un par de alas grandes agitándose dentro de una casa sobre la que llovía a mares. Josie no sabía dónde había oído lo mismo, pero le recordaba a alguna de las casas que había tenido. ¿Dónde había vivido con un porche así? ¿Con un techo así, con la lluvia y el aguanieve a oscuras?

Josie indicó a Cindy que volviera a sumarse al grupo.

«¡Ahora, ahora, no! ¡Ahora no no no! ¡Ahora no no no! ¡Ahora ahora no!», cantó Cindy, rematando con veneno cada frase. Suki siguió aporreando, rápido y lento, y Cooper tocando acordes graves, y el volumen llenó la sala oscura. Cindy continuó, «¡Ahora ahora no! ¡Ahora no no no! ¡Ahora ahora no no!», y añadió un «Nooooo» que alargó lo que le dio el aliento. Al final flaqueó de un modo maravilloso, que sonó muy parecido a la adolescencia de Josie, a sus años olvidados, y a los veintipico, toda una década de desdichado y triste dolor autoinfligido contenida en aquel largo «Nooo». Josie echó la cabeza hacia atrás y se quedó mirando el techo, agotada.

—Una pasada —dijo Cooper.

Josie asintió con seriedad, por dentro estaba radiante, contenta por el respeto que Cooper mostraba, como si de verdad creyera que el procedimiento valía y tenía precedentes.

Se abrió la puerta. Josie se volvió y vio a un hombre alto, conocido. Era uno de los músicos del día anterior. Llevaba un chelo.

—Frank —anunció Cooper, y se acercó al violonchelista.

Vestía un abrigo de pana forrada de piel, pantalones de franela gris y botas de goma. Cruzó unas palabras con Cooper en privado junto a la puerta y luego Cooper corrió a la cocina a por un par de sillas, que colocó en el salón.

Frank se acercó a Josie con la mano tendida. Su cara parecía en conflicto consigo misma: era alargada, con una papada que le llegaba al cuello de la camisa, pero los ojos eran pequeños y brillantes.

Llamaron a la puerta y apareció otra cara, un hombre canoso que Josie no recordaba, cargado con una guitarra y seguido por media docena de personas pisándole los talones. Dos llevaban guitarras, una, un trombón y otra, una trompeta. La última era una mujer mayor con un violín.

—Ha corrido la voz —dijo la mujer, y cerró la puerta.

—Ahí fuera se está poniendo raro —dijo Frank, el violonchelista, refiriéndose al mundo exterior mientras cogía una silla de la cocina y se colocaba cerca de Cooper—. El viento sopla hacia aquí.

Josie no estaba segura de lo que quería decir, pero supuso que los lugareños lo entenderían, que para ellos tendría sentido.

—Pues ya estamos todos —dijo Cooper—. Hemos empezado con buen pie. ¿Todo el mundo conoce a Josie? Os presento a Josie —dijo, y los músicos, apretándose en un corro doble, la saludaron con respeto.

Paul escribía frenéticamente. Josie atisbó por encima del hombro y descubrió que estaba apuntando los instrumentos y una descripción de cada intérprete: «Anciana, camisa roja, manos sucias».

Vio algo fuera y tuvo una idea.

—¿Puedo entrarlo? —le preguntó a Cooper, pero no esperó a la respuesta.

Salió a la terraza trasera, al cielo amarillento y el viento revuelto, cogió el banco de levantar pesas y lo metió en la casa. Cooper alzó las manos, se rindió, y Josie pasó con el banco por su lado y lo depositó en mitad de la alfombra, entre Suki y Cooper. Mientras los músicos calentaban y afinaban, Josie se tumbó en el banco mirando al techo, le gustó.

—¿Listos? —inquirió Cooper—. ¿Empezamos con lo mismo? —le preguntó a Josie.

—De hecho, ¿podríamos empezar con la trompeta?

El trompetista, un cincuentón corpulento con camisa de botones en el cuello y gafas, se dio aires de importancia en broma, enderezando la espalda.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Josie.

—Lionel.

—Toca algo vodevillesco, un poquito trágico, Lionel —dijo Josie al techo, y Lionel empezó, y sonó mejor de lo que ella habría imaginado.

Se parecía a muchos de los discos viejos que había escuchado en la casa de Rosemont, la vieja trompeta tristonera que sonaba a decadencia, como adultos que se permiten lamentarse y regodearse. Se escuchaba un sonido parecido en todos los musicales que Josie conocía. Pero ¿por qué?

—¿Ahora el chelo? —pidió, sabedora de que multiplicaría la tristeza.

Le sentaba estupendamente escuchar aquello sabiendo que era solo para ellos, que solo lo escucharían los que estaban en aquel salón. Josie miró alrededor, vio a los músicos cabecear, ladear la cabeza, algunos con los ojos cerrados.

—¿Un tambor con bordón?

Suki empezó con una marcha lenta y los tres, al ser músicos, injustamente bendecidos con el don de entretejerse al instante, crearon algo que sonaba a canción de verdad, a una melodía seductora y provocativa, que podría anunciar la llegada de una mujer fatal. Josie cerró los ojos y, en un destello, recordó cuando su madre apareció en lo alto de las escaleras vestida con un abrigo de visón antiguo, herencia materna. Había bajado pavoneándose al ritmo de una vieja canción, con los ojos enmarcados por lápiz negro. Josie tendría doce años y le había emocionado y confundido ver así a su madre, como un ser sexual, capaz de artificios y teatralidades. Josie estaba a los pies de las escaleras con su padre. ¡Cogidos de la mano! Ahora se acordaba, qué raro cogerle la mano con doce años, pero lo había hecho, ¿no? Se habían

quedado a los pies de las escaleras y, a instancias de su madre, habían puesto un disco. ¿Qué disco era? Y la habían visto descender, una enfermera con un abrigo de visón y maquillaje, el pelo rizado y reluciente.

—¿Josie? —Era Cooper—. ¿Alguien más?

Josie se sentó, se topó con las caras de la decena de músicos, todos estaban listos.

—Perdón —se disculpó Josie. Observó a Paul, cuya mirada rozaba la preocupación—. Creo que ya pueden tocar todos.

—¿Lo retomamos por donde íbamos? —preguntó Cooper.

—No —dijo Josie—. Algo distinto. Empecemos con tu sol. La, pero un tempo más rápido. Solo toca sol y re y fa, pero más rápido.

Cooper empezó, y Josie agitó el brazo, indicándole que acelerase. Cooper aceleró, y el sonido inundó el salón. Josie señaló a Suki, que arrancó despacio, con un ritmo no muy serio.

—Ahora tú —pidió Josie a Frank.

Este empezó a tocar y, con solo un roce del arco sobre las curvas humanas del instrumento, Josie dejó de respirar. El violonchelo era una voz. Más que cualquiera de los otros instrumentos, el chelo era una voz humana. Un moribundo, una moribunda. Se le humedecieron los ojos y Frank se dio cuenta y pareció querer detenerse, pero ella le insistió por gestos que continuara. Josie señaló a Cindy, que comenzó a cantar, pero esta vez en un registro más grave, respondiendo al chelo de un modo que Josie no se esperaba, pero que consideró correcto, al menos de momento. Suki, sin que se lo pidiera, subió el volumen, y a Josie le gustó, y Frank también tocó más fuerte, rebanando el chelo, oscilando entre pocas notas, Josie no tenía ni idea de cuáles, de qué acordes, pero sonaba a todas las decepciones, hablaba de su amor terrible por su pasado venenoso, cada trocito sabía amargo, pero la inundaba de un fluido oscuro y embriagador. El chelo era el tirón constante

del tiempo perdido.

A su espalda sonó un violín y Josie se volvió hacia la anciana, ahora con los ojos cerrados y las gafas en lo alto de la cabeza. Aunque tocaba otra cosa, una melodía más desenfadada, y Josie asintió con energía. Era el momento. Señaló a la violinista y sonrió.

—¡Todos así! —gritó por encima de la música.

Y entonces, uno a uno, los músicos fueron sumándose. Las guitarras doblaron el sonido una y dos veces. El trombón le aportó el avanzar pesado de la cotidianidad, la trompeta, el sol, las explosiones de alegría irracional —las trompetas, descubrió Josie, sonaban a risas— y, por encima de todo, el oboe y el clarinete añadieron la locura. Los vientos sonaban a locos, a somorgujos y coyotes, a un caza precipitándose desde el cielo hacia su sino, como una fila de las Rockettes. Ana apareció en el umbral con la cornamenta a un lado.

—Ven —le gritó Josie, y estiró los brazos.

Ana no se acercó, sino que avanzó con disimulo, con la cornamenta en la cabeza, como si fuera un ciervo tratando de colarse a escondidas en la habitación. Los músicos sonrieron, arrugando los ojos, y Ana se alimentó de su reacción. Josie estaba segura de que la niña estaba a punto de explotar.

Tenía razón. Ana soltó la cornamenta y alzó los brazos, como para captar más poder de todos los rincones del salón. Después esprintó sin moverse del sitio. Primero un pie y luego el otro. Bailó con un ritmo y sentimiento impresionantes, sacudiéndose y retorciéndose y pateando periódicamente en dirección a algún músico: ofreciéndole a cada uno, Frank, Lionel y todos los demás, una patada de saludo sin rozarlos siquiera, una patada teatral de fraternidad y enajenación común. «Una patada para ti —decía, y se volvía para patear al siguiente—. ¡Otra para ti!»

Los músicos apenas conseguían reprimirse. Ana era una estrella, un ser del

teatro por naturaleza, nacido para exagerar y eviscerar las presuntas dignidades del ser humano. ¡Animales!, decía su cuerpo. Sois animales. Soy un animal. ¡Es bueno ser animales! Pateó alto en dirección a Paul, después dio otra patada, esta vez para arrancarle la libreta de las manos. Exultante, Ana lo arrastró a la alfombra para que bailara con ella. Paul, sin saber cómo mostrarse a su altura, primero la aupó, y Ana se dejó hacer, levantó las manos al cielo como una patinadora izada por su compañero. Pero quería bajar y Paul la bajó, y Ana lo rodeó y él la siguió y giraron juntos, gruñendo y arañando y, por último, se enderezaron, una y otra vez, retándose a subir más alto. Paralelamente la música fue subiendo, se diría que Cooper tocaba al doble de volumen y profundidad. El ritmo se aceleraba, ganaba urgencia y frenesí, y Josie miró alrededor y descubrió que los músicos habían soltado amarras. Estaban todos de pie, bailando, levantando las piernas, pateando, siguiendo el ejemplo de Ana. Había dos en el suelo, pedaleando boca arriba. El trompetista estaba en la cocina, tocando dentro de la nevera, y sonaba de maravilla. Todo componía un muro desquiciado de sonidos entrecruzados, todos ellos desesperados por separado y trágicos en el fondo, pero en la superficie formaban una espiral enloquecida, todos exactamente igual pero por completo diferentes de los sonidos que Josie había oído en su cabeza durante tantos años, cuando creía que llevaba música dentro. Se tumbó, disfrutando de los sonidos, pensando que podía quedarse allí, no solo en casa de Cooper, sino en el pueblo. Podía volver a ejercer de dentista como había sugerido Cooper y cada semana regresaría a casa de él, seguiría ordenando el caos de su interior, limpiaría dientes y, a cambio, obtendría ese alivio.

Pero oyó un sonido nuevo. Josie se sentó, molesta. Era un sonido artificial, un sonido de pánico fabricado por el hombre. Sirenas. Se tejieron lentamente con la música. Y uno a uno los músicos pararon a escuchar y empezaron a sonar teléfonos y todo acabó.

Josie salió por la puerta delantera, aturdida y saciada, sintiendo la luz como un asalto a los sentidos, y vio un par de camiones de bomberos circular a toda velocidad con las sirenas ululando. Dio media vuelta y se encontró a Cooper hablando por el móvil. Frank pasó con prisas entre la puerta y ella.

—El incendio avanza hacia aquí. Hay que evacuar. Ya os lo dije.

El resto de músicos los siguió y se esparció por el jardín en todas direcciones, cargados con guitarras y vientos. Paul y Ana aparecieron en el umbral.

—Tenemos que irnos —dijo Josie.

Pero no sabía adónde. No sabía de dónde venía el fuego. Supuso que del sur, donde había ardido el incendio más cercano, pero ¿qué significaba para la cabaña y el Chateau?

Una mujer con un chaleco naranja corría por la calle.

—Evacuación obligatoria —gritó. Le faltaba el aliento.

Suki salió de la casa y se coló como una exhalación.

—Adiós, Josie —se despidió.

Cindy la siguió y tomó la dirección contraria.

—Adiós, Josie —se despidió.

Josie se despidió y se dirigió a la mujer de naranja.

—¿De dónde viene el incendio?

—Del sur —resolló la mujer, y señaló.

Josie siguió el dedo hasta las montañas. El cielo estaba blanco, cargado de

humo.

—¿Está muy cerca?

—Está cerca. Tienes que ir al norte. Si los necesitas, hay autocares. Van a Morristown. Salen dentro de veinte minutos.

—¿Sabes si ya ha alcanzado la mina de plata? —preguntó Josie, pero la mujer se despidió y siguió calle abajo.

Era una especie de voluntaria que iba avisando puerta a puerta.

—¿Dónde está el incendio, mamá? —preguntó Paul.

Las sirenas destrozaban el aire.

—Déjame pensar —pidió Josie.

Los camiones de bomberos salían de la ciudad rumbo al sur mientras que las familias con coche ya aceleraban en dirección norte.

—Entrad —dijo Josie, y metió a los niños en casa de Cooper.

Este estaba otra vez al teléfono. Se volvió hacia Josie:

—Media hora como máximo. Os llevaría, pero no tengo sitio.

—¿Qué sabes de la mina de plata?

—Nada. ¿Qué mina de plata?

Josie lo llevó a un aparte, lejos de los niños. Le contó que estaban instalados en la mina Peterssen, en las colinas, que tenían allí todas sus pertenencias, todo el dinero y la autocaravana, que era su único medio para salir del pueblo.

—¿Crees que nos dará tiempo de llegar?

Él la miró como si estuviera loca.

—Tomad el autocar —dijo Cooper.

—¿Y nuestras cosas? —le susurró Paul a Josie.

Cooper les había preparado un par de mochilas cargadas con comida y

agua, linternas y pilas, y los mandó por la carretera hacia el aparcamiento de la escuela primaria, donde esperaban los autocares. La mayoría estaban vacíos: en el pueblo, casi todos tenían coche o camioneta.

Josie levantó los brazos con un floreo de mago y subió al autobús. Paul y Ana la siguieron y arriba encontraron solo cinco asientos ocupados por dos parejas de ancianos y un adolescente que viajaba solo. Se sentaron, Josie miró a las montañas, donde se alzaba un muro de vegetación y humo gris, preguntándose si el incendio ya habría devorado la cabaña o si la alcanzaría. Había preguntado a todo el mundo y nadie tenía ni idea.

—En serio, mamá —susurró Paul.

Necesitaba claridad.

Josie sabía que debería estar tranquilizando a sus hijos con respecto a sus perspectivas, pero estaba demasiado estupefacta para fingir. Se imaginó la cabaña ardiendo, todos los dibujos ardiendo, todos los juegos ardiendo, toda la comida que acababan de comprar. Pensó en el Chateau. No les quedaban demasiadas cosas dentro, solo algunas prendas de ropa, y no las echarían de menos. Pero desaparecería: si el incendio llegaba al valle, ardería rápido y con intensidad. Había demasiados árboles, todo estaba sequísimo y no había nadie para enfrentarse a las llamas.

Y entonces lo vio. Un resplandor amarillo brillante detrás de las colinas, como si saliera rápidamente un sol oblongo. Pero no era un sol, era el incendio, y Josie supo que significaba que había alcanzado el valle de la mina. Ascendió una humareda negra y Josie supuso que las llamas devoraban una de las máquinas, que quemaba algún tipo de combustible. El Chateau. Tenía que ser la caravana, el depósito lleno de gasolina. Pensó en Stan y en cómo le contaría a Stan, de pie en la moqueta blanca, que el Chateau ya no existía. Conociéndolo, le sacaría algún provecho.

Entonces se acordó de la bolsa de terciopelo. Todo el dinero que les

quedaba. Encima llevaba unos ochenta dólares.

—Menos mal que estábamos aquí —dijo Paul, y Josie comprendió cuánta razón tenía.

Si no hubieran bajado al pueblo, si no hubiera hecho sus pinitos musicales en casa de Cooper, ese día habrían estado en la mina. Solos, sin que nadie lo supiera.

—¿Está todo el mundo listo? —preguntó el chófer.

El autocar arrancó con un petardeo y apuntó al norte.

—¿Ya has terminado? —preguntó Paul.

Josie lo miró. Paul se había cambiado al siguiente asiento, como si fuera otro viajero independiente. Ana iba tumbada en el suelo, mordisqueando la pierna de Josie, esperando a que la mandaran parar.

—¿Con la música? —preguntó Josie, y Paul cerró los ojos.

Pues claro que con la música, decía su rostro plácido.

¿Acaso no se encontraba al filo de un gran descubrimiento, si no para el mundo, al menos, una revelación privada, al exteriorizar la música que llevaba dentro? Josie contempló pasar el paisaje, los camiones de bomberos en dirección contraria, hacia el problema, y comprendió, no sin cierta sorpresa, que la música que había necesitado oír, que acababa de oír, que acababa de exteriorizar, en la que se había sumergido, ella ya no la necesitaba. Como mínimo en ese preciso instante. Cooper no lo entendería. Has dado con algo, le diría. ¿O no lo diría? Con toda probabilidad Josie no había dado con nada. Lo más seguro era que fuera una mujer transitoriamente enajenada que había conjurado la locura disonante de un grupo de músicos maleables que querían tratamiento dental gratis. Pero ¿y lo de quedarse en el pueblo, en el pueblo de Cooper, e integrarse en él, convertirse en la nueva

dentista, su vecina excéntrica, compositora aficionada, formar parte del mundo de los músicos, y criar allí a sus hijos? No. O todavía no. Se había liberado. Se había liberado de muchas cosas, del miedo a Carl, del fantasma de Evelyn. Nunca se sentiría libre de Jeremy, pero dos de tres suponía un buen comienzo. Ya no estaba huyendo de nada. Pero no significaba que quisiera que la protegieran, la manejaran, la cuidaran.

—No lo sé —le dijo a Paul.

No podía prometer que no reincidiría. No tenía ni idea. No necesitaba más música, pero necesitaba hacer otra cosa y ver más cosas, y necesitaba que sus hijos ganaran fuerza y valentía moviéndose. No podía prometer qué querría ver o hacer en el futuro y confiaba en que sus hijos le perdonarían la falta de certidumbre, la pregunta sin respuesta de sus vidas, un cielo ilimitado que tenía el poder de hacerlos intrépidos, absolutamente indomables, o paralizarlos de miedo.

Avanzaron durante horas, cruzando ríos y amplias extensiones de taiga, bajo un cielo azul terciopelo. Cooper había prometido reunirse con ellos y, conforme desfilaba el paisaje, Josie cada vez estaba menos segura de que le apeteciera verlo. No estaba segura de poder fiarse de su estado de ánimo, pero a los veinte minutos de trayecto notó una euforia conocida, la emocionante libertad de haber dejado atrás los problemas. No distaba tanto de lo que había sentido al salir de Ohio y cuando había aterrizado en Alaska. Ahora ya no tenían el Chateau, ya no tenían la cabaña, volvían a haberse liberado de todo. No conocían a nadie del autobús y se dirigían a un lugar donde tampoco conocían a nadie.

Para cuando entraron en un amplio aparcamiento iluminado por los coches de la policía y emergencias, Ana dormía en las rodillas de Josie y Paul se

había cambiado a otro asiento, dos filas más adelante. Constituía una novedad: hasta hacía apenas quince días Paul jamás habría cedido su puesto de almohada humana; desde luego nunca se habría alejado tanto de Ana dormida, que en cualquier momento podía necesitar su ayuda. Ahora, sin embargo, Paul iba mirando por la ventanilla, inspeccionando la escena del aparcamiento iluminado, las luces de la policía, las docenas de voluntarios de naranja y amarillo corriendo de un lado para otro.

—Entren en la escuela —indicó el chófer.

Josie despertó a Ana y bajó con los niños del autocar. Paul llevaba una de las mochilas y Josie la otra.

La escuela era un edificio bajo de ladrillo con la puerta doble abierta de par en par y una mujer sentada a una mesa plegable en el interior.

—Hola —saludó la mujer, con la voz tranquila y amable, como si supiera del horror que dormía en el interior de ellos y no quisiera despertarlo.

Josie le dio sus nombres y la mujer los mandó al gimnasio, donde unas luces enormes iluminaban, en secciones diferenciadas, cada servicio disponible: primeros auxilios, camas, comida. En la ventana donde solían servirse las comidas de secundaria, se repartían bandejas con varios alimentos frescos. Medio gimnasio era una cuadrícula de catres cuidadosamente dispuestos, la mayoría vacíos. Un cartel impreso por ordenador anunciaba los servicios de una enfermera titulada. La enfermera esperaba junto al cartel, acompañada de un joven sin ninguna herida visible acostado en un catre; estaba tumbado de lado, leyendo un tebeo.

En la tarima, un trío de niños menores de seis años perseguía a una niña de pelo amarillo con una capa.

—¿Esta noche dormiréis aquí? —preguntó una voz.

Al volverse, Josie se topó con un hombre de negro, cura o pastor.

—No lo sé. Supongo.

Josie, Paul y Ana devoraron los espaguetis con brócoli, el melón y la tarta de chocolate. Josie cayó en la cuenta de que no habían comido nada en todo el día.

—¿Vamos a ir a la escuela de aquí? —preguntó Ana, con los dientes marrones de la cobertura de chocolate.

Paul sonrió y negó con la cabeza.

—No, cielito —dijo Josie—. Nos quedaremos un par de noches.

Pero no tenía ni idea de lo que harían después.

Josie escuchó los fragmentos de conversaciones entre los voluntarios del gimnasio. La mayoría de los evacuados del gimnasio procedían de Morristown o poblaciones de los alrededores. De momento solo se habían quemado algunas edificaciones anexas. Un ejército de bomberos trabajaba valientemente, ayudado por un viento favorable que había ralentizado el avance de las llamas.

Cuando devolvió las bandejas vacías a la ventana de la cafetería, se fijó en que una mujer de uniforme negro, una especie de agente de información, acababa de colgar un mapa nuevo del alcance del incendio. Josie buscó Morristown y lo encontró, un rectángulo casi imperceptible pegado a una descomunal masa roja, el área incendiada, con el color y la forma de un corazón demasiado grande. En la frontera entre el rojo y el blanco descubrió, en letras minúsculas, las palabras MINA PETERSEN, casi tachadas por una X escrita en bolígrafo rojo.

Josie regresó al trío de catres que había organizado con los niños. Los había juntado para formar un único colchón. Paul y Ana estaban jugando a ¡Pesca! con una baraja nueva.

—Nos las han dado —explicó Paul.

Josie se sentó al borde de la cama, luego se dejó caer sobre la almohada. Miró al techo, nueve metros más arriba, un lío de sogas y vigas y banderolas

que recordaba a los visitantes las mejores temporadas de la escuela.

A las nueve en punto la mayoría de las luces del gimnasio se apagaron con un ruidoso chasquido y un suspiro y dejaron solo un cono brillante en cada rincón. Ana quería seguir jugando a las cartas, pero Paul la mandó estarse quieta y callada para no molestar al resto de la gente que quería dormir.

—¿Necesitáis algo más? —preguntó una voz.

Josie levantó la vista y bizqueó, adaptándose a la oscuridad. Era un hombre, un hombre mayor con un mechón gris sobre los ojos. Le sonaba. Josie pensó en su ciudad, en alguien de Ohio. No. Entonces se dio cuenta de que era el bombero que conocía de antes —se diría que hacía meses—, el bombero de mirada amable que había aparecido cuando los reclusos le cambiaron la rueda.

—No —le respondió Josie, y advirtió que él no la reconocía.

No estaba claro qué hacía allí, interesándose por los evacuados. Josie no quería distraerlo del trabajo ni entablar conversación acerca de lo que ella estaba haciendo cuando se encontraron en la carretera ni lo que estaba haciendo ahora, cientos de kilómetros más al norte, en aquel refugio. No podría explicarlo ni queriendo.

«Vienen lluvias.» Fueron las primeras palabras que Josie oyó por la mañana. Amanecía, y el gimnasio ya rebosaba de voluntarios preparando el desayuno. «Esta tarde», dijo la voz. Provenía de fuera del gimnasio, era una voz atronadora con noticias importantes. Ana se había despertado por el ruido, pero Paul todavía dormía. Josie bajó a Ana silenciosamente del colchón y la sacó al vestíbulo en pos de la voz atronadora, pero había desaparecido. No obstante, por todos los pasillos del colegio se rumoreaba que lo peor había pasado, que en las próximas semanas llegaría más lluvia, más fríos, un otoño

húmedo que apagaría los incendios y lo limpiaría todo.

Salieron al exterior y el cielo seguía igual, blanco y amarillo y con olor acre. Josie se adentró en el aparcamiento y entonces sí vio, acercándose por el norte, una pared de nubarrones. De vuelta dentro, se asomó al gimnasio para comprobar si Paul se había despertado, pero seguía despatarrado en la cama con la boca abierta, como si le asombrara descansar.

Cuando se volvió, Ana no estaba a su lado. Josie miró en el vestíbulo y oyó unas vocecillas procedentes del pasillo. Se encontró a Ana a la vuelta de la esquina, en la fuente, con otro niño más pequeño. A primera vista parecía que Ana estaba siendo Ana, echándole agua al otro niño en la cabeza, un crío rubio de unos cuatro años.

Josie iba a decirle que parara cuando entendió que Ana estaba dándole de beber. Ana le había ordenado abrir el grifo y, mientras manaba el agua, ella alargaba los brazos y se la acercaba juntando las manitas; la mayoría del agua terminaba en las camisetas, pero una parte llegaba a la boca del crío.

Josie se acercó y Ana la miró, preocupada, consciente de que tendría que explicarse.

—Está bien —dijo Josie.

—No llegaba —dijo Ana.

—Lo sé. Está bien. Pero tenemos que limpiar un poco.

Y entre los tres cogieron toallas de papel del lavabo y secaron el agua del suelo. La madre del niño llegó cuando estaban terminando y se lo llevó de vuelta al gimnasio. Josie y Ana se quedaron en el pasillo, junto a la vitrina de trofeos escolares a oscuras.

—¿Tenemos que dormir aquí otra vez? —preguntó Ana.

Josie no lo sabía.

—Yo no quiero —dijo Ana.

—Yo tampoco —admitió Josie, y cayó en la cuenta de que era la primera

conversación sincera que mantenía con Ana desde hacía meses, tal vez la primera en la vida. Normalmente calculaba cómo decirle las cosas a su hija, evitaba partes, analizaba o confundía otras con objeto de alcanzar un resultado civilizado. Esta vez miró a Ana a los ojos, sabedora de que su hija era distinta, había evolucionado, y también vio que Ana lo sabía. Sabía que había abandonado una forma y estaba adoptando otra.

—Solo tenemos ochenta y ocho dólares —dijo Josie, no mirando a Ana, sino a un retrato de una atleta campeona de los primeros años noventa, una chica que probablemente ahora tendría su edad.

—¿Ochenta y ocho? ¡Un montón!

Paul estuvo durmiendo durante el ruidoso desayuno y la puesta en marcha de los altavoces del techo, que anunciaron una serie de novedades, la llegada inminente de nuevos evacuados y más noticias sobre la lluvia procedente del norte. Cuando por fin se despertó, se oyeron aplausos dispersos entre los voluntarios. Una mujer con aire de abuela le llevó un cuenco de gachas, que Paul devoró ante su atenta mirada.

—Bueno, pues ya estáis a salvo —les dijo a Josie y los niños, como concluyendo una conversación sobre sus preocupaciones previas—. Y a mediodía organizaremos una actividad para todos los evacuados. Todas las familias están invitadas a participar en un taller de artesanía y a compartir después sus sentimientos. Será muy terapéutico. Pero ¡también divertido!

Josie sonrió, y la mujer se marchó a recoger los cuencos abandonados por el gimnasio por la docena aproximada de niños que correteaban por allí. Parecía que durante la última hora el gimnasio se había ido llenando y olía a demasiados humanos sin acceso a una ducha, a demasiados humanos durmiendo pegados sin cambiarse de ropa.

De repente permanecer allí una hora más se hacía doloroso, una noche, imposible. Josie hizo las camas, cogió las dos mochilas y sacó a Paul y Ana del colegio. No tenía ningún plan, pero quería comprobar qué opciones ofrecía el pueblo. Ochenta y ocho dólares pagarían un día de alojamiento y comida en un motel de verdad.

Se le acercó una mujer.

—Señora, antes se me ha olvidado preguntarle —empezó, y Josie no recordaba haberla visto antes, pero tuvo que suponer que así era— si tiene acceso a un teléfono. Muchos evacuados se lo han dejado o no tienen cobertura. Pero aquí tenemos teléfonos fijos. Puede poner una conferencia, lo que quiera.

Josie contestó que no tenía teléfono, y la mujer la acompañó con Ana al despacho del director de la escuela. En el mostrador donde acostumbraban a repartir los justificantes, había un teléfono preparado.

—Le dejaré hablar en privado —dijo la mujer.

Josie marcó, se equivocó de número y volvió a marcar.

Él contestó.

—¿Carl?

—¿Quién es?

—Josie.

—Ah, hola. ¿Dónde paras? ¿Cómo están los niños?

La voz sonaba animada, despreocupada.

—¿No sabes dónde estamos?

—Sé que estáis en Alaska. Me lo dijo Sam. Pero ¿dónde?

—Claro que lo sabes. Has mandado a un tipo a por mí.

—Espera. ¿Qué?

—¿No me has enviado una citación?

—¿Una citación? ¿Para qué?

La voz de Carl sonaba tan alegre y divertida que Josie tuvo que reconsiderar todo lo que pensaba decirle.

—Pues alguien ha intentado entregarme una citación —dijo Josie repasando a mil por hora lo que podría ser. ¿Evelyn?

—¿Qué clase de citación?

—No lo sé. Ni la he tocado. Me he largado.

Carl se rio fuerte. Fue una risotada, la carcajada de un hombre satisfecho. Josie oyó un chillido lejano al otro lado de la línea, el sonido de una ola suave al romper. ¿Carl estaba en la playa? Probablemente estaba en la playa.

—Ah, espera. Tu colega abogado me llamó, te buscaba —dijo Carl—. Quizá tenga algo que ver.

—¿Elias? ¿Qué te dijo?

—Que quería avisarte. Te he llamado varias veces. Supongo que no te has llevado el teléfono. ¿Me equivoco?

—No quería que me localizaras.

Carl volvió a reírse, pero esta vez su regocijo sonó dolido, inseguro.

—En fin, ¿te acuerdas de la empresa a la que demandaste? Bueno, pues ha contrademandado a todos los demandantes. Elias dijo que es una táctica habitual para asustar, que ya se ocupaba él.

A Josie le dio un vuelco el corazón. Hacía semanas que no pensaba en la demanda.

—Bueno, ¿y los niños? ¿Están bien? —preguntó Carl volviendo a un tono alegre y banal.

¿Además estaba borracho? ¿Quién era ese hombre despreocupado y feliz?

—Están bien. Siento lo de Florida.

—No pasa nada. Lo comprendo. Probablemente te pareció una petición extraña. Pero los niños deberían conocer a Teresa en algún momento. Les gustará, creo. Es psicóloga infantil. ¿Lo sabías?

Josie no lo sabía. Pero así cobraba sentido el interés de Teresa en Carl.

—¡O sea que estáis en Alaska!

Carl soltó una sonora exhalación que admitía sus flaquezas y perdonaba el dramatismo de Josie. Josie todavía estaba tratando de cuadrarlo todo: Carl no había ido a por ella, no la estaba persiguiendo, ni la demandaba, ni nada. Era alguien de la central eléctrica. Habían mandado a un agente judicial al azar para asustarla.

—A juzgar por las noticias, está ardiendo todo el estado.

—De hecho, acabamos de escapar de un incendio —dijo Josie—. Estamos en un refugio.

Le contó su día, la escuela desde donde telefoneaba. Josie miró a su alrededor, recordó que estaba en el despacho del director. Un cartel de la pared rezaba: YO SOY DIRECTOR. ¿TÚ QUE SUPERPODERES TIENES?

—¿Y estáis bien?

—Estamos bien.

—Vale. Pues seguid bien. Y avisa cuando volváis.

Josie colgó y salió del despacho, pensando en que Carl no había pedido hablar con los niños. No había preguntado cuándo volverían a casa. Incluso la idea de ver a sus hijos, de llevarlos a Florida para presentarlos a Teresa y su familia, aquella operación goebbelsiana, era una idea superficial, para nada importante. El interés de Carl en sus hijos iba y venía, como su pasión por la igualdad económica y el triatlón. Pero era inofensivo. Saberlo resultaba crucial y liberador.

—Salgamos un rato —dijo Josie.

Estaba de pie en el catre donde Paul y Ana jugaban a las cartas.

—¿Adónde? —preguntó Ana.

Josie se encogió de hombros.

—¿Al río?

El pueblo era del tamaño del de Cooper, y deambularon por las calles, casi todas vacías. La mayoría de los residentes estaban ayudando en el instituto, dedujo Josie, o habían cambiado el estado por territorios menos inflamables. Pasaron frente a un mecánico de camiones, una inmobiliaria, una tienda de marcos, todos cerrados, y terminaron en el Yukón, gris y lento. Se sentaron, de pronto Josie se sentía demasiado cansada para moverse. Se tumbó mirando al cielo blanco y notó el sol detrás, todavía extrañamente cálido.

—Qué grande —dijo Paul, y pasó un camión estruendoso.

Sus hijos, privados de todas sus posesiones, arrojaban piedras al río. Los chasquidos de seleccionar la piedra correcta, el viento casi imperceptible al lanzarla bien alto, la nota de bajo al chocar con el agua.

—¿Te pongo una en el pie? El sol la ha calentado.

Era Ana, de pie junto a Josie.

—Vale —dijo Josie con los ojos cerrados.

Notó el peso caliente de una piedra grande encima del empeine. Qué maravilla. Murmuró su aprobación.

—¿Quieres otra? —preguntó Ana, y Josie aceptó.

Ana colocó otra piedra, más pequeña, en la barriga de su madre y Josie la notó caliente a través de la camisa. Decidió mantener los ojos cerrados y dejar que Ana, y enseguida Paul, la cubrieran de piedras. Tenía una docena sobre el pecho y el estómago, unas pocas en el regazo, muy bien puestas, y por último una grande y plana en la frente y otras más pequeñas y redondeadas en las mejillas. ¡Qué calientes! Respiró más despacio. No podía moverse. Cubierta como estaba, los minutos eran días y oía las voces de los niños tratando de encontrar más partes de su madre para tapar, unas voces contentas pero con un deje de nerviosismo. ¿Qué estaban viendo? A su madre

cubierta de piedras lejos de casa.

Josie se permitió un momento de duda. Cabía la posibilidad, admitió, de que no debieran haber viajado nunca a aquel estado en llamas. Pero la duda no duró. En cambio, en ese instante, Josie pensó que acertaba en todo.

En que podemos marcharnos.

En que tenemos derecho a marcharnos.

En que a menudo debemos marcharnos.

En que solo marchándose sus hijos y ella lograrían acercarse a lo sublime, que sin movimiento no hay lucha y sin lucha no hay propósito, y sin propósito no hay nada de nada. Quería decirles a todas las madres y a todos los padres: El movimiento tiene sentido.

Mientras el sol le pintaba huellas de colores en los párpados, Josie tuvo un sentimiento de pertenencia. Tenía amor para todos. Sabía que esa emanación de gratitud y perdón no duraría, de modo que dio nombres: quería a Jeremy, a Sam y a Raj, y a Deena y a Charlie del crucero y a Jim Granada y Carl, y, por supuesto, a Sunny, y sentía algo parecido al amor por Evelyn, cuyo fallecimiento la llenó de rabia, y Josie conocía la rabia, de modo que quería a Evelyn. Con un estremecimiento, reconoció que también quería a sus padres y que quería decírselo, sentía que debía decírselo, que había llegado el momento de decirles que sabía que no eran ni peores ni mejores que ella.

—Vamos a quitarlas —dijo Paul.

El tono de su voz transmitía finalidad, apuntaba a la incomodidad creciente de ver a su madre cubierta de piedras. Cuando Josie sintió el pecho libre de peso, se sentó y sus hijos la miraron con curiosidad, como si esperaran que se hubiera transformado en otra persona. Pero era solo su madre, sentada bajo el sol. Continuaron quitándole las piedras del regazo y las piernas.

—¿Cuánto crees que pesa esta? —preguntó Paul.

Depositó una de las piedras en la mano de Josie. Estaba templada.

—¿Es la que tenía en el pecho? —inquirió Josie.

—Sí.

—¿Un poco menos de medio kilo?

Paul se llevó un chasco.

—¿O un kilo, kilo y pico? —probó Josie.

La cara del niño se iluminó un poco, pero volvió a entristecerse en cuanto miró la piedra.

—Prácticamente cinco.

—¡Cinco kilos! —le dijo Paul a Ana, impresionado.

Ana quitó la piedra del muslo de su madre y la sostuvo en la mano.

—¿Y esta?

Esa pesaba menos que la de Paul y el niño lo sabía, pero su madre y él se miraron.

—Esa pesa más o menos igual —dijo Josie—. Cinco kilos. O puede que más.

Los ojos de Ana chispearon y Josie imaginó que la niña guardaría la piedra en algún lugar secreto, pero, en cambio, Ana dio media vuelta y la arrojó al río sin pensar.

—¡Toma, idiota! —rugió.

Siguieron retirando piedras y, a cada una, le preguntaban a Josie cuánto pesaba antes de tirarla al río. Ana arrojaba las suyas con crueles despedidas, normalmente repitiendo los cálculos de Josie antes de lanzarlas a sus violentas trayectorias. Cada vez que quitaban una piedra, Josie se acercaba más a la levitación. Eran solo piedras y ella solo estaba sentada junto a un lago que lamía la orilla irregular, pero cada vez que sus hijos levantaban una piedra, Josie ahogaba un pequeño grito y su cuerpo parecía a punto de liberarse.

—Mira, mamá —dijo Ana, y por fin Josie se levantó.

Ana señalaba algo en el bosque de detrás. Parecía una simple señalización de un sendero, un mapa, pero con esferas de colores caídas.

—¡Globos! —exclamó Ana, y corrió hacia el cartel.

—Un camino —dijo Paul siguiendo a su hermana.

El cartel, con décadas de antigüedad, describía un sendero que recorría un valle, pegado a un río estrecho, en trayectoria ascendente hasta un lago de montaña. Si alguna vez había indicado distancias o escalas, los elementos las habían borrado, pero Josie calculó que el lago no podía distar más de dos o tres kilómetros y que la montaña no superaría los novecientos metros de altitud.

—Siempre he querido ver un lago de montaña —dijo.

—Yo también —dijo Paul observando el mapa con suma seriedad.

Paul jamás había mencionado a Josie nada sobre ningún lago de montaña, ni que supiera lo que eran, ni que quisiera ver uno. Pero Paul no mentía, no sabía mentir, de modo que Josie tuvo que creer que ese deseo, junto con el de casarse con una niña llamada Helena, eran dos anhelos reales, secretos, y que en el futuro se sucederían nuevas necesidades y querencias tácitas y que muy pocas de ellas se le comunicarían, y debía aceptarlo.

—¿Qué? ¿Vamos? —preguntó Paul.

—¿Qué es un lago de montaña? —inquirió Ana.

Tenían una manzana, una bolsa de zanahorias sin pelar, una botella de Gatorade de naranja, un paquete de tostadas, medio de caramelos Starburst y una botella de agua, con tres cuartos del contenido. Los niños iban en vaqueros y camiseta. La temperatura estaba entre los 15 y los 20 grados. Josie consideró que tenían bastantes probabilidades de llegar al lago y regresar al pueblo a tiempo para almorzar.

—Paul —dijo sabiendo que haría las delicias del niño—, ¿te importaría copiar el mapa?

El deber iluminó la mirada de Paul cuando su madre le entregó un bolígrafo y el dorso del ticket de la compra, que sacó del monedero. La copia del mapa se entendía bien y reproducía la mayoría de la información del cartel, que no era mucha. Incluía un sendero largo y serpenteante, un lago oval y, al lado, un rectángulo minúsculo que Josie supuso que correspondería a una zona de pícnic, quizá a algún refugio. No se parecía tanto a un mapa del Servicio Forestal moderno como al dibujo que habría garabateado un bandido iletrado borracho de sidra.

Pero cuando alcanzaron el sendero vio que el camino era amplio y estaba bien señalizado y, por lo que parecía, hasta estaría jalonado de tiendas de recuerdos y chucherías. Arrancaron. Se adentraron en un bosquecillo de abedules espaciados de forma ordenada, la luz moteaba el suelo y el aire era fresco. Por delante vieron una raya amarilla del tamaño de una mano en el tronco de un árbol y Josie se rio: la ruta sería fácil, alguien la había

señalizado cada cien metros. Consultaron el mapa de Paul y no les contó nada nuevo. El lago estaba más arriba, aparentemente a menos de una hora a pie.

—Un puente —dijo Paul, y señaló donde habían colocado un tronco, seccionado por la mitad a lo largo, encima de un minúsculo barranco que conducía al río.

El puente, sobre un estrecho arroyo de aguas superficiales y lentas, era rudimentario y resbaladizo por culpa del musgo, pero Paul y Ana insistieron en cruzarlo sin ayuda de su madre. Apenas tenía unos metros de altura, así que si se caían no se harían daño. Josie les permitió cruzar y luego quisieron repetir, así que regresaron y volvieron a pasar.

Siguieron el río un rato, una hora más o menos, en lo más caluroso del día, y cuando Ana y Paul comenzaban a languidecer el sendero giró hacia el interior, hacia las montañas, y pudieron avanzar a la sombra. Más adelante, el camino parecía dirigirse directo a una roca del tamaño de un viejo granero. Continuaron hasta la roca, que de cerca recordaba a una pared de granito. Miraron a izquierda y derecha y no vieron marcas amarillas.

—Creo que se supone que debemos atravesarla —dijo Paul.

Parecía hablar completamente en serio, hasta que la comisura izquierda de la boca dibujó una mueca.

—Mirad. Amarillo —dijo Ana.

Josie y Paul se volvieron a mirar la marquita amarilla que Ana había descubierto en un árbol en lo alto de la colina que daba al río. Una estrecha senda borrada subía bordeando la roca y la tomaron, los tres, Josie, Paul y Ana, con la convicción absoluta de que sin la niña no habrían visto lo que ahora les parecía la ruta evidente para subir y evitar la roca. A la media hora de trepar, apoyándose en las raíces de los árboles, alcanzaron la cima y atisbaron un claro.

—Puede que sea el lago —dijo Paul.

Josie miró el reloj. Justo pasado el mediodía. Si efectivamente era el lago, aunque llegaran hasta él, dieran media vuelta y apretaran el paso, estarían en el pueblo a las dos. Alcanzaron la cresta de la montaña, pero no había ningún lago, solo restos de uno, sus orígenes, un riachuelo estancado. Alrededor se extendía una pradera salpicada de flores violetas y amarillas.

—¿Eso es el lago? —preguntó Ana.

—No es un lago —dijo Paul, y se volvió hacia su madre—. ¿Verdad?

—No —confirmó Josie.

Estaban en la clase de entorno, arropado por la curva de una montaña, donde Josie esperaba encontrar el lago y, en cambio, habían caminado mucho y subido hasta allí arriba y se habían encontrado otra cosa, un riachuelo cenagoso... qué cruel.

—Vale —dijo Josie—. Pensemos.

Y consideró la hora y el lugar del sendero donde se encontraban, a medio subir una montaña que había resultado mucho más alta de lo previsto. Habían tardado horas en subir hasta allí. Tenían tiempo de seguir, llegar al lago y dar media vuelta, pensó, aunque con la sensación de estar tomando la decisión equivocada. Le daba miedo mirar a Paul, le asustaba que su mirada la juzgara.

Ana señaló el cielo.

—Mira, mamá —dijo.

Un nubarrón grande y negro había aparecido desde detrás de la montaña. En cuanto lo vieron, oyeron un trueno. Un carraspeo claro de la garganta que llenaba el valle, el anuncio de la calamidad.

—¿Viene hacia nosotros? —inquirió Paul.

—¿Caerán rayos? —preguntó Ana.

Atronó otra vez, más fuerte. Josie levantó la vista y descubrió que la nube se había aproximado y proyectaba su lúgubre sombra sobre media montaña.

Y ellos seguían junto al riachuelo.

—No lo sé —dijo Josie.

Consciente de que estaban junto a una corriente, trató de recordar el funcionamiento de los rayos y el agua. ¿El agua era conductora o lo contrario? Las perspectivas que tenía delante no eran muy halagüeñas. Se acercaba una tormenta eléctrica. Probablemente también llovía. Si seguían a la intemperie, se empaparían.

—¿Vamos allí? —preguntó Ana señalando un bosque.

Parecía a unos doscientos metros cuesta arriba por el prado, una distancia asequible, pero por otro lado, hasta el momento todas las distancias se habían deformado. Todo lo que había parecido a su alcance, en realidad estaba el doble de lejos y se tardaba el triple de tiempo en llegar.

—Los rayos caen justo en los árboles, ¿no? —dijo Paul.

—No lo sé —admitió Josie.

¿Cómo no lo sabía? ¿Aléjate del agua o acércate al agua? ¿Aléjate de los árboles o acércate a los árboles?

Claro que de momento no habían visto rayo alguno, así que mantuvo la esperanza de alcanzar el bosque antes de que descargara la tormenta, si es que caía. El bosque parecía la opción más segura. Allí podrían descansar, no se mojarían.

—Corred —dijo Josie.

Los ojos de Paul y Ana delataron su agotamiento, pero rápidamente lo sustituyó la chispa de una tarea necesaria.

—Vamos a correr hasta ese grupo de árboles, ¿vale? —dijo Josie.

Asintieron. Ana se colocó como un corredor profesional.

—¿Preparados? Listos... ¡Ya!

Echaron a correr lejos del agua por el prado floreado, sin importarles el color de las flores que pisaban.

—¡Sí! —rugió Ana a espaldas de Josie.

Josie se volvió y vio los piecitos de Ana volar por encima de piedras y zarzas, con el cabezón naranja saltando como una vela transportada por un conejo. Miró la cara de Paul, concentrada en su objetivo. Ya solo les quedaban unos metros hasta los árboles. Lo conseguirían. Cuando ya estaban cerca de los primeros pinos grandes, Josie se sintió tonta por haber exagerado el dramatismo de la situación. Al fin y al cabo, simplemente estaban corriendo al aire libre mientras se formaba una tormenta. No quería que sus hijos cogieran miedo a la lluvia, ni a los truenos, ni a los rayos, ni siquiera aunque, dada la altitud, la tormenta pudiera descargar a una distancia peligrosamente corta. Antes del bosque había un grupo de rocas gastadas, donde Josie se paró para dejar que Paul y Ana la adelantaran y ver con una sonrisa cómo pasaban volando por su lado, agitando los brazos, sonriendo como locos.

—¡Bien! ¡Bien! —chilló Josie, casi eufórica.

Un estruendo rasgó el cielo. El mundo se tiñó de blanco y la espalda de Josie se agarrotó como si la fustigaran. Delante, Paul y Ana permanecieron paralizados unos largos segundos bajo la luz blanca, fotografiados a medio paso. Josie pensó por un momento que les había alcanzado el rayo, que así era cómo te partía un rayo, que habían borrado a sus hijos del mundo. Pero la luz se apagó, el mundo recuperó el color y sus hijos continuaron moviéndose, continuaron viviendo, y al destello lo siguió un trueno tan potente que Josie paró y se arrojó al suelo.

—¡Agachaos! —les chilló a Paul y Ana—. Venid aquí.

Paul y Ana se acercaron a gatas y Josie los protegió con su cuerpo. Permanecieron agazapados un minuto mientras el cielo gruñía y jadeaba como si se impacientara buscando a Josie y sus hijos.

—Tengo miedo —dijo Ana—. ¿Nos alcanzará un rayo?

—No —respondió con contundencia Paul—. Así, agachados, no. Encógete —le dijo, y Ana se encogió agarrándose las rodillas con los brazos—. Bien.

—Vale. Vamos a correr otra vez —dijo Josie—. Hasta los árboles.

Alzó la vista, calculó que faltaban menos de cien metros para el bosque.

—¿Listos?

Paul y Ana asintieron, dispuestos a soltarse y echar a correr. Josie esperó un poco más de lo previsto, por ninguna razón. Echó un vistazo fugaz al bosque y recorrió con la mirada el árbol más alto, preguntándose por un momento si sería cierto que los rayos caen en el objeto más alto de cualquier campo.

—¿Vamos? —preguntó Paul.

Y entonces el mundo se desgarró. Una luz enfermiza llenó el bosque y un relámpago blanco azulado partió el árbol, el que Josie acababa de contemplar, recorriéndole la espina como un hacha veloz.

—Mierda —dijo Josie.

—¿Ahora nos pillaré, mamá? —preguntó Ana.

Josie respondió que no, que no los pillaría. Les dijo que la última descarga era lo máximo que se acercarían los rayos, aunque no tenía ningún motivo para creerlo. En todo caso, los rayos iban aproximándose cada vez más. Parecían tener intención.

Esperaron, contemplaron arder los restos chamuscados del árbol partido, ascender el estrecho penacho de humo gris. El trueno rugió de nuevo, sonaba como un tanque avanzando por el tejado del cielo. Josie repasó mentalmente todas las opciones disponibles. Podían quedarse donde estaban, pero se calarían. Llovería pronto, seguro, se pondría el sol y la oscuridad sería total. Estarían mojados y fríos y no podrían encontrar el camino de regreso. Tenían que continuar. Veía el sendero que ascendía serpenteando un par de kilómetros, interrumpido por pequeños bosquecillos. Tendrían que salvar los

huecos corriendo entre rayos.

—Vamos al siguiente bosque —les dijo a los niños—. Está a poca distancia.

Pero el sendero era ancho y abierto, sin protección, y mientras lo cruzaran corriendo serían un blanco fácil para cualquier fuerza malévola que vigilara su avance.

—No, mamá —dijo Ana—. No, por favor.

Paul explicó que un rayo acababa de caer en los árboles, así que ¿por qué ir justo donde caían los rayos?

—No volverá a caer en el mismo sitio —respondió Josie sin creérselo—. Y está a punto de llover. Tenemos que salir de aquí. —Albergaba la esperanza irracional de que junto al lago habría algo, alguna construcción humana, aunque fuera una tienda abandonada—. A la una, a las dos y a las tres —dijo, y echaron a correr con los hombros encorvados y la cabeza gacha, temiéndose una represalia de las alturas.

Las primeras gotas cayeron sobre los cuerpos a la carrera justo al refugiarse bajo los árboles. Dejaron atrás el árbol partido, olieron la madera chamuscada, su aroma extrañamente limpio, y continuaron hasta que la arboleda se espesó y las ramas bajas la oscurecieron. Josie paró y Paul y Ana se detuvieron con ella y los tres, sin aliento, se sentaron contra el tronco ancho de un pino viejo.

—¿No podemos quedarnos aquí? —preguntó Ana, y a Josie le pareció que posiblemente debieran quedarse, al menos un rato, a esperar que pasara la tormenta.

Sin embargo, mientras lo meditaba, la lluvia arreció y una ráfaga de viento frío atravesó la arboleda. Le pareció que la temperatura descendía seis grados y la lluvia los caló en cuestión de segundos. Miró a Ana, vestida con una camisa de manga corta. Abría mucho los ojos y le castañeban los dientes.

No, pensó Josie. Solo había una opción. Se quitó la camisa.

—Deja que te ponga esto —le dijo a Ana, y Ana la miró horrorizada—. Póntelo —insistió Josie con firmeza.

Ana se pasó la camisa por la cabeza, la prenda le cayó de mala manera por el torso hasta las rodillas.

—¿Piensas ir solo con eso? —preguntó Paul señalando el sujetador blanco de Josie, de estilo práctico con una tirita de puntilla.

—Estoy bien —dijo Josie, confundiendo el comentario con una muestra de preocupación.

Después entendió que Paul se avergonzaba de ella. No quería que su madre corriera por la montaña en sujetador.

—Déjame ver el mapa —dijo Josie pidiéndole a Paul la copia a mano que había dibujado al inicio.

Josie no estaba segura de qué esperaba encontrar, pero comenzaba a sospechar que había sido un error seguir avanzando. Se adentraban cada vez más en la tormenta, en un territorio del que no sabían nada, pero si daban media vuelta, por mucho que tardaran y muy mojados y fríos que llegaran, seguro que encontraban el pueblo. Paul titubeó un instante, luego adoptó una expresión de suma gravedad. Se sacó el papel del bolsillo, lo desplegó y se encorvó encima para protegerlo de la lluvia.

En el cielo, chocaron dos aviones. No cabía otra explicación. Josie jamás había oído truenos tan fuertes. Los goterones de lluvia eran aún mayores. Sus hijos, que ya estaban empapados, consiguieron mojarse más, enfriarse. Josie calculaba que la temperatura bordeaba los quince grados y caería unos cinco en la hora siguiente.

Entonces consultó el mapa y, aunque era tan rudimentario como el original que copiaba y solo mostraba una senda serpenteante que conducía al lago oval, junto al óvalo destacaba un rectángulo minúsculo. Tenía que ser algún

tipo de construcción, pensó Josie. Hasta un retrete exterior les salvaría la vida.

—¿Estás seguro de que era así? —preguntó Josie, señalando el dibujo.

—¿Qué? —preguntó Paul—. ¿Eso? Estaba en el mapa original.

—Vale. ¿Seguro?

—Seguro.

Josie sabía que su hijo se habría tomado la tarea de dibujar el mapa con extrema seriedad y, ahora, si el niño estaba en lo cierto, la caja del dibujo podría salvarlos. Estaba mucho más cerca que el arranque del sendero, con kilómetros de diferencia. Estaba a la vuelta de una curva del camino.

—¿Habéis descansado? —preguntó Josie.

Ninguno contestó.

—Tenemos que correr otra vez. Tenemos que correr hasta el lago y el refugio. ¿Comprendido? Iremos por etapas. De un punto a otro y descansando cuando haga falta. ¿De acuerdo?

Arriba, un avión estalló como un globo.

—¿Sois valientes? —preguntó Josie.

Paul y Ana no titubearon. Asintieron enérgicamente, querían ser valientes, sabían que no les quedaba otra más que ser valientes, que no había nada más grande que ser valientes. Josie supo entonces que, mucho mejor que buscar a un valiente —Dios mío, llevaba años enfrascada en su búsqueda—, mejor y posiblemente más fácil que buscar a valientes en el mundo era crearlos. No necesitaba encontrar a humanos íntegros y valientes. Tenía que hacerlos.

Ana se sonreía.

—¿Qué? —preguntó Josie.

—No puedo decirlo —dijo Ana.

—Dilo. No importa.

—Creo que es una palabra fea.

—No pasa nada.

—Tormenta de mierda —dijo Ana, y Paul se rio, sus ojos gélidos de cura sonrieron, iluminados desde dentro.

—Sí, es una tormenta de mierda —admitió Josie—. ¿Listos para atravesarla corriendo?

Sonrieron y arrancaron de nuevo. Atravesaron el bosquecillo y cuando se terminaron los árboles y el sendero salió a otros cien metros descubiertos, vieron otra marca amarilla y se abalanzaron hacia ella. Ahora las piedras del camino estaban mojadas y Ana se resbaló con una y se cayó, se cortó la rodilla contra el pedregal. Los rayos teñían el mundo de fogonazos azules, pero Josie no se detuvo. Recogió a Ana sin pararse y la cargó contra su pecho hasta el siguiente bosquecillo.

Para cuando pudo dejarla en el suelo, su espalda había cedido. Algo iba mal. No podía respirar. Dejó a Ana y se tumbó a su lado, tratando de facilitar la entrada de aire en el cuerpo. Una hernia discal. Una perforación pulmonar. Una costilla rota. Podía ser cualquier cosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Paul.

Josie no podía hablar. Levantó un dedo para pedir tiempo. Los dos niños la miraban fijamente, Ana con su camisa empapada pegada al cuerpo como un blusón. Josie alzó la vista hacia las copas de los árboles, a las siluetas de los abetos perfilándose contra el cielo, airadas y grises como una tormenta oceánica.

Poco a poco fue recuperando el resuello y, cuando pudo sentarse, descubrió que Paul había arrancado una tira de su camisa, la que ahora usaba Ana, para vendarle la pierna a la niña. Recordaba a algo propio de un campo de batalla de la Primera Guerra Mundial, pero Ana se lo acariciaba, empequeñeciéndose ante semejante despliegue. Un óvalo de sangre manchó la tela y Ana abrió los ojos como platos.

Josie miró sendero arriba y le pareció distinguir, justo detrás de otra franja de árboles y una cresta baja, el claro donde estarían el lago y el refugio. Se levantó, temiéndose que le fallaran las fuerzas o que el acto de levantarse empeorase lo que fuera que le había pasado. Aunque estaba destrozada y se vio una docena de heridas en las piernas, podía respirar y confiaba en que también podría volver a correr.

—No puede correr —dijo Paul, refiriéndose a Ana.

—¿No? —preguntó Josie a la niña. Los ojos de Ana se humedecieron y le tembló la barbilla. Josie bajó la vista y vio que la niña no podía cargar peso en el pie derecho. Le examinó la pierna y no detectó ninguna rotura, pero al aplicar una ligera presión en el vendaje, la niña aulló—. Te has torcido el tobillo. No tienes nada roto —dijo Josie, y las lágrimas inundaron los ojos de la niña—. Vale. Cógete a mí como un monito.

Ana la abrazó y hundió los pequeños hombros en el cuello de su madre. Cuando Josie volvió a enderezarse, cargada con dieciocho kilos extras, la espalda protestó.

—¿Preparado, Paul? —preguntó Josie.

—¿Solo hasta los siguientes árboles?

Por delante tenían cien metros de tierra y pedregal a valle abierto, completamente vulnerables.

—Exacto —confirmó—. Tú corre, que yo te sigo. No pares hasta que llegues.

—¿Ya?

—Ya.

Arrancaron, y Josie corrió agarrando a Ana por las nalgas con un brazo y palpando el camino con el otro, preparada por si caía. Esperaba caerse. Nunca había corrido con Ana en brazos así, por un camino mojado y cuajado de piedras, con semejante dolor. Cada paso le clavaba un puñal de luz acerada

en la columna y el dolor descendía por la pierna. El peso de Ana exacerbaba lo que fuera que le hubiera hecho a su espalda, pero no podía aminorar el paso en campo abierto. Tenía que atrapar a Paul, que de pronto se movía con una agilidad y velocidad pasmosas. Josie lo vio saltar y aterrizar con un valor y gracilidad emocionantes.

Como para castigarla por su momento de orgullo, el cielo se abrió de cabo a rabo. Paul se tiró al suelo y Josie cayó sobre una rodilla. No había terremoto ni tornado tan ruidoso. Josie había vivido casi cuatro décadas y jamás había oído una tormenta así, nunca había conocido un cielo tan punitivo.

Se levantaron y siguieron corriendo y alcanzaron el siguiente bosquecillo. Josie siguió a Paul hasta el tronco de un pino muerto. Se sentaron codo con codo como soldados en una trinchera, jadeando. Ana seguía enganchada al torso materno, con la cabeza mojada pegada al cuello de Josie.

—¿Tienes frío? —le preguntó Paul señalando con la cabeza el sujetador, la piel moteada.

—Estoy bien —respondió Josie.

Estaba calada de lluvia fría y notaba el viento helado en los huesos, pero corriendo había entrado en calor. El dolor, no obstante, abotargaba los sentidos.

—Vamos ganando —dijo Josie—. Lo veis, ¿verdad?

Paul asintió, reconociéndolo con seriedad, como si su madre confirmara algo que él ya sospechaba y confiaba en que fuera cierto. Se movían, habitaban plenamente la bella maquinaria de sus personas físicas, y estaban venciendo con el ingenio el poder bruto, irreflexivo, de la tormenta.

—Basta con que superemos esa curva —dijo Josie, señalando hacia delante.

Paul sacó el mapa y señaló un arco ancho que dibujaba el sendero a bolígrafo justo antes de desembocar en el lago.

—Creo que falta poco —dijo el niño.

Otro tipo de trueno dominó la atmósfera. Retumbó como el que acababan de oír partir el cielo, pero procedía de lo alto del sendero. Un ruido más gradual, creciente, sonaba a roca, a miles de rocas moviéndose juntas.

Josie se levantó y miró hacia la curva. No vio nada. Entonces desde detrás de una protuberancia de la ladera surgió una ola de polvo. Josie nunca había visto ni oído una avalancha, pero supo reconocerla, a menos de trescientos metros. Cuando terminó aquel rugido extrañamente ordenado, el valle calló, como si descansara tras el esfuerzo. Josie no sabía qué hacer. Retroceder resultaba imposible por todas las razones a las que había llegado antes: los niños sufrirían, hacía demasiado frío, terminarían empapados y congelados. Pero ¿avanzar hacia la avalancha?

—¿Lo era, mamá? —preguntó Paul.

—¿El qué?

Paul la miró con los ojos muy abiertos, no quería pronunciar la palabra «avalancha» delante de Ana.

—Creo que sí —dijo Josie.

Rápidamente, la lluvia redobló su intensidad. Se distinguía cada gota, pesaba. Josie comprendió que tenía que moverse. Planeó dirigirse al recodo invisible del sendero y al menos atisbar al otro lado, ver lo que había ocurrido, si todavía existía un camino que seguir. Una vez más, aupó a Ana, que se agarró a su cuello más fuerte que antes, haciéndole daño, pero era necesario, y emprendieron la marcha. Esta vez, Josie iba la primera, seguida de Paul.

Vieron los restos de la avalancha mucho antes del recodo. Una tosca diagonal gris de rocas y piedras había borrado el sendero y se había asentado en el lecho del valle, cientos de metros más abajo. Josie alzó la vista hacia la pared del precipicio, tratando de detectar algún indicio de sus intenciones.

Detrás del desprendimiento, el sendero continuaba hacia lo que parecía un claro. Tendrían que apañárselas para trepar por las rocas caídas unos cincuenta metros y volver al sendero, todo ello enfrentándose a la posibilidad de que las rocas volvieran a moverse, de que cruzarlas las mandara colina abajo.

Un impulso interior le aconsejaba que apurase, que evitara pensárselo.

—Vamos —dijo Josie.

La espalda volvió a gemir, pero Josie empezó a subir por las rocas más firmes, casi sin conseguir agarrarse. Levantó un pie, apoyó en él todo el peso, e inmediatamente resbaló y cayó. Ana salió volando hacia las piedras. Josie la atrapó en el aire, pero ella se golpeó la frente con una roca. Sintió un dolor agudo y rápido, pero sabía que la herida no era importante.

—¿Estáis bien? —preguntó Paul.

Había aparecido al lado de Josie y Ana y, como pesaba tan poco, se movía a toda velocidad por la montaña de piedras sin alterarla.

Ana asintió y Josie respondió que estaba bien.

—Tienes sangre en la cara —le dijo Paul a Josie—. Pero no mucha.

Josie no podía limpiarse con las manos. Y sabía que para cruzar Ana tendría que gatear sola.

—Ve detrás de Paul —le dijo Josie, y Ana no protestó.

Apoyándose sobre todo en la pierna sin vendar, Ana avanzó con destreza por la masa de piedras sueltas y Josie intentó seguirla. Trató de volverse más liviana, más ágil.

—¡Esperad! —chilló.

Los niños se habían alejado, avanzaban con suma facilidad.

Josie gateaba, resbalaba, las extremidades se le hundían como si marchara sobre nieve reciente.

Entonces se le ocurrió una idea y la aprovechó, consciente de que no podía

elegir. Se volvió de espaldas y se empujó con los pies, como un mecánico debajo de un coche. Las piedras le arañaban la espalda, el cuello y la nuca, pero funcionó. Las manos y los pies habían concentrado demasiado peso sobre la superficie suelta y por eso se hundía. Ahora la espalda actuaba como una raqueta de nieve, repartía el peso, y Josie fue salvando las rocas mientras sus hijos la miraban y terminaron por animarla.

—Ya casi estás —dijo Paul.

—Ya casi estás —repitió Ana.

Josie tuvo la impresión de que aquella estampa jamás los abandonaría, la imagen de su madre arrastrándose de espaldas por una avalancha en plena tormenta eléctrica en Alaska. Resopló, y se rio con ganas mientras la lluvia caía a raudales.

Cuando cruzó, los niños esperaban al otro lado, Ana a la pata coja, apoyada en el hombro de su hermano. Paul tenía las piernas en carne viva y sangrando, las manos blancas de la piel rasgada y el polvo de las piedras por donde se había arrastrado. Ana tenía las piernas y los brazos igual de magullados y en algún momento se había abierto un corte en la sien, una raja roja del tamaño de un dedo. Arriba resonó otro trueno, tan potente como no había sonado un trueno desde el nacimiento de la creación, y Josie volvió a reírse.

—No se acaba nunca, ¿eh? —dijo—. Es una detrás de otra.

Ana y Paul sonrieron, pero no parecían tener claro de qué hablaba su madre y ella se alegró de que no entendieran el trasfondo del comentario.

—Vale. ¿Listos? —preguntó. Se volvió, sin esperar nada, pero entonces, al otro lado de la avalancha, vio el lago azul y resplandeciente, poco mayor que una piscina. Volvió a reírse—. Pero míralo. Es pequeñísimo. ¡Tanto esfuerzo para esto!

—Pero es muy azul —dijo Paul—. Y mira.

Josie había buscado el refugio prometido en el mapa, pero Paul lo encontró antes. Era más que un refugio. Era una cabaña resistente, de troncos y ladrillos, cuya chimenea recta destacaba como un faro. En la puerta había el mismo trío de globos flácidos que habían visto al comienzo del sendero.

Josie no necesitó decirles a los niños lo que debían hacer. Ya habían arrancado a correr, Ana había recuperado las fuerzas y Paul corría el primero, sabedor de que su hermana estaría bien, y Josie echó a andar detrás de ellos, tiritando de frío y con una especie de llanto sin lágrimas.

Cuando llegó a la cabaña leyó el cartel del porche. BIENVENIDOS A LA REUNIÓN DE LA FAMILIA STROMBERG. Abrió la puerta y se encontró a Paul y Ana, calados por la lluvia y ensangrentados, en el centro de lo que parecía una fiesta sorpresa. Había globos, banderines, una mesa rebosante de zumos y refrescos, patatas fritas, fruta y una magnífica tarta de chocolate bajo una cubierta de plástico. Por toda la cabaña se veían fotos enmarcadas de todas las épocas, la mayoría en blanco y negro, cuidadosamente etiquetadas. Los Stromberg a lo largo del tiempo. Josie supuso que algún miembro intrépido de la familia había estado en la cabaña unos días antes, había organizado todo para la reunión familiar y luego, por la razón que fuera, los incendios o cualquier tragedia, había cancelado la fiesta y había dejado la cabaña y su botín para otra familia más pequeña: Josie, Paul y Ana, agotados.

—¿Quiénes son los Stromberg? —preguntó Paul.

—Hoy, nosotros somos los Stromberg —respondió Josie.

Había suficiente leña para tres inviernos y agua de sobras, de modo que Josie encendió la chimenea y se quitaron la ropa y se limpiaron y se sentaron desnudos bajo una inmensa manta de lana mientras secaban la ropa sucia frente a la hoguera. Comieron y bebieron a placer sin ningún orden en particular y se saciaron enseguida y, aunque les dolían los músculos y las heridas reclamaban atención a gritos, todavía tardarían horas en dormir.

Porque hasta la última fibra de su ser estaba despierto. Sus mentes gritaban victoriosas, sus brazos y piernas querían nuevos retos, más conquistas, otras glorias.

—Ha estado bien, ¿verdad? —dijo Paul.

No esperó a la respuesta. Clavó la vista en el fuego, con la cara radiante y rejuvenecida: tal vez, renacida. Sus ojos gélidos de párroco habían hallado una felicidad nueva y plácida. Sabía que era bueno.

Josie se descubrió sonriendo, consciente de que habían hecho lo que habían podido con lo que tenían, y de que habían encontrado alegría y un sentido a cada paso. Habían creado música histórica y se habían enfrentado a obstáculos formidables en este mundo y habían reído y habían triunfado y habían sangrado, pero ahora estaban juntos, desnudos y calientes, y el fuego que tenían delante no se apagaría. Josie miró las caras ardientes de sus hijos y supo que estaban donde debían estar, que eran quienes debían ser.

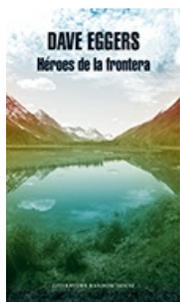
Pero luego está mañana.

AGRADECIMIENTOS

Gracias en primer lugar a Jenny Jackson, alma tranquila, lectora sensible y, afortunadamente, defensora implacable de este libro. Gracias a Sonny Mehta, Andy Hughes, Paul Bogaards, Emma Dries y todo Knopf. Gracias a Em-J Staples, amigo fiel, editor tenaz e illinoisiano orgulloso. Gracias a Andrew, Luke, Sarah y todos los defensores inquebrantables de la agencia Wylie. Gracias a Cressida Leyshon y Deborah Treisman, por su fe y su astuta edición de la primera y fragmentada encarnación de este libro. Gracias a Alison y Katya, heroínas de Homerites. Gracias a los atentos lectores Nyuol Tong, Peter Ferry, Christian Keifer, Curtis Sittenfeld, Sally Willcox, Clara Sankey, Tish Scola, Tom Barbash, Ayelet Waldman, Carrie Clements y Jesse Nathan. Gracias a los pacientes músicos Thao Nguyen, Alexi Glickman y Jon Walters. Gracias a Terry Wit, Deb Klein y Kim Jaime. Gracias a los dentistas-filósofos Tim Sheehan, Larry Blank y Raymond Katz. Gracias a Alaska por persistir. Gracias a V, A y B por existir.

Del autor de *El Círculo*, una *road novel* que sigue la estela de *En la carretera* de Jack Kerouac, *Hacia rutas Salvajes* de Jon Krakauer y *Canadá* de Richard Ford.

Una novela que reflexiona sobre la pérdida y la búsqueda de nuevas oportunidades.



Josie se siente cansada y disgustada con una vida que se encuentra a años luz de la que alguna vez soñó. Tiene cuarenta años, dos hijos y el apremiante anhelo de mandarlo todo a paseo. Separada de su marido y tras perder su consultorio dental, se siente culpable por la muerte de un joven paciente al que animó a ir a Afganistán.

Harta del ritmo frenético de la gran ciudad, se deshace del móvil, renuncia a su tarjeta de crédito y alquila una destartalada caravana para viajar a Alaska junto a sus hijos de ocho y cinco años, Paul y Ana, los otros dos héroes de esta historia. Sin avisar a nadie y sin fecha de regreso, deja atrás sus posesiones y sus errores para salir al encuentro del nuevo sueño americano: renacer en una tierra de luz y montañas.

Las novelas de Eggers siempre tienen algo de advertencia, y si en la anterior, *El Círculo*, el autor se planteaba los peligros de las nuevas tecnologías, en *Héroes de la frontera* nos previene de las asfixiantes ataduras de las sociedades acomodadas y nos alienta a cambiar de rumbo y a cruzar la frontera que separa lo trivial de lo esencial.

«*Héroes de la frontera* actúa en el lector como una bocanada de aire, limpiando el espíritu y elevando el corazón.»

The Guardian

«Eggers tiene talento de sobra [...] y revela en sus libros una notable capacidad para ponerse en la piel de los otros e iluminar los rincones más oscuros del mundo. *Héroes de la frontera* ofrece personajes creíbles y complejos.»

The New York Times

«Cuando narra el presente, Eggers no solo abre una ventana, sino que nos cuenta algo sobre nosotros mismos.»

Los Angeles Times

«Con imaginación exuberante, precisión incandescente y una propulsión sin aliento, Eggers alumbra la estupidez y la generosidad humanas, las glorias y los horrores de la naturaleza. Este delirante *road trip* norteamericano se alimenta de perspicacia, humor revolucionario y un placer profundo por lo absurdo y lo sublime.»

Booklist

Además de ser uno de los autores más destacados de la reciente literatura norteamericana, **Dave Eggers** (Boston, 1970) ha lanzado su propio sello editorial y es fundador y editor de las revistas *McSweeney's* y *The Believer*, que en poco tiempo se han convertido en objetos de culto literario. Asimismo, es cofundador de 826 Valencia, un centro de voluntariado que ayuda a niños y adolescentes con programas extraescolares y clases de escritura. Todo esto hizo que en 2005 la revista *Time* lo incluyera en su lista de las cien personas más influyentes de Estados Unidos. En 2007 fue galardonado con el premio Heinz, en reconocimiento tanto a sus logros literarios como a su labor humanitaria. En Literatura Random House hemos publicado *Ahora sabréis lo que es correr* (2004), *Guardianes de la intimidad* (2005), *Qué es el qué* (2008, finalista del premio del National Book Critics Circle), *Los monstruos* (2009), sus memorias *Una historia conmovedora, asombrosa y genial* (2010), *Zeitoun* (2010), *Un holograma para el rey* (2013) y *El Círculo* (2014), las dos últimas adaptadas a la gran pantalla.

Título original: *Heroes of the Frontier*

Edición en formato digital: octubre de 2017

© 2016, Dave Eggers

Reservados todos los derechos

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Cruz Rodríguez Juiz, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial a partir del diseño original de Penguin UK

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3345-4

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Héroes de la frontera

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Dave Eggers

Créditos